

ROBOTTECH

FIRST GENERATION #6

DOOMSDAY

Humans and Zentraedi were working together to rebuild the world. But the Robotech Masters had other plans.

JACK MCKINNEY



Ballantine/34c29 (Canada \$1.50 U.S. 94 95)

LOS DEFENSORES ROBOTECH CREYERON QUE LA GUERRA HABÍA QUEDADO ATRÁS

Una guerra sin vencedores, que había llevado a dos razas al borde de la extinción. Una guerra sin despojos, salvo por la devastada Tierra...

Un arca de la nueva era, la Fortaleza Súper Dimensional, había regresado a su mundo desolado y aquellos que habían sobrevivido al Armagedón comenzaron con el concienzudo proceso de reconstrucción. Pero tenían a los Zentraedi para ayudarles, antiguos enemigos con quienes compartían una meta común: ¡la supervivencia!

Pero no todo estaba bien en el más valiente de los mundos: al no estar acostumbrados a una vida sin combates, muchos de los Zentraedi volvían a su estado primitivo. Ahora había aparecido uno que juraba llevarlos de vuelta a su antigua gloria: ¡Khyron!, un héroe de la cultura alienígena que había renacido para retomar el camino que Dolza había dejado.

¡PERO UNA AMENAZA MAYOR LES AGUARDABA!

ROBOTECH

Saga de Macross (Primera Generación)

Día del fin del mundo

Jack McKinney

Versión 1.0

15.09.13



Título original: *Doomsday*

Autores: Brian Daley y James Luceno bajo el seudónimo de Jack McKinney

Publicado en forma individual, y en la recopilación de los libros #4-6

The Macross Saga: Doomsday

Publicación del original: 1987



Libro 6 en el orden de publicación, y 6 en el orden cronológico/de lectura.

Traducción: Laura Geuna

Revisión: XXX

Edición: Bodo-Baas

Base LSW v2.0

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Robotech y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Robotech y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de sus respectivos propietarios.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Capítulo 1

Si los Amos Robotech hubieran tenido el poder para viajar libremente a través del tiempo como lo hacían por el espacio, quizás habrían entendido las fatalidades con las que se enfrentaron: el sabotaje de Zor con la flor invid era un crimen similar a la aceptación de Adán de la manzana. Una vez liberada, la protocultura tenía su propio destino para cumplir. La protocultura era un orden de vida diferente... y un poco antitético.

Profesor Lazlo Zand, como se cita en Historia de la Segunda Guerra Robotech, Vol. CXXII.

La dimensión de la mente... el éxtasis que se encuentra en esa singular interfaz entre el objeto y la esencia... el poder de reformar y reconfigurar: de transformar...

Las seis manos –las extensiones sensitivas de unos delgados brazos atrofiados– se presionaron con reverencia sobre la superficie de la cápsula de protocultura con forma de hongo, la interfaz material de los Amos. Tenían largos dedos delgados sin uñas que impidieran la receptividad. Tres mentes... unidas como una.

Hasta que la entrada del terminator perturbó su conversación.

Le ofreció un saludo a los Amos y anunció:

–Nuestro examen de rutina del Cuarto Cuadrante indica una gran descarga de masa de protocultura en la región donde la fortaleza dimensional de Zor salió de la transposición.

Los tres Amos interrumpieron su contacto con los Ancianos y se volvieron hacia la fuente de la intrusión; los ojos líquidos escudriñaban desde los antiguos rostros afilados. El contacto

incesante con la protocultura había eliminado las diferencias físicas, por lo que los tres parecían tener los mismos rasgos: la misma nariz aguileña, las cejas amplias, pelo azul grisáceo hasta los hombros y patillas hasta la quijada.

–¡Pues! –respondió el Amo de capucha roja, aunque sus labios no se movieron–. Se presentan dos posibilidades: O los zentraedis libraron la matriz de protocultura escondida de los discípulos de Zor y comenzaron una nueva ofensiva contra los invids, o estos terrícolas nos han vencido y ahora controlan la producción de protocultura.

Había algo monacal en ellos, imagen que reforzaban esas túnicas grises largas, cuyas capuchas parecían nada menos que los enormes pétalos de la Flor de la Vida invid. Cada cabeza monacal parecía haber crecido como un estambre desde la propia flor protocultural.

–Yo creo que eso es muy improbable –rebató telepáticamente el Amo de capucha verde–. Todos los circuitos lógicos que se basan en los informes de reconocimiento disponibles sugieren que los invids no tienen conocimiento del paradero de la fortaleza dimensional de Zor.

–¡Pues! Entonces debemos asumir que los zentraedis realmente encontraron la matriz de protocultura, garantizando un futuro para nuestra robotechnología.

–Pero sólo si pudieron capturar la nave intacta...

Los sistemas orgánicos de la fortaleza galáctica de los Amos empezaron a reflejar su preocupación súbita; dentro de la cápsula de protocultura se originaron fluctuaciones de energía que arrojaron colores llamativos contra tabiques y soportes que casi respiraban. Lo que habría sido el puente en una nave común, aquí estaba dedicado a las influencias desatadas de la protocultura para que pareciera un plexo neurálgico viviente de ganglios, axones, y dendritas.

Al contrario de los cañoneros zentraedis, estas fortalezas robotech con forma de pala y tamaño de planetoide estaban diseñadas para una campaña diferente: la conquista del espacio interno que, según se sabía, tenía sus propios mundos y sistemas estelares, agujeros negros y luz blanca, belleza y terrores. La protocultura había asegurado una entrada, pero el mapa de ese

reino de los Amos distaba de estar completo.

–Mi único temor es que los discípulos de Zor puedan haber dominado los secretos internos de la robotecnología, y que por consiguiente pudieran derrotar a la inmensa armada de Dolza.

–¿Una nave contra cuatro millones? Más que improbable... ¡casi imposible!

–A menos que ellos pudieran invertir el sistema de la barrera de defensa robotech y penetrar en el centro de mando de Dolza...

–¡Para lograr eso, los discípulos de Zor tendrían que saber tanto sobre esa nave robotech como él mismo!

–En todo caso, nuestros sensores de seguro habrían registrado un despliegue de tal magnitud. Debemos admitirlo, la destrucción de cuatro millones de naves robotech no pasa todos los días.

–No sin que nosotros lo sepamos.

–Eso es muy cierto, Amo –agregó el terminator, que había esperado pacientemente para entregar el resto de su mensaje–. No obstante, nuestros sensores sí indican una perturbación de esa magnitud.

El interior de la cápsula de protocultura, del tamaño de un arbusto pequeño sobre su pedestal de tres patas, asumió una luz enfadada, volviendo a convocar las manos de los Amos.

–¡Alerta de sistema: prepárense de inmediato para una transposición al hiperespacio!

–Aceptamos la solicitud de los Ancianos, pero nuestro suministro de protocultura es sumamente bajo. ¡Puede que no podamos usar los generadores de transposición!

–Ya se dio la orden... obedece sin preguntar. Transpondremos de inmediato.

En lo alto de esas catedrales de cables entrecruzados con forma de axones y dendritas, unos glóbulos amorfos flotantes de masa de protocultura empezaron al realinearse a lo largo de las arterias vitales de la nave, permitiendo una acción sináptica dónde momentos antes no había existido ninguna. La energía fluyó a través de la fortaleza, enfocándose en las toberas axiales de los enormes motores reflex.

La gran nave robotech tembló y saltó.

Su planeta se llamaba Tirol, la luna principal del gigantesco planeta Fantoma, uno de siete vagabundos inanimados en un sistema de estrella amarilla igualmente mediocre del Cuarto Cuadrante, a unos veinte años luz de distancia del centro galáctico. Antes de la Primera Guerra Robotech, los astrónomos terrestres habrían localizado a Tirol en ese sector del espacio que en ese entonces se llamaba Cruz del Sur. Pero desde entonces aprendieron que esa era sólo su forma de ver las cosas. A finales del segundo milenio habían abandonado los últimos vestigios del pensamiento geocéntrico, y por el año 2012 D. C. llegaron a entender que su amado planeta era poco más que un actor menor dentro de constelaciones completamente desconocidas para ellos.

Se sabía poco de la historia inicial de Tirol, salvo que sus habitantes eran una raza humanoide –brava, inquisitiva, atrevida–, y, en el último análisis, agresiva, codiciosa y autodestructiva. Al mismo tiempo que se abolía la guerra entre su propia raza y sus metas se remitían hacia la exploración del espacio local, nació entre ellos un ser que iba a alterar el destino de ese planeta y que, hasta cierto punto, iba a afectar el destino de la propia galaxia.

Su nombre era Zor.

Y los tecno-viajeros de Tirol conocían como Optera al planeta que se iba a convertir en cómplice en ese desarrollo fatal de eventos. Fue allí donde Zor presenció los ritos evolutivos de la forma de vida nativa del planeta, los invids; allí donde el científico visionario seduciría a la invid Regis para aprender los secretos de la extraña flor de tres pétalos que ellos ingerían tanto para su nutrición física como espiritual; allí donde tendría sus raíces la contienda galáctica entre Optera y Tirol.

Allí donde nacieron la protocultura y la robotecnología.

A través de la experimentación, Zor descubrió que se podía obtener una curiosa forma de energía orgánica de la flor cuando se contenía su semilla germinada en una matriz que evitaba la maduración. La bioenergía que se obtenía de esta fusión orgánica era lo bastante poderosa como para inducir una apariencia de biovoluntad, o animación, en los sistemas esencialmente inorgánicos. Se podía lograr que las máquinas alteraran su forma y estructura en respuesta a la inducción de una inteligencia artificial,

o de un operador humano –ellas se podían transformar y reconfigurar. Si se aplicaba a las áreas de eugenesia y cibernética, los efectos eran aun más asombrosos: Zor descubrió que las propiedades de cambio de forma de la protocultura también podían actuar en la vida orgánica –que los tejidos vivos y los sistemas fisiológicos se podían hacer maleables. La robotechnología, como llamó a esta ciencia, se podía usar para formar una raza de clones humanoides lo suficiente-mente grandes para resistir las enormes fuerzas gravitatorias de Fantoma y minar sus minerales. Cuando estos minerales se convertían en combustible y se usaban junto con las energías de la protocultura (por entonces se llamaban energías reflex), los tecno-viajeros de Tirol podían emprender saltos hiperespaciales a zonas remotas de la galaxia. ¡La protocultura en efecto reformaba el mismo tejido del continuo!

Zor había empezado a prever un nuevo orden, no sólo para su propia raza sino para todas esas formas de vida sensible que los siglos de viajes habían revelado. Previo una verdadera unión de mente y materia, una era de energía limpia y paz inaudita, un universo reformado de posibilidades ilimitadas.

Pero los instintos que gobiernan la agresión tienen una muerte lenta, y esos mismos líderes que trajeron la paz a Tirol pronto se embarcaron en un curso que al final llevó la guerra a las estrellas. Las llamadas robotechnología y protocultura alimentaron los sueños militaristas megalómanos de sus nuevos amos, cuyo primer acto fue decretar que se recolectaran todas las vainas fértiles de Optera y las transportaran a Tirol.

Después se emitió la orden de desfoliar Optera.

Los gigantes creados biogenéticamente que minaban los eriales de Fantoma se iban a convertir en la raza más temible de guerreros que el cuadrante había conocido –los zentraedis.

Con un pasado falso implantado (repleto de recuerdos raciales artificiales y una historia igualmente falsa), programados para aceptar la orden de Tirol como ley, y equipados con una armada de buques de guerra gigantescos como sólo la robotechnología podía proporcionar, se los dejó libres para conquistar y destruir, para cumplir su imperativa: forjar y afianzar un imperio intergaláctico regido por un cuerpo gobernante de bárbaros que se denominaban a

sí mismos Amos Robotech.

Zor, sin embargo, había comenzado una rebelión sutil; aunque estaba obligado a cumplir con los mandatos de sus Amos descarriados, él había tenido el cuidado de guardar los secretos del proceso de la protocultura sólo para él. Actuó el papel del peón deferente y servil que los Amos creían que era, manipulándolos todo el tiempo para que le permitieran formar una astronave de diseño propio –para asegurarse de lograrlo, dijo que era para una mayor exploración galáctica–, un vehículo transformable simple, una súper fortaleza dimensional que iba a encarnar la ciencia de la robotecnología así como los cañoneros orgánicos de los zentraedis encarnaban las lujurias de la guerra.

Escondida entre los hornos reflex que impulsaban sus motores hiperespaciales, la fortaleza también iba a contener la esencia pura de la robotecnología sin que los Amos lo supieran –una verdadera fábrica de protocultura, la única de su clase en el universo conocido, capaz de captar una bioenergía aprovechable de la Flor de la Vida invid.

Según las pautas galácticas, eso no fue mucho antes de que algunos de los horrores de la codicia que los Amos habían engendrado llegaran a casa para quedarse. La guerra con los invids despojados pronto fue una realidad, y hubo incidentes de rebelión abierta entre las líneas de los zentraedis, esa patética raza de seres a la que los Amos privaron de la esencia misma de la vida sensible –de la habilidad de sentir, de crecer, de experimentar la belleza y el amor.

No obstante, Zor se arriesgó con la esperanza de remediar algunas de las injusticias que sus propios descubrimientos habían fomentado. Bajo la mirada atenta de Dolza, el comandante en jefe de los zentraedis, la fortaleza dimensional se embarcó en una misión para descubrir nuevos mundos listos para la conquista.

O al menos eso le hicieron creer a los Amos.

Lo que Zor en realidad tenía en mente era sembrar los planetas con la flor invid. Se engañó fácilmente a Dolza y a sus lugartenientes, Breetai y los demás, para que creyeran que él estaba llevando a cabo las órdenes de los Amos, tanto para proteger la seguridad de Zor como para asegurar la inversión de los Amos. La incapacidad de comprender o efectuar reparaciones en cualquier

dispositivo robotech y el temor a aquellos que sí podían hacerlo, estaban programados en los zentraedis como un obstáculo para prevenir una posible rebelión a gran escala de guerreros. Los zentraedis entendían los funcionamientos de la robotecnología tanto como a sus corazones humanoides.

Así, Zor trabajó en Spheris, Garuda, Haydon IV, Peryton y otros numerosos planetas con la urgencia extraordinaria de cumplir su imperativa. Los invids siempre estaban a un paso detrás de él, ya que su nebulosa sensorial estaba alerta hasta de los rastros diminutos de protocultura; sus inorgánicos quedaban en aquellos mundos para conquistar, ocupar y destruir. Pero no importaba: en cada uno de esos casos los brotes no lograron echar raíces.

Fue en algún punto de este viaje que el propio Zor empezó a usar las Flores de la Vida de una forma nueva, ingiriéndolas como vio que los invids hacían en Optera hace tanto tiempo. Y fue durante este tiempo que empezó a experimentar la visión que lo iba a guiar en un nuevo curso de acción. Parecía inevitable que los invids lo alcanzaran mucho antes de buscar y sembrar planetas convenientes, pero sus visiones le habían revelado un mundo muy alejado de ese sector belicoso del universo donde los Amos Robotech, los zentraedis y los invids rivalizaban por el control. Un mundo de seres lo bastante inteligentes como para reconocer todo el potencial de su descubrimiento –un mundo albi azul, infinitamente hermoso, bendito con el tesoro de la vida– ubicado en el quid de eventos trascendentes, en el cruce de caminos y el lugar decisivo de un conflicto que se iba a extender por las galaxias.

Un mundo al que él estaba destinado a visitar.

Bien consciente del peligro que representaban los invids, Zor programó las coordenadas del continuo de este planeta en las computadoras astrostáticas de la fortaleza dimensional. Del mismo modo, programó algunos de los dispositivos robotech de la nave para que cumplieran su papel de llevar a los nuevos albaceas de su descubrimiento un mensaje de advertencia especial que su propia imagen les iba a entregar. Es más, reclutó la ayuda de varios zentraedis (a quienes expuso a la música para que superaran su cruel condicionamiento) para que llevaran a cabo la misión.

Los invids alcanzaron a Zor.

Pero no antes de que la fortaleza dimensional despegara con éxito y se pusiera en camino.

Hacia la Tierra.

Los eventos subsiguientes –en particular la persecución de la fortaleza por parte de los zentraedis–, fueron tanto parte de la historia de la Tierra como lo fueron de Tirol, pero todavía había capítulos para desplegar, transformaciones y reconfiguraciones, repercusiones imposibles de predecir, eventos que habrían sorprendido al propio Zor... si hubiera vivido.

–Adiós, Zor –había dicho Dolza cuando se envió a Tirol el cuerpo inanimado del científico–. Que puedas servir mejor a los Amos en la muerte que como lo hiciste en vida.

Y de hecho, los Amos Robotech se habían esforzado para lograr eso; aprovecharon los restos de Zor y extrajeron de su depósito neurológico todavía funcional una imagen del mundo albiazul que él había elegido para heredarle la robotecnología. Pero más allá de eso, la mente de Zor demostró ser tan impenetrable en la muerte como lo había sido en vida. Así, mientras los zentraedis de Dolza exploraban el cuadrante en busca de esta “Tierra”, los Amos tenían poco para hacer salvo sostener con firmeza las unidades sensoriales en forma de hongo que habían llegado a representar su enlace con el mundo real. Con desesperación intentaban volver a tejer los hilos destejidos de lo que una vez fue su gran imperio.

Durante diez largos años, según la cuenta de la Tierra, esperaron alguna noticia alentadora de Dolza. Eso representaba un parpadeo para los enormes zentraedis, pero para los Amos Robotech, que en sí eran humanos a pesar de su estado psicológico evolucionado, el tiempo a veces se movía con una lentitud agónica. Esos diez años vieron el decaimiento ulterior de su civilización, ya debilitada por la decadencia interior, por los ataques incesantes de los invids hambrientos de protocultura, por una rebelión creciente al borde de su imperio, y por la desafección elevada entre las líneas zentraedis que estaban empezando a reconocer a los Amos como los seres falibles que eran.

Habían localizado a los herederos de la robotecnología –los “descendientes de Zor”, como se los llamaba–, pero iban a pasar dos

años más antes de que la armada de Dolza hiciera un movimiento decisivo para recuperar la fortaleza dimensional y su muy necesaria matriz de protocultura. Había una preocupación creciente, máxime entre los Amos Ancianos, sobre que ya no se pudiera confiar en Dolza. Él desde el principio pareció albergar algún plan propio: hace doce años estuvo reacio a devolver el cuerpo de Zor y ahora se mantenía incomunicado mientras se movía contra los poseedores de la fortaleza de Zor. Con su armada de más de cuatro millones de naves robotech, el comandante en jefe zentraedi tenía las de ganar si se aseguraba la matriz de protocultura para él.

Hubo razones de sobra para preocuparse cuando se supo que “los descendientes de Zor” eran humanoides como los Amos. La raza guerrera desdeñaba lo que fuera menor que ella y había llegado a visualizar a los humanoides de proporción normal como “micronianos” –irónico, dado el hecho que los Amos pudieron haber “ajustado” a los zentraedis a cualquier dimensión que desearan. Su tamaño actual era de hecho una pobre ilusión: dentro de esos esqueletos gigantescos latían corazones hechos del mismo material genético que el de los supuestos micronianos que ellos tanto despreciaban. Debido a esa similitud genética básica, los Amos Robotech tuvieron cuidado de escribir advertencias en los archivos pseudo-históricos de los zentraedis para que evitaran el contacto prolongado con cualquier sociedad microniana. Pero lo cierto era que se temía que tal exposición a la vida emotiva pudiera reavivar recuerdos reales del pasado biogenético de los zentraedis y los verdaderos fundamentos de su existencia.

Según los informes que recibieron del comandante Reno (quien había vigilado el retorno del cuerpo de Zor a Tirol y cuya flota todavía patrullaba la región central del imperio), algunos de los elementos bajo el mando de Breetai se habían amotinado. Dolza, si se podía creer el informe de Reno, por ende había elegido trasponer toda la armada al espacio terrestre, con planes de aniquilar el planeta antes de que el contagio emotivo se extendiera al resto de la flota.

Los zentraedis podían aprender a tener emociones, ¿pero podían ser capaces de aprender a utilizar todo el poder de la robotecnología?

Esta era la pregunta que los Amos Robotech se habían planteado.

Sin embargo, era pronto para volverse un dilema.

Las sondas sensoriales del hiperespacio adheridas a una fortaleza robotech a unos setenta y cinco años luz de distancia de Tirol habían detectado una descarga enorme de matriz de protocultura en el Cuarto Cuadrante –una cantidad capaz de potenciar a más de cuatro millones de naves.

Capítulo 2

A lo largo de los territorios por los que viajamos (la porción sudoeste de lo que una vez fue los Estados Unidos de América) se podían encontrar los cascos agujereados de los buques de guerra zentraedi elevándose como torres monolíticas desde los eriales irradiados y asolados... En la base de uno de esos recordatorios apocalípticos está sentado el esqueleto de un soldado zentraedi con las piernas cruzadas, casi en una pose de meditación tranquila, todavía vestido con su armadura y sus bandoleras, y una insignificante muñeca de Minmei en su gran mano blindada.

*Dr. Lazlo Zand, Así en la Tierra como en el infierno:
recuerdos de la Guerra Robotech.*

—¡Por consiguiente concluimos, basados en la información disponible, que los humanos y los zentraedis descienden de los mismos antepasados!

Exedore se reclinó en la silla de espaldar recto de la cámara para lanzar una mirada alrededor de la mesa redonda mientras ellos absorbían el peso de su declaración. La exposición continua al sol de la Tierra en estos últimos dos años había puesto unos tonos malva fuertes en su piel y su pelo se había vuelto rojo ocre.

A su derecha inmediata estaba el austero profesor Zand, una figura oscura que había surgido de la elite robotech de Lang; a la derecha de Zand había dos zentraedis micronizados como Exedore y que vestían los mismos uniformes azul y blanco de las Fuerzas de Defensa Robotech. Del otro lado de la mesa en el sentido del reloj, a la izquierda de Exedore, estaba Claudia Grant, la primer oficial de

la SDF-2 –guapa e inteligente representante de la raza negra de la Tierra–, los comandantes Lisa Hayes y Rick Hunter (hechos el uno para el otro, Exedore lo decía a menudo), y el almirante Gloval, serio como siempre.

La rica calidez dorada del sol de la Tierra entraba a raudales en la fortaleza a través de dos bancos de claraboyas opuestas entre sí en el techo catedralicio de la sala de conferencias.

Exedore había estado trabajando codo a codo con el Dr. Emil Lang y varios otros científicos de la Tierra para descifrar algunos de los numerosos documentos que Zor pensó en poner a bordo de la SDF-1 más de una década atrás. Pero su anuncio de la similitud terrestre y zentraedi fue el resultado de una extensa serie de pruebas y evaluaciones médicas. Ya no se aplicaba la distinción entre humano o zentraedi; de hecho, empezaba a parecer que había existido –perdido en algún lugar del tiempo– una raza antepasada común a ambos.

Exedore notó que los terrestres aceptaban esto con menos entusiasmo de lo que podía esperarse en otra situación. Quizás, especuló, se debía a que ellos seguían reproduciéndose de la forma natural, mientras que los zentraedis habían abandonado hace tiempo ese método inseguro por la seguridad de la manipulación genética. En idioma terrestre la palabra era “clonar”; el término zentraedi equivalente más próximo al inglés era “ser”.

En los documentos los esperaban nuevos descubrimientos, sobre todo en el último lote de videotransmisiones que se destapó. Exedore todavía las tenía que ver, pero había indicios de que iban a proporcionar las respuestas a las preguntas sobre de los orígenes históricos de la raza zentraedi, respuestas que también podrían echar luz sobre los orígenes de los terrestres. Toda la evidencia apuntaba a un origen extraterrestre, un tema calurosamente debatido por los científicos de la Tierra, la mayoría de los cuales creía que la raza humana evolucionó de una especie de primate arbóreo que había vagado por el planeta millones de años atrás.

Pero aunque todas estas respuestas protohistóricas estaban llegando con rapidez, el paradero de la matriz de protocultura que Zor había construido en la nave seguía siendo un misterio. Exedore, Breetai, Lang y los otros no habían dejado ni un lugar sin investigar;

¡y Zand hasta había sugerido que la protocultura se estaba escondiendo!

Las respuestas al anuncio de Exedore fueron variadas: El deformado nomo zentraedi oyó la inhalación brusca de Claudia y el “ajá” de Lisa Hayes, expresado de forma que sugería que ella no había esperado menos. El comandante Hunter, por otro lado, estaba sentado con los ojos bien abiertos con un poco de miedo –era la personificación de cierta mentalidad xenófoba que saturaba a las culturas terrestres.

Gloval asentía con la cabeza sin decir nada. Su birrete blanco de comandante estaba bajo sobre su frente para que Exedore no pudiera leer sus ojos.

–Por eso, almirante –continuó Exedore, apoyándose en la mesa–, hay pocas dudas... nuestra composición genética apunta directamente a un punto común de origen.

–¡Eso es increíble! –exclamó Gloval.

–¿No le parece? Mientras examinábamos los datos, notamos muchos rasgos comunes, incluso una propensión por parte de ambas razas a gozar de la guerra.

Esto trajo reacciones sobresaltadas en el lado terrestre de la mesa.

–Sí –dijo llanamente Exedore, como para anticipar cualquier argumento antes de que ellos tuvieran una oportunidad de explotar–. Ambas razas parecen disfrutar de hacer la guerra.

Rick Hunter contuvo la respiración y contó hasta diez.

¿Cómo puede el zentraedi crear sus propias palabras –se preguntó–, cuando fue el amor y no la guerra lo que condenó a los zentraedis a la derrota?

La raza zentraedi había empezado todo el conflicto, y Rick tenía la sospecha de que esta declaración de Exedore era su forma de permitirse salir del anzuelo.

Exedore parecía estar disfrutando su supuesto estado micronizado y Rick sospechaba, además, que esto tenía más que ver con un nuevo sentido de poder que el hombrecito había ganado, que con explorar la nave en busca de esta fábrica de protocultura que todavía tenía que aparecer. Exedore no podía soportar admitir ante sí mismo que sus comandantes habían emprendido una guerra

por algo que ni siquiera existía; ellos casi habían llevado a ambas razas a la destrucción mientras perseguían un ganso que se suponía ponía huevos de oro. De verdad, esta era la saga que iba a quedar en su historia como una leyenda: la persecución de una nave que supuestamente contenía los secretos de eterna juventud, la captura de algo completamente hueco.

Rick miró fijo en los ojos precisos y sin pupilas de Exedore. No le gustaba la idea de ver a Exedore hundiéndose en cada escondrijo de la fortaleza, actuando como si fuera más de su propiedad que de la Tierra. Un momento atrás el zentraedi pareció haber estado evaluándolo, bien consciente del efecto de sus palabras. Rick no iba a decepcionarlo.

–Bien, con todo el respeto debido –comenzó con acidez–, yo no estoy de acuerdo. Nosotros no luchamos porque nos guste... luchamos para defendernos de nuestros enemigos. Por eso, bajo las circunstancias no tenemos ninguna elección en la materia. ¿Entiende?

La mano de Rick se ovilló en un puño. Lisa y Claudia lo miraron con sorpresa.

–Tonterías, comandante –dijo el profesor Zand, que tenía los ojos marmóreos igual que el Dr. Lang. Se puso de pie aplastando las palmas en la mesa para dar presión a su punto–. Siempre hubo guerras en marcha en alguna parte de la Tierra, incluso antes de la invasión del espacio. Yo pienso que esto indica con claridad la naturaleza bélica de los humanos.

Otro simpatizante de los zentraedis –pensó Rick–. Y que también habla como un extraterrestre.

Él empezó a tartamudear una contestación, sintiéndose siempre desarmado cuando iba contra los académicos, pero Zand lo interrumpió.

–Un ejemplo perfecto: mire lo que pasó en la Tierra cuando los pacificadores hicieron su mejor intento por prevalecer. Formaron la Liga de las Naciones y las Naciones Unidas, ¡y las dos fallaron!

Rick se puso de pie para enfrentarlo. ¿Qué tenía que ver todo esto con humanos que disfrutaban de la guerra? Lo más que podía permitir era que algunos humanos disfrutaban la guerra, pero no la mayoría. La mayoría disfrutaba... el amor.

–No puedo creer que haya simplificado los hechos así –gritó Rick–. ¡Prácticamente está reescribiendo la historia!

–Los hechos, señor, no mienten –dijo Zand.

Rick estuvo a punto de saltar sobre la mesa y para convencer al hombre, pero Exedore le ganó de mano. Fijó a Zand con su mirada macabra y dijo:

–Nosotros simplemente le estamos diciendo los resultados de nuestro mejor análisis de datos. Por favor, no interponga sus opiniones.

Así que cuando nosotros tenemos algo que decir, es una opinión, y cuando ellos tienen algo que decir, es un hecho –pensó Rick, refrenándose.

Gloval se aclaró la garganta como para decir algo.

–Fascinante... Así que todos nosotros descendemos de la misma raza, ¿no es cierto? ¿Y quién puede decir en qué dirección nos estamos dirigiendo todos? Puede que nunca lo sepamos...

Rick se replegó en su asiento, mirando fijamente el espacio.

Sin importar lo que pase –pensó–, nunca deberemos permitir que nos volvamos como los zentraedis, desprovistos de emoción... nada mejor que robots. ¡Nunca!

La sala de conferencias, escenario del informe de Exedore, estaba ubicada en el nivel 34 de la nueva fortaleza, llamada SDF-2, que la habían estado construyendo a la par de la propia Nueva Macross. La fortaleza espacial era una copia virtual de la SDF-1 y actualmente estaba sentada de espaldas a ella, unida a su antecesora por cientos de corredores de traslado y servicio, en el centro del lago artificial redondo conocido ahora como Gloval, en honor al almirante. Las mesetas áridas y altas del noroeste de América del Norte parecían idealmente apropiadas para la reconstrucción de la ciudad que una vez había crecido dentro de la súper forta-leza dimensional original. El área estaba fría en comparación a la radiación residual de los corredores costeros devastados, el agua pura era bastante abundante, el clima era templado y no había escasez de espacio. Como resultado, la ciudad creció rápidamente, prosperó y se extendió desde el lago formando un bosque en expan-sión de rascacielos, edificios altos y barrios

suburbanos prefabricados. En los dos años desde su fundación, la población de Nueva Macross aumentó un décuplo, y se la consideraba (aunque no estaba reconocida oficialmente como) la ciudad capital de la Tierra.

Nueva Macross tenía su cuota de zentraedis, aunque casi no tantos como las ciudades que habían crecido en los lugares del continente en que los extraterrestres se estrellaron –Nueva Detroit y la vecina Ciudad Monumento a la cabeza entre ellas. Los zentraedis gozaban de menos libertad que los humanos, pero esto se concibió como una medida temporal para permitir un reajuste y una aculturación gradual. La mayoría de los zentraedis habían optado por la micronización, pero muchos retuvieron su tamaño original. Sin embargo, el control de las cámaras de conversión de protocultura cayó bajo la jurisdicción del gobierno militar, la Fuerza de Defensa Robotech, además conocida como Gobierno de las Fuerzas Terrestres. Se alentaba a la micronización, pero a un zentraedi previamente micronizado raras veces se le permitía el retorno a su tamaño normal. Esto había dado lugar a un movimiento separatista, liderado por Ciudad Monumento, que defendía la creación de estados libres autónomos zentraedis. Las críticas de estas propuestas apuntaban a los crecientes incidentes de levantamientos zentraedis como justificación para mantener el statu quo. El deseo de sangre innato que le hizo ganar a los zentraedis su reputación de guerreros temibles no siempre fue tan fácil de superar y controlar.

En las fábricas del sector industrial de Nueva Ciudad Macross, los humanos y los extraterrestres trabajaban juntos para forjar un futuro unido. A los zentraedis les gustaba trabajar, ya que durante su larga historia de esclavitud a la guerra no habían tenido una experiencia previa con este. Labor manual o línea de ensamble les daba lo mismo. Los gigantes arrastraban cargas enormes de madera y materias primas desde los eriales, mientras que sus hermanos micronizados trabajaban en las mesas de ensamble completando componentes electrónicos o agregando chips de protocultura a los paneles de circuitos robotech –chips que se habían rescatado de las naves arruinadas que marcaban el paisaje.

Pero en este día en particular había tensión en el aire.

Desacostumbrados a una vida sin guerra, algunos de los extraterrestres estaban empezando a cuestionar la nueva vida que habían escogido para ellos.

Utema era uno de ellos. Un Goliath pelirrojo de contextura enorme que había servido bajo Breetai, había trabajado en Nueva Macross durante dieciocho meses, primero construyendo torres de acero en el centro poblacional microniano, después aquí, peinando el campo en busca de materiales utilizables. Pero en una de estas correrías se había tropezado con un campamento de antiguos guerreros que habían abandonado la forma de vida microniana, y desde entonces había contenido un enojo que no podía articular. Un impulso de destruir algo... ¡cualquier cosa!

Sus ojos se habían enfocado en uno de los camiones de la fábrica que estaba estacionado en el patio cercado, un inofensivo camión cisterna que se usaba para el transporte de combustibles. Se le acercó y le dio una patada; experimentó una emoción perdida hacía mucho tiempo cuando el vehículo de juguete explotó y estalló en llamas.

Los obreros que trabajaban en sus estaciones dentro de la fábrica oyeron el bramido de Utema.

–¡Renuncio! ¡No puedo soportarlo! ¡Renuncio! ¡Esto es estúpido!

La explosión había vuelto a encender su rabia. Permaneció con los puños cerrados y buscó algo más para demoler, ignorando las protestas de su compañero gigante. Los dos se habían enfrentado.

–Es peor que estúpido... ¡es degradante! –rugió Utema–. ¡Ya tuve suficiente!

Le dio una violenta patada de costado a una pila de vigas y un grito gutural marcó su veloz movida.

–Cállate y no interfieras –le advirtió a su compañero–. ¡Me voy!

El segundo gigante no hizo ningún movimiento para detener Utema cuando pasó sobre el cerco alambrado y se dirigió hacia el exterior. Otros dos habían llegado a la escena, pero ellos también lo dejaron ir.

–¿Pero a dónde vas? –gritó uno de ellos–. ¡Utema... vuelve! ¡No sobrevivirás ahí afuera!

–¡Eres tú quien no sobrevivirá! –gritó Utema, apuntando con su dedo–. ¡La guerra! ¡La guerra es lo único que nos salvará!

Minmei estaba parada aceptando el aplauso en la luz del reflector de un club nocturno de Ciudad Monumento, vestida con un atuendo ligero azul que tenía los hombros descubiertos. Ni siquiera se acercaba a un lleno total y, defraudada por la concurrencia, ella no había asumido su mejor espectáculo. No obstante, esos pocos que habían podido pagar los boletos aplaudieron sin control, ya sea por respeto o por cortesía, ella no estaba segura de cual. Quizás se debía a que la mayoría de sus seguidores raramente sabían cuándo era mala su actuación –ella misma era su crítico más exigente.

La luz era una cortina calurosa y cómoda de la que ella no quería salir.

Kyle la estaba esperando detrás del escenario en el gran camarín casi desamueblado, apoyado contra la pared con los brazos cruzados y aspecto malhumorado y enfadado. Estaba vestido con pantalón vaquero y una chaqueta de pecho estrecho con colas. Ella pudo ver que él había estado bebiendo y se preguntó cuándo pasaría a su número de Jekyll y Hyde de nuevo. Sin duda él había captado todas sus notas desentonadas, los cambios de tiempo y las palabras erradas.

–Hola –ella lo saludó con remordimiento.

–Eso fue terrible –le soltó Kyle, sin ningún preámbulo. Iba a ser una mala noche, quizás tan mala como la noche en que él le había pateado una botella.

–Lo siento –le dijo mecánicamente, se dirigió directamente hacia el tocador y se sentó en uno de los taburetes tapizados para sacarse el maquillaje.

Kyle permaneció en la pared.

–Me preocupa ese concierto de caridad de mañana... si va a ser así.

–Estaré bien –le prometió, mirando sobre su hombro–. Esta noche había tan pocas personas que realmente me sorprendió. No te preocupes, mañana estaré bien.

–Este es un club de categoría –persistió Kyle–. Decepcionamos a nuestros clientes.

Ella suspiró. Él no iba a dejar las cosas así. Ella ya no podía

hacer nada bien. Él constantemente la estaba sermoneando y trataba de cambiar su comportamiento.

–Lo sé –dijo con docilidad, sinceramente deprimida; no por defraudar a Kyle sino por dar menos al público de lo que podía.

–Bien, ya no hay nada que podamos hacer sobre eso ahora... el daño está hecho.

Ella empezó a aplicarse crema en la cara.

–Podrías haber reducido un poco el precio de admisión, ¿no?

–Se obtiene lo que se puede –dijo Kyle a la defensiva, agitando su puño contra ella o contra el mundo, ella no supo a cual. Él se le acercó–. Y después, no te olvides, mi querida... compartiremos el monto que ganemos con todas las personas pobres, ¿correcto?

Su voz de reproche estaba llena de sarcasmo y furia, y sugería que ella era de algún modo la culpable de sus acciones: él tuvo que aumentar mucho los boletos porque ella fue la que insistió en dividir todas las ganancias con los necesitados. Kyle casi no sabía que ella habría trabajado feliz sin ninguna ganancia. Ya no parecía correcto trabajar por dinero con tanta necesidad, tanta tristeza y miseria en lo que quedaba del mundo de todos.

–¿Entonces por qué no damos todo el dinero a la caridad? –preguntó ella, enfrentando su mirada–. Nosotros tenemos suficiente.

Kyle ahora estaba arrodillado al lado de ella; todavía había furia en sus ojos, pero un nuevo tono de conciliación y paciencia en su voz. Le puso las manos en los hombros y la miró a la cara.

–Así es, pero no lo suficiente para hacer realidad nuestros sueños. ¡Seguro puedes entender eso!

–Sí, pero...

–Nosotros nos prometimos que íbamos a construir una gran sala de conciertos algún día y que allí íbamos a realizar todo nuestro trabajo... ¿correcto?

Ella quiso recordarle que ellos habían hecho esa promesa hace años, cuando tales cosas eran posibles. ¿Una gran sala de conciertos ahora, en medio de este páramo, con las cosas a medio reconstruir y grupos aislados de personas que trabajan la tierra y que nunca se alejan a diez kilómetros de casa? Pero ella no tenía la energía para discutir con él. Podía imaginar el tono acusatorio de su voz: Tú eres la que debe entender sobre los sueños... tú tuviste tantos...

–Ahora, límpiame –le ordenó Kyle mientras se ponía de pie–. Después de que te vistas, te llevaré a cenar, ¿de acuerdo?

–No tengo mucha hambre, Kyle –le dijo.

Él giró hacia ella y explotó.

–¡De todas formas vamos a comer! Traeré el automóvil.

La puerta se cerró de golpe. Ella se prometió que no iba a llorar y siguió trabajando en quitarse el resto de maquillaje; tenía esperanza de que él se calmara un poco para cuando se lo encontrara en la puerta lateral. Pero eso no pasó.

–Ven, entra –le ordenó, abriendo la puerta del pasajero del automóvil deportivo.

Ella frunció el ceño y se deslizó en el asiento de cuero. Kyle aceleró antes de que ella cerrara la puerta y cuando dejaron el club salió echando humo. Él sabía que ella odiaba eso casi tanto como odiaba al auto en sí –un auto deportivo todo terreno de tracción frontal dual, siempre sediento de combustible y que simbolizaba todo lo que ella detestaba del viejo y nuevo mundo: la idea de privilegio, el estado, los tener y no tener.

–¿Dónde te gustaría comer? –dijo Kyle con desagrado, haciendo rebajes con el vehículo.

–En el restaurante de tu papá. No hemos ido allí en mucho tiempo.

–No quiero ir ahí.

–¿Entonces por qué insistes en preguntarme dónde quiero comer, Kyle? ¡Sólo déjame bajar e iré sola!

–¿Oh? –empezó a decir Kyle, pero se tragó el resto cuando se dio cuenta de que Minmei había abierto la puerta. Una camioneta que venía de frente los esquivó y les pasó muy cerca cuando Kyle dio el volantazo hacia la izquierda para introducirla de vuelta en el vehículo. Pero giró demasiado para salir del coletazo y terminó en un trompo que lo puso en contramano. El auto pasó por varios deslices más antes de que pudiera frenar seguro y detenerse en una loma. Después se apoyó sobre el volante y exhaló ruidosamente. Cuando habló, todo el enojo y el sarcasmo lo habían dejado.

–Minmei... pudimos habernos matado...

Minmei ni siquiera estaba agitada por el incidente porque había logrado algún propósito.

–Lo siento, Kyle. Pero en serio voy a ir allá, aun cuando tenga que caminar –abrió la puerta de nuevo y empezó a salir–. Adiós.

–No, espera –la detuvo–. Vuelve al auto.

–¿Por qué debería?

–Yo... yo te llevaré hasta el límite de la ciudad.

–Te lo agradezco tanto, Kyle –dijo y se volvió a sentar.

A poco del horario de cierre, las puertas del Dragón Blanco reconstruido se abrieron cuando Minmei se acercó. El restaurante, que todavía era el centro de la ciudad como lo había sido en Isla Macross y después en la SDF-1, estaba lleno incluso a esta hora tan tarde.

–¡Hola! Estoy aquí –gritó, alegre de nuevo; la discusión con Kyle ya había quedado atrás.

La tía Lena estaba limpiando. Tommy Luan, el alcalde de Macross de pecho redondo, y su anticuada esposa, Loretta, estaban tomando el té.

–¡Oh, volviste! –dijo Lena; una sonrisa calurosa se extendió por su cara, la madre que Minmei había perdido.

–¡Eh! –vociferó el alcalde, igualmente feliz de ver a su creación extraviada.

Ella saludó a Lena con un abrazo.

–¡Bienvenida de vuelta, querida! ¿Pero no deberías estar ensayando para tu concierto? –Minmei era la hija que Lena nunca había tenido, y al mismo tiempo, un reemplazo para el hijo que parecía haber perdido.

–Ajá –le dijo Minmei y abandonó el tema–. Señor alcalde, ¿cómo está?

–Estoy bien, Minmei.

–Es bueno verte, querida –dijo su tiesa esposa. Era una cabeza más alta que su marido y tenía una cara larga, casi enflaquecida, marcada por una barbilla prominente. Usaba su pelo castaño rojizo ondulado tirado hacia atrás en un rodete poco atractivo y mantenía el cuello de su blusa cerrado firmemente con un gran broche azul.

Loretta y Tommy eran una pareja casi tan inverosímil como la ágil Lena y el petizo Max, quien estaba saliendo de la cocina con su delantal y su sombrero de cocinero todavía puestos.

–Eh, Minmei –dijo con lentitud.

–¡Tío!... ¿Está bien si me quedo aquí con ustedes esta noche?

–¡Claro que está bien! Mi niña, hasta puedes usar tu viejo cuarto otra vez.

–Oh, gracias, tío Max –dijo Minmei, repentinamente dominada por un sentimiento de amor hacia todos ellos, feliz de estar de vuelta en el redil, lejos de las luces, de las multitudes, de la atención... de Kyle.

–¿No es genial? –clamó el alcalde-. ¡Ella no ha cambiado nada, incluso después de hacerse famosa!

Tres clientes masculinos habían dejado su mesa para rodearla, preguntaron qué era lo que estaba haciendo ahí y aprovecharon la naturaleza casual de su visita para pedirle autógrafos.

–El éxito no estropeó a nuestra Minmei.

–Ella todavía es nuestra muchachita –dijo Max.

Y así era como ella quería sentirse en ese momento: ser la mimada en vez de ser la que siempre tenía que mantener las cosas en movimiento.

–¡Oh, no! –dijo riéndose-. ¡Eso me hace parecer como una criatura que no ha crecido en absoluto!

–¡Oh, no quise decir eso! –Max se retractó, uniéndose a la risa.

Después de firmar autógrafos y comer algo –Lena se negó a aceptar un no como respuesta–, Minmei se excusó y subió a su cuarto. No hubo preguntas sobre Kyle; era como si él ya no fuera parte de la familia.

Lena y Max no habían cambiado nada, ni siquiera después del traspaso del restaurante desde la bodega de la fortaleza dimensional; ellos tuvieron que volver a poner todo donde había estado –hasta la absurda cabeza de conejo rosa que llevaba su nombre y que ella había clavado en la puerta.

Una vez dentro, un diluvio de recuerdos empezó a agobiarla.

Su primera noche en este mismo cuarto cuando llegó a Isla Macross desde Yokohama, la vista que el balcón de estas mismas ventanas tenía de la SDF-1 reconstruida; la celebración del Día del Lanzamiento y la locura que había ocurrido. Los años en el espacio y los raros giros del destino que le habían traído la fama... Y a través de todo eso vio a Rick viajando junto con ella,

acompañándola, aunque no siempre a su lado.

Levantó la vista hacia el rincón del cuarto que dañó el Battloid de Rick el día que el destino le había lanzado una curva. Habían reparado la cornisa del cuarto, pero el lugar nunca pareció retener la pintura por mucho tiempo, como si la mancha hubiera decidido revivirse.

Minmei cruzó hacia su escritorio, abrió uno de los cajones y recuperó el regalo que Rick le había dado hace más de tres años en su decimosexto cumpleaños. La Medalla de Honor de titanio que él recibió después de la batalla de Marte. Recordó cómo él había aparecido bajo su balcón apenas unos minutos antes de la medianoche y le había arrojado el regalo.

–Ella dice lo que yo no puedo decirte –le había dicho Rick en ese entonces.

El recuerdo le calentó el corazón, derritiendo algo de la tristeza alojada ahí. Pero de repente se sintió lejos de la alegría y del amor de esos primeros tiempos; algo dentro de ella estaba en peligro de morir. Sollozó y sostuvo la medalla cerca de su pecho.

–¿Oh, Rick, qué he hecho?

Capítulo 3

¿Qué recuerdo de esos días en Nueva Macross?... De la furia, de las conversaciones estridentes, de la desesperación -casi parecía como si la capacidad de cambio de forma de la protocultura se hubiera hecho cargo del mismísimo destino, cambiando y modificando los destinos individuales, transformando y reconfigurando las vidas...

Lisa Hayes, Recuerdos.

El sol subió en los cielos cirrosos de Nueva Ciudad Macross, el primer día fresco y claro de otoño. El polvo estratosférico y los desechos que durante dos años habían creado lunas azules, ocasos sombríos e inviernos perpetuos por fin se estaban disipando, y todos los indicios mostraban que la Tierra estaba de verdad mejorando.

Minmei, vestida con una falda veraniega blanca y un suéter rojo, salió del Dragón Blanco y respiró hondo el fresco aire de la mañana. Se sentía más descansada de lo que se sintió en meses; la comodidad de su propio cuarto y la compañía de su familia eran cálidas en su memoria. Un vendedor de periódicos con una gorra de béisbol marrón inclinada en su cabeza pasó apurado y dejó caer la edición de la mañana; ella lo saludó alegremente y salió a caminar por la calle, sin notar que él giró sobresaltado sobre su eje cuando reconoció a la estrella al instante y se sintió un poco defraudado cuando ella no se detuvo para hablar con él un momento.

Ella tenía muchas cosas en su mente, pero para variar sentía que tenía todo el tiempo del mundo para enfrentar todo. La banda la iba a estar esperando para el ensayo, pero todavía había horas de sobra y ella solo quería pasear por las calles y decirle hola a la ciudad a su

manera. Tuvo que recordarse que lo de ahí arriba no era ninguna proyección de EVE, porque estaba desacostumbrada a los cielos soleados. Había sido una criatura de la noche demasiado tiempo, victimada por sus propias necesidades tanto como por los planes grandiosos de Kyle para el futuro.

La discusión de anoche parecía muy lejana de este nuevo optimismo que corría a través de ella. Si sólo pudiera hacerle entender a Kyle, si sólo dejara de beber y volviera a las disciplinas que lo hicieron único ante sus ojos... Él a veces parecía estar tan fuera de sitio como los propios zentraedis, anhelando nuevas batallas para emprender, nuevos frentes para abrir. Él detestaba la presencia del ejército y seguía culpándolos de la destrucción casi total del planeta. Minmei le tenía lástima por eso. El ejército por lo menos se las había logrado recuperar un lugar para el nuevo crecimiento. Y en cuanto a su presencia, la amenaza de un último ataque era real –y no uno fabricado para mantener a los civiles a raya, como Kyle clamaba. Desolaron la Tierra una vez, y eso podía pasar de nuevo.

Pero esos eran pensamientos demasiado oscuros para tener en un día tan glorioso, y decidió sacarlos de su mente. Había belleza y vida renovada en cualquier lugar al que mirara. Los rascacielos se elevaban como torres de plata sobre las azoteas, y el lago Gloval parecía como si lo hubieran rociado con gemas...

Rick ya había comenzado su carrera matinal en las afueras de Nueva Macross, hoy vestido por completo con ropa de gimnasia, un equipo beige que Lisa le había dado para su cumpleaños. La ciudad todavía estaba dormida, aprovechando el fresco para pasar unos momentos extras acurrucada bajo las mantas, y no había tráfico con el que luchar. Por eso trotaba sin ningún curso prefijado en mente por el frente del lago y después por el entramado de las calles de la ciudad. Unas naves de carga de fondo plano transportaban los suministros desde y hacia los portaaviones que todavía estaban unidos a la SDF-1, mientras que las lanchas sacaban al personal del turno noche de la SDF-2, la que se estaba completando rápidamente a espaldas de su nave nodriza.

Inhala lo bueno, exhala lo malo –entonaba mientras corría... y

necesitaba librarse de mucho de lo último. Si se le preguntaba por qué estaba tan enfadado, probablemente no habría podido ofrecer una explicación clara. Sólo esto: estaba tenso. Si tenía algo que ver con su situación con Lisa, o con la situación de Minmei con Kyle, o con la situación de la Tierra con los zentraedis, él no podía estar seguro. Quizá era una combinación de todo, emparejado con un sentido subyacente de insignificancia que había dado lugar a este antinatural cinismo y desesperación.

–Ambas razas parecen disfrutar de la lucha –había dicho Exedore.

Ahora lamentaba haber convertido la sesión de información en un debate –se habría sentido diferente de haber podido aclarar su punto–, pero todavía estaba seguro de sus sentimientos: que los zentraedis, por más similitudes genéticas que tuvieran con los humanos, eran casi tan malos como unos androides programados. Todo lo que se necesitaba hacer era mirar alrededor y ver que él tenía razón: los zentraedis estaban hambrientos de guerra –biólogicamente hambrientos. Estaban abandonando sus posiciones, a veces con violencia –el incidente reciente de Nueva Pórtland era un ejemplo de este punto–, para unirse con sus compañeros malcontentos en recintos provisionales en el erial, fuera del alcance de los humanos, que no podían resistir la radiación prolongada. Quizás se había cometido un error al intentar la unión, pese a las ganancias de Nueva Macross gracias a la literal mayor fuerza de trabajo. Pero Rick estaba seguro de que era sólo una cuestión de tiempo antes de que todos los zentraedis hicieran lo mismo y volvieran a guerrear.

Exhaló bruscamente y aceleró el paso.

A unas pocas calles del Dragón Blanco, sólo a unas cuadas del presente curso de Rick, una camioneta de reparto se detuvo delante de un edificio de dos pisos con un toldo rayado rojo y blanco, y un cartel con forma de arco iris que decía LIMPIEZA. Al volante estaba Konda, uno de los tres antiguos espías zentraedis.

–¡Rico! ¡Dame una mano con esto! –gritó Bron desde la acera, con un cesto lleno de lavado en sus brazos musculosos.

La puerta de la tienda se abrió y el fundador del culto Minmei

salió; usaba unos anteojos desmesurados e innecesarios, convencido de que mejoraban su apariencia. Rico también se había dejado crecer el pelo y estaba vestido con un uniforme azul y blanco de cintura corta que le quedaba como un traje de ocio.

Los tres antiguos agentes secretos se habían asegurado el trabajo con el servicio de limpieza hace varios meses, ya que su fascinación por la ropa era tan fuerte como lo había sido cuando experimentaron por primera vez la vida microniana en las bodegas de la SDF-1.

–Eh, adivinen qué pasó –dijo Konda, asomándose de la camioneta.

–¿Qué pasó? –Rico se apuró a responder con agitación, dejando que Bron (con unos siete kilos menos que dos años antes) se defendiera solo.

–Adivina.

–¿Qué? –repitió Rico, quien disfrutaba el juego pero todavía no tenía en claro las reglas.

–Minmei está en el pueblo... ¡se quedó anoche en el restaurante!

–¡No bromees!

–Me lo dijo su señoría el alcalde en persona.

Rico hizo un gesto de confusión.

–Pero yo vi en el diario que Minmei tiene un concierto en Ciudad de Piedra –él quería creerle a Konda, pero todavía...

–Bien; si ella sale bien temprano hoy, todavía puede lograrlo –ofreció Konda como explicación.

Rico chasqueó los dedos.

–¡Ratas! Si lo hubiera sabido, habría ido a comer al restaurante anoche –escarbó en los bolsillos de sus pantalones y sacó un cuaderno pequeño que de inmediato comenzó a hojear. Era posible que se hubiera equivocado sobre el concierto de Ciudad de Piedra-. Hmm... veamos... parece que olvidé su horario de conciertos en mi otro cuaderno.

Si la información de Konda era correcta, entonces Minmei tal vez iba a pasar otra noche en el Dragón Blanco.

Rico se regodeó con la idea de “tener una misión”. Él y sus compañeros habían tenido su cuota de tardes aburridas últimamente. Las cosas no parecían estar funcionando muy bien

entre ellos tres y Kim, Vanessa y Sammie. No podía explicar las razones de esto, pero dedujo que tenía algo que ver con la procreación, ese misterio de misterios tan importante para las hembras micronianas. No todos podían ser tan afortunados como Miriya Parino y su compañero...

Justo en ese momento Bron se apareció detrás de él con una pila pulcramente plegada de sábanas en sus brazos.

–¡Eh! Se supone que somos lavanderos y no chismosos –Bron tomaba su trabajo muy en serio porque juzgaba que esa era una de las cosas más importantes que un microniano podía hacer... después de cocinar, claro. El cuidado y el mantenimiento de los uniformes sobre todo-. Ahora, ustedes hacen la entrega o planchan, o yo voy a tener que... ¿ah?

Bron empujó a Rico a un lado y avanzó unos pasos en la acera, mirando fijamente a una caminante que venía en su dirección.

–Eh... ¿estoy soñando? –dijo, y después agregó-. ¡Lo es!

–¿Ah? –dijo Rico, tentado de quitarse los lentes.

–Es esa... –Konda se asomó de la camioneta.

–¡Minmei! –dijeron los tres al unísono, incapaces de creer su suerte.

–Hola –ella sonrió y levantó su mano. No había visto a ninguno de ellos en meses... desde su último concierto al aire libre en Nueva Macross, donde ellos se habían sentado en primera fila y le habían llevado flores artificiales.

Rico y Bron corrieron hacia ella, y Konda se apuró a ganar la retaguardia.

–Minmei, te gustaría... bien, ¿te gustaría autografiar esto? –dijo Bron y le ofreció su montón de lino planchado.

–Eh, Bron, eso le pertenece a un cliente –señaló Rico, seguro de que su conocimiento del protocolo microniano iba a impresionar a Minmei. Pero Bron lo ignoró.

–¿Y qué? ¡Le compraré una nueva al cliente!

Esto encontró el favor de Rico y Konda, quienes estiraron las manos hacia las sábanas al mismo tiempo, causando una cinchada instantánea con lo que todavía no había caído a la vereda.

Minmei retrocedió, preocupada por cómo iba a terminar esta batalla; pero finalmente se rió y buscó un bolígrafo en su bolso.

En otra parte de la ciudad una batalla más violenta estaba en marcha.

El alcalde Tommy Luan estaba haciendo su ritual matutino (ponerse una corbata y sacársela después), cuando vio que algo pasaba volando por la ventana de su alcoba del segundo piso –algo grande y rojo que estaba tan relacionado con el aire como una corbata estaba relacionada con su cuello. Se movió hacia la ventana a tiempo para ver un auto compacto caer a la calle y explotar. Los peatones gritaban y huían de la escena.

Algún idiota que se lanzó del techo del garaje de estacionamiento –pensó Luan mientras se dirigía hacia la escalera. Cuando llegó al nivel de la calle, las llamas y el humo espeso habían envuelto lo que quedaba del automóvil. Pero se había alejado muy poco del edificio cuando una segunda explosión llenó el aire, más estremecedora que la primera. Luan vio que una segunda nube negra se levantaba sobre los techos de algún lugar cercano y corrió hacia la dirección del humo, reconsiderando su hipótesis previa. ¿Este era un ataque sorpresa o algún nuevo grupo terrorista en acción?

Cuando se acercó a la esquina, una viga voladora arrancó un farol que lanzó un chorro de chispas que lo detuvieron en seco. A la vuelta de la esquina aparecieron dos gigantes zentraedis, uno blandiendo una cañería larga y llevando un costal grande lleno con quién sabe qué. Luan había empezado una retirada lenta por su calle, pero los dos lo vieron y comenzaron a perseguirlo. Cansado después de una cuadra, el alcalde se detuvo y cayó de rodillas delante de su casa.

Los zentraedis estaban sobre él, amenazándolo con la cañería.

–Les ruego que ten-tengan piedad.

–¡Tendré piedad de ti si me das todo lo que tienes! –gruñó instintivamente el que llevaba la cañería, sin ningún propósito real más que la intimidación en la mente.

–E-es más fácil decir que hacer –le contestó Luan, tratando de pensar qué podía tener que le interesara a un guerrero de dieciocho metros de alto.

Dentro de la casa, Loretta, la esposa de Luan, había visto la

espantosa escena callejera desde la ventana de la sala y se había conectado con la base por teléfono. El puño cerrado de uno de los extraterrestres llenó la ventana detrás de ella.

–Correcto... correcto –decía ella con pánico creciente en su voz–. Se pusieron muy violentos y sumamente peligrosos de repente. Están intentando tomar nuestra comida, nuestras posesiones y todo lo que...

Algo la tomó, cortando su respiración.

La levantó del piso y la pasó por la puerta delantera; sus hombros delgados y su cuello frágil quedaron apretados por el agarre de los gigantescos dedos. El guerrero, que se había puesto de rodillas para sacarla de su casa, la sostuvo a tres metros sobre la acera y la estrangulaba mientras le rugía en la cara.

–¿Qué crees que estas haciendo? ¡Siéntate! –le dijo con aspereza y la arrojó contra el hormigón. Esto le sacó el aire y le dislocó la espalda. A pesar del dolor, ella reconoció que estaba sentada en una posición de lo menos femenina; su falda azul tableada estaba levantada sobre sus muslos pero no había nada que pudiera hacer por eso. Después, de repente, Tommy estuvo a su lado, sosteniéndola y gritándole a los extraterrestres.

–¡Monstruos! La lastimaron –Luan envolvió sus brazos fornidos alrededor de su esposa–. Sé fuerte, querida. Vamos a llevarte al hospital tan pronto como...

–¡Tú no vas a ningún lado! –aullaron los dos zentraedis y se acercaron para lanzar una sombra oscura sobre ellos dos...

Rick respiraba agitado y se exigía en una carrera corta cuando oyó que gritan su nombre. Se obligó a detenerse, se encorvó con las manos en las rodillas y jadeó un momento antes de darse vuelta. ¡Lisa! Él había evitado a propósito su ruta usual por temor a tropezar con ella, y aquí estaba, a menos de tres metros, atractiva con su falda azul y su suéter de cuello en V anaranjado. Hubo algunos momentos incómodos entre ellos estas últimas semanas. Ella había dejado de venir a su casa –incluso (de forma indirecta) devolvió la llave que él le había dado. Ella pensaba que él estaba viendo a Minmei otra vez, pero él no lo hacía. En realidad no.

–¿Qué haces levantada tan temprano? –preguntó cuando ella se

acercó.

–Em... bien, no estaba durmiendo muy bien –tartamudeó ella.

–¿Por qué no? –dijo Rick, sintiendo una preocupación repentina.

–Algo anda mal.

–¿Mal? ¿Qué quieres decir?

Lisa lo miró fijamente. ¿Él alguna vez iba a poder hablar con ella?

–No lo sé –le dijo–. No estoy muy segura...

–Bien, trabajar en la patrulla me ha hecho bastante sensible a lo que está pasando... hay un poco de tensión, pero podemos manejarlo.

¿Está hablando sobre la tensión entre nosotros dos, o se refiere a la tensión entre los zentraedis? –se preguntó Lisa. La patrulla lo estaba haciendo sensible... ¿a qué? Ella quería creer que esa era la forma de disculparse de Rick.

–Será mejor que me reporte –dijo él, mientras señalaba a la SDF-1–. Es hora del desayuno.

Lisa sonrió para sí misma. Era como arrancarse los dientes... pero no iba a rendirse con él. Todavía no.

–¿Te molestaría si camino contigo? Todavía no tengo ganas de regresar a mi casa, ¿de acuerdo?

–Lo estuve pensando –dijo Rick cuando comenzaron a caminar–, puedes tener razón sobre que hay problemas.

Ese fue el comentario más premonitorio que Rick había proferido en mucho tiempo –aunque los eventos subsiguientes lo iban a borrar de su memoria– porque resulta que Minmei pasó caminando por la misma calle en la que Rick y Lisa entraron cuando dieron la vuelta a la esquina a menos de diez pasos delante de ella.

Minmei se quedó helada y contuvo la respiración, mientras esos volvían recuerdos persistentes que había experimentado en su cuarto la noche pasada. Verlo ahora, prácticamente del brazo con esta otra mujer, sólo fortaleció sus anhelos previos y, peor que peor, reforzó sus peores miedos. ¿Qué había hecho?

–Oh, escucha –oyó que Rick le decía a Lisa–. Me olvidé de decirte... puse tus fotos en mi álbum.

–¿En serio? Eso fue muy dulce.

Rick se volvió hacia Lisa y empezó a hablar.

–Espero que no te importe, pero yo...

En ese momento la vio ahí parada.

El instante estaba lleno de drama verdadero, pero Minmei se mantuvo al margen. Ella estaba lo bastante cerca como para que él la oyera sollozar y viera las lágrimas; después se volvió y corrió.

Su actuación no pasó inadvertida ante Lisa. Pero Rick quedó completamente engañado y salió corriendo detrás de ella pidiéndole que esperara.

¿Por qué? –gritó Lisa para sí misma–. ¿Por qué tiene que manipularlo, y por qué él cae siempre en eso, y por qué lo estoy persiguiendo mientras él la persigue a ella?

Rick y Lisa iban detrás de Minmei cuando ella dobló en la esquina, pero de pronto desapareció de la vista.

–¿Cómo pudo haber desaparecido tan rápido? –dijo Rick, echando una mirada alrededor.

Lisa estaba sin aliento. Ella se había figurado –correctamente, de hecho– que Minmei se estaba escondiendo en una de las bodegas de más adelante.

Estaba a punto de sugerir que probaran una dirección diferente cuando una voz estruendosa gritó.

–¡Dije que te calles!

Rick y Lisa se volvieron. Sobresaliendo sobre el edificio situado en diagonal a la esquina en que estaban, dos obreros zentraedis estaban discutiendo. El pelirrojo dio un paso adelante y tiró un puñetazo que le dio al segundo en la mandíbula y lo hizo caer a la calle con un golpe estremecedor.

–¡Vamos! –dijo Rick, corriendo hacia la gresca.

Cuando Rick y Lisa llegaron a la escena, el zentraedi pelirrojo estaba montando a su rival, golpeándole la cara. Un tercer zentraedi, obviamente aliado con el ganador, estaba parado con una sonrisa torcida. Tommy Luan estaba agachado en la vereda cercana.

Rick tomó coraje y dio un paso adelante.

–¡Detengan la pelea ahora mismo! –gritó–. ¡Dije que se detengan!

El alcalde corrió al lado de Rick desde el otro lado de la calle sosteniendo a su esposa herida.

–¡Comandante! ¡Gracias a Dios que está aquí!

–¿De qué se trata todo esto, señor? –le preguntó Rick.

–¡Ellos amenazaban con matarnos! Después se presentó este otro y ellos empezaron a discutir...

–¡Yo ya no puedo vivir aquí! –bramó el zentraedi pelirrojo, que tenía a su rival sujetado contra la calle.

Luan, animado por la presencia de Rick, se adelantó para dirigirse hacia el gigante.

–Ya te lo dije... entiendo tu problema, pero tienes que ser razonable con...

–¡Cállate, gordito! –dijo el antiguo guerrero, mientras se ponía de pie–. ¡Te aplastaré! ¿Entiendes?

Luan y su esposa se escondieron detrás de Rick.

–Dígale que no se enoje por eso, comandante.

Justo en ese momento las calles empezaron a temblar con un trueno reconocible. Las sirenas de la defensa civil sonaban al paso de cuatro Excaliburs MK VI, que asumieron sus posiciones a cada lado de los zentraedis con sus brazos de cañones levantados. Parientes de diseño bípedo del cañón MAC II, los mecas estaban llenos de gatlings y podían liberar cantidades devastadoras de artillería.

Rick no estaba seguro de lo que iba a decir después, pero la rápida llegada de los mecas robotech a la escena fue un aliciente para su confianza.

–Las autoridades están aquí. ¿Ahora dejarán de pelear?

La torreta de armas superior del Excalibur que venía a la cabeza se deslizó hacia delante y el comandante del meca se asomó.

–¡Zentraedis! –resonó su pequeña pero amplificadora voz–. ¡Deténganse! ¡Los tenemos rodeados!

El gigante que unos momentos antes había caído de espaldas se levantó y se alejó del camino del daño, dejando al pelirrojo y su seguidor como centro de atención. Rick, que reconoció la voz del comandante del meca, rodeó su boca con las manos y gritó.

–¡Dan! ¡Espera!

Dan bajó la vista desde el asiento de su cabina y se sorprendió de encontrar a Rick en medio de esto.

–¡Comandante! ¿Qué pasó aquí?

–Deja que yo maneje esto –le dijo Rick.

Dan dio un “a la orden” verbal y Rick se acercó con furia para enfrentar a los gigantes.

–¡Ahora escúchenme, y escúchenme bien! Yo sé que la vida con nosotros es difícil para ustedes, pero las autoridades quieren ayudarlos con sus problemas... si ustedes les dan la oportunidad.

El zentraedi pelirrojo volvió a tomar su saco lleno de valores y se agachó para contestarle a Rick, igualmente seguro y encolerizado.

–¡Espera un minuto! –gruñó–. Si tu gobierno está tan angustiado por nosotros y tan preocupado por nuestro bienestar, ¿por qué no nos permite salir y estar con nuestra propia gente donde pertenecemos?

–Ah, bien, eso es...

–Yo soy un guerrero, ¿entiendes?

–¿Bien, y qué con eso? –preguntó el segundo zentraedi de forma amenazadora–. Bagzent quiere pelear, ¿puedes ayudarlo?

–Yo soy bueno con mis puños y puedo ocuparme de casi cualquier arma –continuó el llamado Bag-zent–. ¿Entonces qué dices? ¿Puedes ayudar? Habla, no puedo oírte... ¿Bien?... ¿Vas a ayudarme o no?

La escena se estaba poniendo fea de nuevo. El alcalde Luan, su esposa y Lisa se dieron cuenta de eso y empezaron a retroceder. Los mecas de la DC se movieron ligeramente y cruzaron un poco sus armas.

En la esquina, sin que la vieran, Minmei gimió.

–Bien –empezó Rick–, nosotros no tenemos ninguna garantía firme de que ustedes no se unirán para atacarnos de nuevo. Si ustedes quieren...

–¡Ah! –gruñó Bagzent, cansado del juego–. ¿Si tú no puedes ayudarme a resolver mi problema, entonces qué sentido tiene decir que tú o tu gobierno hablarán sobre eso?

De repente su mano derecha avanzó.

–¡Microniano! –dijo con desprecio, dando un tincazo con su dedo índice.

Rick recibió toda la fuerza del movimiento. El dedo índice del zentraedi del tamaño de un tronco le golpeó todo el cuerpo, desde

las rodillas a la barbilla, levantándolo del suelo y arrojándolo unos tres metros por el aire. Confundido y ensangrentado, aterrizó duramente sobre sus nalgas en el pie apezuñado de uno de los Excaliburs.

Unos gemidos sobresaltados salieron de los humanos que estaban apretados en la esquina de la calle, pero estos no fueron tan molestos para los zentraedis como los sonidos de las armas que apuntaban hacia ellos.

–A mi señal –dijo Dan–. ¡Reviéntenlos!

Los dos zentraedis retrocedieron, repentinamente asustados. Las gatlings estaban apuntando.

–Esperen –suplicó uno de ellos–. No disparen.

Rick se sacó el dolor del cuerpo, se puso de pie con dificultad y volvió a correr hacia el centro de la arena. Levantó sus brazos y le gritó de nuevo a Dan.

–¡No disparen! –después levantó la vista hacia Bagzent; la sangre corría por la esquina de su boca.

Bagzent gruñó.

–Escúchame, microniano –empezó a decir.

–¡No! Tú escúchame –lo interrumpió Rick–. ¡¿Nosotros les dimos asilo y así es cómo nos pagan?!

Las esquinas de la boca de Bagzent se movieron hacia abajo.

–Lo siento –refunfuñó... no como disculpa, sino como si dijera: lamento que tuviera que ser así.

Bagzent y su compañero se dieron vuelta y comenzaron a alejarse, pero el tercer zentraedi dio un paso adelante, llamándolos.

–¡Regresen! ¡Lamentarán esto! La primera vez que llegamos aquí, ustedes pensaron que su cultura era algo genial... ustedes estaban tan impresionados por las canciones de Minmei.

Los zentraedis se detuvieron un momento como si estuvieran pensando en eso, pero después siguieron su lenta retirada.

–¡Quédense y denle una oportunidad más! –gritaba el tercero–. Vale la pena, ¿no es cierto? ¡Hemos llegado tan lejos, no podemos rendirnos ahora!

Cuando comprendió que sus palabras no tenían efecto, agregó.

–¡Estúpidos cobardes! ¡Regresen!

Oculto de Lisa y de los Luan, Minmei llevó la mano a su boca

para ahogar su tristeza y su terror. Cuando ya no pudo contenerse, huyó.

Lisa ahora estaba al lado de Rick, viendo como los zentraedis se marchaban lentamente.

–Ellos están cada vez más malcontentos –dijo Rick, escupiendo sangre–. Vamos a tener que hacer algo.

–Me pregunto... ¿qué harán después de irse de aquí?

–Yo sé una cosa –intervino el alcalde–. Si ellos sobreviven allá afuera en ese erial, o no... nosotros somos los responsables.

Rick giró sobre su eje, enfadado y desconcertado de encontrar otro simpatizante a su alrededor. Pero el alcalde lo hizo bajar la vista.

–Es cierto, Rick –dijo Luan con convicción–. No hemos oído lo último de esto.

Capítulo 4

Las mitologías de numerosas culturas de la Tierra identificaban el norte y las regiones árticas con el mal y la muerte. Yo no creo que fuera conveniencia o coincidencia lo que llevó a las cabezas militaristas del Concejo de la Tierra a construir ahí su nefasto Gran Cañón; ni pienso que fuera un accidente que Khyron aterrizara ahí su nave. Así como el agua busca su propio nivel, así el mal busca su propio lugar.

*Rawlins, El triunvirato zentraedi: Dolza, Breetai,
Khyron.*

El crucero extraterrestre de un kilómetro y medio de largo estaba enterrado bajo el hielo y la nieve, con sólo sus torretas de armas con forma de iglú visibles sobre la superficie helada y aulladora. Ninguna escuadra del personal de la Fuerza Aérea iba a venir a investigarlo, ni se iba a formar ningún círculo mágico preventivo de cadena humana para contener sus malas intenciones. Era demasiado tarde para mirar los cielos...

En la burbuja de observación de la nave, Khyron, cuyo uniforme color borgoña y su capa de campaña verde no parecían gastados por el uso a través de dos largos años, saltó de la silla de mando cuando Gerao entregó su último informe.

—¿Estás completamente seguro de esto, Gerao?

—Estoy seguro de eso, milord —dijo Gerao, tres veces afortunado por haber sobrevivido a la explosión de los hornos reflex en Marte, a la perforación de su nave durante una Maniobra Daedalus, y ahora al propio holocausto. Se llevó el puño a su insignia del pecho como saludo.

–Nuestros espías informaron que miles de zentraedis insatisfechos están abandonando pueblo tras pueblo. Se estima que son alrededor de diez mil, señor.

–Ah, espléndido –dijo Khyron, apretando su mano derecha, asomando los ojos diabólicos de su rostro atractivo debajo de su flequillo azul–. ¡Un incidente de lo más interesante... que bien vale la espera de dos años en este terrible lugar!

Khyron, ya sea a través de un acto de voluntad premonitoria o de una cobardía inusitada entre los zentraedis, había mantenido a su nave y tripulación al margen de la batalla que casi había destruido a lo último de su raza. Sin duda que Khyron no planeó enfrentar a Breetai y a Dolza, entonces ¿para qué dejar que el Batallón Botoru quedara atrapado en la locura del Alto Mando? Desde el principio Khyron había sostenido que la mejor manera de ocuparse de la nave de Zor era destruirla. Cualquiera podía ver eso desde el principio. Pero en cambio, los necios intentaron capturar la fortaleza sin darse cuenta de que la malignidad microniana se extendía rápidamente por la flota. Sin embargo, no se podía dejar de lado tan fácilmente la existencia de la matriz de protocultura que se pensaba estaba dentro de la fortaleza de Zor. De hecho, Khyron se había salvado a sí mismo para este propósito mayor; pero a pesar de eso, el precioso combustible de su buque de guerra y los suministros de sus armas estaban casi vacíos.

Se había escondido del otro lado de la Tierra durante la explosión catastrófica que había eliminado a la armada de Dolza de cuatro millones de naves –la armada que una vez había convertido a su raza en la más temida del Cuarto Cuadrante. Claro que los micronianos tenían que agradecerle a los traidores Breetai y Exedore por su éxito, aunque cómo supieron esos dos sobre la capacidad de inversión del escudo de barrera era algo que él ignoraba. En todo caso, fue un golpe de suerte –y la sentencia del destino de los zentraedis.

Khyron había escogido aterrizar en el páramo helado del planeta medio muerto con la esperanza de rescatar algo del arma reflex microniana, del llamado Gran Cañón. Pero no quedó nada de él.

Era consciente, sin embargo, de que su grupo de elite no representaba a lo último de los zentraedis; en algún lugar del

cuadrante entre la Tierra y Tirol estaba la nave del comandante Reno, junto con la fábrica automatizada robotech, que todavía fabricaba mecas de batalla para un puñado de guerreros. También estaban los zentraedis contaminados de la flota de Breetai que habían elegido permanecer al lado de los micronianos. Los propios espías de Khyron trabajaban infiltrados en este último grupo, además de las bandas de renegados zentraedis que ya habían abandonado los centros poblacionales de la Tierra para habitar los eriales; y Khyron sabía que algún día cercano ellos demostrarían que eran sus aliados. Entonces, Reno y Khyron reconstruirían la máquina de guerra zentraedi con la ayuda de los Amos. Y una vez que la Tierra quedara incinerada, ellos iban a buscar nuevos mundos para conquistar en el cuadrante.

Pero primero necesitaba hacer volar su nave una vez más.

Y ahora la noticia que había estado esperando finalmente llegó.

Giró hacia quien había estado su lado a través de la larga espera desafiando las antiguas costumbres, un símbolo del nuevo orden de las cosas.

–Nuestra fe se restablece, mi querida Azonia.

–Así es –la antigua comandante del Batallón Quadrone sonrió. Estaba vestida como su señor, salvo que su capa era azul. Sus brazos estaban cruzados y llevaba una mueca arrogante. Cuando su propia nave quedó acribillada por el fuego de la armada de Dolza, fue Khyron quien había venido en su ayuda, convenciéndola de abandonar las fuerzas de Breetai y de unirse a él.

–Deja que ellos peleen juntos –había dicho él–. ¡Nosotros viviremos para ver el renacimiento de los zentraedis!

–Su gusto por el estilo de vida microniano fue sólo temporal –estaba diciendo Khyron–. Yo sabía que después de un tiempo se iban a cansar de eso. ¡Y ves que yo tenía razón!

Dos años bajo el hielo y la nieve habían traído una nueva y extraña afinidad entre Azonia y su comandante –una afinidad que tenía más que ver con la vida que con la muerte: el estímulo de los sentidos, el placer. Azonia creía que tenía algo que ver con el planeta en sí –con esta Tierra. Pero se guardó estos pensamientos. Si el placer era la causa de la deserción de los guerreros, ella no podía culparlos –incluida Miriya, aunque seguía siendo un enigma por qué

se había molestado en tomar un compañero microniano en vez de un zentraedi.

–Sí, Khyron –dijo el cuarto zentraedi en el centro de mando, Grel, quién había sido el teniente de confianza de Khyron en muchas campañas largas.

Azonía agitó su puño, imitando el gesto de determinación de Khyron.

–Ahora, observen –anunció–. ¡Si las cosas siguen como se planearon, podremos reunir un batallón que les garantizo los vencerá!

Khyron sonrió para sí mismo. Era cierto que sus subordinados hacían eco de sus sentimientos, pero Azonía tenía mucho que aprender. ¿Qué podía garantizar ella, salvo que al final Khyron sería el victorioso? ¡Que Khyron los vencería!

No obstante, él le dio el gusto sin parecer condescendiente.

–Sí, claro que lo haremos.

El Traicionero se movió hacia el enlace de comunicación de la burbuja de mando del crucero para dirigirse a sus soldados, que estaban reunidas en la bodega de astrostática de abajo.

–Ahora, escuchen todos –empezó–. ¡Ya no necesitan esconderse! ¡Ustedes son guerreros zentraedis! Quiero que se cercioren de guiar a nuestros antiguos camaradas hasta aquí. A aquellos que establecieron campamentos en los eriales y a aquellos que todavía tienen que abandonar los centros poblacionales micronianos. ¡Y quiero que les digan a todos los zentraedis micronizados que si se unen a nosotros, yo los devolveré a su tamaño original para que ellos también puedan volver a caminar erguidos y orgullosos!

Los soldados empezaron a aclamar su señor y salvador con gritos.

–¡Larga vida a los zentraedis, larga vida a Khyron!

Los labios de Khyron se volvieron una línea delgada al recibir la ovación colectiva de sus tropas.

Él se prometió que devolvería a los zentraedis a su tamaño original –a su lugar legítimo en el universo. Y la destrucción de este planeta iba a ser su primer paso en esa dirección, incluida la destrucción de esa arma secreta que los micronianos habían usado con tanta eficacia contra su raza, esa arma que los desertores

habían aprendido a aceptar: ¡a esa Minmei!

Kyle miró otra vez su reloj de pulsera: siete cuarenta y ocho, y ella todavía no había llegado.

Echó un vistazo desde los bastidores del escenario. Era un poco público el que se había reunido en el anfiteatro al aire libre de Ciudad de Piedra (media docena de zentraedis gigantes en las gradas traseras, colinas y monolitos en la distancia, y un cielo crepuscular rosa y azul), pero igual era uno estridente que aplaudía y gritaba, ansioso de que traigan a Minmei a escena. El grupo soporte ya casi estaba terminando su segunda presentación, pero el público ya se había cansado de ellos a la mitad de la primera.

Kyle se maldijo por dejarla salir de su vista, sobre todo después de la lucha de anoche y de esa loca pirueta que ella había realizado en la carretera de Macross.

–¡Eh, Kyle! –dijo alguien detrás de él. Había una nota palpable de enojo en la voz y Kyle se dio vuelta listo para la acción, feliz de dar rienda suelta a su propia frustración y rabia si la oportunidad se presentaba. Vance Hasslewood, el agente de contratos de Minmei, venía caminando hacia él por el pasillo.

–¿Cuál es la idea? ¿Dónde diablos está Minmei? –exigió Hasslewood.

Hasslewood estaba usando sus anteojos de costumbre, un traje blanco con chaleco tejido y corbata, y el ceño fruncido en su cara bien afeitada.

–Minmei llegará –le dijo Kyle con cansancio.

–Pero la hora del espectáculo es en sólo diez minutos más, ¿comprendes eso?

–Ella va a aparecer –dijo con más fuerza–. Minmei no es la clase de cantante que ignora sus obligaciones. Tú ya deberías saber eso, Hasslewood.

–Yo sé eso. Pero es lo mismo, Kyle; la quiero aquí por lo menos media hora antes del espectáculo.

–¡Ella llegará! –repitió Kyle; su paciencia estaba desapareciendo con rapidez. Señaló al público–. Sabes, haces una gran actuación como promotor, Hasslewood... al atraer a un público de ese tamaño.

Los orificios nasales de Hasslewood se abrieron. Ya se estaba

hartando de tener que contestar a las demandas y a las críticas de Kyle, y estaba casi decidido a darle la espalda a todo este tema. Pero no podía soportar pensar en dejar a Minmei al cuidado de una persona impetuosa como Kyle. Un borracho y degenerado...

–¡Eh, ella está aquí! –gritó un ayudante.

Cuando Hasslewood se dio vuelta, uno de los miembros de la banda corrió hacia él.

–Minmei está aquí. Está en su camarín –les dijo, sintiendo que era necesario señalar el camino.

Kyle resopló y empujó a Hasslewood para pasar. Ni se molestó en golpear la puerta del camarín, sólo la abrió y exigió.

–¿Dónde has estado?

Minmei se estaba maquillando. Estaba usando el mismo vestido azul sin hombros que había llevado anoche al club nocturno.

–Lamento llegar tarde –contestó sin darse vuelta.

–No sé que por qué nos molestamos en hacer este acto... casi no hay nadie afuera. Esto es un agujero.

–No me importa mucho el tamaño del público –ella dijo en el espejo–. Ya dejé de preocuparme por todo esto, Kyle. Yo sólo voy a cantar para mis seguidores de la misma forma en que siempre lo hice.

–¿Qué te sucede? –dijo él, ahora parado detrás de ella.

Minmei se puso de pie de un salto y lo enfrentó.

–¡Tú preocúpate por nuestros ingresos, Kyle! Yo sólo cantaré para mí, ¿me entiendes? ¡Sólo para mí!

Lo empujó para pasarlo y dejó la habitación.

Su enojo lo había tomado por sorpresa. ¿Minmei cantaba sólo para ella? Después giró hacia la puerta con una mirada malhumorada.

Él iba a averiguar sobre eso.

De vuelta en Nueva Macross, a Rick, Lisa, Max y Miriya Sterling los convocaron a una sesión de información en el camarote del almirante Gloval a bordo la SDF-1. Hunter y Hayes habían pasado la mayor parte del día llenando informes acerca del incidente de esa mañana con los malcontentos zentraedis. A Rick le dolía de la cabeza a los pies por el tincazo del dedo de Bagzent. Max y Miriya

iban sin Dana, su niña, para variar, pero siempre juntos a pesar de todo.

Gloval parecía completamente cansado. Quizás, como había comentado un antiguo héroe de la Tierra una vez, “no eran los años, eran los kilómetros”. Él pasaba cada vez más de su tiempo en la vieja nave, y en esas raras ocasiones cuando se presentaba en otra parte, parecía impaciente y preocupado. Había desaparecido la figura paternal tolerante e indulgente que compartía el sentido del miedo y del propósito que unía al resto de ellos. En su lugar había un hombre de propósito secreto que cargaba el peso del mundo sobre sus hombros estrechos. Exedore, que en cierto sentido se había vuelto su mano derecha, también había asistido.

–Lo que voy a decirles es estrictamente confidencial –les dijo Gloval a los cuatro comandantes de la RDF–. Ni una palabra de esto va a salir de este cuarto. Si llegara a salir, el daño sería catastrófico.

El viejo estaba sentado en su escritorio; detrás de él, la clara noche estrellada entraba a través de la ventana de blindex macizo de la fortaleza.

–Sí, señor –respondieron los comandantes.

Exedore dio un paso adelante para dirigirse a ellos; el blanco de sus ojos prácticamente brillaba en el cuarto oscuro.

–Ayer finalmente ubicamos a la fábrica satélite automatizada robotech de los zentraedis. Dentro del satélite se están construyendo unos cruceros espaciales lo suficientemente grandes como para destruir la Tierra con un solo disparo –escuchó sus gestos de sorpresa y se apuró a agregar–. Sí, es una cosa terrible.

–Escuchen con cuidado –dijo Gloval, con más severidad de lo necesario. Ahora estaba de pie con las palmas aplastadas contra el escritorio–. Quiero que inspeccionen ese sistema y me traigan datos adicionales sobre el satélite.

Los cuatro comandantes intercambiaron miradas confundidas. Había algo que el viejo no les estaba diciendo –sin contar la respuesta sobre cómo se suponía que ellos iban a salir del planeta–, a menos, claro, que estuviera planeando reenviar a la propia SDF-1.

–El comandante Breetai les dará los detalles –explicó Gloval después de un momento–. No tenemos forma de saber si, o cuándo, nos atacarán de nuevo los zentraedis que quedan, pero para nuestra

propia defensa debemos tener todos los cruceros espaciales a los que podamos ponerle las manos encima.

Giró hacia ellos para darle énfasis al punto.

–Entienden eso.

–Sí –dijo Exedore en voz baja. Sus ojos estaban cerrados, su frente fruncida y casi se podía creer que sentía una punzada de dolor al pensar en traer naves de guerra para que apuntaran otra vez contra su raza.

Rick y los otros expresaron su asentimiento: eso no sólo significaba que iban a dejar el planeta de nuevo, también significaba que iban a confiar en los zentraedis. Y aun así Gloval tenía razón: era para su propia defensa.

Minmei caminó hacia el escenario y tomó el micrófono. Unas manchas de colores jugaron en el suelo de tablones hasta que por fin un solo rayo de luz rosada la encontró y la cubrió con su brillo caluroso. Su cara estaba triste, los ojos azules abiertos de par en par y llenos de dolor. La muchedumbre cantaba “Amamos a Minmei, amamos a Minmei”, pero ella sólo podía pensar en Rick, en Kyle, en esos gigantes zentraedis que habían luchado hace unas horas en las calles de Nueva Macross.

Ella sentía que le había fallado a todos.

Había decidido desechar la primera melodía optimista del grupo y pasar de inmediato a “Touch and Go” (Incierto), un número despreocupado que empezaba con un piano simple, punteo y un arpegio de bajo, pero que se hacía oscuro y melancólico en el Fa sostenido, Do menor sostenido, 7 puente, con una clase de punteo de distorsión de guitarra reforzado por un vigoroso redoble.

I always think of you,
dream of you late at
night.

What do you do
when I turn out the
light?

No matter who I
touch,
it is you I still see.
I can't believe

Siempre pienso en ti,
sueño contigo tarde a
la noche.

¿Qué haces
cuándo yo apago la
luz?

No importa a quién
toque,
es a ti a quien veo
todavía.

what has happened to
me

No puedo creerlo que
me ha pasado.

Las lágrimas empezaron a formarse en sus ojos mientras cantaba. El público estaba hipnotizado por su actuación. Ella se dio cuenta de esto y empezó a experimentar un extraordinario sentido de nostalgia y anhelo al mismo tiempo que entraba en el coro de la melodía.

It is you I miss
It's you who's on my
mind,
It's you I cannot leave
behind.

Es a ti a quien
extraño.
Eres tú quien está en
mi mente,
Eres tú a quien no
puedo dejar atrás.

Si la conexión siempre pudiera ser así de fuerte. Si sólo ella tuviera la fuerza para desear las cosas correctas, buenas y pacíficas. Si sólo tuviera el poder para convertirse en ese símbolo otra vez, en ese acorde perfecto con el que todos vibraran...

It's me who's lost...
The me who lost her
heart...
To you who tore my
heart.
Apart.

Soy yo quién está
perdida...
Ese yo que perdió su
corazón...
Ante ti, quién rompió
mi corazón.
En pedazos.

Pero la pérdida era el nuevo tema del mundo; la pérdida y la traición, el enojo y el pesar. ¿Y qué podía esperar lograr contra un poder tan maligno? Lo había intentado y había fallado, y pronto llegaría el día en que la canción en sí sería sólo un recuerdo.

Capítulo 5

[La junta de exploración terrestre-zentraedi de la SDF-1] fue la única ocasión en que Breetai se permitió sufrir el proceso de micronización [previa a la misión expedicionaria a Tirol de la SDF-3]. En cuanto se hizo obvio que el botón de Zor [es decir, la matriz de protocultura] tendía a perma-necer escondida durante algún tiempo más, Breetai de inmediato hizo que lo volvieran a su estatura normal. Él tenía menos curiosidad por las costum-bres micronianas que Exedore; ni compartía esa misma fascinación por Minmei que fue responsable de tantas otras desviaciones del camino de los zen-traedis. A Breetai le gustaba que levantaran la vista para mirarlo...

*Rawlins, El triunvirato zentraedi: Dolza, Breetai,
Khyron.*

La niebla del suelo se extendía como copos de azúcar sobre el lago Gloval y se arremolinaba por las calles madrugadoras de Nueva Macross como fantasmas de otoño. En la sombra de la gigantesca fortaleza dimensional –que parecía un tecno-Neptuno protector–, un cohete de tres motores agregó su humo del LOX a la neblina. Un trasbordador de la RDF (el mismo que hace dos años había llevado a Lisa Hayes desde la SDF-1 a la Base Alaska) estaba unido al grupo principal de propulsores del cohete.

En otra parte del campo, nueve Veritechs también estaban metidos en estado de prevuelo. Cada nave estaba equipada con cápsulas de refuerzo para el espacio y ubicada encima de los transportes individuales de escudos de descarga.

El Shiva estaba totalmente listo para el lanzamiento; ya se habían retirado las plataformas y los vehículos de asistencia, y el sonido de las sirenas de conteo le dieron una espantosa banda de sonido a la escena.

En la torre de control, los técnicos ejecutaron revisiones cruciales de último minuto en los sistemas de propulsión y de guía del trasbordador. Las lecturas brillaban en miríadas de pantallas, demasiado rápidas para que los ojos inexpertos las entendieran, y dos docenas de voces hablaban al mismo tiempo, pero nunca se confundían. La robotecnología había simplificado substancialmente las cosas desde los primeros días de viaje espacial, pero ciertas tradiciones y rutinas se habían mantenido.

–Se recibieron los cálculos para las fluctuaciones orbitales –dijo un tripulante del trasbordador a través del enlace de comunicación–. Tenemos el curso y la señal, control.

–Escolta del trasbordador –un controlador masculino se dirigió hacia uno de los Veritech–, estamos a T menos cincuenta y contando. Su despegue es en T tres.

Una técnica estaba indagando a un segundo piloto Veritech.

–Escolta V-cero-uno-uno-dos, ¿cuál es su estado de seguimiento gravitatorio? Por favor clarifique.

–Control de torre –respondió el piloto–. Ah, lamento eso. Un pequeño desliz con la tecla de guía, si sabe a lo que me refiero...

–Tenga cuidado la próxima vez, señor –lo riñó la técnica.

En el campo, Max y Miriya, ceñidos en sus respectivos Veritechs azul y rojo, pasaron por las últimas revisiones de los sistemas. Max le mostró los pulgares a su esposa desde la cabina mientras bajaba el visor oscuro de su casco.

A través de los altoparlantes del campo se estaban transmitiendo las advertencias de evacuación.

–Todos los vehículos de apoyo de tierra evacuen el área de lanzamiento de inmediato... Todos los Veritechs completen las revisiones finales de los sistemas... tenemos luz verde para el despegue. Repito... tenemos luz verde para el despegue... comienza la cuenta regresiva... T menos treinta segundos...

En el Skull Uno, Rick inspeccionó el campo mientras las enormes grúas hidráulicas del transporte levantaban al Veritech hasta un

ángulo de lanzamiento de setenta y dos grados. A la vez, un espeso escudo de descarga se ubicó en posición detrás de los cohetes de popa del Veritech. Una ola de nostalgia lo dominó al pensar en la importancia de la misión, una curiosa sensación de nostalgia por el espacio. Comprendió de repente lo desilusionado que se habría sentido si el almirante lo dejaba fuera de esta...

–Van a encontrarse con la nave capitana zentraedi –había explicado Gloval en la sesión de información–. Sólo en ese momento recibirán sus últimas instrucciones. Puse al comandante Breetai a cargo de esta misión por razones que después se les aclararán.

Rick echó una mirada sobre su hombro al Shiva y al trasbordador que estaba montado sobre su casco brillante. Concluyó que era sorprendente: partir para encontrarse con Breetai, el zentraedi que una vez había destrozado su Veritech Vermilion parte por parte. Se preguntó si Lisa recordaba aquella vez, aquel beso...

–Trasbordador a control de torre... todos los sistemas en línea y esperando la luz verde.

–Entendido, trasbordador –el controlador le transmitió por radio a la tripulación–. En espera...

Dentro del trasbordador, Lisa se inclinó hacia la tronera de blindex más cercana a su asiento. No era una maniobra fácil, pero esperaba poder ver el despegue de Rick. Uno por uno los Veritechs se estaban movilizand... el de Max, el de Miriya... el de Rick... Ella se alejó de la vista y suspiró, lo bastante alto como para que Claudia y Exedore la oyeran y preguntaran si ella estaba bien. Lo que arrastraba a sus pensamientos era una extraña mezcla de emociones: los recuerdos del tiempo que había pasado en la nave de Breetai y los recientes eventos que seguían confundiendo sus sentimientos. De alguna manera este retorno a las estrellas era más un asueto que una misión.

–Escolta del trasbordador, lanzamiento a la señal cero... ¡ahora!

Los Veritechs despegaron y el sonido de sus fogonazos fue como una descarga de truenos que hizo eco alrededor del lago. Después, con un rugido más continuo, el Shiva se elevó de su sitio, una ardiente estrella matutina en los cielos nublados de Nueva Macross.

La nave de Breetai, antigua Némesis y posterior aliada de la

SDF-1, estaba esperando en el punto Lagrange dentro de la órbita lunar. La nave de más de diez kilómetros de longitud, blindada y llena de armas como un leviatán de pesadilla, nunca se había asentado en la Tierra. Pero los equipos de robotécnicos de Lang, que trabajaban codo a codo con los gigantes zentraedis, reacondicionaron la nave para que albergara tripulaciones humanas. Se incorporaron ascensores y esclusas de aire al casco, se dividieron las bodegas en cuartos y espacios de trabajo de tamaño humano, se instalaron andadores automatizados y la bodega de astrostática ahora contenía las consolas de control y las últimas innovaciones de los laboratorios de proyecto-desarrollo de Lang. Todo esto había sido un juego de niños para los técnicos de la Tierra –muchos de los mismos hombres y mujeres que habían supervisado la conversión original de la SDF-1, que después fabricaron una ciudad para 60,000 dentro de la propia fortaleza, y que actualmente estaban involucrados en la construcción de la SDF-2–, pero sacudió a los zentraedis (quienes no entendían nada de la robotechnología que los Amos les dejaron) como si fuera casi un milagro.

Ahora, mientras el trasbordador que llevaba a Exedore, a Lisa y a Claudia entraba a una de las bahías de atraque de la nave capitana, los nueve Veritechs bajo el mando de Rick reconfiguraron a modo Guardián y se asentaron en formación sobre un ascensor externo. En la bahía una voz humana anunció en inglés la llegada del trasbordador.

–Todo el personal de las zonas de atraque D-veinticuatro y D-veinticinco, atención: trasbordador microniano comienza en este momento los procedimientos finales de atraque en la bahía de desembarco superior.

El uso del término “microniano” ya no se consideraba peyorativo, a pesar de su origen; simplemente había llegado a significar “de tamaño humano”, como opuesto a “como microbio”. Por eso Lisa y Claudia no se intimidaron; ni lo hizo Rick cuando un soldado zentraedi le dio la bienvenida a bordo de igual forma a los Veritechs.

El soldado zentraedi medía sus buenos dieciocho metros de alto, pero el hecho de que usaba armadura y un casco sugería que podía

ser de la clase inferior de guerreros, incapaz de resistir los peligros del vacío del espacio a menos que estuviera propiamente equipado.

–Ah, gracias –le dijo Rick a través de la red de comunicaciones–. Es bueno estar aquí.

El soldado le mostró una amplia sonrisa y los pulgares.

–Si estás listo, bajémosla –agregó Rick.

El gigante mostró con orgullo un dispositivo en su mano enguantada. Tecleó un código simple y el ascensor empezó a bajar hacia el interior de la nave.

En otra parte, Lisa, Claudia y Exedore salieron de la puerta circular del trasbordador y descendieron la escalera hasta el suelo de la bodega. Breetai los esperaba ahí; su uniforme azul y la túnica marrón parecían nuevos.

–Mis amigos micronianos... bienvenidos –su voz retumbó.

Lisa levantó la vista hacia él, que estaba parado con los brazos en jarras, y sonrió. Estos últimos dos años habían obrado una magia sutil en el comandante. Era bien sabido que él se negaba a micronizarse, pero el simple trabajo con los humanos había sido suficiente para cambiarlo un poco; lo había ablandado, pensó Lisa. La placa brillante que cubría un lado de su cara ahora parecía más un adorno que otra cosa.

Entretanto, Exedore había dado un paso adelante y había ofrecido un firme saludo humano.

–Saludos y parabienes, su excelencia. Estamos a su disposición.

Breetai se inclinó; una mirada de afecto contorsionó su cara.

–Es bueno verte, Exedore... Es agradable tenerte de vuelta en la nave.

Exedore también debió haber notado el cambio, porque pareció auténticamente conmovido.

–Bueno, ah, gracias, señor –tartamudeó.

Breetai se volvió hacia Claudia y Lisa; sus rostros demostraron una leve diversión.

–Y especialmente deseo extender una bienvenida a ustedes –les dijo, e hizo un gesto galante con su mano–. Estoy profundamente honrado de tenerlas bajo mi mando.

Lisa, versada en el protocolo zentraedi, contestó.

–Es un gran honor, señor, tener esta oportunidad.

Breetai se arrodilló para agradecerle.

–Como usted sabe, mi gente no está acostumbrada al contacto con una belleza como la de ustedes –dijo de forma halagadora–. Así que no se ofendan por cualquier reacción extraña que puedan encontrar.

Lisa y Claudia se miraron entre sí y se rieron abiertamente mientras Breetai se volvía a poner de pie.

–Ahora bien... si me lo permiten, las llevaré a sus habitaciones.

En el espacio del hangar debajo del elevador de atraque, Max estaba de pie bajo el Guardián escarlata de Miriya y gritó hacia la carlinga abierta de la cabina.

–De acuerdo, eso es –le hizo una señal con la mano–. Ahora baja la cápsula de la cuna.

Miriya activó el dispositivo recientemente instalado en su Veritech.

–Ahí va –le dijo.

Unos servomotores gimieron y una cápsula cilíndrica púrpura –que podría haber pasado como una bomba de fines de siglo– empezó a bajar del asiento trasero, montada sobre un eje extensible por debajo de las piernas del caza.

Una entrega robotech –pensó Max cuando se acercó a la cápsula. Se puso a trabajar para desatar los seguros y en un minuto la nariz curva de la cápsula se abrió. Max se asomó dentro del interior muy acolchonado y sonrió.

–Listo... –se estiró y puso a Dana en sus brazos, una diminuta astronauta inquieta de casco blanco con visor oscuro y traje rosa y blanco que le quedaba como los del Dr. Dentons. Dana hizo gorgoritos y Max la abrazó.

Miriya lo vio caminar debajo el Veritech con Dana acunada en sus brazos. Max ayudó a Dana a saludar; Miriya sonrió y sintió que su corazón se saltaba un latido.

Breetai iba y venía con ansiedad en la burbuja de la cubierta de observación. Los técnicos terrestres también habían efectuado cambios aquí. Habían desmantelado el escudo de la burbuja y en su lugar instalaron una pasarela semicircular para trabajo abierto; las

consolas de tamaño humano ocupaban una plataforma del en el centro del arco. Además, la pantalla del monitor redondo a través de cual Max Sterling había pilotado un Veritech una vez, estaba de nuevo en una sola pieza.

–¿Alguna fluctuación de la fábrica satélite? –preguntó Breetai en uno de los micrófonos con forma de binocular.

–Negativo –contestó una voz sintetizada–. Se mantiene la estabilidad solar.

–Notifícame de inmediato cualquier cambio –ordenó.

–Sí, señor –respondió la computadora.

Breetai se sentó en la silla de mando y tamborileó los dedos.

–Piensa, Breetai... piensa en un plan –dijo en voz alta, exigiéndose a sí mismo como lo hacía con sus tropas–. Si podemos convencer a Reno de que tenemos la protocultura, tendremos pocas dificultades para asegurarnos de su completa cooperación... De otra forma, vamos a tener una buena lucha en nuestras manos. Nuestras fuerzas estarán muy superadas en número.

Claudia le dio la espalda a su estación de consola y monitor en la pasarela.

–Pero nosotros no poseemos nada de protocultura –ella creyó correcto recordárselo; el micrófono de la consola le llevó sus palabras al comandante. Aquí se aclaró la garganta y sus ojos se abrieron mucho por un momento–. ¿Cómo haremos para convencerlo de que sí... eehh... asumiendo que tengamos la oportunidad?

Breetai sonrió abiertamente.

–Tendremos nuestra oportunidad –aseguró–. Pero por ahora, entrar al hiperespacio es nuestra preocupación inmediata, ¿no cree?

Claudia intercambió miradas con Lisa, sentada en la estación adyacente. Ahora era obvio que las meditaciones de Breetai en realidad no iban dirigidas a sus oídos en absoluto. Cualquiera sea el plan, posiblemente ellos serían los últimos en saberlo.

Max y Rick estaban juntos en uno de los andadores móviles, maravillándose de los cambios que había sufrido la nave y disfrutando de recuerdos que el tiempo había hecho menos duros.

–¿Eh, recuerdas la última vez que estuvimos en esta nave? –

preguntó Max.

–¡Ja! Ser un prisionero no fue muy divertido, ¿no es cierto? –dijo Rick, vengándose de la pregunta evidentemente retórica de su amigo–. Claro que estoy contento de que las cosas hayan cambiado. ¡Nunca más quiero ver a Breetai del otro lado de un cañón automático!

–Sí, después de servir bajo el almirante Gloval, será interesante ver cómo es su ex-enemigo.

–Sólo desearía que supiéramos más sobre esta misión.

–Gloval me pidió que trajera a toda mi familia y dejó las cosas así.

Rick agitó perplejo su cabeza.

–¿Por qué diablos el viejo querría que trajeras a Dana?

Max se encogió de hombros.

–No lo sé, Rick, pero quiero que entiendas algo: yo no la pondré en peligro, misión o no.

–Yo no te lo permitiré –le contestó, mirándolo de frente.

–Todas las polaridades dentro de los hornos reflex se han estabilizado, comandante –Claudia le dijo a Breetai desde su estación.

Una confusa serie de datos se desplazó por las pantallas del monitor, una mezcla de inglés, ideogramas zentraedis y la recientemente inventada equivalencia –caracteres de transcripción– de la fonética zentraedi.

Un técnico zentraedi le informó a Claudia que los cálculos de la transposición estaban completos, y ella le transmitió a Breetai que todos los sistemas estaban en verde.

–Podemos transponer cuando usted quiera, señor.

Él le agradeció y después levantó su voz hasta un rugido.

–¡Comiencen la operación de transposición de inmediato!

Cuando los generadores de transposición se encendieron, la protocultura comenzó su funcionamiento mágico en el entretejido del mundo real, invocando desde dimensiones desconocidas una energía radiante que empezó a formarse alrededor de la nave como un aura amorfa iridiscente, aparentemente envolviéndola por completo. La enorme nave se lanzó hacia una amplia piletta de luz blanca; después sólo desapareció de su punto Lagrange y por un

breve momento dejó detrás los remansos globulares y las masas animadas de luz suave, momentos perdidos en el tiempo de alguna otra parte.

Capítulo 6

Hasta el fin de la Segunda Guerra Robotech -¡qué pírrica, qué agridulce fue esa victoria!-, la protocultura estaba literalmente al servicio de los Amos Robotech; no sólo lo hacía con el efecto de vigilarse a sí misma para el beneficio de ellos, sino que les alertaba de los cambios en el entretejido del continuo. Ni una sola nave zentraedi podía transponer sin que a ellos le advirtieran sobre eso.

Dr. Emil Lang, como se cita en Historia de la Segunda Guerra Robotech, Vol. CCCLVII

Sí... puedo sentirlo...

Los tres Amos unieron mentes y una vez más pusieron sus manos huesudas contra la cápsula de protocultura. El dispositivo en forma de hongo reaccionó a su toque irradiando esa misma luz pura que manó hacia el universo conocido cuando la nave de Breetai transpuso. La cápsula los llevó a través del mundo inverso, a través de agujeros blancos y rupturas en el tiempo, dejándolos ver con una visión interna.

Ellos ya no estaban más en su fortaleza espacial, sino de regreso en su mundo, en Tirol...

–Nuestros antiguos custodios se han aliado con los descendientes de Zor; nuestros antiguos custodios nos reemplazarían como Amos.

–Otra vez debemos intentar resucitar una copia de Zor.

Se habían creado veinte clones del cuerpo de Zor; los habían cultivado hasta la madurez en biotankes y permanecían ingravidos dentro de una esfera de estabilidad. Todos coincidían con su semejanza elfina: guapos, todos ellos soñadores, juveniles y

elegantes. Pero ninguno de ellos tenía la chispa de vida que reproduciría sus pensamientos y su mente, que le permitiría a los Amos aprender el paradero de la matriz de protocultura y los secretos de ese raro proceso.

Los Amos dejaron la cápsula y se quedaron viendo la esfera de estabilidad que contenía los clones que quedaban.

–Yo sugiero que empecemos la síntesis de reclusión de inmediato –dijo uno de los Amos.

Lejos de la cápsula de protocultura estaban obligados a confiar en el habla común y primitiva para expresar sus pensamientos.

–Sí, Amo –respondió una voz sintetizada.

Los tres Amos se ubicaron alrededor de un dispositivo con forma de plato lleno de numerosas almohadillas sensoriales codificadas con colores agrupadas en forma circular alrededor de una pantalla central, mientras un rayo antigravitatorio visible transportó uno de los clones inanimados desde el hemisferio estable hasta una mesa circular. Acostó al clon sobre ella como si estuviera descansando sobre una sábana de pura luz.

Los tres Amos pusieron sus manos en las almohadillas de control del platillo. Unas lecturas vertiginosas, las esquemáticas hipermédicas y las representaciones de rayos X comenzaron a brillar en la pantalla circular debajo de ellos. Entretanto, el clon inmóvil quedó bañado en una fuente de partículas de gran energía que se elevó desde la mesa como una lluvia primaveral invertida.

–Alterando el bombardeo positrónico –dijo el Amo de capucha dorada, que frunció el ceño cuando observó como unas representaciones insatisfactorias tomaban forma.

–Hay algo de inversión celular bilateral –observó el segundo, el que había pedido la síntesis de reclusión. Cuando las almohadillas sensitivas se iluminaron como un farol, anunció–. Comenzando la síntesis...

Los Amos se concentraron para enfocar los poderes de su voluntad telepática y después detuvieron sus esfuerzos por un momento.

El clon no mostró ninguna señal de actividad cerebral.

–Las sinapsis craneales todavía no responden... Existe la misma desintegración de subestructuras moleculares que en los intentos

anteriores.

–Sí, volvió a pasar... pienso que esta vez sacamos al clon de la suspensión antes de la maduración completa... De todas formas debemos estimular su función de vida –dijo el Amo de capucha roja mientras dejaba la cápsula del platillo.

–Sugiero que alteremos el bombardeo priónico de los estratos superiores –dijo el tercer Amo.

El Amo dos asintió con la cabeza y movió su mano izquierda hacia una nueva ubicación en el margen del control.

–Lo intentaremos... Aumentar el bombardeo priónico en incrementos de cuatro...

–¡La emisión positrónica está en máxima capacidad! –observó el tercero con sus brazos a los lados.

–Bien... la agitación celular es crítica...

Los esquemas precisos todavía no revelaban ninguna actividad.

–Es inútil... Estamos al mínimo del material de suspensión... no podemos desperdiciarlo así.

–La vida es un proceso tan elemental –dijo el primero, de pie junto al ahora inútil clon, ya que sus circuitos neurológicos estaban fritos-. ¿Dónde nos equivocamos?

Miriya se recostó en el sillón y suspiró; sus dedos jugaban distraídos con los rizos de Dana. Se preguntó si Dana mantendría su cabello oscuro; parecía que cada día se estaba haciendo cada vez más claro...

La beba estaba apaciblemente dormida sobre su pecho y todo lo que Miriya podía hacer para evitar llorar de alegría era simplemente mirarla. Un milagro, se decía diez veces al día: que ella y Max pudieran producir semejante encanto inocente; que ella, una antigua guerrera, se pudiera sentir de esta manera por alguien o por algo. Semejante satisfacción y éxtasis desconocidos.

–Max –sonrió-. Mira a nuestra niña. Ella es tan pacífica.

Max echó una mirada desde la cocina de su habitación a bordo la nave de Breetai. Llevaba una bandeja llena de vasos altos de cócteles hacia el fregadero –el resultado de una tarde de fiesta con Rick, Lisa y Claudia–, y usaba un delantal largo hasta la rodilla que decía: MAX Y MIRIYA: ¡EN VIVO!

Pacífica y hermosa, las dos cosas –pensó él. Pero mientras Miriya parecía estar divirtiéndose, él era el que estaba esclavizado con todos los platos, la cocina y, más de la mitad de las veces, de los alimentos de media noche.

Por eso, lo que le dijo en al fin, sin traicionar ninguno de estos pensamientos y sólo agradecido por unos minutos de paz bendita, fue:

–Sí... pero será mejor que mantengamos la voz baja o la despertaremos.

Rick, Lisa y Claudia eran un trío algo inseguro que volvía a sus habitaciones después de las bebidas de la tarde que habían compartido con la feliz pareja. Combinadas con la emoción del espacio (después de tantos meses en el planeta) y con los efectos del viaje por el hiperespacio, las bebidas los habían dejado con más de un simple zumbido.

–...y yo sostuve a la pequeña Dana toda la tarde, ¡y ella no lloró nada en todo el tiempo! –estaba diciendo Lisa.

–Sí, pero creo que Miriya no debió de haberte arrojado a Dana. ¡Ella tiene que aprender a tener más cuidado!

Lisa asintió y se mordió el labio inferior.

–Bien, es un ajuste para ella. Después de todo, su modelo probablemente fue el tubo de ensayo vecino.

Claudia esbozó una sonrisa a pesar sí misma y miró a Rick por sobre la cabeza de Lisa, pero él estaba demasiado soñoliento para captar su mirada.

–A veces envidio a Max y a Miriya por tener una niñita tan hermosa –dijo en voz alta.

–Ajá –asintió Lisa.

Ellos ya habían llegado hasta la habitación de Lisa, y Rick se quedó parado a un costado pensando vagamente en cómo iba a pasar el resto del día mientras Lisa y Claudia intercambiaban despedidas. De repente Lisa giró hacia él y habló.

–Rick, voy a acompañar a Claudia hasta su habitación, pero si tienes un minuto, me gustaría que me esperaras en mi cuarto... hay algo de lo que quiero hablar contigo.

La petición de ella de algún modo pudo sacar todo el algodón de

adentro de su cabeza, y él comenzó a tartamudear.

–Eh... pero... –sabía con certeza que no había ninguna forma de esquivarlo. Es que no parecía que ella tuviera un tema oficial en mente, y él no estaba nada seguro si estaba dispuesto a tener una conversación seria.

Claudia se aclaró la garganta.

–¿Puedo recordarle, Sr. Hunter, que Lisa es su superior?

–Pero estoy de licencia –protestó Rick; hoy definitivamente no estaba en su mejor forma.

–También ella –Claudia se rió y le lanzó un guiño exagerado.

Las dos dejaron a Rick parado ahí con una respuesta a medio formar atorada en la garganta y siguieron caminando por el corredor compartiendo una charla susurrada.

–Entonces, Lisa, ¿qué puedo hacer por ti? –preguntó Claudia cuando se alejaron unos pasos.

–Yo sólo quería agradecerte por ser tan comprensiva estas últimas semanas. Realmente ayuda tener a alguien en quien apoyarse.

–Sé lo que quieres decir –dijo Claudia en la puerta de su habitación–. Puede ser duro a veces... cuando te das cuenta de que estás enamorada.

Lisa abrió aun más los ojos cuando escuchó eso dicho de forma tan práctica. Pestañeó y tragó saliva con dificultad, lista para defenderse, pero Claudia la interrumpió.

–Ve y atrápalo, ¿de acuerdo? –un guiño para Lisa también, y traspasó la puerta.

Adentro, se dejó caer en la cama, se sacó los zapatos con los pies y suspiró.

Espero que esos dos se arreglen pronto –Lisa tenía el hábito de llevar la “comprensión” al límite. Y Hunter... Hunter estaba empezando a recordarle a Roy en sus primeros días. Y eso no era precisamente una buena señal.

Solo en la habitación de Lisa, Rick se sentía nervioso y atrapado. ¿Su superior, eh? ¿Cuánto tiempo iba a tener que aguantar ese comentario? Casi tres años atrás –¡en esta misma nave!–, Lisa había usado ese comentario, y desde entonces eso le había creado

prejuicios contra ella.

Lisa había desempacado algunas de sus cosas y Rick estaba paseando para inspeccionar esto y aquello cuando vio una fotografía enmarcada en el escritorio del cuarto. La recogió y la observó. Por el aspecto que tenía, tuvieron que haberla tomado hace diez años. Pero aquí estaba Lisa, linda con el cabello corto y la cara regordeta, parada al lado de un tipo mayor, treinta centímetros más alto que ella y que usaba lo que parecía ser una gorra afgana tejida. Decidió que era una linda pareja, pero había algo familiar en él... algo que le recordó a... ¡Kyle!

Entonces este tiene que ser Riber –juzgó Rick. Karl Riber, el que una vez fue el verdadero amor de Lisa, el que desapareció junto con la Base Sara de Marte hace años.

Su atención estaba tan fija en la fotografía que no oyó que Lisa entró en el cuarto. Ella se dio cuenta de eso y se quedó parada en la puerta un momento porque no quería sobresaltarlo o ponerlo incómodo. Al final dijo su nombre con suavidad; él reaccionó como un ladrón atrapado en el acto, puso la fotografía de costado sobre el escritorio y se disculpó.

–Oh, lo siento, Lisa. No quise curiosear.

Eso la encolerizó: después de todo lo que habían sufrido juntos, después de todo el tiempo que ellos habían pasado juntos compartiendo pensamientos secretos y sentimientos, después de todo el tiempo que ella había pasado en casa de él en Nueva Macross para habituarse a sus cosas...

–¿Qué quieres decir con ‘curiosear’? Yo no tengo nada que ocultarte, Rick. Por favor, mira todo lo que quieras... no es que haya mucho aquí...

–Eh, seguro –contestó confundido–. Entonces, eh, ¿de qué hablaron tú y Claudia?

Lisa dijo que su conversación con Claudia no fue nada especial y le preguntó si quería un poco de té.

–Sabes, sólo una pequeña charla –ella le dijo desde la cocina.

Rick enderezó la fotografía cuando ella dejó el cuarto. Después se reunió con Lisa en el sofá.

–A mí no me pareció sólo un poco la charla –se arriesgó a decir, con la taza de té en la mano.

–Bien, de hecho, estábamos hablando de ti.

Rick se retorció en su asiento.

–¡Si se relaciona conmigo y con Minmei, no quiero oír hablar de eso!

–No se trató para nada sobre Minmei –contestó alegremente–. ¿Para qué querría yo hablar de ella?

Lisa estaba fuera de práctica en esta clase de cosa y por un segundo deseó que Claudia pudiera estar sobre su hombro durante momentos como estos, pasándole las líneas correctas o algo. Pero por extraño que fuera, Rick se estaba disculpando por su tono.

–Minmei y yo no nos vimos en varios meses y...

–Oh, Rick –dijo ella, quizás con demasiada ternura–. Yo sé lo que sientes por ella, entonces... bueno, no hay nada más que decir sobre eso.

La aceptación era el único camino que ella todavía no había probado.

Rick soltó un suspiro y estaba pensando en cómo podía excusarse educadamente cuando Lisa agregó:

–No sé por qué, pero a veces tengo la sensación de que tú... bien, que hay algo que tú quieres...

¿Y quién no? –se preguntó Rick, y trató de adivinar que era lo que ella estaba persiguiendo ahora.

–¿De qué estás hablando?

Ella hizo un sonido de exasperación.

–Rick, tú sabes que yo...

El altoparlante escogió justo ese momento para intervenir: una voz femenina llamó a Lisa al puente.

–La habitual interrupción perfecta –dijo Lisa con frustración y después se rió–. Lograste escapar ileso una vez más.

Se puso de pie y lo despidió resignada.

–Volveremos a intentar esto de nuevo en algún otro momento.

Rick reaccionó como si un dentista le acabara de decir que concertara otra cita.

También habían convocado a Claudia al puente. Ella estaba parada junto a Lisa en el andador automatizado que en realidad era la baranda del tope curvo de la burbuja de observación, dándole la

espalda a la bodega de astrostática. La nave había salido inesperadamente de la transposición por el hiperespacio, y una vez más se sentían un poco inestables.

Exedore estaba manejando una de las estaciones de trabajo de tamaño humano. Breetai estaba sentado en su silla de mando con una mirada severa en su cara. Cuando Lisa se reportó como le habían ordenado, él profirió un gruñido gutural e inclinó su cabeza una fracción hacia la izquierda, como para indicar el objeto de su atención.

Claudia y Lisa se dieron vuelta y observaron una imagen que ahora llenaba el campo rectangular del rayo proyector. Era distinto a todo lo que habían visto –era una masa de armadura oscura enroscada y torcida, con tentáculos, puertos de propulsores reflex y dispositivos de sensores, de aspecto redondeado y corroído en su lado dorsal, como un trozo monstruoso de chatarra extraterrestre.

–¿Qué diablos es eso? –preguntó Claudia.

–Eso, mi estimada comandante Grant, es una nave de nuestra fuerza de reconocimiento... un modelo bastante nuevo, si no me equivoco.

–¡P-pero yo nunca vi algo como eso! –exclamó Lisa.

–Eso es poco probable –le dijo Breetai.

Lisa giró hacia Exedore y ordenó un informe de estado.

–Yo hice una identificación positiva, y es de hecho una embarcación de reconocimiento de último modelo. El viaje por el hiperespacio la modificó un poco. Es más, nuestros escáneres no indican ninguna actividad biológica en absoluto.

Lisa notó la mirada preocupada en su rostro cuando él estudió la imagen y las lecturas de ideogramas de ayuda. Las vistas seccionales y los primeros planos de los rasgos salientes de la cosa brillaban en la pantalla de su monitor para ilustrar su informe.

Lisa contuvo la respiración y giro hacia Breetai otra vez.

–¡Comandante, tenemos que investigar!

–Eso está completamente fuera de cuestión –espetó.

–¿Señor –intentó–, no es posible que a sus sistemas de examen se le pueda haber escapado algo? Tal vez haya zentraedis a bordo. ¿Acaso no hay ningún margen de error?

Ella no creyó ni una palabra de eso, y juzgando por la mirada en

la cara de Exedore, él tampoco. Pero era posible que hubiera armas a bordo –pods, trimotores, algo que las fuerzas de la Tierra pudieran usar para reforzar su arsenal.

–La información asimilada está de acuerdo con el código galáctico –le dijo Exedore con severidad–. Los “errores” no son posibles.

–No podemos desperdiciar una oportunidad como esta... ¡deberíamos investigar! –le contestó, archivando el “código galáctico” para una discusión futura–. La posibilidad de los zentraedis...

–Su compasión es loable –interrumpió Exedore, todavía escéptico–. Sin embargo, a mí me parece que la embarcación podría ser una trampa.

–¿Una trampa?!

–Sí –prosiguió–. A nosotros los zentraedis se nos conoce por nuestros “caballos de Troya”, como ustedes los llaman. No es sabio arriesgarse tanto.

Claudia decidió entrometerse.

–Él tiene razón... no podemos poner en riesgo la misión, Lisa.

–Supongo que no... –contestó con incertidumbre.

–Es peor de lo que usted cree –Breetai entonó detrás de ella–. Esta embarcación pertenece a los Amos Robotech. Es una de las muchas que actúan como sus ojos y oídos.

Los Amos Robotech –Lisa exclamó para sí misma.

–¿Usted está diciendo que ellos pueden rastrear nuestra presencia?

–Me temo que ellos ya lo han hecho –gruñó Breetai.

Capítulo 7

Sus científicos terrestres son un grupo imaginativo: toda esta charla sobre el viaje en el tiempo, la relatividad, mirar a través de un telescopio y poder ver la espalda de tu propia cabeza... supongo que todo eso lucía bien en el papel.

Exedore, como se cita en Entrevistas, de Lapstein.

Al salir de la transposición por el hiperespacio una vez más, la nave capitana de Breetai se materializó al tiempo real a centenares de pársecs de la Tierra.

Si la imagen de la nave de vigilancia robotech había intimidado a Lisa, la forma y la apariencia de la fábrica satélite automatizada la aturdieron por completo. Tenía la misma apariencia vegetal que la embarcación menor, las mismas circunvoluciones externas, la armadura celular y el aspecto incomprensible, pero todas las similitudes acababan ahí. El satélite era enorme, casi orgánicamente rosáceo a la luz de las estrellas, formado casi como el cerebro de un primate, con por lo menos media docena de réplicas de sí mismo unidas a la sección media de la fábrica por medio de tubos de transporte rígidos con forma de ramas. En órbita alrededor de él había centenares de naves zentraedis: cañoneros, mecas de batalla y reconocedores Cyclops.

–Mis estimados colegas –anunció Breetai cuando un primer plano de la fábrica apareció en el campo del rayo proyector–, hemos llegado.

Lisa, Claudia y Exedore levantaron la vista de sus estaciones de trabajo.

–¡Es increíble! –Claudia exclamó sin aliento.

Lisa hizo un sonido de asombro.

–Cualquiera sea el poder que creó eso, debe estar a años luz por delante de nosotros –dijo suavemente, recordando su primer vistazo al centro de mando de Dolza y la nave de vigilancia que habían dejado atrás hace sólo unas horas–. Todavía es difícil de creer que existan tales cosas en nuestro universo.

–Bien, todo lo que puedo decir es que es mejor que lo crea, comandante –dijo Max Sterling desde el monitor de Lisa; su imagen con casco llenaba la pantalla. Los Veritechs de Max y Miriya estaban en posición en el elevador de la bahía de atraque, preparándose para el lanzamiento.

–Max, recuerda –Lisa siguió por la red de comunicación–, debes convencer a Reno de que poseemos la protocultura.

–Correcto, capitana –saludó y se desconectó.

–Exedore –dijo Breetai detrás de Lisa–. Convoca al comandante Hunter de inmediato al puente.

Lisa giró en su asiento para enfrentar al comandante mientras Exedore llevaba a cabo la orden.

–¿Qué tiene en mente, comandante? –le preguntó.

Breetai mostró una sonrisa pícara.

–Debo disculparme por no haberla informado antes, pero por supuesto usted es conciente de que se van a necesitar tácticas de distracción para que nuestro plan tenga éxito.

–Apoyo la táctica –dijo con cautela–. Pero pensé que habíamos acordado transmitir la voz de Minmei.

–Correcto –respondió él, volviéndose de repente hacia Exedore–. Sin embargo, hemos inventado una pequeña modificación.

A Lisa no le gustaba como sonaba eso, sobre todo cuando vio que Exedore devolvía la sonrisa del comandante y agregaba:

–Su excelencia, ese fue su plan desde el principio, ¿no es cierto?

Breetai soltó una risa corta. Estaba complacido de ver que su consejero no había cambiado en absoluto a causa de las costumbres micronianas; Exedore todavía se negaba a tomar el crédito por un plan, incluso cuando sus inspiraciones lo habían guiado.

–Tu modestia iguala tu inteligencia –le dijo Breetai. Después se volvió de nuevo hacia Lisa–. Capitana, hemos decidido que el beso sería un contraataque más eficaz. ¿No está de acuerdo?

Los ojos de Lisa se agrandaron y se desenfocaron; ella empezó a caer hacia su silla y su estómago se hizo nudos.

–Em... supongo... –logró decir.

–Estoy seguro de que usted recuerda el efecto insólito que se produjo cuando usted y el comandante Hunter unieron los labios – estaba diciendo Breetai.

Claudia entretanto había dejado su estación y se dirigía hacia Lisa, ya con una sonrisa furtiva formada.

–Liisaaa... –dijo festivamente, poniendo su mano en el hombro de su amiga–. ¡Vamos, capitana! ¿No ves que es un plan brillante? Nada de que preocuparse.

Lisa miraba perpleja el monitor.

¿Plan? –se preguntó. Sí, ¿pero de qué plan estaban hablando todos ellos? ¿El que iban a utilizar para engañar al zentraedi Reno, o de repente estos eventos galácticos eran menos importantes que una conspiración universal destinada a reunirlos a ella y a Rick?

–Lord Breetai –anunció una voz zentraedi–. Transmisión del comandante Reno. ¿La conecto, señor?

Breetai se levantó de la silla de mando.

–Sí. Y usa el traductor para que nuestros amigos puedan entenderlo.

La cara y los hombros de Reno tomaron forma en el campo del rayo proyector. Reno era un varón moreno con ojos grandes, cejas tupidas y oscuras, y mandíbula cuadrada; llevaba un uniforme azul con franjas rojas y una túnica de mando verde. Abrió la conversación con formalidades, aunque tanto su voz como su posición sugerían cautela.

–Bienvenido –le dijo a Breetai; la traducción inglesa salió sincronizada con los movimientos de sus labios–. Ha pasado mucho tiempo, comandante.

–Cierto –dijo Breetai rotundamente. No se habían visto desde que ese día fatal hace tiempo cuando mataron a Zor; cuando Dolza le pidió a Reno que devolviera el cuerpo del científico a los Amos; cuando zentraedis e invids lucharon a muerte... Breetai inconscientemente acarició la placa facial que ocultaba las cicatrices de aquellos tiempos menos confusos...

–¿Vienes como amigo o enemigo?

–Hemos recuperado la matriz de protocultura de la fortaleza dimensional de Zor, Reno. Nuestros poderes son ilimitados. He venido a exigir que me entregues el satélite. Únete a mí y mi amistad es tuya. Oponte a mí y perece.

–¿Así que has robado la ciencia de Zor, no es cierto? –resopló Reno–. Y por supuesto, tú y tus nuevos compañeros de juegos micronianos planean mantenerla alejada de los Amos... ¿Alguna otra anécdota entretenida que desees intentar relatar, Breetai?

El comandante sonrió a propósito.

–De hecho, yo sí tengo algo más que tú podrías disfrutar... debe estar por llegar en cualquier momento.

–Intentaré contener mi excitación ilimitada –respondió Reno con sarcasmo.

Justo en ese momento Rick llegó al puente. Saludó a Breetai desde el andador curvo.

–Justo a tiempo –dijo satisfecho el comandante. Giró hacia Reno y emitió su ultimátum–. Esta es tu última oportunidad de cumplir.

–¡Ridículo! –empezó a decir Reno–. El simple hecho de que tú hayas rechazado las costumbres de los Amos Robotech indica...

Pero su rayo proyector se había enfocado en Lisa y Rick, que estaban parados juntos en el andador. Las cejas espesas de Reno se elevaron.

–¡¿Qué?! ¡¿Una hembra hablando con un macho?!

El único ojo de Breetai chispeó.

–Sí, así es, comandante. Y ahora... –dijo como un maestro de ceremonias–, si miras más de cerca, presenciarás la extraña y gloriosa libertad que viene de la protocultura.

En el ínterin Rick quedó perplejo y le lanzó miradas desconcertadas a Breetai y a la imagen de Reno del rayo proyector. Se volvió con desesperación hacia Lisa y susurró.

–¿Qué carajo está pasando?

–Está todo bien –dijo Lisa con ternura.

Rick se puso tenso. ¡Si Lisa le decía que todo estaba bien, él estaba muy preocupado!

–Max –dijo Miriya por la red táctica después de escucharlo reír–, ¿hay alguna oportunidad de que Rick no esté de acuerdo con el

cambio en las tácticas de distracción?

Sus Veritechs iban ala a ala en el espacio; se acercaban con rapidez a la nave de mando de Reno y los propulsores brillaban azules en la noche eterna. La red de comunicaciones estaba transmitiendo el drama que había en el puente.

–Creo que no me va a gustar esto para nada –estaba refunfuñando Rick.

Max sonrió abiertamente.

–No te preocupes por él, Miriya. Recuerda: Rick Hunter es un profesional.

Ella, por supuesto, no entendió el humor. Miriya ahora reconoció la voz de Lisa.

–¡Sí, señor, yo digo que es una orden!

–Es su trabajo acatar las órdenes –comentó Max.

Él lo dice tan en serio –pensó Miriya. Quizás había otro aspecto sobre besar que ella no conocía... algún método estratégico que Max todavía tenía que enseñarle. Como madre, estaba algo alarmada; pero como guerrera y as luchadora estaba francamente enfurecida. Esta era, después de todo, una misión peligrosa en la que estaban volando. Tal vez no hubiera otra oportunidad...

–¿Crees que tendremos alguna vez la oportunidad de volver a unir los labios, Max?

Max observó su imagen vestida de rojo en su pantalla de comunicación y sonrió.

–Te prometo que lo haremos –le aseguró.

–Los Veritechs ya están dentro del alcance de los sistemas de seguimiento –informó Claudia de su estación de trabajo.

–Comienza la transmisión –Breetai le dijo a Exedore, ignorando por un momento la batalla menor que estaba en marcha en el andador debajo de él.

–¡No, Lisa! –gritaba Rick–. ¡No voy a consentir al beso, órdenes o no! ¡Lo lamento, pero ya tomé la decisión!

Táctica de distracción –pensó Rick con disgusto. ¡De todos los trucos baratos que Lisa podía hacer! Simplemente algo para distraerlo de pensar en... ¡¿Minmei?!

Rick parpadeó: la canción “Stagefright” (Miedo Escénico) de

Minmei estaba retumbando en el sistema de altoparlantes de puente, y él parecía ser el único sorprendido por eso.

Aunque eso no era bastante cierto: la tripulación de Reno tampoco estaba preparada para eso. Ni tuvo la oportunidad de acostumbrarse gradualmente al canto, como lo había hecho la tripulación de Breetai. Por consiguiente, reaccionó como si una combinación de gas nervioso, sonido de alta frecuencia y electricidad desenfrenada hubiera apuntado de repente contra la nave.

–¡Ajjj! ¡Destrúyanlo! –gritó Reno, poniendo sus manos en sus orejas.

–¡No puedo soportarlo! –gritaron los miembros de su tripulación, que caían como moscas de sus estaciones de trabajo.

–¡No más! –suplicó Reno–. ¡Por favor apágalo!

A Rick nunca lo dejó de sorprender que la voz de Minmei pudiera sacar semejantes respuestas contrarias de seres que supuestamente tenían antepasados en común; pero tuvo muy poco tiempo para pensar en eso. Lisa lo había agarrado por los hombros y puso todo lo que ella tenía en un ósculo ofensivo. ¡Y vaya! ¡Esta era una Lisa diferente de la que lo besó con la boca cerrada delante de Breetai hace tres años!

–Bien, Reno –dijo Breetai al mismo tiempo con una sonrisa complaciente en la cara–, quizás esto te agrade.

Reno, que había apartado la vista del rayo proyector, volvió a mirarlo ahora que Breetai había bajado esa “arma de sonido”. Pero la imagen que le dio la bienvenida a sus ojos fue aun más debilitante: Ahí había dos micronianos...

–¡¿Uniendo los labios?! –gimió Reno. Miró fijamente el campo, asqueado por la confusión y por un sentimiento aun más extraño para a su sistema. Desde la bodega de astrostática de la nave llegaron chillidos de protesta, dolor y lamento. Reno se cubrió los ojos con la mano: apenas si tuvo la fuerza suficiente para desactivar el rayo proyector, y sintió que casi se desmayó cuando logró hacerlo. A sus pies, varias de sus soldados se habían derrumbado. Pero él nunca iba a admitir la derrota.

–Breetai –dijo en el micrófono; su voz era un graznido áspero–. Ese despliegue no te hizo ganar nada.

Sin embargo, Breetai parecía regocijado, listo para mostrar su carta de triunfo en ese momento.

–Reno ha discontinuado la transmisión –informó un técnico.

Después Claudia retransmitió que los Veritechs se estaban acercando al objetivo de su misión.

–Contacto en tres segundos...

Reno apenas estaba recobrando su calma cuando una explosión terrible abrió una brecha en el casco de estribor de la bodega de astrostática; su fuerza arrojó a algunos de sus gigantescos tripulantes al otro lado de la inmensa cámara. Él maldijo y felicitó al mismo tiempo a Breetai por la brillante ejecución de su plan; sus tácticas de distracción –esas armas secretas micronianas– habían desarmado por completo a su tripulación. De cualquier forma, tuvo la rapidez de pensamiento para bramar:

–¡Alerta de ataque!

En la nave de Breetai, Claudia actualizó que los Veritechs habían hecho una entrada exitosa.

–La beba está con Max y Miriya – Lisa le dijo con preocupación a un Rick todavía confundido y desconcertado.

–¡¿Ah?! –tartamudeó como respuesta, prometiendo que esta era la última vez que permitiría que lo desviarán tanto de la planificación de la misión.

Cuando el humo y el fuego se disiparon de la bodega de la nave de Reno y el casco se arregló solo, dos mecas de batalla micronianos –uno rojo y otro azul– se asentaron uno al lado del otro en la cubierta, completamente rodeados por soldados zentraedis con rifles láser pulsados.

–¡Todas las unidades prepárense para destruir los cazas micronianos a mi orden! –gruñó Reno; sus soldados rugieron y apuntaron sus armas. Él se preguntó qué era lo que Breetai esperaba ganar al insertar una fuerza de ataque tan pequeña y después le dio órdenes a los pilotos de los Veritechs usando el poco conocimiento que tenía de su idioma.

–¡Micronianos! ¡Están completamente rodeados! ¡Ríndanse de inmediato y se les permitirá vivir!

Los paquetes de aumentación de los cazas se elevaron.

–Llegó el momento –dijo Miriya por la red–. Deséame suerte.

–La tienes –le contestó Max–. Todo estará bien... yo estaré aquí.

Desde la burbuja de observación de arriba de la cubierta, Reno vio como la carlinga del caza rojo se elevaba. El piloto microniano se puso de pie y se quitó su casco, agitando su larga melena verde para liberarla. Reno quedó boquiabierto cuando el microniano habló.

–Yo no soy una microniana –anunció Miriya en la propia lengua de Reno–, sino una guerrera zentraedi micronizada.

Reno no lo dudó ni por un segundo; es más, la reconoció.

–¡Eres Miriya Parino! –dijo con escepticismo–. ¡Eras la segunda al mando debajo de Azonia!

Miriya apuntó al Veritech de Max.

–Permítanme presentar al teniente Maximilian Sterling, un oficial de las Fuerzas Terrestres... y mi compañero.

Max se quitó su “gorra pensante” y se puso de pie en la cabina.

–¿Qué es eso de ‘compañero’? –preguntó Reno–. Él es un simple microniano.

–Muéstrale la beba –dijo Max lo suficientemente fuerte como para que Miriya lo escuchara.

Y Miriya así lo hizo; alzó a Dana de la cabina y la levantó para que la vieran. La bebida estaba acurrucada en sus brazos y llevaba el mismo casco y el traje EVA del Dr. Dentons.

Por un momento Reno no supo qué estaba viendo, pero igual había algo en la cosa que lo llenó de miedo. Desde su punto de vista parecía ser una clase de... ¡microniano micronizado!

–¡Pero esto es imposible!

Sus toscos soldados estaban confundidos de igual forma.

–¿Qué es esa cosa? –preguntó uno.

–Por las doce lunas... está deformado.

–Miren... ¡se mueve!

–¡Un mutante! –insistió alguien.

Al tratar de frotarse los ojos, Dana había llevado sus diminutos puños enguantados al visor del casco. Miriya siguió hablando.

–En el idioma microniano, esto es lo que se llama un “infante”... que de hecho se creó dentro de mi propio cuerpo. Creada por nosotros dos –se apuró en agregar, señalando a Max.

Max asintió modestamente y sonrió.

–El amor es la base de la protocultura –continuó Miriya. Alzó a Dana encima de su cabeza y la beba sonrió e hizo gorgoritos como respuesta–. ¡No puedes conquistar al amor!

La cara de Reno comenzó a retorcerse sin control cuando Miriya mencionó la contraseña... ¡la protocultura!

Todavía sosteniendo a Dana en alto, Miriya dio un giro de 360 grados y le predicó a todo el círculo.

–¡Observen el poder de la protocultura... el poder del amor!

–Es una mutación –gritó un soldado, quien dejó caer su arma y huyó de la bodega.

–¡Es contagioso! –dijo otro, y también huyó.

Más armas descartadas cayeron a la cubierta. Dana, inocente, seguía moviendo los brazos y sonreía.

Derrotados, los soldados empezaron a abandonar sus puestos. Reno gritaba en el micrófono, y unas cuentas de sudor manaron de su rostro.

–¡Quédense donde están, cobardes! ¡Regresen! ¡Debe ser un truco! –por último retrocedió, giró y salió corriendo de la burbuja de observación.

Capítulo 8

El amor, como el tamaño, había perdido todo el significado... el amor era una maniobra de batalla, el besar era una táctica de distracción. La única entre nosotros que parecía saber algo sobre esa emoción inexplicable era Miriya, casada con la beba que ella había dado a luz tanto como lo esta-ba con Max.

*Recopilación de los registros del almirante Rick
Hunter.*

Los informes de Max y Miriya verificaron el éxito de la tercera fase de la artimaña.

Breetai razonó (correctamente, como se vería) que Reno se iba a retirar sólo lo suficientemente lejos del centro de mando del crucero para restablecerse y sonar la alerta general. Era posible que la táctica del tercer acto lo hubiera convencido de rendirse –y de hecho, Breetai estaba más que ansioso de darle el beneficio de la duda antes de montar un ataque a gran escala contra el muy custodiado satélite– pero era improbable.

En su estación de trabajo, bien debajo de la mirada pensativa de Breetai, Claudia Grant se rió.

–No puedo imaginar por qué la tripulación de Reno reaccionó así –le estaba diciendo a Lisa Hayes–. Yo pienso que la bebida de Max y Miriya es muy bonita, ¿no crees?

–Oh, basta, Claudia –dijo Lisa.

Breetai notó que el comandante Hunter parecía un poco debilitado por el beso que protagonizó con Lisa antes de que él saliera corriendo del puente. Breetai pensó que no era de asombrarse que Hunter hubiera expresado semejante repugnancia

inicial. Obviamente, besar es algo que no debe tomarse a la ligera.

–Ninguna de ustedes debe subestimar la capacidad de la oposición –Breetai le advirtió a las humanas, poniendo un rápido fin a los chistes–. Informa a tus pilotos de mecas que queden en espera.

Claudia cumplió de inmediato, y le ordenó a los escuadrones Blue, Green y Brown que fueran a sus plataformas de lanzamiento. Y menos de un minuto más tarde Max informó que Reno había requerido un contraataque; él y Miriya iban a escapar.

¡Dana! –recordó Claudia, de repente llena de preocupación.

–¡Lancen todos los mecas! –bramó Breetai.

Los mecas humanos y zentraedis despegaron desde las bahías del buque de guerra mientras las naves de la flota de Reno se amontonaban para el ataque.

Rick llevó su pequeño escuadrón de siete Veritechs contra ellos, codo a codo con los Battlepods zentraedis con forma de avestruz, trimotores y naves de persecución. Dos años habían pasado desde que él se había enfrentado con un enemigo en el espacio, pero de pronto sintió como si no hubiera pasado el tiempo. El silencio, las explosiones esféricas de la gravedad cero que florecían en la noche como flores mortales; el brillo espeluznante del fuego de los propulsores, la luz trémula de las estrellas, la cacofonía que fluía en su casco a través de la red táctica –una sinfonía alucinatoria de órdenes aterradas, advertencias frenéticas y gritos finales.

Sabía que iba a necesitar despejar su mente de todos los pensamientos, de los decentes o de los otros, para superar esto ileso. Aquí afuera los pensamientos eran el enemigo número uno de un piloto porque siempre impedían la interfaz productiva con el Veritech. Por eso liberó todo eso –las preguntas que todavía estaban ahí después de cuatro años de combate, los rostros de aquellos que quedaron atrás–, y el meca recogió esa vibración que se transmitía a través de los guantes tachonados con sensores y de la “gorra pensante” hacia su corazón de protocultura, y lo llevó una vez más a través de las puertas del infierno.

–¡No quiero tus excusas! –gritó Reno, azotando su puño sobre la subestación de la consola, un elaborado centro de mando incluso

para los estándares zentraedis, de color salmón y diseño orgánico con no menos de una docena de pantallas de monitor redondas-. ¡Ahora ordénale a tus soldados que vayan a sus estaciones de batalla! ¡¿Entiendes?!

La cara del teniente pelirrojo de Reno pareció empalidecer en el rayo proyector. Levantó sus manos temblorosas a la vista.

–¡Pero señor, nuestras tropas están aterradas por la contaminación microniana!

–¡Tonterías! –aulló Reno-. ¡Tienes tus órdenes: destruye los mecas infectados enseguida! ¡He dicho!

–Estamos dentro del alcance, milord –informó Exedore con calma.

Breetai observó el rayo proyector. La flota de Reno se había formado tontamente sobre el propio crucero del comandante, cercándose sola en las miras mortales de Breetai.

Mucho más fácil, entonces –pensó.

Antiguamente la fuerza del condicionamiento de Breetai habría hecho que tal cosa fuera imposible, pero la campaña que se dirigió contra la fortaleza dimensional de Zor había alterado la imperativa zentraedi más allá del reconocimiento. Permanecer en el lado de los Amos Robotech era ser el enemigo de Breetai.

–Cuando yo dé la orden, Exedore... –dijo el comandante.

Los propulsores laterales del Skull Uno alejaron al Veritech de la arena –por el momento. Todavía había media docena de Battlepods tras él rayando el espacio con los disparos furiosos de sus cañones, ¡y esos tipos estaban de su lado! Por supuesto que los pods enemigos eran una preocupación, ¡pero los disparos aleatorios enloquecidos de las tropas de Breetai eran algo serio! A partir del sonido de los chillidos y los comentarios que llegaban por la red, Rick supo que él no era el único que temía.

Sin advertencia previa del puente, ya habían armado el cañón principal de la nave de guerra. Unos pun-tos de luz deslumbradora habían hecho erupción a través de la nariz chata del furgón de batalla; pronto, Rick lo sabía de las batallas anteriores, una parte letal de muerte anaranjada saldría de cada uno de esos puntos para

agujerear sus blancos con una fuerza incalculable.

La nave de Breetai estaba dentro del alcance de quemarropa de Reno, apuntando a la proa de la nave menor donde se localizaban el puente y la sección de astrostática. Rick siguió en la red táctica para advertirle a sus compañeros pilotos que se pusieran a resguardo, y rezó por que Max y Miriya hubieran escapado a salvo.

La fábrica satélite robotech, con sus módulos secundarios como lunas pequeñas, giraba lentamente sobre su eje –era un pequeño mundo en sí, apenas visible ahora en la luz deslumbrante de mil novas diminutas.

Miriya sostenía a Dana sobre su regazo y su mano derecha aferraba el HOTAS del Veritech. Los fogonazos de luz estroboscópica lanzaron rojos encendidos y amarillos ardientes en la cabina. En ninguna otra batalla (y había habido muchas) la había poseído semejante furia. Ni siquiera esa pelea aérea esporádica que ella había emprendido contra Max se podía comparar con la intensidad y la necesidad que sentía ahora. Era como si todo su cuerpo estuviera reviviendo por la causa; como si la pequeña vida que sostenía en sus brazos fuera el tesoro más precioso que el universo pudiera ofrecer, una vida que valía la pena preservarla a toda costa...

Ella y Max habían salido de la nave de Reno, pero estaban lejos de estar a salvo.

–¡Proyectiles enemigos en dirección 977L! –Claudia le dijo a través de la red táctica sin ocultar la alarma en su voz–. ¡Dos trimotores intentan interceptar!

–¡Cuidado, Max! –dijo Miriya, tan afligida su seguridad como lo estaba por la de Dana–. ¡Los tengo!

Apretó el botón del gatillo en el HOTAS y liberó cuatro buscadores de calor de punta blanca que se soltaron de los tubos de proyectiles del Veritech. Ellos dieron con uno de los trimotores y lo volaron en pedazos, mientras que la segunda nave desapareció debajo de la de Miriya. Ella encendió los rayos láser de la parte inferior cuando el enemigo hizo su pasada; la luz intensificada quemó la cabina del trimotor y lo hizo retirar.

Miriya oyó que Max soltaba un suspiro de alivio y le agradecía.

Ella devolvió el suspiro y aferró a Dana con más fuerza; la beba movió sus brazos alegremente hacia el feroz espectáculo.

–¡Fuego! –dijo Breetai.

Una lluvia de energía sobrecargada se soltó de la nariz del buque de guerra para converger en la nave de Reno; los disparos individuales pasaron a través de él como si no estuviera allí. Y en menos de un segundo, no lo estuvo –su almacén quedó desollado, su proa reventó y no pudo auto-repararse.

Como una ballena que se tragó un cartucho de dinamita –pensó Rick. Imaginó la veloz muerte de Reno: la energía brillante como una ventisca de nieve que lo eliminaba de la vida...

–¡Justo enfrente! –dijo uno de sus escoltas a través de la red.

Rick clavó la vista en un enjambre de Officer's Pods, trimotores y Battlepods tácticos.

–Disparen todos los misiles de protones cuando yo lo ordene –le dijo su escuadra–. ¡Ahora!

Cientos de misiles salieron de sus pilones y de los tubos de sus fuselajes, se dirigieron hacia el medio de la nube enemiga y eliminaron a caza tras caza.

Entretanto, los cañoneros de Breetai habían soltado descargas sucesivas contra dos buques de guerra más de la que una vez había sido la flota de Reno. Las explosiones iluminaron el espacio local como un breve nacimiento de soles y los casquillos robotech flotaban abandonados en la oscuridad perpetua. En el balcón de observación, Breetai estaba parado rígido con sus manos detrás de la espalda, mirando con indiferencia las vistas de la batalla del rayo proyector. La victoria estaba asegurada: un golpe más asestado contra los Amos. Pero era consciente de que este era un triunfo menor en la guerra que algún día se desataría a las puertas de la Tierra, y por más brillante que pudiera parecer este momento, él iba a ser inservible cuando ese día llegara...

–Líder de escuadrón pidiendo ayuda en el Tercer Cuadrante –interrumpió uno de sus oficiales.

–¿Está listo el cañón de neutrones? –preguntó Breetai.

–Ochenta por ciento –Claudia informó concisamente.

–Tenemos la fijación y el enfoque positivo del rayo rastreador de

partículas de fotones –agregó Lisa; los esquemas de su monitor mostraban un mapa estelar cubierto de garabatos–. Todos los Veritechs y los pods han despejado el campo de fuego.

–Intercambio de neutrones completo –actualizó Claudia.

Los labios de Breetai se volvieron una línea delgada.

–Saneen el área –ordenó.

Rick llevó a su escuadra –Max y Miriya ya estaban entre ellos– a las coordenadas seguras que Lisa le había proporcionado. Cuando oyó que daban la señal de partida para el cañón de neutrones le echó una mirada a la nave de Breetai, esperando presenciar una emanación de energía que haría que todas las descargas anteriores palidieceran en comparación. Pero no vio ninguna señal de fuego, sólo el efecto aterrador y horrendo del rayo de partículas invisible: casi todos los mecas en la línea de fuego del cañón quedaron desintegrados. Algunos explotaron y otros se deshicieron, mientras que otros simplemente desaparecieron sin dejar rastro.

El número de muertos estaba más allá de su habilidad de calcular. Y terminó pensando en los zentraedis de la Tierra –en los micronizados que se estaban esforzando por adaptarse a una nueva cultura y en los malcontentos que vagaban por los eriales en busca de nuevas guerras. Con la derrota de Reno (según Exedore), la raza iba a estar cerca de la extinción.

Era como si ellos supieran de algún modo que les había llegado su hora. Habían honrado su imperativa; habían perseguido a la fortaleza de Zor para sus Amos y habían hecho lo mejor que pudieron para recobrarla. Pero en verdad habían viajado por la galaxia para cumplir con una imperativa mayor: habían venido a la Tierra para morir.

–Lord Breetai –dijo Exedore–. Las tropas restantes están de acuerdo en rendirse.

Su voz no dio muestras de tristeza por la aniquilación casi total de las fuerzas de Reno; en todo caso, llevaba un asomo de alivio. El reino de su comandante ahora era supremo –como siempre debió ser, con o sin la matriz de protocultura.

Breetai estaba sentado en la silla de mando.

–Haz que los prisioneros sepan que nosotros aceptaremos felizmente a todos los que deseen unirse a nosotros –declaró con suntuosidad.

Exedore habló en el micrófono de su estación de trabajo.

–Lord Breetai extiende sus saludos a todos los prisioneros zentraedis. Además, es su deseo extender un perdón total a aquellos que deseen unirse en las Fuerzas Unidas bajo su mando.

–Nuestra victoria puede muy bien marcar el alba de una nueva era en las relaciones galácticas –anunció Breetai, ahora de pie.

Su nave ya se estaba acercando a la fábrica satélite robotech; esta era un molusco bioluminiscente en la oscuridad del espacio, con cordones de luces que lo envolvían como un adorno de Navidad. Habían ganado el premio. Y si esas tropas derrotadas arrodilladas no eran testimonio suficiente de la victoria, uno sólo tenía que mirar ese campo de mecas y vestigios de cruceros aparentemente ilimitado a través de la que su nave se movía, los remanentes de la última flota zentraedi que quedaba.

Capítulo 9

La transferencia de la fábrica satélite robotech al espacio terrestre fue otro de los milagros malignos que cayó sobre nosotros. Ciertamente Gloval y Breetai tenían sólo nuestros mejores intereses en mente, ¿pero no se les debió ocurrir que si los Amos Robotech habían podido rastrear la fortaleza dimensional de Zor hasta aquí, seguro podían hacer lo mismo con el satélite? Como Zor antes que él, Breetai pensó que le estaba haciendo un favor la Tierra... Esto hizo que su comentario (tras aparecer en el espacio terrestre con la fábrica) fuera doblemente irónico:

-Lo logramos -se cita que dijo-. Es bueno regresar a casa.

*Dr. Lazlo Zand, Así en la Tierra como en el infierno:
Recuerdos de la Guerra Robotech.*

El Armagedón apareció con todos los colores en una pantalla ovalada del ministerio central de Tirol, una habitación orgánica como las que había en las fortalezas espaciales de los Amos, a la que unas columnas que podrían haber sido ligaduras vivientes y neuronas recubiertas le daban un aspecto catedralicio. Los representantes del Consejo de los Ancianos, los Amos Robotech, los Jóvenes Lores y los Científicos estaban presentes –los Ancianos y los Amos estaban en sus cápsulas de protocultura en invariables grupos de tres. Los Jóvenes Lores, un trío barbudo y calvo a pesar de su relativa juventud, eran los intermediarios entre los Amos y los clones del Imperio. El tres era sagrado, el tres era eterno, la trinidad irreligiosa regía lo que quedaba de la estructura social de Tirol –lo

que quedaba de una raza hacía mucho tiempo decadente. Tal había sido la influencia de la flor invid tripartita, la Flor de la Vida...

Uno de los Amos tomó la palabra: con la derrota de Reno a manos del traidor Breetai, sus esperanzas de recuperar la fortaleza de Zor se habían frustrado.

–Yo pienso que el mejor plan es educar por completo otro tejido del tanque de suspensión para que cuando lleguemos a la Tierra parezca humano.

Uno de los Científicos se arriesgó a hacer una pregunta y se acercó con arrogancia a la estación de los Amos, dejando a sus compañeros del Triunvirato para que trabajaran en los cálculos del espacio tiempo.

–¿Qué lo hace pensar que este clon será diferente de los otros que se generaron y fallaron?

–¡¿Mmm?!

Un segundo Amo tomó el desafío y observó al Científico con disgusto. Era un clon de aspecto exótico, labios azulados y cabello escarlata.

¿Qué hemos logrado –se preguntó el Amo antes de contestar– al crear esta generación joven de seres melencidos vestidos con togas que caminan sobre una línea delgada entre la vida y muerte?

–¡Qué insolencia! ¿Te has olvidado que esos esfuerzos previos se emprendieron sin la atención apropiada al proceso básico de generación de matriz? Este clon tendrá mucho tiempo para madurar, pero debemos empezar a programar el tejido de inmediato. De los catorce que permanecen en el tanque, uno asumirá, seguramente, toda la semejanza psíquica de Zor.

–Una cosa más, Amo: ¿Por qué no revisamos las gráficas de la matriz en lo que queda de protocultura? Quizás un viaje de tal magnitud es innecesario.

–Las gráficas se verificaron y se volvieron a verificar. Ni siquiera tenemos lo suficiente para hacer la transposición por el hiperespacio hasta el sistema de la Tierra.

El miembro femenino del Triunvirato le dio la espalda a sus cálculos.

–Entiendo, Amo.

–¡Pues! Comenzaremos el viaje con la potencia reflex y

confiaremos en el tejido celular matriz de los clones que quedan para completar nuestra misión.

–Veinte largos años según su cuenta... ¿Y cuántos de nosotros sobrevivirán semejante viaje?

–Si sólo tres de nosotros sobreviven, será suficiente. Esta es nuestra única oportunidad de recobrar el control de la protocultura.

Uno de los Amos señaló la pantalla ovalada –una vista del espacio captada por su embarcación de vigilancia: los restos de los mecas y la basura que una vez fueron la flota de Reno.

–Después de todo, miren lo que queda de su cultura; observen y estudien los remanentes de lo que una vez fue su gran armada. ¡Nosotros debemos tener esa matriz de protocultura! ¡Aun cuando tome veinte años y el último clon en vías de desarrollo de nuestro tanque! No tenemos alternativa más que proceder. Yo no puedo ver ninguna otra solución. ¡Pues! Si no hay nada más...

Un miembro del Triunvirato de Ancianos habló a través de unos labios tan resquebrajados como la arcilla cocida, una cara tan arrugada como la historia misma.

–El Consejo de los Ancianos está con ustedes.

El portavoz central de los Amos inclinó su cabeza en una reverencia.

–Nosotros reconocemos su sabiduría y apreciamos la generosidad de su apoyo, Anciano. Es por la lealtad hacia ustedes y a nuestros antepasados que hemos tomado esta decisión.

–Nosotros entendemos la importancia de esta misión, no sólo para nuestra raza, sino para toda la vida inteligente del cuadrante.

Un segundo Anciano dio sus bendiciones para el viaje.

–Procedan con su plan, entonces; pero sepan que no puede haber margen para el error sin graves consecuencias.

–El futuro de todas las culturas está en sus manos.

Un viaje veinteñal a través del universo –pensaron los Amos al unísono. Veinte años para recobrar un premio que les robó un científico renegado. ¿Ellos iban a vencer? ¿No quedaba ningún zentraedi leal?... Sí, había. ¿Pero podría él tener éxito dónde tantos habían fallado?

¡Khyron!

¡Khyron era su última esperanza!

Los equipos de humanos y zentraedis trabajaron largo y tendido para preparar la fábrica para un salto al hiperespacio. En menos de una semana salió de la transposición en la órbita lunar, parpadeando sin incidentes en el tiempo real; el cañonero de Breetai, su tripulación humana y zentraedi, y miles de guerreros convertidos estaban dentro de las entrañas del satélite. La principal preocupación del comandante había sido la remoción de la fábrica del reino de los Amos Robotech; el alcance de estos, sin embargo, iba a demostrar ser mayor de lo que hasta él había anticipado.

El escuadrón Veritech, así como Lisa y Claudia, regresaron a Nueva Macross y en su lugar llegaron veintenas de los robotécnicos de Lang, quienes se dispersaron por la fábrica como niños en una cacería. Finalmente, transportaron al propio almirante Gloval hacia el nuevo satélite de la Tierra. Él viajó con sus dedos cruzados, bien consciente de que la fábrica era ahora la única esperanza de la Tierra contra un potencial ataque ulterior de los Amos Robotech. Claudia Grant era su escolta.

El Dr. Lang y varios de sus técnicos estaban ahí para recibirlos. Se dejaron de lado las cortesías y llevaron a Gloval de inmediato hacia una de las líneas de ensamble automatizadas de la fábrica donde los aparatos extraterrestres –que Lang todavía entendía sólo a medias–, producían caparazones de Battlepods y cañones de artillería.

Gloval se maravilló ante la vista de estas máquinas trabajando: se fabricaban pods como si fueran coberturas de chocolate. Pasaban en minutos de un tanque de sedimento básico de metales en bruto al producto terminado; los servos, los soldadores de arco, las prensas y los moldes hacían el trabajo de miles de hombres. Los pods sin pilotos, controlados por computadoras que hasta Lang se negaba a alterar, marchaban uno tras otro en filas sobre las cintas de transporte impulsadas, haciendo una pausa en cada estación de trabajo para sufrir otro milagro automatizado. Una voz zentraedi sintetizada hablaba todo el tiempo con los dispositivos, dirigiéndolos en sus tareas. Exedore la había sustituido con una traducción, la cual se estaba transmitiendo mientras Gloval permanecía de pie fascinado.

–Preparen las unidades uno cincuenta y dos hasta la uno

cincuenta y ocho para los ajustes de protorayo y los procesos de conexión láser. Las unidades uno cincuenta y nueve hasta la uno sesenta y cinco se dirigen hacia el equipo de codificación radio-criptográfico...

–¿Pero qué significa? –Gloval le preguntó a Lang.

El científico sacudió la cabeza y los ojos marmóreos penetraron en los de Gloval.

–No lo sabemos, almirante. Pero no se deje engañar por lo que ve. Todo este complejo es apenas un fantasma de su antiguo ser... nada llega a concluirse –Lang hizo un gesto extensivo–. Sea lo que fuera que alimenta este lugar (y no veo ninguna razón para suponer que es distinto a lo que controla a la SDF-1) ha perdido su potencia original.

–La protocultura –dijo Gloval llanamente.

Lang asintió con los labios apretados y apuntó hacia la línea de pods a medio acabar a lo largo de la banda transportadora.

–Observe...

Gloval estrechó los ojos, inseguro de lo que se suponía que tenía que mirar. Pero en breve lo que el doctor quiso decir se hizo obvio.

–¡Advertencia! ¡Apagón! ¡Advertencia! ¡Avería!... –empezó a repetir la voz sintetizada. De repente uno de los pods quedó envuelto en una telaraña de energía eléctrica furiosa. Los servo-soldadores y los brazos agarraderas se removieron en el fuego y quedaron flácidos cuando el pod explotó en pedazos y las grandes máquinas se detuvieron lentamente.

–El informe de estado está en camino –le dijo a Gloval uno de los técnicos de Lang.

El almirante se frotó la barbilla y escondió una mirada de desilusión.

Nadie habló por un momento, salvo por una voz humana desde los altoparlantes que llamaba al personal de mantenimiento al centro de procesamiento. Después Exedore llegó a la escena. Gloval no lo había visto desde la tarde que se discutió la misión del satélite por primera vez.

–¿Cómo está, señor? –preguntó interesado Exedore, pero ya había adivinado la respuesta de Gloval.

–No tan bien como yo esperaba –confesó Gloval–. ¿Cuándo

podrán empezar a operar de nuevo?

–Me temo que la situación es peor de lo que pensamos –como persona que nunca midió las palabras, Exedore agregó–. Podríamos quedar fuera de servicio permanentemente.

–¿Está seguro?

El consejero zentraedi asintió secamente.

–¡Pero nuestra defensa depende del funcionamiento continuado!

–Claudia quedó boquiabierta.

Gloval apretó las manos detrás de su espalda, negándose a aceptar el pronóstico.

–Continúe –le dijo a Exedore–. Haga lo que pueda para conseguir que las cosas funcionen de nuevo. Haga algo... ¡cualquier cosa!

–Líder del escuadrón Veritech –dijo la voz femenina en la de la red de comunicación de Rick–. Tenemos una perturbación en la ciudad de Nueva Detroit. ¿Puede responder?

Rick accedió al mapa pertinente mientras seguía en la red.

–Entendido, control –clavó la vista en el monitor: su equipo estaba sobre la punta sur del lago Michigan, cerca de lo que una vez fue la ciudad de Chicago–. Estamos aproximadamente a unos tres minutos de llegada de la ciudad de Nueva Detroit. ¿Qué pasa?

–Trabajadores zentraedis han irrumpido en el Fuerte Breetai. Tomaron la cámara de conversión y están intentando sacarla de la ciudad.

Rick rechinó sus dientes y exhaló bruscamente.

–Escuchen –le dijo a sus escoltas–. Estamos en alerta. Enciendan sus toberas y síganme.

Nueva Detroit estaba erigida alrededor de un buque de guerra zentraedi que se había estrellado allí durante el ataque apocalíptico de Dolza; su casco de un kilómetro y medio de alto todavía dominaba la ciudad y los eriales llenos de cráteres lo rodeaban como una torre inclinada de malicia. La población de la ciudad era en su mayoría zentraedi, muchos micronizados por orden del Nuevo Consejo, y centenares más que eran obreros en su tamaño original en las acerías cercanas. Además había un contingente regular de fuerzas de defensa civil estacionadas ahí para vigilar una cámara de

conversión que habían sacado de la nave abandonada, pero que todavía había que transportar a Nueva Macross, donde estaban guardadas unas similares.

Rick divisó la cámara en su primera pasada sobre el fuerte de alta tecnología. Una hilera de vehículos corría sobre el terraplén que llevaba hacia las bodegas de almacenamiento subterráneo. Los informes actualizados que dio el control indicaban que por lo menos doce humanos y tres gigantes zentraedis habían muerto adentro.

Un poderoso remolcador con neumáticos parecidos a rodillos inmensos arrastraba el artefacto azul claro de nariz cónica que habían puesto en una plataforma enorme; dos extraterrestres micronizados iban en los asientos del chofer y tres más arriba, junto con tres gigantes de uniforme azul, dos de los cuales intentaban estabilizar la cámara atada a las apuradas y enredada. Detrás de la plataforma había dos enormes transportes más de ocho ruedas, cada uno de ellos llevando malcontentos armados con cañones automáticos. Rick los vio disparar hacia los puestos de centinela láser. Al nivel de la calle, desplazaban sus cañones sobre todo lo que se movía, haciendo correr a trabajadores y peatones por igual.

—Ahora estamos sobre la perturbación —informó Rick—. Ala izquierda, espera hasta que ellos hayan alcanzado las afueras, después entra bajo y dales una advertencia.

Los renegados zentraedis vieron los Veritechs y abrieron fuego con disparos indiscriminados cuando los cazas cayeron desde el cielo. Rick y su escuadrón hicieron un rizo para esquivar las balas de los cañones automáticos, y dispararon sus gatlings mientras rompían la formación.

Este es el fin de las tácticas de intimidación —pensó Rick; el Skull Uno volaba invertido y bajo sobre el paisaje retorcido fuera de los límites de la ciudad.

—¡Ala izquierda, elimina a uno de los gigantes de la primera unidad de inmediato!

Rick completó su rizo mientras su escolta se abría, reconfigurando el Veritech a modo Guardián y arremetiendo contra la caravana. Los zentraedis soltaban disparos continuos, pero Rick pudo discernir las primeras etapas de pánico en su vuelo. Ahí la carretera estaba llena de curvas y contracurvas, y el conversor había

vuelto peligrosamente inestable a la plataforma.

El extraterrestre armado de la plataforma soltó un último tiro antes de que el escolta de Rick, ahora en modo Battloid, lo sacara del vehículo. El camino también estaba demostrando ser demasiado para los chóferes; Rick vio que el vehículo hacia chillar las ruedas en un giro en S cerrado, dejaba el camino manteniéndose en el curso de una loma elevada, y después retomaba el pavimento donde los cómplices micronizados del gigante decidieron arrojar la toalla.

Mientras tanto, el resto del grupo Veritech había reconfigurado a modo Battloid y se asentó delante del convoy detenido.

Rick completó su descenso e hizo avanzar corriendo a su meca con la ametralladora empuñada en la mano derecha metálica y apuntando contra los gigantes de la plataforma. Un zentraedi estaba muerto en el camino. Los otros empezaron a bajar sus armas cuando Rick habló.

–¡No se muevan o serán destruidos! –exclamó por los parlantes externos. Los Battloids se detuvieron y se separaron–. Es inútil resistirse. Están completamente rodeados. Deben entender que lo que hicieron es una conducta inaceptable según las normas humanas y que serán castigados.

Rick hizo caminar hacia delante a su meca.

–Ahora, devolveremos la cámara de protocultura al fuerte.

A cuatrocientos ochenta kilómetros al nordeste de Nueva Detroit una manta espesa de nieve recientemente caída cubrió el terreno que asoló la guerra. La nave de Khyron había aterrizado aquí después de haber agotado casi todas las reservas de protocultura que impulsaban sus motores reflex para librarse del asimiento glacial de Alaska.

Los Battlepods zentraedis estaban sentados en los campos nevados como huevos sin empollar abandonados por una madre negligente. Los desertores de los centros poblacionales y de las fábricas micronianas seguían llegando en transportes y remolcadores robados. El casco de un buque de guerra zentraedi dominaba la escena; su proa estaba clavada profundamente como una lanza en la tierra helada y unas extrañas flores de tres pétalos la rodeaban, lo suficientemente vigorosas como para agujerear el suelo congelado.

Khyron había seguido el rastro de tales naves a través de los eriales norteños para salvar lo que podía en lo que se refería a armas y comestibles, y se maravilló por la resistencia de la Flor de la Vida invadida, que se sembró y floreció cuando se desintegró la protocultura de las toberas de la nave.

En el centro de mando de su nave, recibió la noticia de que su plan para robar el conversor de tamaño había fallado.

–¡Idiota! –Khyron le dijo a su segundo, Grel, que estaba parado en una postura tensa ante el Traicionero. Azonia estaba sentada en la silla de mando con las piernas cruzadas y una mirada macabra en su rostro–. ¡Tu débil plan nos ha fallado otra vez!

Grel frunció el entrecejo.

–Lo siento, señor, pero nuestros agentes no eliminaron el centro de comunicaciones y los Veritechs...

–¡Suficiente! –lo interrumpió Khyron, levantando su puño–. ¡Nuestros soldados ni siquiera pudieron defenderse!

–Pero señor, si usted sólo hubiera escuchado a... –empezó a decir Grel, y se arrepintió enseguida.

El plan había sido de Azonia, no de él; pero había pocas oportunidades de que Khyron la culpara a ella –no ahora que se había forjado una relación especial... Y menos desde que su comandante había empezado a usar las hojas secas invadidas otra vez. Como si eso no fuera suficiente, todas las tropas vieron aparecer el satélite robotech en los cielos de la Tierra, y eso sólo significaba una cosa: ¡De algún modo los micronianos habían derrotado a Reno!

–¡Cállate, Grel! –le ladró Azonia–. ¡Bajo tu dirección es imposible que ellos pudieran tener éxito!

–Bien, yo no diría exactamente...

–No interrumpas –continuó ella, cruzando los brazos y dándole la espalda.

Khyron también se burló de él con una risa corta y Grel sintió que la furia subía dentro de él a pesar de sus mejores esfuerzos para mantener sus emociones a raya. Ya era bastante malo que él y las tropas se vieran obligados a vivir estos últimos dos años con una hembra entre medio, pero ahora ser humillado así...

–No tendrías que haber tenido ningún problema en capturar la cámara de conversión –estaba diciendo Azonia cuando él por fin

explotó; el asesinato estaba en sus ojos cuando se inclinó hacia ella.

–Puede que todo esto parezca que es mi culpa, pero la verdad es que tú...

–¡Basta! –gritó Azonia, poniéndose de pie casi histérica–. ¡No quiero escuchar ninguna excusa de ti!

Khyron se puso entre ellos, más enfadado y más gritón que los dos combinados.

–¡Deja de discutir, Azonia! Y Grel, quiero que escuches, ¿me entiendes?! ¡No tengo que decirte que con la aparición de esas señales de satélite, la última esperanza para los Amos yace en nosotros!

–Señor, estoy escuchando –dijo Grel, cansado y rendido.

Khyron, al que se le estaba acumulando saliva en los bordes de su sonrisa maniática, movió un puño frente a la cara de Grel.

–Excelente... porque mi reputación está en juego y necesito esa cámara de conversión para salvar el honor, y si yo no la consigo... ¡Yo no tendré piedad de ti! ¡Ahora, sal de aquí!

Grel se puso tieso y después empezó a escabullirse como un perro apaleado.

Cuando dejó el cuarto, Azonia se puso al lado de Khyron, presionándose sugestivamente contra él; su voz era moderada y juguetona.

–Dime con confianza, Khyron, ¿realmente piensas que él puede manejarlo?

–Por su bien, espero que sí –dijo Khyron a través de los dientes apretados, aparentemente sin darse cuenta de la cercanía de Azonia hasta que ella se arriesgó a poner una mano en su hombro.

–Tú sabes como manejar a tus tropas, Khyron –le ronroneó en la oreja.

La empujó con la fuerza apenas suficiente para sugerir su seriedad, sin querer enfrentar la mirada herida que él estaba seguro de encontrar en el rostro de ella. No tenía sentido negar la atracción desconcertante que él había llegado a sentir por ella en su exilio compartido... estos nuevos placeres de la carne que ellos habían descubierto; pero ella tenía que entender que había un tiempo y un lugar para tales cosas, y que la guerra y la victoria todavía estaban primeras –¡qué siempre estarían primeras! Ningún otro zentraedi

tenía más derecho a estos regalos sensuales que él, pero sus tropas merecían más que un comandante que estaba menos comprometido con ellos de lo que ellos lo estaban con él. Él había prometido devolver a los desertores a su tamaño original, y tenía la intención de hacerlo... con o sin Grel. Y, si hablamos claro, con o sin Azonia.

–Ahora, escucha –le confió–. Hay algo que no le puedo decir a Grel pero que voy a decírtelo a ti... Yo mismo voy a ir tras esa cámara de conversión... no puedo contar con él para que lo haga. Quiero que tú te quedes aquí y tomes el mando mientras no estoy.

Se dio vuelta y se alejó de ella sin otra palabra, sin darse cuenta de la sonrisa que había aparecido en el rostro de ella.

Azonia saboreó el pensamiento de comandar a las tropas de Khyron en su ausencia.

–Esto está empezando a ponerse bueno –dijo en voz alta después de un momento.

Capítulo 10

Si nosotros aceptamos por un momento la visión expresada por algunos de nuestros colegas del siglo veinte -que los niños hacen realidad las vidas inconscientes de sus padres-, y aplicamos eso a los Amos Robotech y a sus "niños", los zentraedis, llegaremos a una situación de lo más reveladora. A estas alturas está claro que los Amos eran los únicos desprovistos de emociones. Aunque guerrearán como lo hicieron los zentraedis, su verdadera imperativa se centraba en la individuación y la búsqueda del ego... Sin embargo, uno tiene que preguntarse por Zor: Él sirvió a los Amos aunque no se contaba entre ellos. ¿Quién puede decir hasta qué punto estaba afectado por la protocultura?

Zeitgeist, Psicología Extraterrestre.

Tras ser devuelta a Nueva Detroit, estaban izando la cámara de conversión para ponerla de vuelta en su soporte, un hangar de cuatro postes similar a aquellos que se usaban para sostener las carpas iglú. Se había reunido una gran muchedumbre, humanos y gigantes zentraedis de overoles, así como sus hermanos micronizados. Rick supervisaba el funcionamiento de la grúa mientras el resto de su equipo, todavía en sus Battloids, patrullaba un área acordonada frente al Fuerte Breetai. Había una tensión palpable en el aire.

–Eso es... sólo un poco más y estamos listos –Rick instruyó al ingeniero de operaciones–. Bien, bien... sólo sigue así...

Cuando la base redonda de la cámara se estaba deslizando en el

pie del soporte, un automóvil deportivo negro se detuvo chillando. Rick echó una mirada sobre su hombro y vio a Minmei en el asiento del pasajero.

El alcalde de Nueva Detroit, Owen Harding, un hombre corpulento de cabeza llena de un espeso pelo blanco y bigote como morsa, estaba en el asiento trasero. Reconoció a Rick de los días que él había servido con la RDF a bordo de la SDF-1. Harding salió y preguntó si todo estaba bajo control, si había algo que él pudiera hacer. La muchedumbre había reconocido a Minmei, y dos policías se acercaron para evitar que se reuniera alrededor del automóvil.

Rick saludó y señaló hacia la cámara de conversión.

–Necesito que su gente le provea seguridad a este dispositivo.

–No puedo hacer eso, comandante –dijo firmemente el alcalde–. La mayor parte de la población de aquí es zentraedi... como usted puede ver. Asegurar este “dispositivo”, como usted lo llama, es una cuestión militar. Nosotros ya tuvimos bastantes problemas y no pienso aumentarlos arrojando a mi fuerza policíaca en el medio de eso. No demos más vueltas, comandante, todos nosotros sabemos para qué es esta máquina.

Rick se sacó su largo pelo de la cara y enderezó los hombros intentando no pensar en el hecho de que Minmei estaba a sólo cinco metros.

–Es por esa precisa razón que necesito su apoyo, señor... sólo hasta que mis superiores despachen una unidad apropiada para que la vigile. No podemos darnos el lujo de permitir que esta cámara caiga en las manos equivocadas.

A la multitud no le gustó lo que oyó. Incluso antes de que Rick terminara, le hicieron saber al alcalde donde estaban parados.

–¡¿Qué está diciendo, comandante... que todos nosotros somos ladrones?! –gritó alguien.

–¡¿De quiénes son ‘las manos equivocadas’, aviador?! –dijo otro.

–Vea con lo que me tengo que enfrentar –el alcalde hizo un gesto desesperado.

–Mire –enfaticó Rick–, yo sé que usted no quiere más problemas aquí, pero sólo le estoy pidiendo su cooperación por cuestión de unos días...

–Yo no puedo involucrarme en esto.

–También es para su protección –dijo Rick, señalando a la muchedumbre–. Todos estuvimos de acuerdo en honrar al Consejo...

–Entonces di todos los hechos –interrumpió una voz familiar.

Rick se volvió y vio a Kyle que caminaba hacia él desde el automóvil.

–Cuestiones militares, Kyle... ¡no te metas en esto! –Rick lo advirtió severamente. Kyle era la última cosa que esta situación necesitaba: El Sr. Agitación.

–Esto no es sólo cuestión militar –empezó Kyle, dirigiéndose a Rick y a la multitud–. Es de todos, comandante, porque está hablando del derecho de los zentraedis a regresar a su tamaño normal cuando quieran.

Rick no podía creerlo. Seguro, por qué no dejar que todos vuelvan a cambiar –especialmente ahora que otra vez estaban hambrientos de guerra y los blancos más cercanos eran de una décima de su tamaño.

–Estás chiflado, Kyle.

–Si piensas que estoy bromeando, eres un tonto más grande de lo que pensé. Y estoy seguro que la mayoría de la gente de esta ciudad estaría de acuerdo conmigo... ¿no es correcto?

Rick no se molestó en echar una mirada alrededor. Los gritos de asentimiento resonaron; los zentraedis micronizados levantaron sus puños, y los gigantes gruñeron. La escena violenta de Kyle con Minmei en Ciudad Granito se repitió en la mente de Rick, junto con los comentarios de Max sobre el falso pacifismo de Kyle.

Minmei –pensó, mirándola de reojo y leyendo una clase de advertencia en esos ojos azules–. Cómo puedes estar emparentada con este...

–Bien, es cierto... –estaba exigiendo Kyle. Al darse cuenta de la falta de atención de Rick, siguió su mirada y le leyó los pensamientos...

Así que todavía está enamorado de ella.

Rick oyó que Kyle resoplaba y después le decía a la multitud:

–¡Cuando ellos les quiten su derecho a usar la cámara de protocultura, será el primer paso hacia la ley marcial! ¡Ustedes vivieron bajo eso por mucho tiempo antes de venir a la Tierra! ¡A esta cámara la deberían controlar las personas de esta ciudad!

Uno de los gigantes azotó su pie, sacudiendo el área.

–¡Será mejor que nos escuchen ahora mismo! –bramó.

–¡Esta es nuestra ciudad –dijo una mujer humana, para gran asombro de Rick–, no del ejército!

¿Estaba funcionando alguna clase de contagio inverso aquí?

–¡Por qué no sólo te subes a tu pequeño avión y sales de aquí mientras todavía puedas! –gritó un segundo gigante.

–¡Escúchenme! –suplicó Rick, y de hecho logró sosegarlos por un momento–. ¿No sería mejor mantener esta máquina a salvo de personas que la usarían en contra de ustedes, que poner en peligro a toda la ciudad con ella?

–¡Me estoy hartando de tus mentiras, Hunter! –profirió Kyle, furioso.

–¡Fuera! –gritó la muchedumbre.

–¡Nosotros ya no vamos a soportar esto!

El alcalde se acercó a Rick, con los ojos alertas por si arrojaban botellas o piedras.

–Ellos hablan en serio –dijo con cautela.

–¡Ya oí suficiente! –Rick empezó a contestarles gritando–. ¡Esto es propiedad militar! ¡Se me ordenó que la asegurara, y yo pienso llevar a cabo esas órdenes!

–¡Eso ya lo veremos! –amenazó uno de los gigantes.

Rick le hizo señas al teniente de su escuadrón. Dos de los Battloids levantaron sus gatlings y se adelantaron.

La multitud hizo una inhalación colectiva, pero los comentarios persistieron, ayudados por Kyle, quien ahora intentaba guiarlos en un canto.

–¡Salgan de aquí ahora! ¡Salgan de aquí ahora! –marcaba su grito con gestos de brazos levantados.

La muchedumbre se unió a él y se mantuvo en su sitio.

–Por favor, comandante –dijo el alcalde–. Tiene que irse.

Rick estrechó los ojos y le echó a Kyle una mirada mortal. Estudió a la multitud –caras enojadas y zentraedis muy altos. Si los Battloids abrieran fuego, todo sería un gran problema; y si no lo hacían... si sólo dejaran la cámara asentada...

¡No hay salida! –Rick gritó para sí mismo, enviando una mirada atormentada en dirección de Minmei antes de darle la espalda a

todos ellos y alejarse.

En los campos nevados al borde de civilización, Khyron recibió la noticia de la revuelta en Nueva Detroit. Él no podía haber estado más contento.

Estaba parado a la cabeza de una columna de dos hileras compuesta de doce de sus mejores soldados, cada uno, como él, vestido con la armadura propulsada zentraedi.

–Escúchenme –los instruyó–. ¡Nosotros somos los últimos zentraedis verdaderos! ¡Debemos tomar esa cámara de conversión! ¡Ningún sacrificio es demasiado grande!

Dicho esto, encendió los propulsores autónomos del traje corporal y despegó, y su escuadra de elite lo siguió en los cielos.

Tras haber dejado a dos de sus cabos Veritechs para que vigilaran la cámara, Rick y el resto de su equipo regresaron a Nueva Macross. Bill “Willy” Mammoth, uno de los escoltas del Skull Uno, se había comunicado con Rick por la red táctica.

–Prosigue, Willy, te escucho –le dijo Rick.

–Es sólo que es molesto, señor. Dejar ahí todo ese poder, y... bien, olvídelo...

–Dilo, Willy. Te lo dije, te estoy escuchando.

–Bien... es sólo que odiaría ver que un manojo de personas inocentes saliera herida debido a un alborotador trastornado.

Una imagen de los ojos furiosos de Kyle se presentó en la memoria de Rick. Esa lucha hace tiempo en el Dragón Blanco, los discursos pacifistas de Kyle, su temperamento violento...

–Sí, yo también –dijo agriamente.

El alcalde Harding tenía recelos. Dos de los Battloids de Hunter junto con uno de los Gladiators de la defensa civil de Nueva Detroit estaban supervisando el traslado de la cámara de conversión desde el Fuerte Breetai hasta su nuevo lugar de descanso dentro del centro de exposiciones de la ciudad, un amplio complejo de pabellones y teatros construido al estilo “Hollywood” –un edificio de varios pisos con forma de pagoda aquí, un templo mesoamericano allá.

–¿Pero estará segura? –se preguntó en voz alta el alcalde.

Lynn Kyle y Minmei estaban con él en la inmensa rotonda del centro observando el procedimiento del traslado.

–¿Algo lo está molestando, señor alcalde? –Minmei se apresuró a preguntar, esperando que Harding hubiera cambiado de opinión y volviera a llamar a Rick y a su escuadrón.

El alcalde se mordió los extremos del bigote.

–Para ser honestos, estaba pensando en las consecuencias de tener la cámara de conversión aquí en caso de que nos atacaran... sólo espero haber tomado la decisión correcta.

–¿Atacado por quién? –dijo Kyle con rudeza–. La guerra terminó.

–No escuchó lo que dijo el comandante Hunter –Harding se encogió de hombros–. Todos estos zentraedis renegados que estuvieron dejando las ciudades y levantando campamentos allá afuera...

Kyle hizo un gesto de indiferencia.

–Olvídese de eso... todo eso es sólo desinformación. Ellos dirán cualquier cosa para convencernos de que todavía necesitamos su protección. Además, aquí hay muchos ciudadanos zentraedis pacíficos. Ellos nos ayudarán si las cosas se ponen malas.

–Espero que tengas razón.

–No se preocupe. Hicimos lo correcto y las personas lo aprecian. Esta cámara pertenece legítimamente a la gente zentraedi, y eso es todo lo que realmente importa.

El alcalde se aclaró la garganta.

–Confíe en mí –dijo Kyle.

Harding, sin embargo, seguía sin convencerse. Kyle notó que Minmei parecía preocupada e intranquila, y que su cara estaba muy pálida. El alcalde había insistido en llevarlos en una gira por el nuevo teatro del centro, y fue aquí donde Kyle decidió cambiar las estrategias.

–Tengo una idea –les dijo con un tono más ligero de voz–. ¿Qué tal un concierto de buena voluntad para promover la hermandad entre los ciudadanos humanos y zentraedis de Nueva Detroit?

–¡Vaya, eso sería genial! –Harding se animó de repente–. Es decir, si Minmei consintiera... en un aviso tan corto y todo...

–Claro que lo hará –continuó Kyle, aunque Minmei no había

demostrado aceptar la idea ni con palabra ni movimiento.

–Toda la ciudad se paralizará –dijo Harding, haciendo girar las ruedas. Comenzó a llevarlos hacia uno de los pasillos del teatro en dirección del gran escenario.

–Podemos sentar a casi tres mil aquí dentro, y esperen que vean nuestro sistema de iluminación –rodeó su boca con las manos y gritó hacia el balcón–. ¡Pops! ¡Abre la cortina principal y enciende los reflectores!

–Seguro, señor alcalde –contestó un anciano escondido y la cortina empezó a subir. Kyle aprovechó el momento para girar hacia Minmei y susurrar:

–¿Cuál es tu problema hoy, Minmei? Vas a ofender al alcalde.

–Sólo que no tengo ganas de cantar –dijo firmemente.

–¿Y por qué no? –Kyle levantó la voz.

–Porque no creo que este lugar sea seguro con esa cámara de protocultura aquí, y debido a lo que le hiciste al comandante Hunter –contestó sin mirarlo–. Él es mi gran amigo, sabes. Él me salvó la vida.

–Lo haces sonar como si fuera mucho más que una amistad, Minmei –Kyle sonrió afectadamente.

–Me preguntaste, así que te lo dije.

–Cálmate –le contestó–. En primer lugar, nosotros no estamos en peligro. Y segundo, eso no hirió a tu aviador como para que se le erizaran las plumas. Eso lo mantiene en guardia.

Minmei apretó los dientes.

–¡Ahí van, señor alcalde! –gritó el escenógrafo veterano.

Dos reflectores intensos convergieron en el centro del escenario y el alcalde Harding se volvió orgulloso hacia Minmei.

–¿Qué tal eso?

Kyle fingió su mejor sonrisa y dio un paso adelante.

–Creo que todo el lugar luce genial, señor.

–Gracias –empezó a decir el alcalde y sonrió cuando un golpe fuerte sacudió el teatro. Una segunda y tercera explosión siguieron en una rápida sucesión, lo bastante violentas para hacer que todos rodaran por el pasillo.

–Pero qué...

–¡Rápido! ¡Afuera! –ordenó Kyle.

Sin duda un concierto de Minmei habría funcionado de maravillas en Nueva Detroit, ¿pero cómo podía saber Kyle que Khyron había hecho una reservación previa?

Inmediatamente después de su retorno a Nueva Macross, a Rick se le ordenó que se reportara ante el almirante Gloval en el cuarto de información de la SDF-1. Allí encontró al almirante, a Exedore, Lisa, Claudia, Max, Miriya y el infame Trío Terrible –Sammie, Vanessa y Kim–, sentados en la mesa redonda del cuarto. Rick le dio su informe directamente a Gloval, resumiendo los eventos que sucedieron en Nueva Detroit.

Gloval tenía un aspecto de desesperación.

–Quiero felicitarlo por ejercer el buen juicio, capitán –le dijo a Rick después de un momento. Después señaló hacia la mesa–. Yo quería que usted estuviera incluido en esto. Exedore...

Dijo eso y se recostó en la silla para escuchar.

El enigmático zentraedi inclinó la cabeza.

–He finalizado mi investigación sobre la relación entre la protocultura y los zentraedis –comenzó con un poco de soberbia–. Mi raza...

La cara de Exedore pareció blanquearse.

–Los Amos Robotech diseñaron biogenéticamente a mi raza con el solo propósito de luchar. La protocultura, el descubrimiento del científico tiroliano Zor, se utilizó tanto en el proceso inicial de clonación, como en el agrandamiento de nuestro ser físico.

–¿Está diciendo que los Amos nos crearon? –Miriya estaba boquiabierta–. No puede ser verdad, Exedore. Yo tengo recuerdos de mi juventud, mi educación, mi entrenamiento...

Exedore cerró los ojos y sacudió la cabeza con tristeza.

–Implantes, amplificadores... Los Amos fueron astutos al equiparnos con recuerdos raciales e individuales. Pero descuidaron lo que es más importante...

Gloval se aclaró la garganta.

–Exedore, si me permite...

Exedore gesticuló su asentimiento y Gloval le habló a la mesa.

–Estas personas que ustedes llaman Amos Robotech estaban sumamente orgullosas de su civilización avanzada y poderosa. Los

viajes al hiperespacio y el armamento avanzado ya eran parte de su cultura, pero poco después del descubrimiento de la protocultura y de la ciencia de la roboteología, soñaron con regir un imperio galáctico. Y decidieron desarrollar una fuerza de policía que protegiera sus adquisiciones... a los zentraedis.

La mesa se quedó callada.

–Durante centenares de años –continuó el almirante mientras sus ojos encontraban a Miriya y a Exedore–, ustedes ganaron mundos para ellos... para estos Amos a los que estaban programados para obedecer. Pero este científico, Zor, el mismo genio que diseñó y construyó esta nave, estaba trabajando en silencio para destruir lo que sus descubrimientos destacados liberaron. Se creía que él escondió sus secretos en alguna parte de esta nave e intentó enviarlos lejos de las garras de los Amos. Y a usted, Exedore, y a Miriya, a Breetai, al viejo que llamaban Dolza, hasta a Khyron, se les ordenó que recobraran esta nave a toda costa... porque sin los secretos de Zor los Amos Robotech no podrán cumplir sus sueños de imperio. Sin la protocultura, ellos caerán, tan seguro como cayó su raza de guerreros gigantes. Al enfrentarse por primera vez con las emociones y los sentimientos, los zentraedis quedaron indefensos. De seguro que a esa raza de genios pervertidos no le queda nada de amor en sus corazones. Y serán derrotados por las mismas razones.

Exedore levantó la vista.

–No los subestime, almirante –aconsejó. Estaba impresionado por el resumen y la evaluación de Gloval, pero el almirante habló como si todo eso hubiera quedado atrás, cuando de hecho sólo estaba comenzando–. Nosotros los zentraedis ya no representamos una amenaza para ustedes, es cierto. Pero créanme cuando les digo esto: los Amos están allá afuera esperando, y no descansarán hasta que esa matriz de protocultura sea suya. Su poder ya llevó una vez a la Tierra al borde de la extinción. No se confundan pensando que eso nunca más podrá pasar.

Gloval absorbió esto en silencio.

–¿Hay alguna pregunta?

–Las personas de la Tierra... ¿son la protocultura? –preguntó Miriya, llena de preocupación mientras miraba a Max. Estaba Dana... ¡cómo podían explicar a Dana!

–Yo sé lo que estás pensando, Miriya –dijo Gloval–. Pero no. Verás, nosotros nos remontamos a millones de años. Y los zentraedis...

–¿Pero cómo pueden explicar que nuestras estructuras genéticas sean casi idénticas? –quiso saber Max.

–Casi idénticas. Casi idénticas –contestó Exedore–. Lo que es más plausible es que nuestro... material genético sea una clonación del de los Amos. Ellos son, después de todo, eh... micronianos como ustedes. Busque una similitud allí, teniente Sterling, no entre los zentraedis.

Max sacudió la cabeza de una forma desconcertada.

–¡Pero yo no veo que eso importe mucho!

–No lo hace –dijo Miriya, poniendo su mano encima de la de él.

–Entonces es de suponerse –señaló Lisa–, que la gente de la Tierra y la gente de Tirol tenían un origen en común.

–Yo ya no creo que eso sea así –dijo Exedore–. Me temo que es una coincidencia.

Las cejas de Rick se levantaron.

–¡¿Una coincidencia?! Pero Exedore, las probabilidades de eso tienen que ser nada menos que...

–Astronómicas –terminó Lisa.

–¿Y las probabilidades contra nuestra coexistencia?... –Gloval resopló– Podrían ser aun mayores.

–Así que la verdad es –concluyó Exedore–, que aunque nuestras razas son similares, no son idénticas. Mi raza, la zentraedi, estaba protoculturalmente desprovista de todo, salvo por el deseo de luchar diseñado con la biogenética. Nosotros éramos sólo unos juguetes para nuestros creadores... juguetes de destrucción.

Capítulo 11

Yo había entrado a una casa atractiva y de aspecto simpático que estaba al mismo nivel de la calle, pensando que sería un atajo hacia Rick (quién se estaba alejando rápidamente en su Veritech). La casa estaba llena de antigüedades del último siglo, y yo corría por todos lados tocando todo. Pero después, cuando recordé a Rick y empecé a buscar una salida, ¡no pude encontrar una forma de salir! Comencé a abrir puertas sólo para encontrar más puertas detrás de ellas, y más puertas detrás de aquellas, ¡y más puertas!... Me desperté más asustada de lo que había estado en mucho tiempo. Fue más aterrador que la vida real.

Del diario de Lynn Minmei.

Kyle, Minmei y alcalde Harding llegaron a la entrada principal del teatro a tiempo para ver el descenso del grupo de ataque aerotransportado de Khyron.

Ellos cayeron sobre la ciudad como una tormenta liberada del mismísimo infierno; vestidos con sus armaduras propulsadas parecían buzos de mares profundos y gladiadores romanos. Los Destroids de la Defensa Civil ya estaban en las calles soltando misiles y proyectiles transuránicos hacia los cielos. Un Excalibur MK VI, cuyos cañones ardían, recibió dos proyectiles enemigos que lo hicieron caer, y el fuego continuo de uno de los cañones agujereó los frentes de las tiendas a lo largo de toda la avenida. Cerca, un Spartan lo estaba haciendo mejor, pues eliminó a dos de los atacantes enemigos con los Stilettos que lanzó de los tubos de

proyector con forma de barril. Pero también cayó cuando uno de los zentraedis, casi tan alto como el Spartan y mejor equipado para maniobrar, hizo una barrena hacia él e hizo retroceder tambaleando a la cosa contra la fachada del teatro de exposiciones. Las chispas saltaron cuando chocó con la calle y los misiles cayeron de uno de sus tambores aplastados.

Kyle y los otros se apretaron más dentro de la entrada del teatro, estremecidos de miedo, mientras que los gritos de socorro salían del Spartan demolido.

–¡Nuestros peores miedos se hicieron realidad! –aulló Harding.

Minmei tomó el brazo de Kyle con los ojos bien cerrados y la boca abierta en un grito silencioso.

Las tropas de Khyron estaban resueltas al exterminio; tuvieron dos años para perfeccionar esto, dos años continuos, sólo esperando una oportunidad para hacer que los micronianos pagaran por todas las penurias que los habían obligado a soportar. Ahora toda la tensión y el odio los llevó a un asedio frenético a una Nueva Detroit abandonada para que recogieran esa cosecha violenta.

Todo era un blanco, y nadie estaba a salvo –humano o zentraedi urbanizado.

–¡Luchen hasta el fin! –gritó el Traicionero en su enlace de comunicación–. ¡Encuentren esa cámara! ¡Ningún sacrificio es demasiado grande para una causa más estimada que la vida misma!

Aún así, las fuerzas de la Tierra no se iban a rendir; coraje y valor eran las palabras del día, aunque pocos iban a quedar al final de la batalla para cantar alabanzas a aquellos que murieron.

Un Gladiator se puso mano a mano con uno de los agitadores extraterrestres, haciendo caer al zentraedi con un puñetazo izquierdo cuando sus cañones se quedaron sin carga, sólo para que el enemigo derribado lo hiciera volar en pedazos con un disparo de su arma montada.

Otro de la elite de Khyron hizo una pausa ante un estacionamiento sólo para incinerar los vehículos y los grupos de humanos amontonados adentro.

–Estoy recibiendo lecturas de alta actividad reflex –anunció Khyron cuando los periféricos de su traje brillaron. Los localizadores lo estaban ayudando a apuntar su atención en la sala

de exposición-. ¡Todas las tropas reúnanse inmediatamente a mi señal!

Minmei y Kyle, abrazados el uno al otro en el recinto de entrada del teatro, observaron que las tropas enemigas se dirigían al vestíbulo; las calles vibraban con el golpe de sus botas metálicas.

–¡¿Qué he hecho?! –se preguntó Kyle, cerca del pánico.

Dentro del vestíbulo, los centinelas de la RDF recibieron la noticia de que habían superado a las primeras defensas; el enemigo se dirigía hacia ellos. Un Battloid levantó su ametralladora ante el sonido de golpes en la puerta de acero de treinta centímetros de espesor del vestíbulo. Los tres tripulantes de los Gladiators se prepararon.

El alcalde Harding dejó a Kyle y a Minmei, y corrió al sótano del edificio. Él y un desafortunado oficinista estaban visitando el vestíbulo y la cámara de conversión –un escudo de Blindex era la única cosa que los separaba del fuego– cuando la puerta explotó de repente y las tropas de Khyron entraron.

Uno de los Gladiators dio un paso adelante para enfrentar a un zentraedi, escupiendo disparos inofensivos de ametralladora en la cara de su enemigo mientras que dos de ellos forcejeaban. El soldado de Khyron tomó las chapas de la cara del meca, lo sacudió e hizo que la miserable cosa chocara contra la pared de concreto reforzado del edificio.

El segundo Gladiator estaba similarmente comprometido, mano a mano y ganando su pelea cuerpo a cuerpo... hasta que un zentraedi apareció sin aviso por arriba, abriéndose camino a través del techo y descendiendo sobre el meca con la fuerza suficiente como para partirlo desde la cabeza hasta la cadera.

Todo ese tiempo, el Battloid vació su gatling contra una pared de armadura zentraedi. Cuando el piloto vio que el Gladiator recibió ese terrible golpe desde arriba, hizo correr a su mecas con el cañón automático en alto como una maza, sólo para recibir una patada giratoria paralizante en el abdomen de un enemigo con ojos en la nuca.

–¡Esto es el fin! –exclamó el alcalde, dándole la espalda a la carnicería-. ¡Hemos perdido la cámara de conversión!

–Es probable que, sin importar cuánto se los exponga a los humanos, los zentraedis todavía sean una raza guerrera –Exedore le dijo al almirante después de la sesión. Él, Gloval y Claudia habían caminado juntos desde el cuarto de sesiones hasta una de las enormes bodegas de suministro de la fortaleza.

–Pero mucha de su gente ha descubierto un tipo de vida completamente diferente aquí en la Tierra, Exedore –defendió Gloval–. No debe ser tan... duro consigo mismo.

–El almirante Gloval tiene razón –agregó Claudia–. Mucha de su gente apoyó la paz tan pronto como se expusieron a la posibilidad, y la mayoría todavía lo hace.

–Estoy de acuerdo en que muchos lo quieren –contestó Exedore, inmutable ante sus obvios esfuerzos por ponerlo a gusto.

Después de todo, no era cuestión de sentirse de una u otra forma sobre eso; era simplemente un hecho: los zentraedis eran guerreros. Exedore a veces se preguntaba si los humanos no llevaban el modo emocional demasiado lejos.

–Es sólo que ahora me preocupan aquellos que todavía quieren luchar. Seguro que usted entiende eso, almirante.

–Sí –admitió Gloval, alzando su pipa hacia sus labios, sin saber hacia donde se dirigía esta discusión.

–¿No parece extraño, entonces, que sin importar qué tan lejos han progresado civilizaciones igualmente superiores, nunca parece haber una solución para el problema de la agresión y la guerra?

–Muy cierto, mi amigo.

–Eso también se aplica a los humanos –continuó Exedore–. De hecho, no hay ninguna especie conocida en todo el Cuarto Cuadrante que alguna vez le haya dado la espalda a la guerra.

–Lamentablemente, es así –dijo Gloval.

Sonó un timbre y el almirante se estiró hacia un auricular; gruñó síes y noes en él, y sus orificios nasales se abrieron ampliamente. Volvió a colgarlo con un golpe y le ladró a Claudia:

–¡Encuentra a Hunter de inmediato!

–¿Señor? –Claudia retrocedió un poco.

–¡Los zentraedis han atacado Nueva Detroit!

–"Un juguete de destrucción" –Rick le estaba contando a Lisa–.

Así es como él se llamó, ¿correcto?

Los dos estaban parados en una de las bahías abiertas de la SDF-1, a seis metros sobre el lago brillante, mirando fijamente las nubes naranjas y rosas del ocaso.

–Genéticamente programado para luchar... es muy triste.

–Si me lo preguntas, se parece mucho a nosotros –dijo Lisa.

Rick le frunció el ceño.

–¿Acaso no siempre estamos luchando? –le preguntó ella.

–Eso no es justo, Lisa.

–No estaba tratando de ser... sólo daba una idea.

–¿Oh, sí?

–¡Rick! ¡Lisa!

Ellos se dieron vuelta al mismo tiempo para encontrar a Claudia que caminaba hacia ellos.

–Me alegro de encontrarlos –dijo sin aliento–. ¡Las fuerzas zentraedis han atacado Nueva Detroit!

Los ojos de Rick se agrandaron.

–¡¿Fuerzas?! ¿Qué quieres decir? ¿Quiénes... los malcontentos?

Claudia sacudió la cabeza.

–Parece que no. Su señal de comunicación se perdió hace casi diez minutos, pero una de nuestras naves de reconocimiento captó la pelea. Parece un ataque coordinado. Por lo menos una docena de zentraedis con armaduras de poder.

Lisa vio que Rick se puso lívido. Él apretó los puños y maldijo.

–¡Rick, no es tu culpa! –ella dijo rápidamente, acercándose a él. Pero él ya había salido corriendo por la puerta.

–¡¿Quién?! –Lisa le preguntó a Claudia–. ¡¿Quién?!

Los refuerzos de Nueva Macross llegaron demasiado tarde a la escena. Rick, en el Skull Uno, tuvo una vista panorámica de la secuela de la batalla: el fuego, el humo y varias cuerdas de devastación total. Las avenidas centrales de Nueva Detroit estaban destruidas y llenas de cráteres; los mecas de la defensa civil yacían humeantes en las calles, mientras que las dotaciones de rescate trabajaban frenéticamente para liberar a los tripulantes atrapados. El área alrededor del vestíbulo de exposición estaba irreconocible. Los edificios principales se habían reducido a cascotes.

Rick se culpó.

Era mi obligación asegurar la cámara de protocultura –pensó–, pero dejé que Kyle y esos zentraedis fácilmente influenciados tomaran el control.

Debajo de él las grúas y excavadoras trabajaban para poner de pie a un Excalibur MK VI dañado; los cañones gemelos del meca estaban separados del cuerpo. En otro lugar, estaban remolcando la carcasa de un Gladiator de una intersección; parecía como si lo hubieran partido al medio con un hacha.

Aunque Rick se echaba la culpa, no podía culparse por el ataque, y eso fue lo que empezó a preocuparlo. El único incidente en esta zona que se acercó al nivel de destrucción fue la incursión a Nueva Pórtland hace algunas semanas. Allí, los renegados zentraedis habían irrumpido en una de las armerías, habían requisado tres Battlepods y se permitieron una breve orgía de terror. Pero ese fue un caso aislado; más a menudo, el problema se limitaba a la lucha –la reciente pelea a puñetazos en las calles de Macross era un ejemplo perfecto. Pero ahora, en menos de veinticuatro horas, hubo dos incursiones mayores.

Los pilotos de reconocimiento que presenciaron el ataque no vieron Battlepods; armaduras propulsadas zentraedis, dijeron. Rick pensó en eso: durante la Reconstrucción habían despojado de armas a muchas de las naves de guerra que se estrellaron en la Tierra dos años atrás. Pero claro que era posible que una banda de gigantes bandidos se hubiera tropezado con una nave y encontrara los trajes de potencia... ¿pero qué querrían con la cámara de conversión? ¿Un golpe para la independencia? Además, el ataque en Nueva Detroit estuvo demasiado bien coordinado: era determinado, nada como las juergas de violencia al azar que a Exedore le preocupaban –el resurgimiento de la programación zentraedi.

Rick terminó pensando en la incursión zentraedi a Ciudad Macross, cuando esta todavía se localizaba en la barriga de la SDF-1. Mientras miraba a Nueva Detroit, empezó a sentir que había algo familiar en esta ruina planeada, casi como si mostrara las señas de alguien que pensaron muerto –alguien a quien los mismos zentraedis habían temido...

Mientras Rick bajaba el Veritech para buscar más de cerca un

pedazo de calle ordenado para asentarse, Kyle y Minmei se preparaban para huir de la ciudad. El auto deportivo negro, que quedó estacionado cerca de la entrada del teatro, sobrevivió de milagro a la destrucción. Kyle ahora estaba detrás del volante, retorciendo la llave de contacto y maldiciendo a la cosa por no moverse. Sobre el vehículo reluciente sobresalía el cuerpo inanimado de un Excalibur, un águila con las alas extendidas en una pose mortal contra la fachada del teatro.

—¡Montón de chatarra barata buena para nada! —Kyle le gritó al automóvil, bombeando el pedal del acelerador para lo que pudiera servir.

—¡Apúrate, Kyle! —gritó Minmei desde la calle—. ¡Ellos podrían volver!

—¡Estoy haciendo lo mejor que puedo! —le dijo con enojo.

Minmei se retorció las manos y caminaba, víctima del miedo y el auto-tormento. Al igual que Rick, ella se culpaba por la tragedia.

¡Si hubiera detenido a Kyle, nada de esto habría pasado! ¡¿Cómo pude dejar que le hiciera eso a Rick?! Si yo me hubiera interpuesto cuando Rick me miró así...

El motor del auto deportivo rugió y Kyle cantó victoria.

—¡Minmei, entra! ¡Vamos!

Creyó que ella estaba pasmada o perdida en sus pensamientos, porque no pudo llegar hasta ella.

—¡Minmei! —volvió a intentar.

Ella giró hacia él como si tuvieran todo el tiempo del mundo y sus ojos estaban llenos de aborrecimiento. Estiró el brazo para tomar la manija de la puerta trasera y la abrió de un tirón.

Rick la divisó.

Había reconfigurado el Veritech a modo Guardián y se estaba asentando en la calle del teatro a varias cuerdas detrás del automóvil deportivo de Kyle. Kyle estaba acelerando el motor, demasiado preocupado para notar el descenso del meca, pero Minmei lo vio en el espejo retrovisor y giró en su asiento.

Ella respiró hondo.

—¡Kyle, por favor no te vayas todavía... es Rick!

El Skull Uno había aterrizado. La nariz del Veritech estaba en el suelo y la cola en el aire como un pájaro mecánico que examinaba

la tierra en busca de gusanos: Rick hizo saltar la carlinga y salió de la cabina.

–¡Ya se nos hizo tarde! –dijo Kyle, e hizo disparar el auto, dejando marcas de caucho en el pavimento.

Rick los perseguía a pie y Minmei pudo leer sus labios: gritaba su nombre, pidiéndoles que se detuvieran.

–¡Date la vuelta, Minmei! –le gritó Kyle desde el asiento delantero–. ¡Es demasiado tarde!

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

–Adiós –le dijo suavemente a la pequeña figura de la distancia.

¡Es demasiado tarde!

Capítulo 12

Los zentraedis no son seres inferiores, ni deberían ser tratados como ciudadanos de segunda clase. Ellos deberían disfrutar de las mismas libertades que el resto de nosotros disfrutamos -¡la vida, la libertad y la persecución de la felicidad! Nadie puede decir con seguridad que algunos de ellos no se lanzarán al crimen o a los malos propósitos, pero por lo menos nosotros no habremos reprimido su derecho a expresarse -¡nosotros no habremos actuado como fascistas!

*De los folletos de Lynn Kyle sobre el pacifismo.
-¡La fila se forma a la derecha! -bramó uno de los soldados de Khyron, señalando con su enorme mano.*

A doce metros por debajo de la cara enfadada del gigante, un zentraedi micronizado que recientemente había vuelto al rebaño, se preguntó si había tomado la decisión correcta al unirse al batallón del Traicionero. Había sido un viaje arduo desde Nueva Detroit para alcanzar estos eriales rodeados de nieve, y ahora había cierta hostilidad en el aire frío...

Pero de repente el soldado sonrió abiertamente; después se rió y se palmeó la rodilla. Otros soldados también lo hicieron y la risa se extendió en toda la línea de zentraedis micronizados.

-Bien, ¿eso es lo que los micronianos siempre están diciendo, no? -le preguntó el soldado a su homólogo diminuto-. “La línea se forma a la derecha”, “prohibido estacionar”, “prohibido fumar”... quiero decir, nosotros los guerreros zentraedis aprendimos algo de los micronianos, ¿no es cierto? De ahora en adelante queremos

hacer las cosas en orden... ¡pacíficamente!

–¡Sí, estamos a favor de la paz! –dijo un segundo soldado blandiendo su rifle láser.

–¡Nosotros amamos tanto su mundo que simplemente vamos a quitárselo! –agregó un tercero.

Y todos se rieron y agregaron comentarios propios, gigantes y zentraedis micronizados por igual.

La fila llegaba hasta la cámara de conversión, que estaba de vuelta donde pertenecía en la nave de mando de Khyron, donde uno por uno los zentraedis se despojaban de sus ropas micronianas y se los volvía a su tamaño normal en el tanque de conversión. Era un proceso lento y tedioso, pero a nadie parecía molestarle la espera.

A Khyron menos que a nadie.

Él y Azonia estaban sentados a cierta distancia del tanque, sorbiendo de vasos altos una bebida embriagadora que uno de los antiguos zentraedis micronizados había introducido en el creciente batallón de bandidos. A Khyron le había empezado a gustar beber con sorbetes, y su consorte lo complació poniendo uno en su vaso también. Cerca de ahí, Grel los miraba nervioso.

La noticia de que Khyron había capturado la cámara de conversión y que estaba listo para cumplir su promesa de volver a tamaño normal a cualquiera que se uniera a su ejército se extendió rápidamente por los eriales. Cada día las filas de hombres y mujeres zentraedis micronizados se hacían más largas, y Khyron se regodeaba con su victoria. Le había notificado a sus espías en los centros poblacionales que hicieran saber quién había tomado la cámara.

¡Dejen que sepan que Khyron ha vuelto!

Riéndose histéricamente, el adalid alzó el vaso como brindis hacia un soldado que salió de la cámara, desnudo y poderoso otra vez.

–¡Ahora que Khyron tiene la cámara en su poder, reconstruirá su ejército y aplastará a los micronianos! ¡Este mundo miserable habrá conocido días mejores!

Dicho eso, levantó su vaso hacia la fila y lo estrelló contra el casco interior de la nave, haciendo que llovieran vidrios y líquido sobre aquellos que esperaban.

Azonía miró a su señor y sonrió con orgullo. Estaba medio enamorada de su locura, aunque “amor” difícilmente era la palabra que ella habría usado.

Pero de pronto Khyron dejó de sonreír.

Hizo un sonido gutural, se puso de pie y empezó a caminar de un lado a otro delante de ella; los puños fijos en sus caderas mantenían la capa de campaña lejos de su uniforme color escarlata.

–No es suficiente –dijo por fin–. ¡No es suficiente!

Giró hacia ella sin aviso y un fuego diabólico brilló en sus ojos.

–Nosotros debemos poseer la mismísima matriz de protocultura... la fábrica de Zor. ¡Todavía está en algún lugar de esa fortaleza en decadencia, y nosotros la tendremos!

–Pero milord, de seguro los micronianos... –empezó a decir Azonía.

–¡Bah! –la interrumpió–. ¡¿Piensas que ellos se molestarían en vigilar esta cámara si tuvieran la fábrica en su poder?! No, yo creo que todavía no la encontraron.

–Sí, pero...

Khyron golpeó un puño en su palma abierta.

–Haremos lo que debimos haber hecho desde el principio. Tomaremos algo de ellos... algo que estiman precioso. Y lo guardaremos a cambio de la fortaleza dimensional. Hay una palabra microniana para eso... –se volvió hacia Grel y dijo–. La palabra, Grel... ¿cuál es?

–“Rescate”, milord –fue la rápida contestación.

–Rescate, sí... –repitió suavemente Khyron. Señaló la cámara de conversión e instruyó a Grel para que acelerara las cosas.

–Vamos a salir de aquí en breve –le dijo–. Pero no debemos olvidarnos de dejar una pequeña sorpresa para nuestros amigos micronianos...

Nueva Detroit había quedado bajo la ley marcial. Había pocas razones para esperar un nuevo ataque, pero el robo de la cámara puso furiosos a los residentes zentraedis. Algunos de ellos creían que las Fuerzas Terrestres habían organizado una incursión de zentraedis para ganar posesión de la cámara. Los equipos de reconstrucción y los refuerzos de la defensa civil llegaron en avión

desde Nueva Macross, y se estableció un cuartel general de campo (con Lisa Hayes al mando) fuera de los límites de la ciudad.

Todavía había que confirmar si la responsable del ataque fue una banda de malcontentos de los eriales, pero los vuelos de reconocimiento al norte de la ciudad revelaron la existencia de una clase de base, construida a las apuradas alrededor de los restos de una nave de guerra estrellada cuya altísima presencia dominaba esa región nevada. Un escuadrón de Veritechs bajo el mando de Rick Hunter ya estaba en camino hacia ese sitio, y Lisa Hayes supervisaba su progreso desde el CG de campo.

Su pantalla no había indicado ninguna actividad en la base, pero cuando los reconocedores Ojo de Gato bajaron para una pasada más cercana, los periféricos se iluminaron: al grupo de cazas que se acercaba le habían lanzado misiles enemigos. Lisa siguió en la red de comunicaciones para advertirlos.

–Eh, entendido, control –dijo uno de los escoltas de Rick–. Los misiles enemigos mantienen el estado de seguimiento. Las computadoras de a bordo calculan el impacto en veintitrés segundos.

–¡Evasivas! –Lisa oyó que Rick decía por la red.

Lisa miró su pantalla: los misiles alteraban el curso junto con los cazas.

–Todavía están en su retaguardia, capitán Hunter.

Un recluta que estaba en la estación de trabajo adyacente giró hacia ella de repente.

–Captamos una emisión de calor súbita.

Lisa ya estaba de vuelta en la red.

–Los misiles activaron protopropulsores.

–Todas las unidades –dijo Rick–. Lancen fantasmas.

Lisa estudió una vez más la pantalla. Los misiles habían alcanzado al grupo, pero las imágenes falsas de radar los habían confundido. Aunque sólo por el momento.

–Ellos dieron la vuelta, comandante.

–Entendido, control –le contestó Rick –. Los tenemos en nuestros monitores de seguimiento. Estamos planeando una sorpresa de nuestra parte.

El Skull Uno guió al grupo en una escalada en formación y un

rizo exterior que los puso nariz con nariz con los misiles que se acercaban. Aunque los ojos veían sólo cielo azul delante de ellos, las pantallas Veritech captaban la muerte.

–Impacto en siete segundos –dijo el escolta de Rick.

–Hammerheads a mi señal... ¡ahora!

Los misiles se separaron de los tubos de lanzamiento cuando el grupo soltó un poco de su propia muerte; los proyectiles encontraron a sus contrapartes enfrente, aniquilándose entre sí en una serie de explosiones que se fundieron en una esfera en expansión de fuego. Los Veritech lo atravesaron rápidamente, chamuscándose pero resistiendo; la ruta hacia la base enemiga estaba tan despejada como el día.

Ellos entraron siguiendo el terreno yermo y la sección de cola del casco inclinado que se veía sobre el horizonte. Rick ordenó la reconfiguración a modo Guardián cuando llegaron al borde de la zona designada y liberó una veintena de buscadores de calor para anunciar su llegada.

La tierra en la base del buque de guerra zentraedi se rompió al instante. La nieve y el polvo del área salieron volando, y cuando el humo se despejó, había un cráter nuevo que circundaba por completo a la nave de guerra arruinada. Pero no hubo ninguna devolución del disparo o señales de actividad. Rick adivinó lo que los indicadores del Ojo de Gato iban a revelar.

–Los escáneres indican que no hay señales de vida –dijo después de un momento el piloto del avión de reconocimiento.

Rick ordenó que la mitad del grupo se asentara y reconfigurara a modo Battloid para entrar en la propia nave de guerra.

El hecho de que el casco pudiera contener trampas desconocidas estaba en la mente de todos, por eso tenían que proceder lenta y metódicamente, compartimiento tras compartimiento, revisando en busca de dispositivos de tiempo o trampas infrarrojas.

Tres horas después llegaron a una bodega central llena de artillería y suministros zentraedis. Todavía no había ninguna señal de ocupación.

–Parece que abandonaron el lugar cuando nosotros llegamos –propuso Rick–. Debieron haber controlado los misiles desde un fortín remoto.

El escolta de Rick hizo un gesto con el brazo de su Battloid hacia el arsenal de armas.

–Mire todo este material.

Rick así lo hizo: si las personas que estuvieron aquí podían darse el lujo de dejar atrás todo esto, él no quería pensar en lo que empacaron cuando se fueron.

Acercó su meca a una de las canastas de suministros y, sin darse cuenta, limpió la suciedad de la tapa. Cuando lo hizo, la insignia del Batallón Botoru empezó a tomar forma.

¡El batallón de Khyron!

A mil seiscientos kilómetros al oeste de Nueva Detroit, a través de la tierra que una vez fue hogar de dinosaurios y búfalos, corría el grupo más extraño de criaturas que apareció en mucho tiempo: una banda pequeña de gigantes humanoides y máquinas con forma de avestruz –en algunos casos una mezcla de los dos–, con gigantes a horcajadas sobre los pods y las manos sujetadas fuertemente en las armas del plastrón, las piernas envueltas alrededor de los cuerpos esféricos. Dentro del Officer's Pod que iba a la cabeza del montón estaba sentado el Traicionero y puso una sonrisa de loco en su cara cuando le habló a las imágenes de Azonia y Grel en las pantallas redondas del meca.

–Todo está saliendo como lo planeé –se felicitó–. A estos micronianos se los engaña tan fácilmente.

–Los Battlepods ya se están acercando al objetivo –informó su consorte.

–Ninguna señal de resistencia –dijo Grel.

–¡Ellos caerán en esto! –cacareó Khyron.

Como un vaquero lo haría con el anca de un caballo, palmeó la consola del pod para apurarlo. Pudo oír que los gigantes sin mecas soltaron un grito de guerra cuando llegaron a la cima de una elevación del terreno y avanzaron sobre la ciudad.

A Denver, Colorado, como una vez se la conoció, la habían reconstruido muy a menudo desde la Guerra Civil Global y sufrió tantos cambios de nombre que las personas ahora se referían a ella simplemente como “la Ciudad”. Un enorme hangar que décadas

antes usó el NORAD de Estados Unidos se había convertido en una sala de conciertos lo suficientemente grande para albergar a varios miles de humanos y cerca de cien gigantes. Esta noche había una pequeña multitud, pero Minmei cantaba con todo su corazón; los recuerdos de la incursión a Nueva Detroit estaban frescos en su mente, y la necesidad de consolidar las relaciones entre humanos y zentraedis imperaba en sus pensamientos.

Ella tenía a la multitud, por pequeña que fuera; la banda era firme y había momentos de perfección en su actuación. Por un tiempo pudo sacar a Kyle de su lista de preocupaciones; Él no le había dicho ni diez palabras en su viaje a campo traviesa desde Nueva Detroit y estaba segura de que ahora él la estaba mirando desde bastidores.

Minmei, vestida con ese mismo vestido con volados que había lucido en Nueva Macross, iba en el segundo verso de “Touch and Go” cuando el verdadero problema empezó. El gigante zentraedi sentado en las gradas superiores fue el primero en notarlo: una corriente rítmica de articulación mecánica, el golpe de cascos metálicos en las calles, un sonido como truenos distantes.

La propia cantante se dio cuenta del ruido un momento después y se detuvo en medio de la canción. La mayor parte del público se puso de pie mirando el techo curvo del hangar: algo se movía ahí arriba...

Cuando el edificio empezó a temblar, todos corrieron hacia las salidas, pero lo hicieron un poco tarde: el techo pareció rasgarse y enseguida llovieron Battlepods. Varios más atravesaron las paredes del hangar, seguidos por soldados zentraedis armados con rifles láser y cañones automáticos. La sala era un pandemónium, aunque no se había disparado ni un solo tiro.

Minmei se quedó paralizada en medio del escenario; los Battlepods estaban lo bastante cerca como para reflejarse en sus ojos añiles. Se dio cuenta de la presencia de Kyle a su lado, pero no fue capaz de moverse a su libre albedrío.

–¡Minmei –le gritaba–, ellos se dirigen directo hacia nosotros! ¡Tienes que deshabilitarte!

Un pod de aspecto raro se había ubicado delante del escenario; tenía hocico rojo, un cañón montado y dos manos con forma de

derringer –una de las cuales azotó de golpe contra el escenario cuando Kyle la guió para salir.

Ella sintió que la violencia de la fuerza la hizo caer, pero ni siquiera eso fue suficiente para devolverle su voluntad.

Por eso ella se entregó a Kyle, dejando que él la levantara de un tirón y la llevara a los escalones del escenario, abajo hacia el foso de la orquesta, abajo hacia ese grupo de pods que avanzaban sobre ellos...

–Bien, miren lo que tenemos aquí... –una voz afectada retumbó bien arriba de ella.

Minmei levantó la vista hacia el rostro guapo y bien afeitado rodeado de un atractivo cabello azul. El gigante zentraedi que bajó del pod de aspecto inusual llevaba un uniforme de color escarlata con rayas amarillas y una capa de campaña color oliva que se ataba a sí misma sobre un hombro. Él extendió la mano y la tomó a ella y a Kyle, aplastándolos en su puño mientras los alzaba mucho más arriba del escenario.

–¡Déjanos ir! –pudo gritar Kyle–. ¡Vas a matarnos!

El titán guerrero los sostuvo delante de su cara; Minmei vio la maldad en sus ojos grises acero.

–Yo ni lo soñaría –dijo él con algún propósito tácito en la mente.

–¡No hay que dañar a Minmei, comandante! –ella oyó que insistía uno de los otros gigantes. Ella estiró el cuello para ver más allá del pulgar del guerrero, peleando por respirar y por llegar a ver al que había hablado en su defensa.

Khyron señaló a uno de sus Battlepods, y sin aviso, el meca le dio una patada en la ingle al zentraedi amable, haciéndolo rodar en agonía contra la pared del hangar.

–¡No toleraré la desobediencia! –bramó Khyron, levantando su otro puño.

Le echó una mirada a Minmei que le enfrió el corazón; después echó atrás la cabeza y rugió por la risa.

En las calles de Nueva Pórtland, Nueva Detroit y varias otras ciudades que sufrieron incidentes de levantamiento de zentraedis se estaba gritando el nombre de Khyron. Lisa Hayes lo había oído en el cuartel general de campo y fue la que primero informó al almirante

Gloval de los rumores. Pero Gloval seguía escéptico: si la historia le había enseñado algo, era que los héroes, sin tener en cuenta su orientación hacia el bien o el mal, a menudo se resucitaban en tiempos de tensión cultural. Los zentraedis no eran la excepción, así que era natural que ellos creyeran que Khyron, su señor malvado, no había perecido junto con Dolza y los comandantes de la armada, sino que había escapado de alguna forma y que había estado esperando estos dos años, listo para reaccionar contra la Tierra con un batallón igualmente fantasmal de guerreros cuando fuera el momento correcto.

Claro que no había ninguna prueba real de que Khyron hubiera encontrado su fin en batalla, y el ataque más reciente en Nueva Detroit y el robo de la cámara de conversión sugerían su estilo. También estaba el descubrimiento que hizo el comandante Hunter de un arsenal que llevaba la insignia del Batallón Botoru...

El almirante pensó en todo eso una vez más mientras caminaba delante de la gran pantalla de pared en la sala de situación de la SDF-2. Estaba a punto de poner un fósforo en su pipa de brezo favorita cuando Claudia lo llamó desde su estación de trabajo.

—Estamos recibiendo una transmisión de alguien que clama ser Khyron —le dijo—. ¿Lo pongo en la pantalla?

—Sí, por supuesto —contestó, atizando la pipa—. Y asegúrate de conseguir una fijación de la fuente de la transmisión.

Gloval de verdad esperaba encontrar la imagen de un impostor. Después de todo, nadie en las Fuerzas Terrestres se había encontrado cara a cara con el llamado Traicionero (aunque Dios sabía cuántos lo encontraron meca a meca y lo lamentaron). De todas formas, el almirante había visto las transmisiones de video de Khyron que Breetai y Exedore proporcionaron durante las largas sesiones de información que siguieron a la derrota de la armada zentraedi.

...Lo que explicó la repentina conmoción de Gloval cuando el rostro diabólicamente atractivo de Khyron apareció en la pantalla de pared. Una gemido colectivo subió desde el personal del centro de mando; incluso aquellos que no habían sido informados de las trans-vids reconocieron el artículo real cuando lo vieron.

Khyron sonrió con desprecio.

–Qué placer es interrumpirlo, almirante Gloval.

–Suenas como un actor de los años sesenta –comentó alguien en el cuarto de control–. James Mason.

Gloval decidió que no iba a permitir que lo pusieran nervioso. Se aclaró la garganta y masticó la boquilla de la pipa.

–Al contrario –dijo con el sarcasmo apropiado–, el disgusto es todo mío, se lo aseguro.

A Khyron pareció gustarle eso y así lo dijo. Hizo un gesto con su mano para señalar hacia su izquierda, y la cámara giró ligeramente para encontrar a un segundo oficial zentraedi –una mujer. Ella no era fea; tenía pelo corto azul grisáceo, rasgos finos y una barbilla puntiaguda, pero tenía la misma mirada malévola en su rostro pálido como la que tenía su comandante. Gloval no tuvo que adivinar: esa tenía que ser Azonia, quien también se creía muerta, la temida líder Quadrono que fue la superior de Miriya Parino.

–Tengo unos amigos suyos aquí –estaba diciendo Khyron con mucho sarcasmo.

Gloval no tuvo tiempo de preguntarse de quién o qué estaba hablando Khyron. Azonia había levantado a Lynn Kyle a la vista, pellizcado por el pescuezo entre su dedo pulgar e índice. Khyron también levantó su puño, empujando a Minmei hacia la cámara. La cantante parecía pálida y asustada.

–¡Minmei! –dijo Claudia con sorpresa.

–¡Esto no puede estar pasando! –estalló uno de los técnicos.

Dejando su acto de indiferencia fingida, Gloval se sacó la pipa de la boca.

–¡Cerdo mugriento! –le dijo a la imagen de la pantalla.

–¡Estás loco! –agregó alguien.

Khyron reaccionó ciñendo el puño alrededor de su cautiva desvalida y su cara se retorció por el enojo.

–No pruebes mi paciencia, microniano... ¡se me conoce por tener un temperamento violento!

La insinuación era obvia y Gloval le hizo señas a todos para que permanecieran tranquilos.

–Lo sentimos –le dijo a Khyron.

El zentraedi se rió brevemente.

–Bien, entonces, sus disculpas se aceptan humildemente. Pero

escúcheme con cuidado: quiero que sepa que hablo en serio, almirante.

–Entendemos. ¿Qué quiere?

–¡No la lastimes... te lo suplico! –gritó un técnico.

Khyron sonrió con afectación.

–Entonces entréguenme la fortaleza dimensional mañana a las mil doscientas horas.

Nadie había esperado eso, y menos el almirante.

–¡Eso es imposible! La fortaleza ya no puede salir al espacio.

–No me mienta, almirante. Se lo advierto...

–No estoy mintiendo –le dijo Gloval con firmemeza–. Escúcheme un momento... La guerra terminó, Khyron. Dolza y su armada...

–¡La guerra no se terminó, almirante! –espetó Khyron en la pantalla–. ¡No hasta que yo tenga esa fortaleza en mi poder!

Gloval sabía lo que había en la mente de su antagonista.

–La matriz de protocultura no existe –intentó con serenidad–. Pregúntele a Exedore y a Breetai si...

Khyron se puso lívido.

–¡¿Esos traidores están vivos?! –de repente se rió como maniático–. Sólo entréguenme la fortaleza, almirante... si valora a su pequeña... ave cantora.

–¡Estás loco! –dijo Gloval.

–Ah, pero hay método para mi locura –Khyron respondió con una sonrisa–. Primero, la fortaleza por Minmei. Después, la fábrica satélite robotech por este segundo rehén.

Señaló a Kyle, que colgaba en el aire por sus faldones desde los dedos de Azonia.

–¡No lo haga! –explotó Kyle–. ¡No los escuche, almirante!

–Cuida tus modales –dijo Azonia juguetonamente, meneándolo con rudeza.

–Es demasiado peligroso –pudo decir Kyle, con obvio dolor–. No puede... usted no puede ceder ante este tipo...

–¡Lo estás lastimando! –gritó Minmei.

Khyron le hizo señas a su consorte para que se calmara.

–Por supuesto que yo preferiría evitar la violencia, almirante. Pero créame; estoy más que ansioso por llevar a cabo mis amenazas.

–Estoy seguro de que podremos arreglar algo –le contestó

Gloval. De hecho, no estaba para nada seguro de lo que podría arreglarse, pero era esencial empezar a comprar tiempo.

–Eso está mejor –Khyron sonrió con desprecio.

En ese momento un tercer oficial entró en el campo de visión de la pantalla, un hombre grandote de quijada cuadrada que respetuosamente golpeó a su comandante en el hombro.

–Eh... discúlpeme... –dijo Grel.

Khyron se volvió brevemente hacia él y después volvió a Gloval.

–Debo irme ahora, almirante. Pero recuerde: mañana a las mil doscientas horas.

Mostró una sonrisa, formó una V con los dedos y cortó la transmisión.

Gloval bajó la cabeza y se regañó en silencio por creer que se podía enterrar a ese malvado así de fácil.

Capítulo 13

Cuando escuché que Khyron anunciaba sus demandas por la SDF-1 a cambio de los rehenes que había tomado, mi miedo fue que sus agentes realmente habían penetrado nuestras operaciones más ultra secretas. Después, cuando comprendí que su petición tenía más que ver con una formalidad, comencé a relajarme un poco. Pero saber que él de hecho representaba una amenaza continua para nuestra seguridad me hizo reevaluar los planes que yo había formulado con tanto cuidado para los próximos meses.

Del cuaderno de bitácora del almirante Henry Gloval.

Alguien había pensado llamar “Zarkópolis” al hangar-teatro de Denver –lo más cercano a una traducción del zentraedi que el idioma microniano permitía. La estructura no tenía ningún parecido a la Zarkópolis original –la base minera zentraedi en Fantoma–, pero rebautizarlo de esta manera estaba relacionado con el renovado espíritu de conquista.

Khyron, Azonia, Grel y Gerao estaban sentados con las piernas cruzadas en una parte elevada del escenario que se había convertido en su puesto de mando. Ahí había varios ayudantes y soldados vestidos con la armadura de la batalla completa. Estacionadas en la inmensa sala de abajo estaban las tropas de la fuerza elite de asalto de Khyron y media docena de Battlepods. Minmei estaba parada valientemente en la palma abierta del Traicionero; Khyron la observaba como si fuera un espécimen zoológico.

–Es difícil de creer que esta criaturita desvalida en mi mano sea

la llave para nuestra libertad –meditó en voz alta–. Pensar que ellos renunciarían a la fortaleza por ti...

Él cerró su mano sobre Minmei.

–Este sentimentalismo microniano... ¡el sólo pensar en eso me pone muy enfermo!

Khyron se puso de pie y tomó una postura de orador.

–¡Oh, poder librarse de este planeta miserable! ...Casi no puedo esperar, te lo aseguro... –le había dado la espalda a su público y otra vez miraba a Minmei, ahora de rodillas en su mano abierta–. Bien... ¿por qué Minmei no actúa para nosotros, eh?

Se volvió a dar vuelta y extendió la mano, un pequeño escenario para su acto a casi doce metros sobre el suelo.

Minmei se apuró a cumplir; de hecho, había estado esperando semejante oportunidad. La suya era la voz que había derribado a un imperio poderoso, de seguro que un manojo de guerreros renegados no iba a representar un gran problema. Temía y odiaba a Khyron, pero en algún lugar en el fondo de su mente duraba la idea de que ella poseía el poder de abrir el corazón de él al amor y la paz.

–To be in love... (Estar enamorada) –empezó a cantar, poniéndose de pie y mirándolo a los ojos– ...must be the sweetest feeling that a man can feel...To be in love, to live a dream... (debe ser el sentimiento más dulce que un hombre pueda sentir... estar enamorado, vivir un sueño...)

La expresión de Khyron se estaba ablandando. La mano gigante que la llevaba ante un público asustado y asombrado de soldados endurecidos temblaba y sudaba.

–...with somebody you care about like no one else... (con alguien a quien quieras como a nadie más)

Minmei prácticamente gritaba las letras, mientras un coro de gemidos y palabras de incredulidad salían de Azonia y los otros.

El cuerpo de Khyron estaba temblando; sus ojos se habían puesto blancos.

–A special woman, a dearest woman... (Una mujer especial, una mujer querida)

Y de repente, sus rodillas se doblaron y él cayó al suelo, aparentemente listo para soltarla de su puño. Minmei empezó a bajarse de su palma, mientras seguía cantando:

–...who needs to share her life with you alone... (que necesita compartir su vida sólo contigo)

Sin aviso, él la volvió a agarrar; una sonrisa furtiva dividió su rostro mientras estrujaba la canción y le quitaba el aliento.

–Bien, fue un intento valiente, Minmei. Pero por desgracia para ti, como puedes ver, soy inmune a tu brujería.

–¡Me tenías engañada! –se rió Azonia, llevando su mano a la boca.

Pero Khyron le impuso silencio.

–Estoy hablando con mi pequeña ave cantora –miró duro a Minmei–. Y ella va a ayudarnos a conseguir lo que queremos, ¿no es así, mi queridita?

Minmei se estremeció en su mano, luchando para liberarse.

–Yo no te ayudaré... ¡payaso sobredimensionado!

Khyron fingió una mirada herida.

–Eso no fue muy amable, Minmei... De hecho, estoy bastante sorprendido contigo... perder tu temperamento así. Muy poco femenino.

Minmei cruzó los brazos en desafío conteniendo las lágrimas.

–Puede que tenga que enseñarte algunos modales –amenazaba su captor; su furia estaba creciendo, su puño se estaba apretando alrededor de ella–. Piensas que sólo porque eres la magnífica Minmei, eres mejor que nosotros... ¡Bien, yo desprecio tu música! ¡La desprecio! ¡¿Me oyes?!

Ella ya no podía respirar. Khyron vociferaba y ella perdía rápidamente el contacto con el mundo. La oscuridad la rodeó desde los bordes de su visión, silenciando pensamientos y miedos por igual.

Khyron sintió que ella se ponía flácida en su mano y comprendió que había ido demasiado lejos. Azonia le gritó que tuviera cuidado, pero él estaba seguro de que ya se había sobrepasado.

–¡Cosmos! ¡¿Qué hice?!

Minmei estaba inmóvil en su mano, mortalmente quieta.

–Ella me enfureció tanto que olvidé lo importante que era para nuestro plan...

Con suavidad la atizó con su dedo con esperanza de que reviviera, y ella así lo hizo un momento después. Estaba confundida

y posiblemente herida, pero sin dudas estaba lejos de estar muerta. Khyron reconoció su alivio con una sonrisa.

–Ella está bien –le dijo a Azonia–. Ellos son cositas resistentes.

Azonia había recogido a Kyle; lo sostenía por un pie y un brazo, y lo retorció como si estuviera fabricado de trapos. Kyle era mucho menos importante para el plan, por eso a ella no le importaba romperlo en pedazos.

Kyle, por otro lado, pensaba diferente sobre eso, y sus muchos años de entrenamiento de artes marciales fueron los únicos que evitaron que sufriera dislocaciones mayores. La amazona de cabello azul parecía completamente determinada a reconfigurarlo como a una clase de maniquí.

–¡Seguro que esto es tan divertido para ti como lo es para mí! –bromeó.

Y Kyle sólo pudo esperar ver el día en que ella se micronizara, porque si él sobrevivía a esto, iba a tener que arreglar cuentas.

El almirante Gloval llamó a una sesión de emergencia con sus jefes de personal después de la transmisión de Khyron, la que habían rastreado hasta Nueva Denver. Tenían menos de doce horas para decidir un curso de acción. Claudia Grant, el general Motokoff de G3 y varios oficiales de varios departamentos de la RDF estaban reunidos alrededor de una mesa larga en la sala de informe de la SDF-2. Exedore, todavía a bordo de la fábrica satélite, estaba comunicado con ellos vía enlace de comunicación; su imagen aparecía en uno de los monitores.

–La situación no tiene precedentes –decía Motokoff. Él era un hombre joven a pesar de su rango, antigua cabeza de las fuerzas de DC a bordo de la SDF-1 durante su tormento de dos años en el espacio–. Como los zentraedis nunca antes tomaron rehenes, nosotros no tenemos forma de saber si cumplirán sus promesas.

Gloval pitó de su pipa, asintiendo.

–O sus amenazas –le dijo a la mesa.

–¿Puedo responder a eso, almirante? –dijo Exedore desde la pantalla.

–Adelante, Exedore –dijo Gloval.

El zentraedi miró directamente hacia la cámara.

–Khyron cumplirá sus amenazas, eso puedo asegurarlo. Lord Breetai concuerda conmigo en que esta toma de rehenes sugiere que él ha pasado los límites de su condicionamiento zentraedi, el cual habría hecho inconcebible un acto semejante. No hay forma de decir hasta qué punto piensa llegar ahora. Pero debo advertirles que no accedan a sus demandas bajo ninguna circunstancia. Lord Breetai desea que yo les informe que él está a su servicio cuando lo requieran para resolver esta cuestión tan infortunada.

Gloval se sacó la pipa de la boca e inclinó la cabeza.

–Eso no será necesario, Exedore, aunque puedes llevarle mi agradecimiento al comandante. Tu gente ya pasó demasiados años actuando como fuerza de policía. Nosotros no les pediremos que luchen nuestras batallas por nosotros.

–Entiendo, almirante –dijo Exedore con calma.

Uno de los oficiales se puso de pie para dirigirse a Gloval.

–Yo estoy de acuerdo con Breetai, almirante. ¡Sería un acto de suicidio si ponemos a la SDF-1 en manos de Khyron! –el oficial se había agitado tanto que el lápiz que sostenía se quebró en sus manos.

–Tranquilícese –le dijo Gloval con aspereza–. No tengo intención de ceder ante sus demandas.

–Espero que no esté sugiriendo que ignoremos las amenazas de Khyron contra Kyle y Minmei –dijo Claudia.

–No –todos se apuraron a decir.

–Todos estamos de acuerdo en eso, señor –dijo otro oficial–. Pero este es un acto de terrorismo descarado y nosotros debemos negarnos a negociar con él.

Claudia asintió su conformidad.

Gloval se aclaró la garganta.

–Durante dos años los zentraedis han vivido con nosotros como iguales. Y en ese tiempo todos nosotros llegamos a conocer a muchos de ellos como amigos y aliados. Khyron abusó de eso al infiltrar a sus espías en nuestras ciudades. Nosotros no tenemos forma de saber quiénes son o donde podrían estar.

–Yo no creo que soportar esto tenga que ver con el problema, almirante –exclamó Motokoff.

Gloval hizo un gesto de indiferencia.

–A eso voy. No sabemos quiénes son nuestros enemigos, pero sí conocemos a nuestros amigos... –los jefes de personal esperaron que él terminara–. Por eso sugiero que usemos a los zentraedi para engañarlo a él, al igual que él los usó a ellos para engañarnos a nosotros.

–Comandante Hunter, encienda su codificador –dijo Lisa en la red desde el cuartel general de campo.

Se le había ordenado al Skull que saliera de la base zentraedi abandonada donde habían descubierto el arsenal. En unos minutos el lugar iba a ser un recuerdo gracias a las cargas explosivas que habían puesto para que en autodestrucción.

–Encendiendo el codificador de voz para transmisión codificada, control –Rick contestó por radio después de ingresar una serie de comandos en la consola del Veritech.

Él había esperado nuevas órdenes desde que se tuvo noticias de que Khyron fue el responsable del ataque a Nueva Detroit. Al contrario que Gloval, Rick no veía razón para dudar que Khyron había sobrevivido al holocausto zentraedi. Khyron siempre fue el más autosuficiente de todos; era un superviviente nato, y no era extraño en él que se escondiera durante dos años para organizar su propia resurrección. Rick recordó todas las veces que había enfrentado a Khyron en batalla; sin tener las pruebas adecuadas, él culpaba a Khyron de la muerte de Roy Fokker. Y por más nervioso que se sintiera por una nueva contienda, una parte de él realmente la estaba esperando.

Lisa no estaba segura si quería darle la noticia sobre Minmei, pero las órdenes eran órdenes. “Operación Salvador de Estrellas”, la llamaba el Alto Mando.

–Parece que va a ser algo duro esta vez –le había dicho Claudia–. Pero tú, tú diablilla afortunada, coordinarás para el comandante Hunter otra vez.

De algún modo Claudia no lo había entendido: le ordenaban a Rick que salvara a Minmei... ¡de nuevo! Lisa se preguntó cuántas veces más el destino iba a construir estos rescates en su relación. Justo cuando la cantante ya no era una amenaza para la pequeña felicidad que Lisa y Rick compartían, otra crisis se presentaba.

–¿Y por qué razón llaman a Rick para que responda a todas las crisis? –le había preguntado a Claudia, sin esperar realmente una contestación y sin que le tuvieran que recordar que Rick era lo mejor que había.

Por eso era que ella lo quería.

–Es bueno oír tu voz de nuevo, Lisa –estaba diciendo Rick.

Lisa contuvo la respiración y decidió tomar coraje.

–Rick –empezó–. Tu equipo tiene que reportarse de vuelta a Nueva Macross para recibir órdenes especiales. Khyron ha secuestrado, ah, a dos... personas. Los mantiene como rehenes en Nueva Denver a cambio de la entrega de la SDF-1.

–¡Eso es una locura! La fortaleza ni siquiera está en condiciones de volar, ¿no es cierto?

–Claro que no. Pero...

–Cielos, alguien realmente debió haber deslizado un poco de jugo de elefante en la ponchera cuando clonaron a ese tipo... ¿Y desde cuándo los zentraedis toman rehenes?

–Desde que Khyron volvió al pueblo.

–¿Entonces a quien agarró? Si es mi día de suerte, será Lynn Kyle.

Lisa levantó sus ojos al techo abovedado.

–Es tu día de suerte –le dijo.

Ella oyó su quejido.

–¿Quién es la segunda persona, Lisa? Dímelo sin rodeos.

Hazlo corta y dulcemente –pensó, y después dijo en voz alta–. Minmei. Khyron atacó un club en...

–¡¿Dónde están?!

Lisa se tensó en su estación. Pensó que él iba a volar hasta el sol y volvería. Pero le advirtió a Rick.

–No hay lugar para heroísmos aficionados en esta misión, comandante.

Rick se quedó callado, y era demasiado tarde para que ella se retractara.

–¿Ah, en serio? –dijo él después de un momento, frío como el hielo–. Yo no estaba enterado de que los heroísmos aficionados fueran mi especialidad.

Lisa echó humo y su cara se enrojeció. La técnica de la estación

adyacente la miró como si estuviera evaluando su profesionalismo.

–¡Eso es todo! ¡Fuera! –aulló y azotó su palma sobre el botón del enlace de comunicación.

Cuatro horas después, el escuadrón Skull se congregó en la cubierta de vuelo del Prometheus; los habían informado y estaban listos para la acción.

Lisa, que también la habían llamado a Nueva Macross, estaba soportando los fríos vientos vespertinos para desearle buena suerte a Rick. No podía soportar pensar que él iba a ir a combate mientras esa tonta discusión permanecía sin solución. Pero él no la ayudaba en absoluto, se aferraba a su enojo.

–Por favor ten cuidado, Rick –le gritó a la cabina del Skull Uno–. Khyron no se detendrá ante nada, lo sabes.

Rick se detuvo en el escalón más alto de la escalera del Veritech y giró hacia ella con la “gorra pensante” en su lugar.

–Mira, aprecio tu preocupación, pero repasamos la operación y sé lo que tengo que hacer.

–Eso no es de lo que estoy hablando –dijo ella cuando él se subió–. Solo temo que pierdas tu objetividad y hagas algo impulsivo...

De nuevo sus palabras lo hicieron detenerse, pero esta vez él saltó del Veritech y caminó a las zancadas hacia ella.

–Rick...

–Sí. La amo mucho... no te mentaré, Lisa. Yo nunca intenté ocultarte eso. Pero ya aclaré mis sentimientos por ella hace mucho tiempo. Minmei y yo nunca podremos estar juntos... Yo voy a volar esta misión como piloto.

–Y eres un gran piloto, Rick. Sólo no pierdas tu perspectiva, eso es todo. Si algo pasara...

–¡Estoy al mando de todo un escuadrón, Lisa! ¡¿Crees que pondría en riesgo su seguridad sólo debido a mis sentimientos hacia Minmei?!

–Las emociones son tan persuasivas... –dijo ella, apartando los ojos–. Yo no puedo estar segura...

Rick se paró en una postura desafiante con los puños enguantados en sus caderas.

–¿Qué? ¡¿De qué no puedes estar segura?!

Ella bajó la cabeza.

–De nada... Olvídate de que dije algo.

Rick le puso las manos sobre los hombros.

–Mira, yo regresaré –le dijo, esperando tranquilizarla. Él ni siquiera sabía por qué arremetían el uno contra el otro así. Dos rehenes: no importaba quienes fueran...

–Buena suerte –dijo Lisa mientras él se alejaba.

Como celebración de su victoria inminente, Khyron había vaciado los cofres de los últimos comestibles y provisiones zentraedis que quedaban –botellas de cerveza garudana y partes de yptrax de Haydon VI que habían estado demasiado tiempo en las cajas de congelación seca. La mayoría de los zentraedis subsistía de los nutrientes químicos, pero Khyron siempre había hecho lo posible para individualizarse, para ser único en todas las cosas. Respetaba el gusto de los micronianos por la comida orgánica; era apropiado que la vida se alimentara de la muerte, como la muerte se alimentaba de la vida...

Khyron brindó por su éxito, tomó un largo trago de la botella de cerveza y volvió a llenar el vaso de Azonia. Ella estaba en el suelo a la izquierda del improvisado trono de Khyron –una enorme caja de almacenamiento puesta de costado–, y Grel, con una baqueta de carne en la mano, a la derecha.

–Aquí tienes, mi querida.

Khyron y Grel la vieron vaciar el vaso y reír con ebriedad.

–Ella es sorprendente, mi señor –comentó Grel. Sus sentimientos hacia Azonia habían cambiado un poco, especialmente ahora que había otras mujeres zentraedis en el campamento. Y claro que la cerveza ayudaba mucho.

–Creo que tomaré otra –dijo Azonia–. Llénalo.

Khyron sonrió y sirvió.

–Mi querida Azonia, creo que tú podrías beber más que todos nosotros.

–Y sólo estoy empezando –sonrió.

Khyron la miró lascivamente.

–Excelente, comandante... excelente.

Minmei y Kyle estaban encarcelados en una jaula ingeniosamente diseñada formada con un grupo circular de tenedores gigantes –los dientes, que apuntaban hacia abajo, estaban fijados por el labio interno de un cuenco poco profundo– y una tapa de cacerola de tamaño similar envolvía y sostenía firmemente los cabos superiores doblados hacia atrás de los mangos de los tenedores. Para contrarrestar el miedo, y en realidad por la falta de algo mejor que hacer, los dos cautivos tiraban de sus barras provisionales sin efecto.

Exhausta, Minmei cayó al piso del cuenco; Kyle jadeaba junto a ella, con su cuerpo atormentado por el dolor de la manipulación de Azonia.

–Tendremos que intentarlo de otra manera –dijo ella, boqueando por un poco de aire.

–¡No hay otra forma... nunca saldremos de aquí!

–No, Kyle, no digas eso...

–Cualquier cosa que nos pase (no importa lo que él nos haga) Gloval nunca deberá ceder ante las demandas de ese bárbaro –Kyle se limpió el sudor de la frente–. ¡Imagina a la SDF-1 en las manos de Khyron!

–¿Ellos no intentarán rescatarnos? –preguntó, aun más asustada.

–Yo no lo esperaría con ansias, Minmei.

Era difícil saber lo que Kyle quería. No quería que el almirante cediera ante las demandas de Khyron, pero al mismo tiempo ya lo estaba condenando por no montar un rescate. Todo eso era muy típico de su reciente conducta, y Minmei se puso más triste.

–Entonces no hay mucho que esperar –sollozó. Eso no parecía posible: la esperanza y los sueños eran tan reales...

–Hay nada para esperar –Kyle se estaba poniendo de pie.

–Pero no podemos perder la esperanza... es todo lo que tenemos –le dijo, sin saber a quién estaba intentando convencer.

Pero Kyle regresó hasta ella.

–Toda la esperanza del mundo es inútil en una situación como esta.

Minmei se sintió triste por él.

–Si sólo Rick estuviera aquí... él nos salvaría –terminó diciendo, aunque no quería herirlo.

Kyle no lo oyó o quizás no quiso oírlo; en cualquier caso, había vuelto su atención hacia sus captores; se inclinó entre los tenedores y les gritó.

–¡Eh, ustedes zentraedis! ¡Eh, ustedes gorilas sobredimensionados! ¡Qué manajo de mandriles mentecatos! ¡¿En todo lo que pueden pensar es en sus propias barrigas, eh?!

Khyron y los otros se quedaron callados, escuchándolo.

–¿Y qué hay sobre tus propios camaradas? ¿Qué piensan sobre eso? ¡¿Los hace felices saber que has masacrado a tu propia gente?!

Minmei notó que los ojos de Khyron se estrechaban. Ella quiso decirle a Kyle que se detuviera. Además, ¿qué estaba tratando de ganar con eso? Pero él siguió provocándolos.

–Ustedes gángsteres, ¿por qué no aprenden a vivir en paz para variar? Yo les diré por qué... ¡Porque eso tomaría valor, y todos ustedes son un manajo de cobardes, por eso!

Khyron había estado disfrutando el coraje desplegado por esta criatura diminuta, pero las acusaciones de cobardía nunca eran entretenidas, especialmente desde la derrota de la armada y la decisión que Khyron tomó en aquel entonces de ausentarse de la batalla...

El Traicionero se paró apurado y quebró una botella de cerveza sobre la mesa que sostenía la jaula.

–Cuidado, Khyron –dijo Azonia cuando su comandante caminó hacia Kyle y Minmei–. Recuerda la fortaleza...

–Ustedes cositas blandengues –Khyron sonrió con desprecio, mirándolos desde arriba–. Si no fuera porque los necesito, yo... yo los aplastaría... ¡sólo por placer!

Minmei temblaba sin control, lista para sentir esa mano bajar sobre su jaula.

–¡Ten cuidado, Kyle, él estuvo bebiendo! –tartamudeó.

La mujer, Azonia, ya estaba a su lado; de repente Khyron extendió la mano hacia ella y la tiró hacia él apasionadamente.

–Verán –les susurró a sus cautivos–, yo aprendí algo sobre el placer...

Y dicho esto, abrazó a Azonia y la besó de lleno en la boca, salvajemente. Ella respondió, gimiendo y sosteniéndolo con fuerza. Kyle y Minmei estaban espantados –casi tan pasmados como lo

había estado Dolza con el beso Rick y Lisa años antes, ese que lo había comenzado todo.

Kyle cayó de rodillas como derrotado mientras los dos zentraedis se embebían en la lujuria del otro. Y no había forma de decir qué tan lejos habrían estado preparados para ir Khyron y Azonia. Pero el destino, como es su costumbre, escogió ese momento en particular para intervenir: Grel, nervioso ante la perspectiva de perturbar a su señor, dio un paso adelante con noticias que le quitarían vida a la mejor de las fiestas.

–Yo, em, lamento tener que interrumpir su... demostración, Lord Khyron –Grel vaciló–, pero yo, ah, pensé que usted podría querer saber que nosotros parecemos estar, eh, bajo ataque.

Capítulo 14

Jerarquía, hegemonía... estas palabras no tienen significado para un zentraedi. Ellos eran... un cuerpo militar clasificado. A Dolza lo crearon para vigilarlos, a Exedore para aconsejarlos; a Breetai, Reno, Khyron, y otros innumerables, para comandar; y al resto, para servir. Pero nunca hubo ninguna fraternización de machos-hembras. Y esa misma represión de los impulsos e instintos naturales fue en parte responsable de la tremenda energía que ellos por ende dedicaban a la guerra -impulso de desplazamiento, como una vez se lo llamó... Como con las semillas matizadas de la propia flor invid, la base de la protocultura.

Dr. Emil Lang, Máquinas fantasmas: una idea general de la protocultura.

Parte de la iniciación de Azonia en el placer sensual fue que la empujaron a un lado y le dijeran que no era el momento oportuno.

Khyron había salido corriendo hacia la pantalla más cercana, dejando a Azonia en el suelo donde la había empujado, hambrienta por más de su atención. Un soldado zentraedi pelirrojo estacionado en un puesto de avanzada saludó al Traicionero desde la pantalla.

–Saludos y respetos, Lord Khyron, amo de la gente de...

Khyron se alejó reflexivamente del monitor cuando una explosión furiosa borró las palabras del soldado y lo alejó de la vista de la cámara de campo.

–¡¿Qué está pasando ahí?! –gritó Khyron en el enlace de comunicación, jugando con los botones de mando de la consola. En un minuto, el soldado volvió a aparecer con una mano en la cabeza

donde lo habían herido.

–¡Los cazas están por todas partes, señor! ¡Nos tomaron completamente por sorpresa! ¡Intentaremos contenerlos todo el tiempo que podamos!

Los mecas terrestres pasaban rápidamente por el fondo estrellado de la pantalla, dejando estelas en el cielo nocturno.

–Por favor, señor, debe enviarnos refuerzos... –y el monitor se borró.

Khyron frunció el entrecejo. Detrás de él, uno de sus soldados sugirió que los micronianos podían estar montando una incursión de distracción, pero Khyron no los creyó tan tontos como para arriesgarse a una cosa semejante.

–¡Así que así es como contestan a mis demandas! –dijo, poniéndose bruscamente de pie–. Bien, parece que nuestra pequeña ave cantora ya no es útil... ¡ni para ellos, ni para nosotros!

Khyron le ordenó a sus tropas que fueran a sus pods y empezó a vestirse con la armadura zentraedi, las bandoleras y el cinturón de la cadera. Azonia se le acercó con cautela.

–Khyron, por favor, ¿podríamos continuar con la... demostración?

–Tan pronto como regrese –le dijo firmemente–. ¿Pero por qué no vienes con nosotros? ¡Los micronianos no tendrán ninguna oportunidad contigo a mi lado! Disfrutaremos el placer del momento con ellos.

Azonía dudó; por supuesto que era una noción atractiva, pero a ella la habían entrenado para liderar, no para seguir. Además, eso significaría que uno de la tropa tendría que dejar su meca, y todos ellos estaban ansiosos por batallar.

–¿Y qué hay sobre Minmei?

Khyron le echó una mirada a la jaula que había formado y exclamó.

–Nos encargaremos de ella después –puso su brazo alrededor de Azonia y le ofreció encontrarle un Battlepod, como si le ofreciera llevarla de vacaciones.

–¡Eso sería maravilloso! –Azonia se exaltó.

–¡Compartiremos la experiencia que nuestra gente más ama!

–¡Sí, iremos juntos a la batalla!

–Bien –Khyron sonrió–. ¡Presiento una gran victoria!

Fuera del hangar teatro, el comandante zentraedi se sentó en un asiento con arnés a horcajadas de un Officer's Pod que habían modificado para que llevara cuatro cañones montados. Una tripulación de tres guerreros micronizados pilotaba ese meca. Un poco más abajo de él, Azonia se trepó en uno de versión estándar.

–¡No muestren piedad! –ella le gritó a las tropas alineadas detrás de ellos.

Khyron pateó el costado del Officer's Pod para señalarle a los pilotos que marcharan. Adentro, uno de los tripulantes preguntó si un puntapié significaba “adelante” o “reversa”.

–¡Ninguno, idiota! –dijo un segundo–. Significa avanzar a la izquierda.

–¿Qué importa? –preguntó el tercero–. Será mejor que hagamos algo o empezará a gritarnos de nuevo.

Como era de esperarse, Khyron abrió la compuerta del cuarto de control y gruñó:

–¡Pónganse en marcha, idiotas!

Los gritos de guerra zentraedi llenaron el aire cuando la alianza de tropas y mecas de Khyron arremetió en la noche.

Sin que los descubrieran los centinelas de Khyron, dos miembros del equipo de reconocimiento de largo alcance de la RDF presenciaron la arremetida desde su posición encima de una afloración de granito cercana al hangar teatro. Estaban equipados con trajes antirradar sensorio reflexivos, rematados con mochilas jet, cascos completos y equipo de supervivencia. El hombre de la radio se había conectado con el control de la SDF-2.

–Madre Pelicano –susurró–. Soy Ojos del Frente. La Estrella Oscura ha caído; repito: La Estrella Oscura ha caído...

–Entendido, Ojos del Frente, lo copiamos fuerte y claro –contestó Lisa Hayes. Después cambió a la red de comunicación.

–Escuadrón Skull, ahora tiene luz verde, cambio.

Rick recibió el mensaje mientras volaba en dirección a Nueva Denver en el Skull Uno.

–Entendido –le dijo llanamente a Lisa–. Estamos entrando.

Había tantas cosas más que ella quería decir, tantas más.

Las fuerzas de Khyron coronaron una pequeña elevación y cayeron en una hondonada yerma a tiempo para ver a tres de sus camaradas trabados en un combate cuerpo a cuerpo con tres Battloids de la RDF.

–¡Micronianos! –Khyron gruñó desde su asiento–. ¡Prepárense para encontrar su destino!

Como los superaban en gran número, los Battloids se volvieron y huyeron como era de esperarse, pero ver a los tres gigantes zentraedis huir con ellos fue una sorpresa total. Khyron empezó a gritar.

–¡¿Adónde van?! ¡Vinimos a salvarlos! –aunque no se molestó en repetirlo. Su sentido de guerrero le dijo que lo habían llevado a una trampa. Le ordenó a su equipo que se detuviera y Khyron pasó un momento descifrando el movimiento de Gloval.

¡Claro! –pensó–. ¡Gloval se las ingenió para infiltrar mi unidad con traidores zentraedis!

Khyron giró en su asiento y observó a sus fuerzas con cautela. Pero no había tiempo para identificar al bueno del malo: sobre las colinas que los rodeaban estaban apareciendo mecas micronianos.

–¡Fuego! –ordenó Khyron, que apenas pudo soltar la orden antes de que las armas enemigas abrieran fuego. Seis de su Battlepods desaparecieron en un instante, y una onda explosiva casi lo tiró de su asiento.

–¡Disparen! –volvió a gritar, escuchando el reporte inmediato de los cañones aliados–. ¡A la carga!

–Escuadrón Skull, soy Madre Pelicano: ¡La trampa ha saltado! ¡Cambio!

–Entendido, Madre Pelicano –le transmitió por radio a Lisa el escolta de Rick–. Nos acercamos al objetivo de ataque.

–Comandante Hunter –dijo Lisa–. Esa es su señal para empezar.

–Entendido.

Al diablo con las reglas –pensó ella.

–Ten cuidado, Rick. Khyron dejó atrás varios Battlepods para vigilar a los rehenes.

–Entrando bajo –contestó mientras las últimas palabras de Lisa

para él hacían eco en su mente. No pierdas tu perspectiva. Pero al mismo tiempo la voz de Minmei corría en la ensoñación de sus anhelos.

Esto no puede acabar de esta manera, Rick –le estaba diciendo ella amorosamente–. Pronto estaremos juntos.

La cara de Rick tenía una mirada determinada cuando hizo picar todavía más abajo al Veritech y el blanco apareció a la vista.

Dentro del hangar, tres gigantes zentraedis estaban jugando a los naipes, tratando de librarse del zumbido de esa prematura fiesta de celebración. La jaula de tenedores estaba al lado de ellos en la mesa. Antes de que tuvieran tiempo de saber qué los golpeó, un Veritech se abrió camino hacia el interior del edificio con una explosión; las alas echadas hacia atrás derrumbaron a dos soldados en el camino de su vuelo.

A los tres Battlepods que vigilaban la entrada ya los habían volado en pedazos.

El hangar era puro caos; todos los soldados que tenían un cañón automático o un rifle de asalto soltaban disparos y tiros de energía mortal contra el caza, un ave de rapiña que se movía con rapidez en lo alto.

Rick rodeó el escenario para buscar a Minmei y a Kyle mientras esquivaba los estallidos continuos de los disparos, reflectores cegadores dentro del edificio oscuro. Ahora en modo Guardián, hizo picar su meca hasta los seis metros del suelo e hizo una pasada entre dos zentraedis, haciéndolos rodar encima de las alas del Veritech. Cuando se asentó, un tercer gigante que empuñaba un cañón automático vacío corrió hacia él y lo golpeó una vez con un mazazo que le erró por poco a la carlinga de la cabina antes de que Rick lo despachara de un empujón salvaje con el puño metálico izquierdo del meca. El guerrero salió lanzado a unos noventa metros hasta su lugar de descanso final.

Rick hizo caminar al meca hacia la jaula y sacó de un tirón la tapa mientras bajaba la nariz del Veritech hacia la mesa.

–¡¿Minmei, estás bien?! –gritó con ansiedad a través de los parlantes externos.

Ella estaba parada dentro del cercado de tenedores, con aspecto algo alineado y vivaracho a pesar del mal momento que había

sufrido.

–¡Sí, Rick! ¡Yo sabía que vendrías por mí!

–Claro que sí.

Al verlo dentro de la cabina, ella sintió que de repente su corazón se hinchaba de amor y anhelo. Rick era como un ángel guardián en su vida, siempre ahí cuando ella necesitaba apoyo, protección, afecto. Y en ese momento juró que actuaría con la fuerza de estos sentimientos renovados, que le demostraría cuánto significaba para ella.

–Ha pasado... mucho tiempo –dijo suavemente.

Pero era dudoso que Rick la oyera sobre los gritos de Kyle.

–¡Quieres sacarnos de aquí! –exigía.

Rick pensó al meca a través de una serie de movimientos que le permitieran rasgar el resto de la jaula, aplastando los tenedores como un viento huracanado. Cuando Minmei y Kyle treparon a la mano y al brazo izquierdo del meca, Rick se contactó con la base:

–Soy el líder Skull, Operación Salvador de Estrellas... ¡misión cumplida!

Lisa Hayes ya estaba camino al teatro de Nueva Denver cuando llegó la noticia de que los dos rehenes estaban sanos y salvos. Pero tan pronto como su avión se asentó, comenzó a recibir un montón de quejas de un Lynn Kyle enfurecido.

–¡Yo se lo digo –le estaba gritando él en la oreja–, él entró a los tiros sin ninguna consideración por nuestra seguridad!

Lisa nunca pudo entender a Kyle, pero ella no tenía nada de paciencia con alguien que criticaba una misión exitosa –sobre todo cuando esa misión había salvado dos vidas.

Kyle empujó su dedo índice hacia ella como un arma.

–¡Ese maniaco casi nos mató!

–Nosotros ejecutamos la misión con lo mejor de nuestras habilidades –le respondió, encolerizada más allá del control–. Si la conducta del comandante Hunter fue inaceptable, entonces llene un informe.

–¡¿Un informe?! –gritó Kyle, contrayendo las manos–. ¡Sólo dejen que le ponga las manos encima!

De repente Minmei se puso entre ellos, abriendo los brazos como

un guardia de vialidad –una cruz viviente para el vampiro de Kyle.

–¡Ya basta! –chilló–. ¡Acaso no ves que toda esta gente arriesgó sus vidas por nosotros, tonto ingrato!

Lisa esperó que Kyle golpeará a su prima, pero la igualmente súbita aparición de Rick tomó a Kyle fuera de guardia. El líder Skull salió de las sombras nocturnas que lanzaba su Veritech agachado con el casco sujetado en su brazo derecho.

–Lo hice por ti, Minmei –dijo mientras se acercaba a ellos tres–. Te aseguro que no lo hice por Kyle.

Kyle dio un paso adelante, amenazante.

Esperaba eso de ti, Hunter –pensó Lisa. Ahora todo el infierno se iba a escapar. Las cosas se habían estado desarrollando hacia este enfrentamiento final durante tres años...

Pero afortunadamente, la discusión no llegó a la violencia. Muy por el contrario: Minmei salió de en medio de Kyle y Lisa con un caluroso “gracias” para Rick, y él sonrió.

–Me alegró poder hacerlo.

Ella pareció que iba a quedarse ahí mirándolo fijamente por un momento, y después se lanzó en una carrera que la llevó directamente a sus brazos.

–Debes saber que yo estaría dispuesto a arriesgar mi vida una y otra vez por ti –Lisa oyó que Rick le decía. Y mientras Lisa se quedaba boquiabierta, ellos dos comenzaron a girar juntos, sollozando de alegría como amantes perdidos hacía tiempo.

Exactamente eso, de hecho.

En otra parte, las tropas de Khyron y las Fuerzas Terrestres se estaban aniquilando. La última cosa que el comandante de la RDF había esperado era una embestida; pero claro, nunca se había enfrentado en batalla al Traicionero.

Los Battlepods y los Gladiators se encontraron de frente, arremetiendo con una ferocidad que ningún bando había experimentado antes. Un pod se hundió a sí mismo en un cañón MAC II, autodestruyéndose en el impacto, mientras que cerca dos pods luchaban caídos de espalda y reventados con sus atacantes, usando las ráfagas de calor y fuego que lanzaban sus propulsores de pie. Azonia, que había vaciado las cargas de protocultura del

sistema de armas del Officer's Pod, hizo girar como molinete las mano-armas del meca contra su oponente Battloid. Los soldados de infantería zentraedis se armaron con barras que arrancaron de los Battlepods arruinados y se batieron en duelo con los Excaliburs que blandían los cañones automáticos como si fueran bates de béisbol.

Khyron todavía iba a horcajadas de su pod cañonero ileso y dirigía ráfagas rotativas de disparos contra las armas de las colinas y los mecas que atacaban. Los Battloids le disputaron su posición atacando desde todos los flancos y subiendo hacia la máquina de cuatro cañones para enfrentarlo uno a uno.

Le quitó una gatling a uno de estos supuestos héroes y volvió el arma contra él, sin prestar atención a la parte de arriba del pod. Cuando el Battloid golpeó el suelo y explotó, Khyron vació el arma en una nueva ola de mecas micronianos riéndose como loco, como era la costumbre zentraedi de dar la bienvenida a la muerte.

Khyron estaba maldiciendo la gatling vacía cuando uno de sus tripulantes micronizados apareció brevemente en el escotillón de la cabina para informarle que la carga de protocultura del cañón también se había agotado. Distraído, el comandante no vio que un segundo Battloid había llegado a la punta del cañón hasta que fue casi demasiado tarde. Esquivó la estocada del meca y lo hizo perder el equilibrio con un golpe de la gatling en el abdomen. Pero ahora había aparecido un tercero detrás de él, y de nuevo se retorció y giró el arma, clavando al meca con un tiro en el pecho.

Grel también había sobrevivido el ataque sorpresa inicial y contribuía con su sed de sangre en la zona de muerte. Sin cargas para las armas, hizo correr a su Battlepod a toda velocidad hacia el enjambre de Battloids que atacaban la posición de su comandante. Pero un cálculo erróneo lo hizo chocar sin querer contra una de las mano-armas del meca, liberando la última carga del cañón. La fuerza de la explosión tiró al Battlepod de Grel en un salto mortal hacia atrás, mientras que la propia bala salió del cañón y arrancó el brazo del Officer's Pod de Azonia.

Khyron vio que ella descendía en una caída furiosa y saltó del asiento del cañón para correr en su ayuda. Los rayos de energía se entrecruzaban sobre su cabeza y las explosiones hacían erupción alrededor de él mientras corría, un corredor de obstáculos en el

infierno. Un Battloid pensó en detenerlo, pero él lo tumbó con un golpe de la gatling en la cabeza.

Levantó la compuerta del plastrón del pod ardiente de Azonia y la llamó a gritos; era la primera vez que él demostraba un sentimiento tal hacia uno de su propia especie. Ella estaba herida en el interior, al borde de la inconsciencia, hasta que lo vio y sintió que la luz regresaba a ella.

Él quiso saber si ella estaba bien. Ella sonrió ligeramente, aunque no había nada bueno para informar; oh, ella estaba ilesa, pero las armas del pod estaban vacías. Y ella quiso decirle que eso no importaba porque había vivido para experimentar la alegría de la batalla y saber que por lo menos él se había preocupado lo suficiente para venir a su lado.

Pero Khyron la sorprendió ordenando una retirada.

Ella hizo que el pod se parara y alzó a Khyron en su brazo bueno; huyó con él hacia la luz del alba y una banda malamente vencida de Battlepods los siguió por detrás.

Lisa y Kyle estaban parados en silencio uno al lado del otro con ceños idénticos en sus caras, mientras la feliz reunión continuaba.

Debemos parecer gemelos –estaba pensando Lisa. No se dio cuenta de la oficial de vuelo que se le acercó desde el avión trasbordador hasta que sintió la palmadita ligera en su hombro.

–Khyron está en completa retirada –informó la mujer.

Lisa volvió a mirar a los amantes. El sol estaba alto y ese habría sido un bonito cuadro –los dos abrazados, el Guardián detrás de ellos contra un cielo azul polvoriento–, sólo si Rick no hubiera sido uno de los objetos incluidos en él. Pero esta noticia repentina le presentó una forma de destruirlo. Después de todo, el deber de Rick era perseguir a Khyron, ¿no era cierto? Él era el mejor había...

Si Lisa luchó con la idea de usar su rango para interponerse entre ellos, no lo demostró. Giró hacia la oficial y le dijo que notificara al almirante Gloval que ella iba a mandar al comandante Hunter para limpiar.

Dicho eso, caminó hacia ellos y golpeó con rudeza en el hombro de Rick para poner un rápido fin a su largo beso. Ella no demostró nada de la reserva nerviosa que Grel había mostrado antes con

Khyron y Azonia.

–Espero no interrumpir nada importante, comandante, pero Khyron está huyendo y el Skull tiene orden de salir en persecución.

–¿Ah? –dijo Minmei como si despertara de un sueño.

Rick le disparó a Lisa una mirada furiosa.

–Casi no volví la primera vez... ¡¿eso no es suficiente para ti?!

–¡¿Está rechazando las órdenes, señor?! –dijo levantando la voz.

–¡Puedes apostar que me estoy negando! –Rick tiró su casco al suelo-. ¡Tú quieres tanto a Khyron, tú sal y atrápalo!

–¡Bien! –Lisa retrocedió y se agachó para recuperar el casco-. ¡Yo iré a traerlo, y tú puedes ir a ponerte en el informe!

Minmei hizo un gesto de sobresalto, mirándolos a los dos.

–¡Olvidalo! –Rick arrebató el casco de las manos de Lisa-. ¡He llegado tan lejos... que también puedo terminar el trabajo, capitana!

¿Cómo pude permitirme hacerle esto? –Lisa se criticó en silencio. Empezó a disculparse pero él la cortó.

–¡¿Es mi deber, correcto?! –después se volvió tiernamente a Minmei y le dijo que regresaría pronto.

–Yo sé que lo harás –suspiró.

Lisa se quedó parada con los brazos cruzados y golpeando continuamente la pista con el pie. Quería vomitar, disculparse de nuevo, gritar, ¡hacer algo!

Rick se puso la “gorra pensante” e hizo un salto atlético hacia la nariz del Veritech.

–Estaré esperándote –dijo Minmei y lo saludó mientras él se estaba acurrucando dentro de la cabina.

Él devolvió tanto su sonrisa y como su saludo antes de bajar la carlinga.

El Guardián se enderezó cuando Rick encendió los propulsores traseros y alguna clase de comunicación silenciosa pasó entre Minmei y él: las palabras y los pensamientos del pasado de repente se entrelazaron y se confundieron con estas esperanzas renovadas.

Minmei se quedó inmóvil mientras el Veritech iniciaba su despegue, moviéndose sobre la tierra yerma en su propia alfombra de destrucción. Pero cuando alcanzó el final del campo, ella empezó a correr detrás de él gritando el nombre de Rick, temiendo que de repente lo perdería para siempre.

Lisa salió detrás de ella, preocupada por su seguridad. Después vio que Minmei cayó a poca distancia hundiéndose la cara en sus manos.

Capítulo 15

No sé a quién quiero estrangular más -a Lisa o a su aviador idiota. Sólo sé que si algo no acaba con este pequeño dueto que están bailando, voy a conseguir que me transfieran a la fábrica satélite, y me voy a asegurar de que Lisa Hayes venga conmigo.

Recopilación de cartas de Claudia Grant.

El problema, Lisa decidió después, era el control. No tenía nada que ver con Minmei, Kyle ni con Rick. Ella no podía soportar culparlo sin importar cuánto esfuerzo ponía en hacerlo; no podía acusarlo de engaño —él había sido honesto sobre sus sentimientos por Minmei todo el tiempo—, de falta de consideración, o de total egoísmo. Y su comportamiento tampoco era manipulador o controlador para nada. Maldito. Eso sólo la dejaba a ella a quien culpar, ¡a no ser que de algún modo pudiera achacarle todo a Khyron!

Eso la hizo reír: Aquí estaba ella, sentada en el comedor de oficiales sintiendo que el mundo estaba a punto de acabar porque ella y Rick tuvieron otra discusión, mientras Khyron andaba libre secuestrando gente, exigiendo a cambio la SDF-1, y amenazando con eliminar lo que poco que quedaba de la raza humana. Pero su preocupación por las pequeñas cosas no la sorprendió. ¿Porque qué podía hacer una persona contra las grandes cosas? Ella representó su papel, Rick representó el de él; todos ellos, Minmei incluida, tenían papeles para actuar. Sin embargo, a veces se sentía como si alguien más hubiera escrito las líneas que todos ellos entregaban con tanta fuerza y pasión. Pero al final todo se resumía en el control: en cómo ella iba a recobrar el control de sí misma.

Lisa estaba sentada ahí bebiendo a sorbos un café tibio, tan

envuelta en revivir los eventos del alba que no se dio cuenta de la llegada de Claudia.

–Pensé que podía encontrarte aquí –dijo su amiga, deslizándose en el asiento opuesto al de ella–. ¿Por qué tan malhumorada, compañera?

Lisa levantó la vista, sobresaltada y sin ningún humor para la algarabía.

–Vamos –presionó Claudia–. Dime lo que Rick hizo ahora, Lisa.

–Por favor, Claudia...

–¿Sin humor para charlar, eh? Bien, dulce, eso a veces despeja el aire... hablarlo a veces ayuda.

Lisa amaba mucho a Claudia, pero desde la muerte de Roy ella pareció convertirse en la fuente absoluta de optimismo. Si esta era su manera de correr de realidad –su forma de control– Lisa no tenía idea. Sólo que en este momento no tenía ganas de “despejar el aire”; en cambio, echó su cabeza hacia atrás como para darle poca importancia a su humor oscuro y le preguntó a Claudia qué la hacía pensar que ella estaba disgustada.

Claudia casi sonrió.

–Ah, la intuición de mujer. E incluso si me equivoco, quiero que pruebes mi receta para el dolor –sacó una caja de té mezclados del bolsillo de su chaqueta y lo deslizó por la mesa–. El té caliente puede hacer maravillas para las heridas abiertas.

Optimismo infatigable y una confianza en las pociones y panaceas de salud –pensó Lisa. Pero después de un momento se rindió.

–¿Realmente se nota tanto?

–Sólo si a alguien se le ocurre mirar en tu dirección –le dijo Claudia–. O quizá a alguien que ya pasó por eso...

Lisa sólo pudo agitar la cabeza.

Claudia se estiró para tomar la mano de Lisa.

–Yo sé cómo es... pero tienes que soltarte. Deja de tratar de controlar lo que sientes... sólo díselo.

Claudia se puso de pie.

–¿Qué se supone que tengo que decirle?

Ahora Claudia agitó la cabeza.

–Lo que sientes por él, tonta.

Lisa pensó en eso mientras Claudia se alejaba. Recogió el paquete de té y empezó a jugar con él distraídamente.

Rick Hunter –pensó–. Esto es lo que yo siento por ti: yo... yo te amo.

De repente le dio un empujón desesperado a la caja. ¡Hasta su voz interna tartamudeaba! Esto no iba a ser fácil.

Reflejando el estado emocional de su piloto, el Skull Uno atracó rápido y furioso, meciéndose de lado a lado mientras hacía chillar las ruedas sobre la cubierta de vuelo del Prometheus.

Rick estaba como un nervio sensibilizado que sólo esperaba que lo tocaran. Era cierto que estuvo a toda marcha desde que dejó la base abandonada zentraedi hacía más de cuarenta y ocho horas. En las últimas ocho, el escuadrón estuvo explorando el campo en busca de señales de las fuerzas de Khyron. Empezando con el sitio del ataque sorpresa (ahora un lugar de carnicería indecible, plagado de los restos de veintenas de Battlepods y mecas de la RDF), el Escuadrón Skull había rastreado la retirada de Khyron hacia el norte hasta otra base abandonada a las apuradas. Las lecturas del sensor indicaban que desde la base había despegado una nave de guerra zentraedi poco antes de la llegada del Skull, pero no había rastro de su dirección o de cualquier forma de determinar la fuerza de lo que quedaba del ejército de Khyron. Dado el número de zentraedis que habían abandonado las ciudades, el tamaño de la nave (una clase crucero zentraedi), y que Khyron poseía una cámara de conversión útil, el estimado de las tropas oscilaba entre uno y tres mil.

Después también estaba Lisa en quien pensar –el otro frente de esta guerra sin fin. Ya era bastante malo que pasara la mayor parte de su vida ambulante siguiendo órdenes, pero tener que recibirlas de alguien que también esperaba regimentar su vida personal era más de lo que podía soportar. Ni siquiera el recuerdo del dulce abrazo de Minmei era suficiente para borrar el agrio comienzo del alba.

–¡Nosotros la guardaremos por usted, comandante! –dijo uno del personal de tierra cuando Rick levantó la carlinga.

A Rick le tomó un segundo darse cuenta de que el hombre

estaba hablando del Skull Uno. Respiró hondo una bocanada de aire fresco y saltó de la cabina directamente sobre sus pies.

El jefe del personal de tierra le gritó cuando se iba.

–Discúlpeme, señor, pero la capitana Hayes quiere que se reporte ante ella lo más pronto posible.

–¿Dijo por qué? –le preguntó Rick.

–No, señor.

Rick se volvió y salió corriendo. Era tiempo de tener una discusión con la capitana Hayes.

Lisa, entretanto, estaba en su estación en la sala de control de la SDF-2. Había decidido disculparse con Rick, quizás a dar un paso más allá si su valor resistía. Tarareaba para sí misma mientras jugaba con el paquete de té y no notó la entrada enfadada de Rick. Vanessa, en la estación de trabajo adyacente, trató de susurrar una advertencia, pero Lisa se había dado vuelta y lo había visto, malinterpretando un poco su humor.

–Oh, hola, Rick –dijo con alegría.

Él le contestó prácticamente tirándole su informe escrito.

–Con mis respetos, capitana.

Los ojos de Lisa se abrieron de par en par; ella no había previsto esto.

–¿Eso es todo? –continuó él en el mismo tono sarcástico–. No quiero ocupar demasiado de su tiempo.

–Rick, yo...

–Pregunté si eso era todo, capitana.

–¿Qué es lo que te sucede? –ella levantó la voz, pero salió con tono desconcertado.

–¡¿Qué es lo que pasa conmigo?! Llego después de perseguir a Khyron por medio continente y lo primero que oigo es que se supone que tengo que reportarme ante ti... ¡¿crees que todavía no entiendo el procedimiento militar, o qué?! –él estaba parado sobre ella, enrojecido y temblando.

–Si sólo me dieras una oportunidad para explicar...

–Y otra cosa –él formó un puño–. Mi vida personal es simplemente eso... ¡personal! ¡¿Entiende, capitana?! ¡Yo hablaré con quien sea que quiera, donde y cuando quiera!

Así que era eso –pensó Lisa. Él creía que ella había manipulado

la situación de esta mañana para sus propios propósitos. En otras palabras, los motivos que ella tuvo habían sido transparentes.

–Entiendo –le dijo con docilidad.

–Como Vanessa, aquí presente, por ejemplo –agregó Rick de repente, caminando hacia su estación–. ¿Tengo razón o no?

Vanessa se ajustó los anteojos, miró brevemente a Lisa y se deslizó por su asiento porque no quería ser parte de eso.

–Ah, realmente no creo que yo sea...

Pero Rick se inclinó sobre ella y puso su mano en el respaldo de su silla, lleno de falso encanto.

–¿Eh, por qué no vamos a buscar algo para comer?

Vanessa empalideció.

–Por favor –le dijo, sin querer tener que decir lo obvio–. Como puede ver, todavía estoy de servicio...

–¿Y qué? ¿Todavía puedes escaparte, no es cierto? –Rick le echó una mirada a Lisa; ella se estaba poniendo de pie dándole la espalda a ambos.

–Si me disculpan –dijo Lisa–, creo que ya tuve suficiente de esto.

Estaba herida, pero al mismo tiempo sentía compasión por Rick. Que él se rebajara a semejantes gestos transparentes para igualarse a ella; que arrastrara a su amiga en eso; que fuera un hombre...

Cuando Lisa estuvo fuera del alcance de la voz, Vanessa se dio vuelta bruscamente hacia Rick y lo regañó.

–Eso fue lo peor, Hunter. Lo digo en serio.

Él tenía una mirada arrogante en el rostro.

–¿Oh sí, por qué?

Vanessa agitó la cabeza con incredulidad.

–Estuviste confiando en instrumentos demasiado tiempo, aviador. Abre los ojos: ¿te detuviste a pensar en lo que Lisa siente por ti?

Esto no era de su incumbencia y ella sabía que no tenía derecho a hablar por Lisa, pero alguien tenía que despabilar a este tipo.

–¿Lo que siente por mí? –dijo Rick como si no pudiera creer lo que estaba oyendo–. Tienes que estar bromeando... la única cosa que le preocupa a Lisa es su trabajo.

Vanessa frunció el ceño y Rick se alejó. Ella se dio un tiempo para tranquilizarse y después fue a la estación de Kim para

actualizarla en este último capítulo de la miniserie Hayes-Hunter.

–¿Cuál es el problema de Lisa? –dijo Kim después de que la informaran.

–Ella no tiene ningún problema –Sammie defendió a su comandante–. Es sólo una discusión de amantes. No es nada que nos importe.

Vanessa no estuvo de acuerdo.

–No estabas ahí. Ella lo ama, pero no tiene el valor de decírselo.

–¡Eso es absolutamente ridículo! –dijo Kim, repentinamente enfadada–. ¿Por qué él no es un hombre y le dice lo que él siente?

Vanessa la miró de forma inquisitiva.

–¿Se te ocurrió alguna vez que él no comparte los mismos sentimientos? Me invitó a salir, sabes.

–Oh, vamos –dijo Kim, dándole poca importancia–. Él sabe lo que ella siente por él y él siente lo mismo. Sólo se está portando como un idiota testarudo.

Vanessa reiteró su duda. Sammie, por otro lado, tenía una mirada soñadora en su cara.

–Bien, si yo me sintiera así por un hombre, iría directamente y se lo diría.

Kim se volvió hacia ella y se rió.

–¡Sí, pero haces eso con casi todos los hombres que conoces! –esto también hizo que Vanessa se riera. Pero no duró mucho tiempo.

–La única razón por la que nos reímos es porque no nos está pasando a nosotras –suspiró Kim.

Vanessa asintió.

–El único otro hombre que Lisa amó en la vida murió en acción.

–Esto me pone tan triste... –dijo Sammie, llorosa.

Sí –pensó Vanessa, poniendo su mano en el hombro de Sammie–. ¿Pero qué haríamos para entretenernos por aquí sin Lisa y Rick?

¿Qué había en su vida –o en la de Kim o en la de Sammie– que se aproximara a la pasión y al sueño de un nuevo comienzo? ¿Rico, Konda y Bron? Ese era un callejón sin salida en varios puntos. Ella también se entristeció por todos ellos. Por el vacío en el centro de este nuevo mundo bravío al que los habían arrojado.

A pesar de los cielos amenazantes, Lisa había decidido caminar a casa desde la base. Las nubes se descargaron antes de que ella hubiera hecho la mitad de camino hacia las afueras de Nueva Macross, mojándola al instante y enfriándola hasta los huesos. Un largo invierno estaba en marcha.

Cuando el mundo está fuera de sincronización con tu vida interna llegas a pensar en él como un reino ateo y sin corazón; y cuando refleja esos pensamientos y sentimientos, lo dejas de lado como una falacia patética.

Ella estaba parada pensando esto delante de la casa de Rick. Había luces adentro, y una vez vio que su silueta pasaba brevemente detrás del blindex de la ventana. No fue un vagabundear sin sentido lo que la había traído aquí, pero ella no pudo reunir el coraje para subir hasta la puerta. Más bien tenía una ofrenda de paz en mente: iba a dejar el té de Claudia en el buzón de Rick, se iba a ir a casa y lo iba a llamar por teléfono, y...

–¿Planeando beber ese té en la lluvia?

De repente apareció un paraguas sobre su cabeza y Claudia se puso a su lado sonriendo.

–¿Por qué no subes y golpeas?

–Él no quiere verme –le dijo Lisa, levantando su voz sobre el sonido de la lluvia.

–¿Has tomado la decisión por él, eh? Bien, escucha, si no estás lista para hablar ahora mismo con él, ¿por qué no vienes a mi casa? Nos secaremos y hablaremos un poco... ¿qué dices?

Lisa dudó y Claudia le puso el paraguas en la mano.

–Bien, mientras te quedas pensando en eso...

–Claudia, yo... –empezó Lisa, pero su amiga ya se alejaba al trote. Lisa echó otra mirada desesperada hacia la ventana de Rick y salió detrás de ella.

–Preparé un poco de buen té caliente –dijo Claudia desde la cocina.

Lisa estaba en el sofá de la sala secándose el pelo con una toalla. El té sonaba bien, pero el frío que sentía le atravesaba el corazón.

–Aunque parezca una invitada agresiva –dijo cuando Claudia entró con el servicio de té–, ¿por casualidad no tendrías algo más

fuerte por ahí, no?

–¿Cómo qué? –las cejas de Claudia se elevaron.

–¿Escondes algo de vino en la casa?

Una gran sonrisa apareció en el rostro atractivo de su amiga.

–Claro que sí.

–¡Bien, ve a traerlo! –dijo Lisa de buen humor. Tenía poca tolerancia por el alcohol y las drogas de cualquier clase, lo que era algo bueno y malo al mismo tiempo: por un lado, su cuerpo simplemente se rebelaba ante el desenfreno, un hecho que evitaba que se volcara a las drogas para escapar en tiempos de tensión; mientras que por el otro lado, podía confiar en ir un poco más lejos –una o dos bebidas y la inhibición era una cosa del pasado.

Una clásica “cita barata” –se recordó.

–¿Borgoña está bien?

–En este momento me conformaría con el zinfandel zentraedi.

Claudia volvió con dos copas de vino y se sentó enfrentando a Lisa en el sillón correspondiente. Una fotografía enmarcada de Roy era el centro de atención en la mesa baja que estaba entre ellas. Ella tiró del corcho de la botella y sirvió dos vasos llenos. Lisa ofreció un brindis silencioso y vació todo el vaso, sintiendo que una calidez casi instantánea le llenaba el cuerpo. Se recostó contra el sofá y le sonrió a Claudia.

–¿Así que cuánto tiempo toma para que el dolor se detenga? –le preguntó.

–Suenas como si te estuvieras rindiendo.

–Yo realmente quería disculparme cuando él entró con su informe esta mañana, pero entonces, antes de que pudiera hacerlo, él comenzó a increparme.

Claudia volvió a llenar el vaso de Lisa.

–¿Qué dijo?

–Sólo que su vida personal era su propio problema y que yo debo quedarme fuera de ella –otra vez Lisa vació el vaso.

–¿Qué esperabas? –dijo Claudia–. Él no sabe lo que sientes por él. Ustedes dos compartieron algunos tormentos y alguna conversación profunda, pero hasta donde él sabe, tú eres sólo su colega oficial y su amiga de vez en cuando.

–Lo sé... traté de ser honesta sobre eso... pero de todas formas no

creo que importe.

Claudia nunca había visto a su amiga tan distendida. Lisa estaba sosteniendo su vaso para que lo volvieran a llenar, pero ya parecía bastante soñolienta. Claudia no quería que se enfermara o desmayara, pero igual vertió un poco más de borgoñona.

–No sabes si eso no le va a importar. Deja de tratar de suponer por él todo el tiempo. Sólo hazlo, Lisa.

Lisa parpadeó y sacudió la cabeza.

–De acuerdo, échale la culpa al vino.

–Bien. Pero no estabas bebiendo allá afuera en la lluvia hace veinte minutos cuando decidiste que él no quería verte... La situación no tan desesperada como tú piensas... al menos el hombre que amas todavía está vivo...

Claro, ya sé que también pasaste por esa experiencia –se apuró a agregar.

Ambas mujeres se volvieron hacia la fotografía de Roy. Claudia continuó.

–Cuando Roy falleció, esto –dijo levantando su vino–, se volvió una muleta muy necesaria para mí... Ahora ya nada parece ser importante.

Lisa quedó aturdida y eso casi la devolvió al borde de la sobriedad. Quiso preguntar qué pasaba con todo ese optimismo... con todos esos té. Pero en cambio, dijo:

–Sin embargo hay una diferencia... Tú y Roy se hicieron buenos amigos desde el principio... Rick y yo éramos... emenigos, quiero decir, enemigos –Lisa se detuvo y respiró–. Enemigos.

Claudia se rió entre dientes y después se puso seria.

–No fue así para nada... Roy y yo nos la pasábamos discutiendo todo el tiempo. Él casi me volvió loca.

¡Una segunda revelación! –pensó Lisa.

–¿Quieres reírte? –Claudia tomó la fotografía de Roy–. ¡Yo te contaré de él!

Lisa se rió francamente.

–Déjame decirte algo... ¡en este mismo momento aceptaré toda la risa que pueda conseguir!

Rick también estaba demasiado agotado para dormir; era como

si hubiera pasado más allá de la necesidad de descansar. Y esa fría lluvia preinvernal que pegaba en el tejado plano de su pequeña casa de la residencia modular parecía igualar el ritmo de su corazón apresurado.

Había intentado enfocar sus pensamientos en el paradero de Khyron; los últimos informes de Inteligencia apuntaban a una ruta de retirada hacia el sur. Pero Rick se preguntó hacia dónde mientras repasaba los informes y revisaba mapas –¿en algún lugar de lo que solía ser México, o el diezmado puente terrestre panameño, las selvas amazónicas aunque no fueran muy buenas? ¿Dónde se escondía y cual sería su próximo movimiento? Ni siquiera Breetai tenía una pista.

Perdió el interés en esto después de un rato y se echó de espaldas sobre la cama, todavía con su uniforme, con las manos entrelazadas debajo de la cabeza.

¿Por qué tuve que ir y abrir así mi bocota? –se preguntó, llegando por fin al centro de su confusión–. ¡Lo menos que pude haber hecho era escuchar lo que ella tenía que decir!

Que ese alto, rubio, elocuente y guitarrista Roy Fokker había sido un casanova no era ninguna sorpresa para Lisa; pero según decía Claudia, él también había sido algo sinvergüenza y mujeriego. Lisa siempre había conocido a Claudia y a Roy como la pareja feliz –eso se remontaba a los primeros tiempos en Isla Macross cuando estaban reconstruyendo la SDF-1. Pero las historias que Claudia le había regalado durante las últimas dos horas pintaron un retrato muy diferente que el que Lisa había imaginado.

Claudia conoció a Roy en 1996 durante el período inicial de lo que llegarían a llamar Guerra Civil Global, cuando ellos dos quedaron estacionados en una base ultra secreta en Wyoming; Roy era el ávido joven piloto de caza, medio enamorado de la muerte y la destrucción, y Claudia era la recluta ingenua, fácilmente impresionable y a menudo manipulada. Claudia le describió un Roy arrogante a Lisa: un aviador delirante que una semana la acosaba con regalos, y a la siguiente se presentaba a una cita con tres mujeres adorables a la rastra. Un Roy que bajaba cazas enemigos en su honor pero que raras veces llamaba por adelantado para cancelar

una cita.

–Hablando de una personalidad compleja –dijo Claudia–. Al principio yo no quería tener nada que ver con él, y lo evité lo más posible. Hasta se lo dije de frente. Pero... no funcionó... Roy Fokker era muy persistente. Pero lo que trato de decirte es que nuestras primeras impresiones pueden ser equivocadas. Roy y yo en realidad nunca hablamos o dijimos lo que realmente sentíamos el uno por el otro hasta que fue demasiado tarde... Y después se fue.

Lisa quedó desconcertada por un momento; después comprendió que Claudia no se refería a la muerte de Roy sino a su traslado al exterior durante la Guerra Civil Global.

Durante más de un año Claudia no tuvo noticias de Roy; pero finalmente los dos terminaron en Isla Macross poco después de que “La Visitante” se estrellara. Aún así fue algo áspero. Roy ahora tenía un nuevo amor: la robotecnología. Más específicamente, los cazas Veritech que estaban desarrollando los equipos de científicos del Dr. Lang.

–Él solía mirar esos aviones experimentales de la forma en que yo deseaba que me mirara a mí –explicó Claudia.

Ella había dejado sin abrir todos los regalos que Roy le había dado en los viejos tiempos y se los devolvió años después con la esperanza de que él le confesara lo que sentía. ¡Pero Roy simplemente se lo achacó al destino y le dijo con un encogimiento de hombros que no se podía ganarlas todas! Y fue Claudia quien terminó herida. En otra ocasión lo vio bailando y tonteando con tres mujeres en una forma que sugería que ellas lo conocían mucho más íntimamente que ella.

Pero finalmente, en una noche lluviosa muy parecida a esta noche, Roy reconoció su amor por ella. Él estaba tan obsesionado con volar y combatir como lo estaba con la muerte; estaba seguro de que iba a morir en un caza y sólo con Claudia podía hablar sobre sus miedos ocultos.

–Fue una gran revelación para mí comprender que debajo de toda esa valentía mecamorfa había un ser humano sensible, lleno de sueños y temores reales –dijo Claudia–. Muy en lo profundo yo ya lo sabía. Pero mira toda la felicidad que perdí con él sólo porque no pude decir lo que había en mi corazón. Yo sólo espero que tú no

permitas que te pase lo mismo, Lisa.

Lisa terminó el último sorbo de vino, puso su vaso en la mesa y lo miró fijamente de forma ausente. Rick nunca hizo ni la mitad las cosas tontas que Roy había hecho; ella por lo menos tenía eso para estar agradecida. Pero de una forma u otra sus problemas con Rick eran aun más profundos que los de Claudia y Roy: Sus discusiones se centraban en temas como... competición y control... ¡y Minmei! Roy había salido de atrás de su máscara, pero Rick Hunter no usaba máscara.

La pelota permanecía en el campo de Lisa, y aun ahora, después de todas estas horas de vino y conversación honesta, ella todavía no sabía como jugarla.

Mientras Lisa visitaba el pasado de Claudia, Rick examinaba el suyo. Recordó su primera conversación con Lisa, cuando él la llamó “vieja amargada”, y su primer encuentro después de que él pasó vergüenza en una tienda de ropa interior. Después hubo discusiones innumerables, la mayoría de ellas por la red de comunicaciones relacionadas con el procedimiento y cosas así. Su captura e interrogación en la nave capitana de Breetai. Ese primer beso... La condecoración que siguió a su escape, las complejas contracorrientes que se desarrollaron después de que Lynn Kyle entrara en escena. La vez que Lisa lo visitó en el hospital después de que lo derribara sin querer. La muerte de Roy y cómo ella había tratado de consolarlo... La muerte de Ben en esa horrible tarde sobre Ontario... La batalla final que los reunió, la forma en que corrieron el uno hacia los brazos del otro después de que él se asentara cerca de la Base Alaska, pensando que eran los últimos sobrevivientes de su raza. Y los dos largos años de la Reconstrucción que siguieron a ese día fatal. Él y Lisa como un equipo: planeando, supervisando, reconstruyendo. Ella venía a su casa para una cena tardía a la noche o simplemente para pasar el tiempo y leer mientras él patrullaba en alguna parte –a menudo venía a limpiar el desastre que él siempre dejaba. Y ese día no muy lejano cuando se le presentó con una foto de ella para que la agregara a su álbum...

Por primera vez sintió que veía con claridad toda la progresión

de su amistad. Y separada de sus varios entretelones –Minmei, Kyle, la guerra sin fin, la tristeza de la Reconstrucción–, su relación de pronto sobresalió como la más importante de su vida. ¡Otra cosa que sobresalió con igual claridad fue que él había sido un absoluto estúpido!

–¿Cómo pude ejecutar ese número poco convincente con Vanessa... sólo para herir a Lisa?! –se preguntó.

Comprendió que su terca negativa a creer que Lisa estaba enamorada de él estaba envuelta en los sueños de Minmei que él perpetuaba. Lisa representaba una amenaza para esos sueños, así como Minmei era una amenaza para los sueños de Lisa. Las palabras ásperas del alba eran clarísimas, y también lo eran los pensamientos de Rick. Saltó fuera de la cama sintiendo como si hubiera dormido durante un mes, recargado y revitalizado, con un propósito en mente –encontrar a Lisa.

Agarró un paraguas y corrió a través de la lluvia hasta su casa, pero ella no estaba ahí. Probó a ir a un lugar en el pueblo que ella frecuentaba; nadie la había visto. Telefoneó al cuartel general y el jefe de guardia de la SDF-2 le dijo que Lisa había salido hace horas... Eso dejaba sólo una posibilidad más.

Deposité otra ficha en el teléfono público y marcó los números lo más rápido que pudo.

–Estás bromeando –balbuceó Lisa cuando Claudia la informó que Rick estuvo al teléfono.

–Llamó desde el otro lado de la calle –Claudia sonrió, volviendo a colgar el auricular.

–Lo dices en serio.

–Puedes apostar que sí –Claudia recogió la foto de Fokker y la observó-. Ahora quiero tomarme un trago con este tipo. Así que no planees quedarte aquí con tu amigo.

Lisa de repente se agitó.

–¿Qué diré?

–¿Qué dirás? Si todavía no lo sabes, entonces nosotras desperdiciamos toda la tarde.

Enseguida Rick golpeó en la puerta y Claudia le dio otra caja de té a Lisa.

–Tu Príncipe Azul está aquí. Ahora vete y lleva esto contigo... es un pequeño rompehielos fenomenal.

Ellos caminaban en silencio hombro con hombro debajo del paraguas de Rick. Lisa persistía en un diálogo continuo consigo misma, y por lo que parecía, Rick también. Después de todo lo que habían pasado juntos, esta noche tenía toda la incomodidad de una primera cita. Algo que hasta ahora no se dijo había alterado la forma en que ellos se respondían el uno al otro.

–¿Eh, no vas a tener mucho frío, no es cierto? –le preguntó Rick.

–Oh, no... ¿y tú?

Rick sugirió que llamaran a un taxi, aunque había sólo unas cuadras hasta la casa de cualquiera de ellos –¿y esa era la idea general, no? Ella sonrió y dijo que le gustaba caminar.

Rick estuvo de acuerdo: Sí, caminar se sentía bien.

–Yo camino mucho por la noche –dijo Lisa.

–Eso es genial... es un ejercicio maravilloso.

Finalmente, cuando ella ya no pudo resistir la charla vacía, dijo:

–Rick. Tenemos que hablar.

Estaban en la esquina más cercana a la casa de él. Rick hizo una seña.

–Podríamos ir a mi casa, pero no tengo nada que ofrecerte... eh, vino o...

Ella sacó el paquete de té.

–Yo tengo lo necesario.

Rick sonrió.

–Eres una salvadora –le dijo.

Capítulo 16

Por encima de todo, debemos aceptar lo que somos; sólo entonces podremos obtener una vista clara de nuestros motivos. Yo recuerdo muy bien cuando fui de la gente importante, y recuerdo muy bien el efecto que tuvo esa personalidad ilusoria en mis decisiones y motivaciones. Al caer en desgracia, me rescataron de lo que de otro modo podría haber sido una existencia transparente. Al no tener importancia, aprendí a conocerme. Esto forma la base para la siguiente lección.

Jan Morris, Semillas solares, guardianes galácticos.

El mes de noviembre de 2014 vino y se fue, y también Acción de Gracias para aquellos que la recordaban –no en conmemoración de los peregrinos, sino en memoria del banquete que tuvieron dos años antes cuando la SDF-1 regresó a su mundo devastado y se fundó Nueva Macross. Las flores salvajes cubrían las cuestas occidentales de las Rocallosas y los cielos azules se convirtieron en un evento cotidiano. Las ciudades estuvieron pacíficas y no hubo más señales de Khyron. Minmei estaba de vuelta en gira.

Rick y Lisa se habían estado viendo mucho. Esta mañana ella estaba tarareando en la pequeña cocina de su casa mientras preparaba emparedados y bocados para el picnic que habían planeado con Rick. Hace sólo unos días, durante una patrulla de rutina, él había descubierto un punto ideal en el bosque cercano. Lisa estaba contenta. Tenía un mapa del área extendido sobre la mesa. Parecía que habían pasado meses desde que se había tomado una licencia personal y años desde que había hecho algo así. Y le

debía por lo menos algo de su felicidad a Claudia por conseguir que fuera más honesta con Rick; ella le había dicho lo especial que él era, y sorpresa de sorpresas, él había dicho que sentía lo mismo por ella.

En su propia casa a unas cuerdas de distancia, Rick se estaba preparando. Lisa había dicho que quería hacerse cargo de la comida; todo lo que él tenía que hacer era llegar a tiempo. Él estaba seguro de que podía lograrlo. Era extraño estar sin el uniforme, era casi aterrador pensar en un retorno a la normalidad, en días y días de paz sostenida. Y esa misma sensación de incomodidad lo hizo preguntarse sobre lo similares que las razas humana y zentraedi se habían vuelto: a su manera se habían hecho dependientes de la guerra.

El teléfono sonó mientras él se estaba afeitando. Apagó la afeitadora y fue a contestar, figurándose que era Lisa que intentaba apurarlo.

–Estoy casi listo –dijo en el auricular sin molestarse en preguntar quién estaba en la línea–. Estaré allí...

–¡Hola, soy yo!

Rick miró el teléfono, repentinamente inseguro.

–¡Soy Minmei!

–¡Oh, Minmei! –contestó él, alegrándose–. ¿Dónde has estado?

–Por ahí –dijo como al pasar–. ¿Dónde estás ahora?

Rick volvió a mirar el teléfono.

–En casa.

Minmei se rió.

–¡Uy, me olvidé por completo! Te llamé para agradecerte... por salvarme y... a Kyle. Lo digo en serio.

–No tienes que agradecerme, Minmei –dijo Rick.

Después de un momento ella le preguntó si él estaba libre durante el día. Rick dudó pero no mencionó el picnic. Ella esperaba que él pudiera llegarse hasta Ciudad Monumento... tenía unas horas libres antes del concierto de esta noche.

–Es que ya hice planes.

–Oh, por favor, Rick –ronroneó–. Estoy aquí sólo por hoy, y estoy segura de que a la persona con la que vas a encontrarte no le importará.

Rick recordó su conversación con Lisa, cómo él le había pedido que cancelara cualquier plan que ella hubiera hecho de manera que pudieran ir juntos al picnic. Él miró su reloj y se preguntó qué clase de excusa de último momento podría inventar. ¿Enfermedad? ¿Una nueva guerra?

–Por favor... –repitió ella.

–Ah, supongo que está bien –cedió–. No todos los días consigo compartir el tiempo contigo.

–Será divertido –dijo Minmei con agitación–. ¿Puedes ver a tu amigo en cualquier momento, correcto?

–Sí...

–¡Genial! Te estaré esperando en el aeropuerto. Y vístete bien –le dijo.

Un antiguo compañero de la escuela se presentó –pensó Rick mientras volvía a ubicar el auricular. Alguien que acababa de llegar de los eriales. Rápidamente marcó el número de Lisa, pero por supuesto que ella ya había salido; era más que probable que ya estuviera esperándolo en el café Seciele.

Será mejor no decir nada –decidió por fin–. Simplemente no aparezcas.

Hay cien razones por la que esta es una idea buena –pensó Rick cuando bajó su turbohélice para aterrizar en la nueva pista de Monumento, y la ocasión de mover su pequeña nave no era la menor de ellas. Habían pasado meses desde que la había sacado. Y sin duda, era bueno para su relación con Lisa: iba a eliminar sus sentimientos por Minmei y cosas por el estilo. Pero “tuve diligencias repentinas en Ciudad Monumento” era lo que planeaba decirle a Lisa; él se prometió que la iba a llevar a dos picnics como compensación por esto.

Lucía muy elegante con su nuevo traje de vuelo gris cuando saltó de la cabina. Había cambiado sus jeans y franelas por su único traje, y lo usaba debajo con una corbata negra atada alrededor del cuello.

–¡Aquí estoy, Rick! –Minmei saludó desde atrás del alambrado–. ¿Cómo has estado, aviador?

Él se le acercó sonriendo. Ella tenía un suéter ajustado y pollera,

tacos, un sombrero rojo grande que hacía juego con su cinturón y unos anteojos ahumados redondos enormes.

–Creo que no te habría reconocido –le confesó.

–Esa es la idea, tonto –ella se rió.

Rick se sacó el traje de vuelo y lo guardó en su maletín mientras ella corría hacia la verja para pasar al otro lado del cerco.

Enseguida comenzaron a caminar del brazo sin decirse gran cosa. Rick se sentía incómodo con su camisa abotonada y su corbata, pero trató de no comunicarlo.

–Escucha, Rick –Minmei dijo por fin, mordiéndose el labio inferior–. Lamento haberte sacado de tu cita. Espero que él no se haya enojado contigo, quienquiera que sea.

Rick se aclaró la garganta.

–Eh, no, él no estaba enfadado... pospuse mi cita con él... –Minmei se apretó contra él y su mano le acarició el brazo. La gente los observaba mientras paseaban–. No te preocupa que alguien pueda reconocerte... y a mí, y, eh...

–Yo nunca estoy preocupada contigo –suspiró Minmei. Ella lo hizo dar vuelta y tomó el nudo de su corbata para ajustarlo–. Nunca antes te vi con traje. Eres muy apuesto... parece importante.

¿Importante? –se preguntó. Recordó lo bien que se sentía vestir jeans y franelas –extraño pero bueno. Y aquí estaba él con un traje, dando vueltas por Ciudad Monumento con una estrella del brazo, luciendo importante y recibiendo cumplidos a diestra y siniestra. Se preguntó qué tenía en mente Minmei. Lisa había querido ir de picnic y hacer una caminata.

Minmei había alquilado un vehículo para que ellos usaran. Rick subió detrás del volante y siguió las direcciones que ella le daba en la ciudad. Monumento era casi lo más cercano que Macross tenía a una ciudad hermana. La fundaron zentraedis que una vez estuvieron bajo el mando de Breetai, los que se reunieron alrededor del buque de guerra estrellado que sobresalía de su lago de la misma forma en que los humanos se reunieron alrededor de la SDF-1, situada de igual forma en el Lago Gloval. Monumento había liderado el movimiento separatista y recientemente fue la primera a la que le concedieron la autonomía del Consejo de Macross.

Ella presintió que había hecho algo mal, pero sólo había tratado

de mostrarle lo que ella sentía por él. Si la lisonja no iba a funcionar, tenía la esperanza de que el restaurante al que lo llevaba lo hiciera: hermosa vista, gran comida, música suave... Probablemente era más adecuado para cenas tranquilas que para almuerzos tempranos, pero había sido bastante difícil liberar unas pocas horas a media mañana de su ocupada agenda. Y había tan pocas excusas que podía inventar para convencer a Kyle de que necesitaba tiempo privado.

Chez Mann era un anacronismo, un teatro restaurante lujosamente decorado con ventanales, candelabros de cristal y mozos con frac, que, por todas sus pretensiones, terminó pareciéndose a una cafetería de aeropuerto. Un maître arrogante no los llevó a la mesa apartada que Minmei pidió, sino hacia una de aspecto abandonado junto al ventanal, mientras que un pianista aburrido marcaba su ritmo de forma desanimada a través de un viejo modelo.

–¿Te gusta? –dijo Minmei cuando se sentaron–. Mi productor tiene un amigo que es el dueño de una parte. Las estrellas de cine vienen aquí todo el tiempo.

Ella seguía haciendo hincapié en su punto. Rick la observó perplejo. Minmei parecía incapaz de aceptar el estado actual del mundo. Estrellas de cine: ¡no quedaba más que un puñado de artistas en todo el planeta, y mucho menos en Ciudad Monumento! De hecho, en todo caso, la noción de espectáculo se estaba revirtiendo a formas de narración mucho más antiguas y a lo que se sumaba a la actuación y recreación religiosa.

–¿A quién le importa las estrellas de cine? –dijo Rick con dureza.

–Bueno, yo soy una estrella de cine, y a ti te gusto –Minmei le sonrió.

–Me gustaste antes de ser una estrella, Minmei.

Su primera reacción fue decirle: yo siempre he sido una estrella.

–¿Quieres decir que no te gusto sólo porque me hice famosa? –dijo ofendida.

–Me gustas –la tranquilizó, pero ella ya había vuelto su atención hacia algo más. Rick bajó la vista hacia su reloj y volvió a pensar en Lisa. Cuando levantó la vista, Minmei estaba deslizando un regalo hacia él.

–Es sólo mi forma de decirte gracias, Rick.

Él no quiso aceptarlo. Después de todo no era que él le hubiera hecho alguna clase de favor. Pero ella insistió, alegando que buscó por todos lados algo especial. Al final él se encogió de hombros y abrió la envoltura; adentro había un echarpe invernal de lana de alpaca tejida a mano, algo tan raro como los dientes de gallina en estos días. La puso alrededor de su cuello y le agradeció.

–Pensaré en ti cada vez que la use.

–Luce bien con ese traje –comentó ella, esperando que el nerviosismo que sentía no fuera visible. Era tan importante para ella que él entendiera lo que ella sentía.

–Me hace sentir como Errol Flynn –bromeó Rick, poniéndose en pose.

–Todo lo que necesitas es una espada –ella se rió.

Minmei quiso estirarse y tomar su mano, pero justo en ese momento el mozo apareció con los cócteles y los puso sobre la mesa. El momento se arruinó; miró a Rick y dijo:

–¿Por qué los mozos siempre parecen servir a la gente precisamente en el momento equivocado?

–¿Y por qué será que las estrellas de cine siempre parecen encontrar algo de qué quejarse? –respondió el mozo, un supuesto actor melencólico de bigote delgado que había tenido una mala mañana.

Rick ahogó una risa, feliz de ver que regañaran a Minmei. Pero eso apenas la intimidó. Él se unió a ella en un brindis “por tiempos mejores” y empezó a sentirse repentinamente a gusto. Empezaron a hablar de los viejos tiempos –para ambos, un período de escasos cuatro años. Para Rick parecía como ayer, pero Minmei parecía pensar en aquellos tiempos como hace un millón de años.

–El tiempo no puede cambiar algunas cosas –dijo Rick misteriosamente.

–Lo sé –asintió–. A veces creo que mis sentimientos no han cambiado en absoluto.

Era una clase de contestación igualmente vaga, y Rick, recordando los sentimientos de Minmei, no estaba seguro si quería que las cosas volvieran a antaño. Él decidió ser sincero –así como Lisa lo fue con él recientemente–, sólo para ver a dónde llevaría.

–Todavía pienso en ti, Minmei –empezó–. A veces por la noche, yo...

Hubo una clase de tumulto en la puerta; el maître estaba gritando; insistía que el hombre que lo pasó a empujones necesitaba ponerse una corbata antes de entrar. El hombre melencólico resultó ser Lynn Kyle.

Tanto Rick como Minmei habían vuelto su atención hacia la escena; ahora se miraban confundidos. Minmei tomó la mano de Rick; la apretó y sus ojos se llenaron de lágrimas.

–Por favor Rick, tienes que prometérmelo: no importa lo que él haga o lo que diga, no interferirás.

–Pero... –comenzó a protestar.

–¡Prométemelo!

Los labios de Rick se convirtieron en una línea delgada, y él asintió en silencio. En un segundo Kyle se paró junto a Minmei.

–Te estuve buscando por todos lados –le dijo, controlado pero obviamente enfurecido–. Sabías que yo fijé una conferencia de prensa. Ven, nos vamos.

Él hizo un movimiento hacia ella, pero ella se negó a moverse.

–¡No seas obstinada, Minmei! ¡¿Te das cuenta de los hilos que tuve que mover para conseguir que esos periodistas estuvieran aquí hoy?!

Rick se mantuvo contenido con el echarpe todavía alrededor del cuello; Kyle no se había molestado en saludarlo. Rick supuso que todavía estaba molesto porque tuvieron que rescatarlo. Bolsa de basura. Aun así, esto era serio, y quizá Kyle tenía derecho a estar enfadado. Decidió ayudar a Minmei ofreciéndose a salir. Pero por el contrario, ella lo puso justo en el medio de las cosas.

–Nosotros no tenemos que irnos... ¡yo no me voy!

Ahora Kyle la agarró por la muñeca.

–¡Oh sí que lo harás!

–¡Quita tus manos! –reaccionó–. ¡Estás lastimándome, bravucón! ¡¿Quién te crees que eres?!

Por muy sorprendente que fuera, Kyle se retiró y Rick le dio gracias en silencio a los cielos porque si eso hubiera seguido otro segundo, él habría saltado sobre Kyle, promesa o no, artes marciales o no. El pianista había detenido su golpeteo ya que los clientes del

restaurante encontraron un entretenimiento más claro.

Kyle sonrió intencionalmente y se volvió hacia Rick.

–Así es como actúa un profesional... ¿Atractivo, no es cierto? – giró hacia Minmei, levantando la voz paternalmente–. ¡Ya basta de gimotear! ¿Por qué no tratas de actuar como de tu edad por una vez? ¡La gente te está esperando!

Minmei se mantenía en su lugar con los puños apretados. Agarró su cóctel y lo tragó con insolencia, temblando e intentando afrontarlo. Rick miró hacia fuera de la ventana.

–Estoy ebria... –la oyó decir–. No puedo hablar con ningún periodista en este momento.

Kyle emitió un gruñido gutural bajo, una señal peligrosa de que Minmei había sobrepasado su parte. Con la velocidad de un rayo él tomó el vaso de agua y se lo tiró en la cara.

–Eso tiene que despejarte.

Rick se levantó a medias de su silla mostrando los dientes en espera del próximo movimiento. Minmei había empezado a sollozar, y otra vez Kyle la tenía por la muñeca.

–Ahora deja de hacer la tonta y vamos.

Kyle la arrastró y ella lo siguió; después se volvió de repente y gritó por Rick.

–¡Kyle! –gritó él, esperando que la dejara ir y viniera tras él. Kyle, sin embargo, escogió una forma más sutil de desarmarlo.

–¿No entiendes, Hunter? –le dijo con sensatez y en completa posesión de sí–. Ella tiene demasiadas cosas que hay que cuidar. Eso viene con el territorio.

Cuando vio que Rick se relajaba, agregó:

–Oh, y no te preocupes por el almuerzo: nosotros lo cubriremos... para eso son las cuentas de gastos. Tal vez debas volver a reportarte a tu base, ¿eh? Métete en tu uniforme o algo...

Rick vio que Minmei asentía, sollozando pero gesticulando que él debía hacer lo que Kyle decía. Kyle la volvió a arrastrar, riñéndola porque él había dejado todo, porque a ella ya no le preocupaba su carrera. La mayoría de los clientes ya estaban aburridos a estas alturas; muchos se levantaron y dejaron el restaurante.

Rick evitó sus miradas y estiró la mano hacia su bebida, tocando

el echarpe nuevo.

Algo fanfarrón –pensó.

Era casi mediodía y el café Seciele empezaba a prepararse para el almuerzo, aunque la mayoría de sus mesas al aire libre permanecían vacías. El clima había dado un giro súbito y la mayoría de la gente elegía sentarse adentro. Lisa, sin embargo, todavía estaba en la mesa que había ocupado desde las nueve en punto. Ya había bajado cuatro tazas de café y sudaba a pesar del frío repentino en el aire. No tuvo noticias de Rick, pero decidió quedarse en caso de que él intentara mandar un mensaje. Obviamente lo habían llamado, pero nadie de la base sabía algo sobre eso ni sabía dónde podía estar. De haber habido una alerta a ella también la habrían notificado, pero no habían dado ninguna orden al respecto. Aun así, la única explicación posible era que hubieran llamado a Rick.

El buen humor que ella había disfrutado unas horas antes la había abandonado hacía mucho junto con la calidez antinatural de la mañana. Se preguntó si estos giros repentinos eran una señal de los tiempos –los cambios de humor, los reveses, la confusión. Sólo un momento antes había presenciado un pequeño malentendido entre un peatón y un motorista que escaló hasta una violenta discusión. Eso la hizo preguntarse si Rick había quedado envuelto en un accidente, ¿quizás lo habían atropellado!

Con ansiedad revisó la hora y corrió hacia el video-teléfono. En la casa de Rick no respondían, por lo que volvió a conectarse con la base contemplando una hoja caída que había volado en su dirección –lo más cerca que había estado de la naturaleza en todo el día.

–Comunicaciones. Soy el teniente Mitchell.

Lisa se identificó, pero antes de que tuviera oportunidad de preguntar por una posible alerta, Nikki Mitchell dijo:

–Capitana Hayes, pensé que usted estaba con el comandante Hunter.

Lisa enseguida lamentó haberlos telefoneado. Su vida se había vuelto prácticamente un libro abierto para la tripulación del cuarto de control de la SDF-2, para Vanessa, Sammie, y el resto. Era una de esas situaciones en que no puedes ganar: cuando ella era fría, calma

y serena, cuando era Lisa Hayes “la vieja amargada”, nadie se molestaba en interferir con su vida privada; pero ahora que había aceptado algunos consejos de Claudia y decía lo que pensaba, todos rastreaban sus movimientos como si ella fuera una entrada regular en alguna clase de concurso de columna de chismografía.

–¿No se supone que debe estar en un picnic? –preguntó Mitchell. De fondo, Lisa pudo oír que Kim decía:

–Apuesto a que ese cretino la dejó plantada.

–Vieron, yo les dije que él no estaba interesado en ella –reforzó Vanessa.

–¡Cállense! –gritó Nikki, y Lisa alejó el teléfono de su oreja–. ¡Ustedes dos suenan como un par de gallinas viejas!

–¿Y eso en qué te convierte... en el gallo? –contestó Sammie.

Lisa estaba furiosa. ¡No sólo era su vida privada lo que estaban debatiendo a sus espaldas, sino que estaban apostando y discutiendo sobre ella!

–¡Oh, no importa! –gritó Lisa y colgó. Después murmuró en voz baja–. Entrometidos.

Después de que el barman Chez Mann lo interrumpiera tras innumerables bebidas, Rick flotó de vuelta al vehículo alquilado de volante a la derecha y se dirigió hacia el aeropuerto. La escena que había tenido lugar entre Minmei y Kyle ahora parecía sólo eso: un acto orquestado realizado para el público con un pequeño papel para Rick Hunter, el héroe ocasional. En el final Minmei escogió correr junto a Kyle, y eso era todo lo que en verdad importaba: Ella no había cambiado, y Rick fue un tonto al pensar que ella pudo hacerlo. Los regalos, los paseos nostálgicos por la senda del recuerdo, los abrazos post-rescate: todo era parte de su repertorio. Y ahora la había perdido por enésima vez y además había dejado plantada a Lisa.

Adelante de él en la carretera de dos carriles del aeropuerto había una barricada a cargo de un cabo de DC que usaba una boina blanca. A Rick le informaron que el camino estaba cerrado.

–¿Hay una ruta alternativa al aeropuerto? –preguntó, inclinándose fuera de la ventana del chofer.

–El aeropuerto está cerrado –dijo el cabo–. Tenemos problemas

con zentraedis.

–¡Mi avión está ahí! –gritó Rick, no lo bastante lúcido como para mostrar su identificación.

La mano del cabo se acercó hacia su arma de cintura.

–Se lo dije, compañero, el camino está cerrado.

Rick lo maldijo y pisó el acelerador. La mini camioneta salió disparada hacia delante, rodeando la barricada, mientras el centinela sacaba su arma. Cuando lo pensó más tarde, Rick se preguntó por qué había hecho eso, sin saber si culpar a Minmei o al alcohol. Pero al final del análisis comprendió que lo había hecho por Lisa: ¡él iba a tener que decirle algo!

–¡Maldito idiota! –gritó el centinela, pensando dos veces en disparar un tiro de advertencia y corriendo hacia su radioteléfono.

Un Battlepod caminaba por la pista de aterrizaje destruyendo Veritechs asentados con los disparos del cañón de su plastrón, mientras que cerca de ahí, un gigante zentraedi armado con un cañón automático disparaba, y los vehículos de rescate corrían por la pista en dirección a los puntos de crisis.

–¡Estos micronianos no son ningún desafío en absoluto! –gritó en su propia lengua; la lujuria de la batalla borró todos los recuerdos de sus dos años pacíficos en la Tierra.

Un segundo gigante con la armadura impulsada Botoru alzó un caza del campo, lo levantó sobre su cabeza y lo tiró hacia un camión de transporte que se alejaba a varios cientos de metros. El Veritech cayó directamente sobre el vehículo y explotó, destruyendo a ambos.

Los Veritechs aparecieron en los cielos justo cuando Rick llegaba en la mini camioneta. Llegó hasta el hangar de DC esquivando las balas de la gatling, mostró su identificación, se preparó y requisó un Excalibur. Había contado cinco gigantes –todos armados con cañones automáticos–, un sexto con la armadura propulsada, y por lo menos dos Battlepods. Era irrelevante si estos eran malcontentos o miembros de la banda vencida de Khyron: La unidad de DC estaba sobrepasada. ¡Y todavía el comandante de la base lo criticaba sobre la autorización y le advertía que no dañara el meca! Rick comprendió que la autonomía que recientemente ganó Monumento

era la respuesta a esto, pero sin un poco de ayuda no iba a quedar mucho de Monumento; por eso complació al comandante y se sacó lo último de su estupor alcohólico.

Entretanto, un Battlepod estaba agujereando la terminal de pasajeros con balas de fuego. Su aliado del cañón se cansó de disparar sobre las naves privadas y ahora puso su atención en la terminal. Asomándose a través de una fila horizontal de ventanas de blindex, vio a varios micronianos agrupados detrás de los escritorios de una oficina espaciosa –la vista más risible que había visto en todo el día. Era demasiado fácil hacerlos volar en grupo, por eso primero metió la boca del cañón automático a través de la placa de vidrio para esparcirlos a todos. Sólo entonces apuntó el arma sobre ellos y los disparos de energía blanca lanzaron los cuerpos a muertes repugnantes.

Uno de sus camaradas menos exigente vació su cañón contra el edificio en un esfuerzo de hacer caer toda la pared.

Rick hizo salir a su meca del hangar a tiempo para ver un pod con su pie izquierdo ubicado sobre su pequeño turbohélice, preparado para eliminarlo a pisotones. Soltó un tiro sin pensar y logró arrancar la pierna del pod en la rodilla, haciendo que el meca cayera de espaldas sobre el campo. Esto llamó la atención de los zentraedis restantes que se dieron vuelta para encontrarse cara a cara con dos Excaliburs y un Battloid.

–¡Rebeldes zentraedis! –gritó Rick a través de la red externa–. ¡Arrojen sus armas de inmediato o nos veremos obligados a tomar acción inmediata!

Al mismo tiempo que lo repetía los soldados y los mecas alzaron sus armas contra él.

–¡Demuéstralo! –dijo uno de los gigantes, un clon de rostro púrpura, cabello azul y rasgos de gorila. Hizo una señal a su compañero guerrero y abrió fuego; las balas del cañón automático cayeron en vano contra las piernas blindadas del Excalibur de Rick.

–¡Están bromeando! –gritó cuando su arma gastó su carga.

Rick sonrió locamente dentro de la cabina.

–Denles una demostración –ordenó.

De repente un Spartan armado con tambores apareció del otro lado de la terminal del aeropuerto. Rick dio la orden y veintenas de

proyectiles salieron rápidamente hacia el cielo desde los tubos de lanzamiento de los mecas. Los tres gigantes zentraedis siguieron sus cursos con ojos asustados y gritaron cuando los proyectiles se zambulleron hacia ellos, explotando como una serie de fuegos artificiales a los pies de los gigantes. Los tres salieron volando de la zona de impacto; uno alcanzó la muerte contra una cañería maciza y los otros abrieron la boca en busca de aire cuando el gas paralizante que salió de los proyectiles empezó a envolverlos.

–¡Ataquen! –dijo Rick por la red táctica.

El Battloid salió tras el Battlepod que quedaba reconfigurando a modo Guardián; pero el meca zentraedi saltó y esquivó, enfrentándose en cambio con el Excalibur de Rick. Rick hizo agachar a su meca y tomó al pod, amputando una de sus piernas cuando le pasó por encima. El meca anulado golpeó el campo con una caída que hizo temblar la tierra y su pierna desmembrada saltó junto con él.

El segundo Excalibur despachó fácilmente al gigante que había sobrevivido al gas, mientras que el Veritech bajó con igual facilidad al extraterrestre de la armadura impulsada.

Rick ordenó que las unidades de defensa civil reunieran los cuerpos, separan a los muertos de los vivos y que a estos los encerraran para interrogarlos.

–Y llamen por radio a la SDF-2 por mí –agregó Rick como corolario–. Asegúrense de mencionar que yo estuve aquí.

Con un poco de suerte, Lisa recibiría la noticia del levantamiento antes de que él regresara a Nueva Macross.

Lisa había pasado a los cócteles, y para cuando el robo-mozo se apuró a informarle que iban a suspender el servicio al aire libre, había tomado tantos Bloody Marys que ya veía rojo. El juego de la espera se había convertido en una clase de ejercicio demente de autocontrol. Tuvo visiones de Rick encontrando sus restos óseos aquí, con su mano marchita pegada permanentemente al termo o a la cesta de picnic. La temperatura había caído unos quince grados más desde el mediodía y se había levantado un viento que hacía volar las hojas de otoño que se arremolinaban alrededor de sus pies. Una vez, un cachorro pasó por ahí y ella lo alimentó con los

bocados de la cesta de mimbre. Más de un piloto Veritech y de un poeta de cafetería la había mirado. Pero ahora estaba lista para tirar la toalla. La única excusa que estaba lista para aceptar era que Rick Hunter hubiera muerto.

Pero tan pronto como escuchó la voz de Rick, se retractó. Él venía corriendo hacia ella por la calle, vestido, por extraño que fuera, con su único traje y usando un largo echarpe alrededor del cuello. No era la vestimenta para el picnic y la caminata que ella había esperado, pero decidió darle por lo menos una oportunidad de explicarse.

–Oigámoslo, Rick –dijo fríamente desde su silla.

Rick estaba jadeando.

–Pensé que ya no estarías aquí... primero intenté en tu casa... Verás, hubo un levantamiento zentraedi en Monumento y...

–¡¿Un levantamiento?! –dijo Lisa, sorprendida–. ¿Está todo bien?

–Sí, ahora lo está. Pero hubo varios muertos y...

–Espera un minuto –lo interrumpió–. Nosotros no tenemos jurisdicción en Monumento. ¿Qué estabas haciendo ahí?

–Bien, yo... tuve algunas diligencias oficiales...

–Y por esa razón estás usando tu traje, claro.

Rick se miró de arriba abajo como si notara el traje por primera vez.

–Esto era para nuestra cita.

Lisa se rió.

–Se suponía que era un picnic, recuerda... no una fiesta de cócteles.

–Mira...

Ella hizo un gesto de indiferencia y se puso de pie, tomando la cesta y el termo.

–Ahora es demasiado tarde para un picnic. Y es una lástima, en verdad, porque me pasé toda la mañana cocinando. Es la primera vez que tuve oportunidad de hacerlo en años.

Rick tartamudeó una disculpa.

–Debiste haberme llamado –le dijo ella–. Te estuve esperando aquí todo el día, preocupada porque algo te hubiera pasado y figurándome que intentarías mandarme un mensaje de algún modo. Ahora cuéntame esta historia sobre un levantamiento y una

misteriosa diligencia...

–¡Hubo un levantamiento! Verifica con la base si no me crees. Además, intenté llamarte...

Ella le echó una mirada sospechosa.

–Ya estás aquí. Por lo menos podemos dar un paseo.

Lisa no oyó el suspiro de alivio de Rick. Estaba demasiado ocupada concentrándose en el hecho de que él la estaba cortejando envolviéndole uno de los extremos de ese echarpe alrededor de los hombros. La temperatura seguía bajando y había una humedad invernal en el aire. Ella lo levantó para sentir la textura; era tan suave que rozó la tela en su mejilla. Y de repente se detuvo en seco.

Ella podría haber tenido una memoria pobre para las caras, dos pies izquierdos cuando se trataba de bailar y el hábito de escoger a vagos como novios, pero de lo único que se vanagloriaba era de su talento de recordar aromas y sabores. Y por supuesto que reconoció el perfume de ese echarpe: Inocente –¡el favorito de Lynn Minmei!

–¡Sácame eso de encima, Hunter! –exclamó-. ¡Parece que lo has envuelto alrededor de la persona equivocada!

–¡Lisa, yo puedo explicar todo! ¡No es lo que piensas! –dijo Rick, cuando ella le tiró el extremo del echarpe sobre el hombro.

–¡Reconozco la fragancia, idiota! ¿Así que esa era tu diligencia oficial, eh? –empezó a alejarse-. ¡Y no te molestes en llamarme!

Lo gritó sin darse vuelta porque no quería que él viera las lágrimas en sus ojos.

Los copos de nieve habían empezado a caer.

–Buenas noches, damas y caballeros de Ciudad Monumento –anunció Lynn Kyle desde el anfiteatro de esa ciudad junto al lago–. Felicitaciones por su autonomía del gobierno central. Esta noche, para celebrar ese evento, les tenemos reservado un obsequio especial. Minmei cortésmente accedió a venir y cantar para ustedes. Pongamos todas nuestras esperanzas por un futuro brillante en sus canciones... Y así, démosle una calurosa bienvenida... a un gran talento... ¡Lynn Minmei!

El público formado principalmente de gigantes zentraedis aplaudió y aclamó cuando la orquesta comenzó las piezas de apertura de “Stagefright”. El anfiteatro se oscureció y Kyle se

marchó hacia los laterales. En la grada superior del escenario, un gran reflector encontró a Minmei; ella se quedó inmóvil con los brazos a los costados y el micrófono colgando de una mano. Incluso después de la introducción a la canción.

Kyle levantó la vista lleno de preocupación. La banda había comenzado un acorde de volumen bajo, esperando que ella entrara.

–¡Minmei, ese era tu pie! –susurró Kyle. Cuando ella no respondió, él probó otra táctica–. ¡Deja de bromear! ¿Estás bien?!

–Sí –dijo con una sonrisa triste.

La banda ya se había detenido por completo y los murmullos corrían entre el público. Algunos pensaban que era parte del acto – una nueva forma de efecto dramático o algo–, y un aplauso rítmico empezó, marcado con los gritos de ¡Minmei! ¡Minmei! ¡Minmei!

–¿Cuál es el problema?! –susurró Kyle–. ¡Canta!

Ella puso un brazo cruzado sobre su pecho para autoprotegerse y desvió sus ojos del público. Kyle la oyó suspirar y después, de repente, giró hacia ellos.

–¡Lo siento... no puedo actuar!

El aplauso se apagó.

–Yo no cantaré –continuó, al borde de las lágrimas–. ¡No puedo actuar cuando mi corazón se está rompiendo!

Cuando dijo eso dejó caer el micrófono, se volvió y huyó. El público corrió hacia delante, negándose a creerlo, y Kyle de repente quedó aturdido y preocupado por un motín. Rápidamente le hizo señas al director de escena para que bajara la cortina con forma de párpado del anfiteatro.

El público se retiró para mirar su descenso. Y el momento llevó con él una incómoda nota de determinación; la nave zentraedi en el lago aparecía detrás del anfiteatro cerrado como una púa metida en el ojo que todo lo ve.

Kyle la encontró en la sucia playa detrás del anfiteatro. Estaba sola abrazando sus rodillas y mirando fijamente la nave zentraedi arruinada. Él no estaba seguro de que lo que dijera fuera a dar vuelta la decepción. Y por primera vez no le importó. Ella se había distanciado de él, había abandonado las grandes metas que los dos se habían puesto. Como era inalcanzable, ella ya había dejado de

interesarle; ella estaba fuera de su control.

–Todo esto es tu culpa –dijo Minmei al darse cuenta de que él estaba parado detrás de ella–. Desde que estoy contigo perdí el contacto con las cosas que son realmente importantes para mí.

Kyle se rió brevemente.

–No has cambiado nada, ¿no es cierto? ¡Todavía eres la mocosa egoísta! Sabes, sólo piensas en lo que quieres como lo has hecho desde que eras una niña. Bien, ya es hora de que crezcas. ¿Tienes alguna idea de cómo se sintieron esas personas cuando te negaste a cantar esta noche para ellos? Debiste haber visto sus caras... Ellos son tus admiradores y te aman. ¿Y qué haces tú? Vas y los decepcionas. ¡Eso es tan típico de ti!

Minmei peleó contra las palabras de él, determinada a no permitir que Kyle la alcanzara. Sabía lo que él se proponía: hacer el mayor esfuerzo posible para convencerla de que cambiara de opinión. Y sabía que se iba a poner peor –más feo.

–Yo ya no puedo hacerlo –dijo con firmeza.

Kyle cambió su tono.

–Si sólo abrieras tu corazón y dejaras que el amor fluyera a través de ti, podrías ser el mayor talento. A través de tu música podríamos trascender todo el mal del universo y podríamos reunir a la gente... Ese es un regalo precioso, Minmei, pero hay que presentarlo apropiadamente. Por eso es que trabajé tan duro durante tres años... Pero ahora, esto es el fin. Voy a hacer un viaje largo y probablemente no te vuelva a ver de nuevo... al menos durante un tiempo...

Un ferry estaba cruzando el lago haciendo sonar su bocina fúnebre. Minmei apretó los dientes, odiando a Kyle por su hipocresía, por sus años de abuso. Casi había tenido éxito en arrastrarla a ese plano de miseria y cinismo en el que él vivía –a pesar del noble sonido de sus palabras, del poder pacífico de sus discursos. Y ahora él sólo se iba a alejar de ella –ese su acercamiento normal al desafío interpersonal cuando las artes marciales no lo lograban. Así que naturalmente que era importante para él hacerle comprender que ella había sido terrible desde el principio, que él no podía hacer nada con algo tan frívolo, que ella ya no valía el esfuerzo. Él había hecho lo mismo con sus padres.

Él le había puesto su chaqueta encima de los hombros como preparativo para una salida teatral.

–Espero que algún día puedas encontrar la felicidad –le dijo–. Yo siempre te amaré...

¡Cretino! –gritó para sí misma–. ¡Rata! ¡Tonto!

Pero al mismo tiempo pareció tener una visión de él allá afuera en algún lugar de los eriales, probablemente viviendo entre los renegados zentraedis organizando un nuevo movimiento... viendo quizás que él podía conseguir que lo agrandaran a su tamaño –un sueño cumplido por fin.

Surgió una brisa repentina que levantó crestas acuosas de brillo lunar en las olas. Ella sintió que un frío la atravesaba, y cuando se dio vuelta, él había desaparecido en la noche.

Capítulo 17

El simbolismo de la SDF-1 como el Arca de la Nueva Era no pasó desapercibido para los residentes y tripulantes de esa fortaleza -Macross, ciudad de las estrellas nacida tres veces. Pero a diferencia del Arca del Viejo Testamento, que en realidad era el Arca de Noé, algunos pensaron que la fortaleza dimensional era de por sí el Salvador: era la reaparición del héroe cultural, la segunda venida vestida con la apariencia de tecnología -la roboteología- conveniente a los tiempos, al igual que el Nazareno lo hizo en su propio mundo. Este, sin embargo, siguió siendo material de los cultos esotéricos; debajo de todo eso, las antiguas religiones continuaron creciendo. Universalmente se enfatizó un retorno a los fundamentos: las versiones originales inalteradas de la creación y la regeneración. E incluso los zentraedis encontraron su camino hacia estos.

Historia de la Primera Guerra Robotech, Vol. CCXIII

Aunque Dolza había hecho llover muerte sobre las costas orientales y occidentales del continente sudamericano, su tormenta mortal dejó relativamente intacta la cuenca amazónica, con sus complejos sistemas de ríos y millones de millones de acres de bosque virgen. Irónicamente, muchos de los aborígenes que una vez abandonaron sus moradas en las orillas selváticas de esos muchos afluentes lentos para ir a las ciudades costeras, se volvieron hacia ese desierto verde después del devastador ataque zentraedi. Infierno verde o mansión verde, su indómito desorden prehistórico en la actualidad era hogar

para más sobrevivientes de lo que alguna vez lo fue.

Y entre los arribos más recientes estaba Khyron.

Tan diferente de esas yermas campiñas heladas que él había llegado a odiar, este paisaje de perpetuo asesinato –donde uno peleaba una batalla diaria por la supervivencia, y donde el dolor, la miseria y la muerte tenían el control supremo–, difícilmente era su mundo, pero sin duda era más su elemento.

Khyron se vio obligado a asentarse aquí ya que lo perseguían los tenaces escuadrones de mecas de las Fuerzas Terrestres; sus propias tropas quedaron reducidas a un puñado no más, y su crucero quedó casi vacío de sus suministros de combustible de protocultura. Las pequeñas cantidades del precioso combustible que habían goteado de las líneas de protocultura rotas encontraron raíces compasivas en el bosque y obraron milagros vegetales en el delgado suelo de la superficie –la nave de Khyron, envuelta en enredaderas, pámpanos, orquídeas y vides, parecía que había aterrizado ahí hace eones. Pero había cosas para estar agradecido: algunos de sus soldados habían servido durante muchos meses en las fábricas de los centros poblacionales micronianos aprendiendo sobre esa extraña costumbre llamada “trabajo”, y sobre ese proceso más importante conocido como “reparación”; es más, sus agentes todavía trabajaban en las llamadas ciudades del norte, informándole sobre las cuestiones de despliegue de mecas, de almacenamiento de protocultura y del creciente movimiento separatista en las ciudades zentraedis como Nueva Detroit y Monumento. Pronto llegaría el momento de su reaparición...

Khyron también descubrió que veintenas de naves zentraedis se habían estrellado en la selva y los sobrevivientes de esas naves naufragadas ya se estaban dirigiendo hacia su nueva fortaleza.

Durante varias semanas los tripulantes técnicos trabajaron febrilmente para efectuar reparaciones en los sistemas de armas y de navegación del crucero, mientras que las escuadras de gigantes registraron los espesos bosques en busca de comida y suministros, a menudo saqueando los humildes asentamientos micronianos con los que se tropezaban. La selva cálida y húmeda logró arrastrarlos a sus propios niveles primitivos, humanizándolos de una manera que ni siquiera Khyron notó. La disciplina se había soltado un poco, sobre

todo con respecto a la fraternización entre varones y mujeres, y el uso de uniformes. Los hombres, a veces desnudos hasta la cintura o con camisetas, se acostumbraron a sudar –algo nuevo para sus cuerpos a pesar de haber trabajado en mundos infernales como Fantoma. Y Khyron se acostumbró a que sus tropas lo llamaran por su nombre.

–Comandante –gritó uno de los técnicos–. Puedo darle potencia auxiliar.

–Entonces hazlo –le dijo Khyron.

Había cuatro de ellos en el centro de mando del crucero, todos en camisetas sin mangas, debilitados por el calor de la tarde. El hombre que se había dirigido a Khyron estaba sentado en una de las muchas consolas de las estaciones de trabajo; conectó una serie de interruptores y la iluminación volvió al puente.

–Bien –lo felicitó Khyron. Tomó su comunicador y preguntó por los hornos reflex.

Un técnico que lleva un audífono, un micrófono comunicador flexible y un amplificador monocular respondió desde otra parte de la nave. Era uno de esos que habían pasado más de un año en las fábricas de mecas de Nuevas Detroit.

–Todavía no, Khyron. Y probablemente nunca a no ser que consigamos algo de protocultura pronto.

–¿Cuál es el estado de los reactores principales? –preguntó Khyron.

–Escasamente funcionales. El despegue todavía es imposible.

–¡Qué desgracia! ¿Hay alguna forma de desviar la potencia primaria a una de las naves menores?

–Sí... –dijo con vacilación el técnico del cuarto de máquinas–. Pero su alcance sería muy limitado.

–¿Lo suficiente para llevarnos a Nueva Macross y volver?

–Sí, pero...

–Eso es todo –dijo Khyron, cortando la transmisión. Adoptó una pose pensativa por un momento; después, limpiándose el sudor de la frente, giró hacia Grel, quien estaba jugando con un monitor del lado opuesto del cuarto de control.

–¿Grel, los espías tuyos que están en las ciudades micronianas son de confianza?

–Eso creo, milord –dijo Grel por sobre su hombro.

Khyron caminó hacia él, agachándose para repetir su pregunta. Otra vez Grel declaró que se podía confiar en los agentes.

–Tengo un plan... –comenzó Khyron–. Este “día de vacante” que se acerca...

–“Vacaciones”, milord. Un día de fiesta de mala muerte.

–“Vacaciones” –repitió Khyron, practicando la palabra–. Sí... la llamaste “Navidad”. Los micronianos tendrán sus mentes en la celebración.

–Entiendo, comandante –Grel sonrió–. Sería una ocasión ideal para atacar.

–¿Y estás seguro sobre el paradero de la matriz de protocultura, Grel? Porque te lo advierto... si no lo estás...

–Seguro, milord –Grel tragó con dificultad.

Khyron le ordenó que abriera todos los canales de comunicación dentro del crucero. Cuando Grel asintió, Khyron recogió el micrófono del enlace de comunicación.

–Ahora escuchen esto –anunció–. Vamos a montar una incursión a un centro poblacional microniano. Nuestro objetivo: la matriz de protocultura alojada en los almacenes de Nueva Macross. Quiero que todos ustedes se pongan en alerta de espera.

Khyron se desconectó.

–¿Qué es esta ‘Navidad’, Grel?

Grel levantó las cejas.

–Una fiesta en que se celebra la creación de uno de los héroes culturales micronianos, creo.

–¡¿Héroe cultural?! –soltó Khyron–. ¡Del nombre ‘Khyron’ hablarán después de nuestra incursión! ¡Khyron el destructor de mundos!

Tiró su cabeza hacia atrás para reírse como loco y aplastó el comunicador en su mano.

–¡Khyron, el héroe protocultural!

–A veces pienso que la vida era más fácil cuando éramos zentraedis –dijo Konda con tristeza.

Bron y Rico respondieron al mismo tiempo:

–¡No lo dices en serio!

–¡Nosotros todavía somos zentraedis, Konda!

Konda empujó su largo pelo lavanda fuera de su cara y miró a sus camaradas.

–Ya lo sé. Pero me refiero a cuando éramos soldados –se volvió y señaló los estantes de juguetes de Navidad que formaban la parte de atrás de su pequeño puesto en la calle Parque–. ¡No tendríamos que preocuparnos por vender todo este material!

La nieve había empezado a caer hacía dos horas en Nueva Macross, dándole un encanto extra a una Nochebuena alegre y mágica. Era la primera nevada en varias semanas, la primera nieve de Navidad que muchos de los residentes de Ciudad Macross habían visto en una década. Los compradores y los peatones se movían por las aceras con algo de admiración, como si dudaran de lo que los rodeaba: ¿era posible que después de cuatro largos años de guerra y sufrimiento esa alegría regresara por fin a sus corazones? Casi se podía sentir la radiante calidez de su brillo colectivo.

Es decir, todos excepto Rico, Konda y Bron.

Sus trabajos en la lavandería habían terminado abruptamente hace unos meses, cuando volvieron de una recolección de rutina con una pila de costosas sábanas de lino, cada una luciendo el autógrafo en tinta indeleble de Lynn Minmei. Desde entonces había seguido una sucesión de trabajos aburridos, culminando con este puesto en la calle Parque lleno de juguetes –robots transformables, muñecas que parecían vivas y cachorros de felpa, todos los cuales habían alcanzado su pico tres años antes y ahora eran poco menos que recuerdos. Habían logrado vender dos artículos durante la última semana –y eso fue sólo porque redujeron los precios a menos de lo que ellos pagaron.

–Tenemos que aprender a ser más agresivos –dijo Rico con elocuencia.

–¿Qué quieres decir? –dijo Konda.

Rico pensó por un momento.

–Ah, ya sabes: persuasivos.

–¿Te permiten hacer eso? –Bron parecía desconcertado.

–Eso es lo que alguien me dijo –Rico se encogió de hombros.

–Bien, de acuerdo –confirmó Bron, empezando a enrollarse las mangas para exponer sus brazos musculosos–. Pero no veo cómo

podemos hacer eso desde adentro de este puesto.

–Él tiene razón –Konda de repente estuvo de acuerdo–. Deberíamos poner todos estos juguetes en las bolsas...

–Como Papá Noel –interrumpió Bron con orgullo.

–Correcto. Y llevarlos al centro comercial. Ahí tendremos más espacio para estirar las piernas.

Rico los miró fijamente.

–Para estirar los codos, idiota.

–Como sea –Konda sonrió avergonzado.

–¡Yo digo que lo hagamos! –dijo con decisión Bron, palmeando a sus amigos en la espalda–. ¡Seremos los vendedores más agresivos del pueblo!

En el parque infantil desierto enfrente del centro comercial, donde la calle Parque desembocaba en el bulevar Macross, Minmei se mecía de lado a lado en uno de los columpios. Las columnas de chismografía de los periódicos estaban llenas de rumores relacionados con su repentina desaparición de Ciudad Monumento casi tres semanas atrás, y esta era la primera vez que ella se aventuraba a salir del Dragón Blanco desde que regresó a Macross. A pesar de eso, no estaba disfrazada; estaba vestida con un simple vestido color borgoña y un suéter negro apenas lo bastante grueso como para mantenerla caliente. Ella pensó –con justa razón– que la gente no iba a reconocer a esta nueva Lynn Minmei que estaba tan lejos de ser esa estrella eternamente optimista del teatro y la televisión como cualquier otra persona.

El cantar era parte de su pasado. Al igual que Kyle y todos los demás conectados con su carrera. Ella había pasado unos días con su agente, Vance Hasslewood, después de la escena con Kyle, pero él ya no quería ser más que un amigo para ella. Por eso volvió al tío Max y a la tía Lena; ellos la aceptaron con los brazos abiertos y la ayudaron a obtener unos momentos de paz. Pero sabía que no iba a poder permanecer con ellos: algún día Kyle iba a entrar y ella no quería estar cerca cuando lo hiciera.

Si sólo no fuera Navidad –se decía una y otra vez–. Si sólo fuera verano, si sólo todos los otros no parecieran tan felices y satisfechos de sí mismos, si sólo...

Ella estiró su mano para recolectar algo de nieve, y cuando los copos se fundieron contra su piel calurosa, pensó en Rick. ¿Adónde estaba ahora? ¿Iba a desear hablar con ella alguna vez después de lo que pasó en el restaurante? Probablemente estaba de licencia celebrando una maravillosa cena de Nochebuena con alguien –con esa muchacha Lisa, quizás. Todos tenían a alguien en quien apoyarse.

De repente alguien gritó su nombre. Ella levantó la vista y vio a tres hombres que corrían hacia ella desde la entrada al parque desde el bulevar. Uno de ellos, el más bajo de los tres, empujaba una clase de carreta delante de él; los otros llevaban mochilas y bolsas de dormir enormes. Los tres tenían puestas gorras de béisbol y chaquetas naranjas, y había algo familiar en ellos...

–¡Minmei! –volvió a gritar uno de ellos.

Y ella lo supo en ese momento. ¡Con disfraz o no, nueva Minmei o vieja, esos tres siempre la reconocerían!

Se levantó de un salto del asiento del columpio y empezó a correr hacia la calle. Rico, Konda y Bron la persiguieron, pero no pudieron alcanzarla porque les estorbaban las bolsas de juguetes, las mochilas y cosas por el estilo.

–¡Minmei! –volvió a gritar Rico sin aliento.

La táctica de venta agresiva había conseguido que los echaran del centro comercial –en realidad habían agarrado a los niños y los forzaban a comprar los juguetes–, y por eso habían vagado hasta el parque en busca de nuevas víctimas.

–Quizá no nos oyó –sugirió Konda con calma.

–Quizá no era ella –dijo Bron.

Rico asintió.

–No pudo haber sido. Nosotros somos sus mayores admiradores.

Rick estaba en la cocina de su casa esperando que hirviera el agua cuando oyó el anuncio de la televisión.

–Anoche informamos que la afamada cantante y estrella de cine Lynn Minmei se había enfermado. Pero desde entonces descubrimos que está registrada oficialmente como desaparecida después de su salida apresurada de Ciudad Monumento hace tres semanas. Las fuentes oficiales creen que esto tiene algo que ver con la

desaparición del antiguo amigo y representante de la señorita Minmei, Lynn Kyle. Sin embargo, no se mencionó ninguna acción criminal...

Rick escuchó por un momento más. Estaba seguro de que ellos dos se habían ido juntos a alguna parte. Después de lo que había presenciado en Chez Mann, era obvio que Minmei estaba completamente bajo el hechizo de Kyle. Aunque Rick no perdió mucho tiempo pensando en eso; la gente hacía sus propias elecciones en la vida. Además, tenía que pensar en sus propios problemas: Lisa sólo hablaba con él por la red de comunicación, y ni siquiera en ese momento su tono dejaba alguna duda sobre lo que ella sentía hacia él. Ella se negaba a hablar de eso, y ni hablar de tomar una taza de café con él.

El locutor estaba diciendo algo sobre un descubrimiento en la región del Amazonas cuando Rick oyó que sonaba el timbre de la puerta. Se sacó su delantal de trabajo y fue a contestar.

Era Minmei, aunque él casi no la reconoció. Ella tenía una mirada triste y deprimida, y los copos de nieve formaban una red de estrellas que desaparecían en su pelo oscuro. Ella pidió entrar, sin querer imponerse, disculpándose por no haber llamado primero.

–Mis amigos no tienen que llamar –dijo Rick, compensando su tartamudeo inicial.

Ella empezó a llorar y él la abrazó. Adentro, él le puso su chaqueta de oficial de lana sobre los hombros y preparó un poco de café. Ella se sentó en el borde de su cama y bebió a sorbos de su taza, más feliz por el momento.

–Me siento tan cansada de todo –le dijo después de explicar su pelea con Kyle y su huida de Monumento–. Estoy harta de que estén sobre mí todo el tiempo... Ahora, cuando pienso en mi vida, recuerdo las cosas que perdí en vez de estar agradecida por lo que tengo. Ya no tengo a nadie en quien confiar para que me dé apoyo.

Ahora estaba parada junto a la ventana, dándole la espalda y mirando fijo la nevada. Rick, por otra parte, miraba sus largas piernas desnudas; incluso mientras intentaba escuchar sus quejas, él se preguntaba si ella iba a quedarse toda la noche.

–Todavía tienes tu música –dijo él después de un momento, sin estar seguro de lo que quiso decir.

–Si eso es todo lo que tengo, entonces yo ya no quiero cantar.

–Tus canciones son tu vida, Minmei.

–Mi vida es una canción –insistió; su labio inferior estaba temblando.

–No puedes decirlo en serio –Rick hizo un gesto.

–Yo ya no puedo actuar, Rick.

–¿Es Kyle, no es cierto?

Ella le frunció el entrecejo.

–¡No es eso! ¡No me importa si lo vuelvo a ver alguna vez! Pasábamos juntos todo nuestro tiempo, estuviéramos trabajando o no. Me sofocaba con sus estúpidos intentos de afecto, después me gritaba cuando no podía controlarme –Minmei miró duro a Rick–. No tengo a nadie que entienda, a nadie que se tome el tiempo para escucharme.

Rick resistió un impulso repentino de correr. Era consciente de a dónde lo estaba llevando, y aunque había imaginado esta escena cientos de veces antes, él no quería ganarla desde la debilidad. Por más que la deseara, él no quería conseguirla como rebote de Kyle.

Casi al mismo tiempo que Minmei se presentó en la puerta de Rick, Lisa disfrutaba de un brindis de fiestas con Claudia, Max y Miriya en el Setup, una taberna y spa de salud en el bulevar. Después fue en taxi hasta lo de Rick, le dijo al chofer que no esperara y se dirigió hacia la casa de él, dejando huellas en la delgada capa de nieve.

Tenía un regalo para él –una camisa que había comprado hacía tiempo para otra ofrenda de paz en la aparentemente constante guerra que ellos emprendieron entre sí. Ella había pensado en empaparla con su propia esencia favorita (“SDF No 5”, la llamó Claudia), pero pensó que Rick no iba a apreciar el chiste. Él la había llamado cada día por medio con una sugerencia u otra –café, una película, ¡un picnic!– y ella siempre lo había rechazado. Pero como había tomado un poco de distancia del campo de batalla (había olvidado sus horas en la mesa al aire libre), y este era tiempo de fiestas, ella decidió que era el momento justo para perdonar. Rick fue desconsiderado y todo lo demás, pero probablemente no iba a ser la última vez; y si ella iba a hacer que esta cosa funcionara,

tendría que aprender a no aferrarse a su enojo.

Cuando se acercó a la casa notó que la puerta delantera estaba entreabierta. Se acercó a ella justo cuando Minmei decía:

–No tengo a nadie que entienda, a nadie que se tome el tiempo para escucharme.

La voz era tan reconocible como el perfume.

–Ninguno de mis amigos en el negocio sabe quién soy en realidad –continuó Minmei–. Verás, Rick, eres el único al que le importa. Por eso es que vine: me preguntaba si podría quedarme aquí durante un tiempo.

Lisa inspiró y casi se metió el puño en la boca. Sabía que no tenía derecho a escuchar detrás de las puertas, pero sus piernas se negaban a ponerla en movimiento. Minmei le estaba suplicando a Rick:

–¡No tengo a nadie más en quien confiar!

La vida de Lisa pareció estar colgando en la balanza. Después oyó que Rick daba su conformidad, y sintió que sobrepasaba el límite. En silencio cerró la puerta y empezó a correr, llorando más fuerte con cada paso. A poca distancia en la cuadra un hombre se detuvo para preguntar si ella estaba bien. Ella lo enfrentó como una arpía y le dijo que se metiera en sus propios asuntos.

Claudia, entretanto, había saltado de bar en bar, de fiesta en fiesta. Su hermano, Vince, y su esposa, la doctora Jean Grant, la habían invitado a tomar algunos tragos de Navidad, pero ella no había aceptado. Igualmente, no tenía deseos de volver a su casa y afrontar la intensa soledad que la plagaba en cada fiesta. A pesar de todo, su valiente Roy había tenido un lado tradicional que se revelaba en las fiestas, y ellos habían pasado muchos momentos maravillosos juntos: las cenas tranquilas, caminatas por la nieve en las noches de luna, intercambios de regalos y afecto a la media noche. Ella veía esta misma magia compartida en los ojos de cada pareja que la pasaba en la calle, y no mucho después terminó de vuelta en el Setup, esperando poder encontrar una o dos caras amistosas.

La última persona que esperaba encontrar era Lisa, pero ahí estaba, colgada de la barra y con una botella de vino casi vacía

enfrente. Estaba cantando –tratando al menos– una de las canciones de Minmei. A Claudia le pareció que era “Stagefright”. La cara de Claudia se alargó, después se encogió un poco de hombros y se sentó en el taburete adyacente.

–La tristeza ama la compañía –dijo Lisa y sonrió.

Varias horas e innumerables bebidas después, tras brindar por todos los que conocían o habían conocido, y resolver los problemas de todo el mundo, ellas se dieron un beso de despedida justo cuando el sol asomaba sobre el Lago Gloval. Claudia tenía el día libre, pero Lisa había pedido el turno de la mañana. Un joven oficial del personal que había sido un visitante frecuente a su fiesta privada llevó a Lisa a la SDF-2 en su jeep abierto.

Sorprendida por lo sobria que estaba –figurándose que de una forma u otra había traspasado la envoltura de la resaca–, ella intentó permitirse disfrutar del paseo y el aire frío que le golpeaba la cara. Pero todo lo que eso parecía hacer era serenarla hasta el punto donde los problemas de anoche no tenían obstáculos para arrastrarse una vez más en su conciencia.

Es tiempo de rendirme –pensó–, rendirme y permitir que Minmei tenga a Rick de una vez por todas.

Cuando Lisa se estaba acercando al centro de mando, oyó que Kim y Sammie discutían sobre ella –un evento bastante común estos días–, por lo que esperó fuera de la puerta hasta que terminaran, preguntándose cuánto más de esto iba a poder soportar.

Al parecer, la noticia de que ella estuvo toda la noche en el Setup se había extendido con rapidez.

–Bien, no deberías creer todo lo que oyes –estaba diciendo Sammie.

–Tú harías lo mismo si quisieras olvidarte de él –dijo Kim, haciendo que Lisa volviera a pensar en la noche para determinar si ella realmente había hecho algo de qué avergonzarse. Si sólo hubiera llegado un poco más temprano...

–¡Lisa es una persona demasiado buena para hacer algo así!

–Por supuesto... ella no es tan perfecta como tú –la atormentó Kim.

Eso pareció llevar la conversación en una dirección completamente diferente y un minuto más tarde Lisa se sintió

segura para entrar. Kim, Sammie y Vanessa eran, por supuesto, una sola sonrisa, pero Lisa no tenía nada contra ellas. Vanessa mencionó una fiesta de Navidad, la primera de la que Lisa había oído hablar.

–¿Quieres decir que nadie te dijo? Es para el puente. Por qué no invitas a Rick... estoy segura de que a él le encantaría venir.

Lisa se preguntó si Vanessa la estaba provocando.

–Ah, no creo que él pueda asistir.

–Pero él hoy está de licencia.

–Sí, pero está en su casa con una pequeña miserable...

–Oh –dijo Vanessa–. ¿Enfermo, eh? Qué mal.

Justo en ese momento el altoparlante del puente cobró vida. Una voz femenina dijo:

–¡Soy de seguridad de la base terrestre! ¡Fuerzas zentraedis están atacando la sección industrial! ¡Comunicado de emergencia a todos los sectores!

El Officer's Pod de Khyron corría por las calles de Nueva Macross con cinco pods tácticos junto a él. Habían entrado en la ciudad antes del alba sumergiéndose en las frías aguas del lago antes del ataque sorpresa matutino. El Battlepod de Grel había tomado la delantera, pero algo andaba mal: ya los había hecho pasar por los mismos tanques de almacenamiento tres veces.

–¡¿Qué estás haciendo?! –gritó Khyron en su comunicador–. ¡Nos estás llevando en círculos!

–La protocultura tiene que estar aquí en alguna parte –Grel contestó–. Mis agentes...

–¡Tus agentes son idiotas! Ahora escúchame: ¡tu incompetencia puede terminar costándote la vida! ¡Ahora, encuéntrala!

Los jeeps y los vehículos de DC corrieron a través de la ciudad anunciando el ataque e instruyendo a las personas madrugadoras para que buscaran refugio de inmediato. Hasta ahora los zentraedis se estaban restringiendo a los almacenes y fábricas junto al lago, pero no había forma de decir hacia dónde los iba a llevar su sed de sangre y su hambre de destrucción.

Max y Miriya estaban abriendo los regalos para Dana cuando sonó la alerta. Dejaron a la beba con sus vecinos, los Emerson, y se

dirigieron a la base para esperar instrucciones adicionales del cuartel general del almirante Gloval. Era como en los viejos tiempos, después de todo.

Habían despertado a Gloval de su sueño y ahora le daba una apariencia rara al puente de la SDF-2. Exedore, que recientemente volvió del satélite robotech para continuar su estudio sobre las costumbres micronianas, estaba junto al almirante. Las cámaras de vigilancia localizadas a lo largo del sector industrial habían capturado los curiosos movimientos de los zentraedis. Tanto Gloval como Exedore estaban de acuerdo en que Khyron tripulaba el Officer's Pod.

–Parecen estar buscando algo –comentó Gloval–. Hubo muy poca destrucción. Mataron a varios centinelas cuando los pods hicieron su primera aparición, pero nada desde entonces.

El consejero zentraedi micronizado asintió solemnemente con la cabeza.

–Correcto, almirante. Si esto fuera un ataque, él se concentraría en blancos militares. O en lo que le plazca, como dicen ustedes. Mi suposición es que está aquí para obtener la protocultura que necesita para su crucero de batalla.

–Entonces concentraremos nuestra defensa en el sector industrial.

Exedore estuvo de acuerdo. Después miró en derredor y agregó en un tono conspirador:

–¿Se me permite hacer una sugerencia, almirante?

La frente de Gloval se llenó de surcos.

–Por supuesto, Exedore.

–Permítanle encontrar lo que está buscando –dijo el zentraedi.

Frustrado por el fracaso de Grel en ubicar el almacén, Khyron dejó atrás su meca y entró a pie en las calles para explorar. Estaba armado con un solo cañón automático y su propia marca de abandono temerario. Se mantuvo en su lugar con calma cuando los Veritechs picaron para pasar ametrallando, y los recolectó de los cielos con apenas un paso en falso.

Del otro lado del lago, Azonia encabezaba una fuerza de distracción que consistía en unidades de armadura propulsadas y

naves de reconocimiento invadieron del Batallón Cuadrón. Algún día la Tierra vería muchos más de estos en los cielos...

Ella dirigió sus escuadrones contra la ciudad, distraendo con éxito a los equipos Veritech que iban tras Khyron. Las fuerzas contrarias se encontraron sobre el lago, llenando el aire helado de furiosos intercambios de calor, de relámpagos controlados y de muerte veloz. Max quedó en el centro de una súbita tormenta infernal; su Veritech azul reconfiguró a modo Battloid, saltando y esquivando salvas de misiles enemigos mientras su gatling devolvía el fuego descargando balas transuránicas contra los invasores. Miriya se puso junto a él, derribó a una, dos y después tres naves scout, y se preguntó cuál de los mecas que quedaban podía contener a Azonia, su antigua comandante, ¡y ahora consorte de Khyron!

Rick, siempre un caballero, tomó el sofá. Había notado que Minmei se paró a su lado en medio de la noche mientras él fingía dormir; ella había arreglado sus mantas y le sonrió en la oscuridad. Pero él no había dormido bien en absoluto; su cuello estaba acalambrado, su brazo izquierdo estaba entumecido y alguna clase de pirotecnia lo había despertado mucho más temprano de lo que quería levantarse –siempre en el caso en un día libre.

Fue hasta la ventana y vio espesas columnas de humo en los claros cielos sobre el lago. Rápidamente encendió la televisión, consciente de los ruidos que hacía Minmei en la cocina. Rick ya se estaba poniendo la ropa cuando escuchó el anuncio del locutor de MBS, Van Fortespiel, “El Cuco”.

–Este boletín especial acaba de llegar: se cree que la fuerza de ataque zentraedi está concentrada en la sección industrial de la ciudad. Los informes de víctimas se esperan de un momento a otro...

Rick estaba aturdido.

–¡¿Por qué no me notificaron?! –le gritó a la pantalla, sacándose su suéter escote en V y tomando su uniforme–. Lisa está en la guardia de mando... ¡ella sabía dónde encontrarme!

Minmei esperaba nerviosa junto a la puerta del frente. Rick vio su mirada preocupada e intentó tranquilizarla.

–No te preocupes... esto es rutinario.

Los ojos de ella se agrandaron con un miedo repentino.

–¡Si algo te pasara, yo no sé lo que haría! –lo abrazó–. ¡Por favor, no dejes que te pierda ahora que finalmente te encontré!

Rick tomó su cara entre sus manos y la besó levemente.

–Regresaré pronto –fue todo lo que dijo.

La familiaridad de años que Khyron tenía con la Flor de la Vida invadía lo había imbuido con sentidos por encima de lo ordinario, sobre todo en lo se refería a reconocer a la flor en sí, o en este caso su matriz contenida –la protocultura.

Desgarró la cobertura metálica alquitranada de la cámara y sonrió para sí mismo; su corazón golpeteaba y la sangre corría a través de su sistema.

–La matriz de almacenamiento –murmuró en voz alta.

El cilindro tenía fácilmente la mitad de su altura y quizás dos veces su peso, pero pese a eso lo subió sin problemas sobre su espalda. Después de volver a su meca, ató las servo-agarraderas a la cámara y la ajustó firme contra la parte inferior del pod.

Una batalla salvaje se estaba llevando a cabo en todo el sector entre Battloids y gigantes, pero él le puso fin emitiendo una orden de retirada para sus tropas. Ellas se reagruparon y salieron en formación hacia el sudoeste.

Rick recibió una actualización de Max mientras volaba en el Skull Uno y le indicó a su grupo de Veritech que lo siguieran.

–¡Prepárense para bloquear su ruta de escape en el sector noviembre! ¡No podemos dejarlos escapar con esa protocultura!

Max se abrió para unirse al Skull, dejando el resto de las naves scout a Miriya y su grupo de cazas.

–Se está poniendo feo allá –le estaba diciendo a ella. Pero en ese momento sus ojos se fijaron en el periférico topográfico del Veritech. Algo enorme se estaba asentando en el sector N...

–Una nave escolta zentraedi –gritó.

Rick la vio aterrizar, vio las cuatro piernas en forma de poste de la escolta que atravesaban los tejados de los edificios y se asentaban profundamente en los caminos asfaltados. Era una nave de aspecto raro, formada como el cuerpo de una morsa hinchada, con piernas que podrían haber sido el compás de un arquitecto y un enorme

propulsor trasero con la forma de un megáfono enorme. Los Battlepods y los mecas de ataque de Khyron ascendían hacia su barriga de acero abierta, mientras que los Battloids y los Excaliburs enviaban tiros ineficaces contra su casco blindado.

–¡Atención, micronianos! –anunció de repente la voz de Khyron cuando la nave comenzó a despegar–. Khyron el Destructor quiere desearles una Feliz Navidad, y les envió un saludo especial de Papá Noel. ¡Qué todos sus tontos días de vacantes sean tan brillantes como este...

Nueva Macross no supo qué la golpeó, sólo que toda la ciudad pareció arder en llamas. Más tarde, tras unir las piezas de lo que resultó ser cierto –los comentarios crípticos de Khyron y lo que la gente observó en la calle–, la evidencia apuntó un cierto Papá Noel callejero, un Papá Noel inusual con ojos vacíos y piel de aspecto al de la arcilla contaminada, un zentraedi que podía haber estado en contacto radial con “El Destructor” y que habría detonado miríadas de bombas que sus agentes plantaron por toda la ciudad...

Los Veritech abandonaron su persecución de la nave escolta y volvieron a Macross para combatir el fuego; picaban una y otra vez hacia el infierno que se esparcía por toda la ciudad con bombas extintoras.

Hacia finales del día, los incendios ya estaban bajo control y la ciudad empezó a contar sus muertos. Los hospitales estaban sobrepasados y cualquier espíritu navideño que quedara era más fúnebre que festivo. Aun así, hacia el anochecer, la mayoría de las familias se habían reunido y prevalecía una extraña calma post-holocausto. Tantas veces destruidas, tantas veces renacidas, las personas de Macross eran sobrevivientes endurecidos, muy adaptables y bien acostumbrados a la muerte. Las campanas de la iglesia cantaron entre sí desde sectores distantes, los cancionistas tomaron a las calles y la tripulación de la SDF-2 prosiguió con su sorpresa preplaneada: iluminaron la nave con guirnaldas de luces, un árbol sagrado que creció del ombligo del mundo...

Rick se vio fugazmente con Lisa después de eso. Estaba furioso a pesar del agotamiento que sentía.

–Hablé con Vanessa –dijo bruscamente–. ¡Me dijo que tú dijiste que yo estaba enfermo en cama! ¡Y sabes que eso es una mentira! ¡Debieron haberme notificado desde la primera alerta de combate!

–Yo no dije que estabas enfermo –contestó ella, evitando los ojos de él por un momento–. Además, pensé que no querías que te molestaran...

Esperó que él pusiera una mirada confundida y después agregó:

–Deberías ser más discreto cuando tienes visitas... o al menos deberías aprender a cerrar la puerta del frente... Anoche pasé a decirte Feliz Navidad. Yo sé que Minmei se está quedando contigo.

Él lo dejó pasar y volvió a casa, entrando en la casa como si regresara de un día en la oficina.

–¡Hola! –le dijo alegremente a Minmei, quien estaba visiblemente contenta de verlo.

–¡Gracias al cielo! –dijo efusivamente mientras se secaba las lágrimas.

–Te dije que iba a volver –sonrió.

Ella se escapó para arreglarse la cara. Rick notó que ella había preparado toda una cena para los dos, hasta un pastel con cobertura blanca con una vela y un pequeño Papá Noel.

–Lo hice para ti –dijo suavemente, abrazándolo desde atrás–. Mi dulce Rick... estaba tan angustiada.

Rick se quedó sin palabras al sentirla apretada contra él así, era demasiado bueno para ser verdad.

–¿Piensas que alguna vez podrás dejar tu cargo en la Fuerza de Defensa? –le preguntó–. Por favor, piénsalo, porque no quiero perderte nunca, Rick... nunca más...

Ella encendió la vela después de la cena y le deseó una Feliz Navidad.

–Que tengamos un millón más como esta –dijo Rick, olvidando de repente las batallas aéreas y los fuegos artificiales.

Minmei suspiró y se inclinó hacia delante cerrando los ojos. Rick hizo lo mismo que ella hasta que sus labios se encontraron...

Capítulo 18

Yo creo que Khyron sospechaba que el que Gloval le permitiera dejar Macross con la matriz de protocultura era una forma de ofrenda de paz. El juicio de Gloval era la deportación en lugar del encarcelamiento; era la forma en que Gloval decía: "Tienes lo que necesitas para llegar a casa... ¡ahora vete!". Pero para mí sigue siendo insondable que Gloval y Exedore pudieran malinterpretar tanto a Khyron en esta fase tan avanzada. ¿A casa... con la imperativa vacía? Inconcebible. Y aun así, ¿la guerra podría haber acabado de cualquier otro modo?... Una y otra vez me pregunté cómo se podrían haber reformado los eventos si Khyron simplemente se hubiera ido.

*Rawlins, El triunvirato zentraedi: Dolza, Breetai,
Khyron.*

–Venganza –gruñó Khyron.

Si alguna vez hubo dudas con respecto al liderazgo de Khyron, la incursión a Nueva Macross no sólo las borró sino que introdujo en de sus subordinados un sentido de lealtad hasta aquí desconocido, incluso entre los zentraedis. Él ahora era el “Destructor”, ya no era el Traicionero que había sacrificado a miles a lo largo de su propia trayectoria de campaña vanagloriosa. Al capturar la matriz de protocultura, él efectuó un rescate; les proporcionó los medios para salir del mundo miserable que los había mantenido cautivos estos dos largos años, les proporcionó una forma de volver casa. Sus tropas lo habrían seguido hasta el mismísimo infierno... Y ahí precisamente era donde él quería

llevarlos...

–Todas las entradas de energía están subiendo a los niveles operativos, señor –informó un técnico de la sala de máquinas a la burbuja de observación del centro de mando.

–Verifiquen los hornos reflex –gritó Grel en el comunicador. Estaba sentado rígidamente en su estación de trabajo, agradecido de estar vivo después de la forma en que las cosas se desarrollaron en Macross. Si Khyron no hubiera encontrado la matriz, Grel no habría sobrevivido ese día.

El Destructor iba y venía en la cubierta con las manos tomadas detrás de su espalda; la capa de campaña color oliva se arremolinó cuando se dio vuelta.

–Estable –retransmitió el técnico de la sala de máquinas.

–Tenemos máxima potencia –actualizó Azonia. Sentada en la estación de trabajo adyacente a la de Grel, ella también iba vestida con el uniforme de gala.

Khyron apretó los puños y se acercó a la consola curva del centro de mando. Sus ojos tenían una mirada que iba más allá del enojo.

–¡Excelente! –susurró–. ¡Partiremos de inmediato para reunirnos con los Amos Robotech!

Grel y Azonia estaban levantando sus manos como saludo cuando él agregó de repente:

–¡Pero antes de que deje la Tierra, yo quiero destruir la SDF-1!

Sus subordinados lo miraron con incredulidad; sus protestas se ignoraron. Las Fuerzas Terrestres no eran tan tontas como para permitir un segundo ataque furtivo; ¡iban a estar esperando con las armas de su fortaleza recientemente construida listas y apuntadas! ¡Claro que Khyron sabía esto, claro que él no iba a permitir que la libertad se les escapara de las manos ahora!

–Yo tendré mi venganza final sobre estos micronianos –Grel y Azonia oyeron que él murmuraba en voz baja.

Él después se dio vuelta hacia ellos y les ordenó que despegaran. Ellos se miraron sin palabras y comenzaron la secuencia de lanzamiento.

El crucero se estremeció, vibrando con un retumbar grave que hacía temblar los huesos, que más que escucharse, se sentía. La

protocultura corrió a través de los sistemas atrofiados de la nave dándole potencia a los enormes hornos reflex dentro de sus bodegas. Con fuerza casi volcánica, los propulsores hicieron una erupción invertida contra el firme enramado intrincado que era parte de la creación de la propia nave. La Tierra misma sintió la fuerza de la partida del crucero, y respondió en especie con movimientos tectónicos creados y transmitidos desde las profundidades de su centro, el último estertor de una inteligencia telúrica hostil determinada a sostener fuerte a su peligroso cautivo.

Pero al final los poderes del mal demostraron ser superiores y el cañonero del Destructor se liberó, llevándose con él grandes trozos de tierra y bosque mientras subía hacia la libertad y se dirigía al norte para su cita con la venganza y la muerte.

El fin del mundo –Lisa lloró para sí misma.

Habían pasado dos semanas desde el ataque de Khyron en la mañana de Navidad y Macross todavía tenía que recuperarse. Al principio los residentes de ese lugar devastado tan a menudo se reunieron, preparados otra vez para recoger los pedazos de sus vidas y reconstruir el símbolo de sus sueños. Pero en ese momento se asentó una clase de conmoción retardada que debilitó hasta la más fuerte de las voluntades de prevalecer. La gente se quedó en sus casas y dejó las calles abandonadas e intacto el reciente daño; algunos incluso fijaron su residencia en los refugios. Otros huyeron a otras ciudades o se aventuraron a salir hacia los eriales, una nueva raza de pioneros que abandonó lo que les trajo salvación y devastación por igual –a la SDF-1.

Lisa Hayes estaba en el puente mirador de la fortaleza; su mundo interior estaba tan dado vuelta como ese al que vislumbraba sobre la curva del lago. Ella había perdido a Rick y que él tomara licencia la había vaciado, así como estaba vacía la ciudad. Estaba pensando en la única decisión que la iba a liberar, sollozando por todo lo que podría haber sido.

–¡Lisa! –gritó Claudia detrás de ella.

Ella se limpió los ojos y se dio la vuelta.

–El almirante Gloval me envió a que te buscara –le dijo su amiga–. ¿Por qué no estás en el puente?

–Necesitaba estar sola –contestó; el viento frío le revolvió el pelo–. Estoy pensando en renunciar.

Durante semanas Claudia había sentido que esto se venía, pero a pesar de todo terminó sorprendida.

–Tienes que estar bromeando –dijo.

–No, hablo en serio, Claudia –la voz de Lisa se quebró–. Ya no puedo soportarlo. El ejército... Rick... Voy a renunciar... Yo no soy tan dura como todos parecen creer que soy.

Claudia la miró de arriba abajo por un momento, decidiendo ponerse dura.

–Ya basta, Lisa... ¡no engañas a nadie, sólo a ti misma!

Este es el fin de la simpatía –pensó Lisa, sobresaltada por la reacción de Claudia. Tal vez no estaba explicando todo esto de la forma apropiada, Claudia no lo veía a través de sus ojos.

–¡Estás hablando como una colegiala tonta, bobalicona y débil! – Claudia dio un paso adelante para enfrentarla más–. ¡Eres una mujer militar, nacida, criada y entrenada, y eres demasiado aguerrida para ceder así sin luchar!

Pero Lisa se mantuvo firme.

–No tiene sentido pelear... todo se reduce a una batalla conmigo, Claudia. Y estoy perdiendo. Si Rick prefiere a Minmei, que así sea, y no hay nada que yo pueda hacer sobre eso.

–¡Excepto superarlo y seguir adelante! –enfaticó Claudia–. El ejército es tu vida, niña. Si te rindes y renuncias a tu cargo, también puedes tirar todo lo demás.

–Tengo que irme –los labios de Lisa se estrecharon en una línea delgada.

–Quieres decir huir.

–Llámallo como quieras –Lisa le dio la espalda a Claudia–. No puedo trabajar con Rick y después verlo ir a casa con ella todos los días. Si no puedes entender eso...

Él no debería tener el poder sobre ti –quiso decirle Claudia–. ¡No debes permitirle ese poder!

Pero su corazón lo entendía con demasiada claridad.

–Lo entiendo –dijo en voz baja.

La soledad del mando –pensó Gloval por tercera vez esa

mañana. Deseaba que Exedore no hubiera escogido volver tan pronto a la fábrica satélite robotech; él lo extrañaba, ya que había encontrando en el zentraedi enano una mente perspicaz, depurada de las restricciones emocionales. Y lejos de ser un intelecto puro, frío y distante como Lang, el hombre –y Gloval siempre se referiría a él así–, el hombre tenía una naturaleza leal e imparcial, junto con una compasión que raras veces se encontraba, ni entre los humanos ni los extraterrestres. Los dos habían forjado una amistad única construida en intereses compartidos, confianza mutua y nada menos que temor por los eventos que formaron sus historias, raciales e individuales.

Gloval estaba en su silla favorita, la silla de mando del puente de la SDF-1, mirando fijamente a Macross a través de las bahías curvas de blindex. Todos sabían que debían buscarlo aquí, más que nada su lugar de retiro. Y de hecho, el tema del retiro tenía un gran peso en su mente; él quería la libertad ilimitada para volver a pensar en las últimas dos décadas y hacer un orden personal más allá del caos que había visto tan a menudo en los momentos de reflexión. Necesitaba examinar sus éxitos y sus fracasos, y evaluar su registro de actuación, aunque más no fuera por ninguna otra razón que justificar las decisiones que afectaron a tantas vidas... a incontables vidas.

Recordó que una vez dijo que a él le permitían cometer más errores que al resto de la tripulación, y de hecho los había cometido. Sólo rezaba para que sus últimas decisiones no entraran en la misma categoría.

Cuando Lisa finalmente se reportó ante él, se puso de pie y caminó hacia a la parte delantera del puente con las manos detrás de su espalda.

–Le pedí que viniera aquí para informarle de su nueva asignación, capitana.

–Yo lo... lo siento, señor, pero no puedo tomar una nueva asignación –le dijo Lisa directamente.

Gloval giró sobre su eje con giro ensayado levantando un decibel su voz.

–¡¿Y por qué no?!

La cabeza de Lisa estaba inclinada.

–Señor, decidí renunciar. En mi estado emocional yo soy inútil para mí o para el servicio.

–¿Y qué estado emocional sería ese? –quiso saber Gloval.

–Yo... yo necesito alejarme durante un tiempo, almirante... por razones personales.

Gloval sonrió.

–Bien, eso es perfecto, entonces, porque esta asignación requiere una cierta cantidad de viaje.

–No, señor –Lisa sacudió la cabeza–. Lo siento, señor.

Otra táctica –pensó Gloval.

–Tonterías. No puedes desatender tu deber sólo debido a un romance no correspondido... vas a tener que superarlo porque te necesito ahora más que nunca.

–¡¿Quiere decir, q-que lo sabe?! –Lisa lo estaba mirando con los ojos desorbitados.

El almirante hizo un gesto de indiferencia.

–Santo cielo, ¡¿tengo ojos, no?! ¡Probablemente yo supe lo que había entre tú y el comandante Hunter mucho antes de que tú lo supieras!

Lisa se alegró un poco y sonrió.

–Apuesto a que sí fue, señor... Esta nueva asignación, entonces... ¿es algo así como un favor?

–Tonterías –resopló Gloval–. Eres la oficial más capaz y experimentada en todo el comando. La elección era obvia.

–Señor...

Gloval se aclaró la garganta.

–Como tú sabes, acaba de completarse la construcción de la nueva fortaleza. Yo quiero que tú la comandes.

Lisa puso sus manos sobre su pecho. Se había mencionado que ella iba a comandar la SDF-2, pero nunca se había confirmado.

–¡¿Qué?! ¿Mi propio comando?

–Es un compromiso a largo plazo –le avisó.

–Acepto... sea lo que fuere.

–Bien –dijo él, pidiéndole que se acercara al mirador delantero. Ella así lo hizo y empezó a seguir la mirada de él.

Las capas estratificadas de cielo azul y blanco cristalino se arqueaban sobre el horizonte oriental. Sobre esto había un techo

más oscuro y amenazador de rápidas nubes de tormenta atravesadas por brillantes rayos de luz solar invernal. Era una vista matutina majestuosa, impresionante.

–Sí –dijo Gloval–, nuestra Tierra es un planeta hermoso. Y nosotros debemos conservar sus glorias. Por eso debo pedirte que dejes atrás nuestro mundo durante un tiempo.

Lisa experimentó un fugaz momento de miedo.

–Llegó el momento de que la humanidad crezca y deje atrás su cuna –explicó el almirante–. Que salga y reclame su lugar en el universo... Tu asignación es llevar una misión diplomática al mundo de los Amos Robotech.

–¿A Tirol, señor?! –dijo Lisa con incredulidad–. ¿Pero cómo?

–Ese es el nuevo propósito de la SDF-2. El comandante Breetai y Exedore te acompañarán, aunque podría ser más fácil seguir el rastro de Khyron.

La frente de Lisa se llenó de surcos.

–Nosotros dejamos que él tuviera esa matriz de protocultura por una razón, capitana. Yo sólo lamento que no hayamos anticipado las explosiones.

–El boleto de regreso a casa de Khyron –murmuró Lisa –. ¿Pero por qué Tirol, almirante?

–Porque la raza humana tal vez no pueda sobrevivir otro holocausto como el último. Mejoramos inmensamente nuestro sistema de defensa, pero ni siquiera eso sería útil contra la sofisticada tecnología de los Amos, o peor todavía, según dice Exedore, contra los invids. Es esencial que hagamos la paz con los Amos, quizás por el bien de ambas razas.

–Paz –dijo Lisa como si oyera la palabra por primera vez–. Y tenemos que viajar a través de toda la galaxia para afianzarla.

La desventaja de conseguir tu deseo –pensó Rick.

Desde la ventana de su residencia suburbana observó una formación de Veritechs que pasó rápidamente por lo alto. Él no había volado en más de una semana, ya que tomó licencia para pasar más tiempo con su nueva compañera de cuarto-socia-acompañante... y eso no empezaba a contar la historia de su confusión. Por más agradable que fuera estar con Minmei, Rick se

sentía insatisfecho; sin volar, sin una misión, sin algo por lo cual luchar era como si ellos dos estuvieran jugando a la casita. Se acostaban tarde, cocinaban juntos, veían televisión, y de pronto ya no había nada de qué hablar. Ella había dejado de escribir canciones de amor y él había dejado de contar historias.

Justo en ese momento Minmei entró al cuarto y pareció entender su alejamiento. ¿Ya estaba cansado de ella?

—¿Rick, por qué no renuncias al servicio? Podríamos mudarnos a otra parte si quieres. Quiero decir, ¿podrías ser feliz si nos dedicamos a tener una vida normal?

—¡¿Normal?! —le dijo, más brusco de lo que debía—. Echa una mirada afuera, Minmei. ¡Ya no hay más normalidad!

Él agitó su cabeza.

—No creo que podamos aun cuando la hubiera.

—¿Pero por qué no? Hay tantas cosas más para vivir que esto, y nosotros las estamos perdiendo.

Rick contuvo la respiración y después exhaló lentamente a través de las mandíbulas apretadas.

—La gente depende de nosotros. Ellos buscan a las personas como yo para que los proteja, y a ti para que los inspire. ¿Cómo podemos darle la espalda a eso?

Ella le puso la mano sobre el hombro.

—¿La vida es cómica, no es cierto? Nada resulta de la forma en que piensas que será... Cuando nos conocimos, yo estaba totalmente envuelta en sueños románticos, y algunos de ellos en efecto se hicieron realidad. Pero no el sueño que yo tenía para ti y para mí, Rick.

—¿Qué sueño?

Ella intentó retener la mirada de él con la de ella.

—Casémonos.

Rick reaccionó como si le hubieran dado un puñetazo. ¿Ella no escuchó nada de lo que él dijo?... Pero incluso mientras pensaba esto, sabía que todo era más simple de lo que él fingía que era: De algún modo la guerra y sus carreras separadas no eran en absoluto los verdaderos problemas. Era algo más...

Cuando sonó el timbre de la puerta los dos saltaron a contestarlo, agradecidos por la intrusión. Lisa estaba parada ahí,

modestamente, con su uniforme tan brillante como los parches de nieve del céspe del delantero.

–Yo vine a decir... adiós, Rick. Recibí nuevas órdenes y regresaré pronto al espacio –ella continuó a pesar de la reacción sorprendida de Rick, luchando por mantener su tono firme–. Es verdad. No puedo creerlo, pero el almirante Gloval me dio el mando de la SDF-2.

Ella ahora se puso casi alegre.

–Es como un sueño hecho realidad. ¿No estás feliz por mí, Rick?

–¿Cuándo te vas? –le preguntó con ansiedad.

–La transferencia de los motores reflex de la SDF-1 empezará mañana. Pero nos dirigiremos al espacio inmediatamente después. A Tirol, el planeta de los Amos Robotech. Va a ser una misión diplomática... una misión de paz.

¡Eso podría tomar años! –pensó Rick.

–Por eso yo sólo quería decir adiós y... nos veremos en unos años –Lisa le sonrió a Minmei–. Fue un placer, Minmei. Tu música fue una gran inspiración para todos nosotros.

Minmei le agradeció, con cautela al principio pero con más sinceridad cuando Lisa les deseó a ella y a Rick que tuvieran felicidad en el futuro.

–Yo sólo tengo una cosa más para decir –tartamudeó Lisa, ya que su voz de repente le falló–. ¡Yo te amo, Rick! ¡Siempre lo hice! ¡Y siempre lo haré!

Rick se quedó sin palabras. Minmei se había aferrado al brazo de él con un abrazo fuerte como un torniquete. Lisa se estaba disculpando, conteniendo las lágrimas.

–Tal vez nunca lo vuelva a ver –se justificó ante Minmei–. Y tenía que decírselo... Cuídalo por mí.

Ella saludó a Rick, se volvió y empezó a correr.

Rick se quedó parado en la puerta un momento, después se sacudió el estupor y le gritó que esperara. Salió corriendo por la acera, pero Minmei se paró delante de él con los brazos abiertos para detenerlo.

–¡No puedes ir! –dijo con una prisa asustada–. ¡¿Qué hay sobre mí?! ¡Ya hiciste demasiado! ¡¿Cómo puedes pensar en volver al espacio otra vez?!

–Porque... ellos me necesitan –mintió Rick.
Y de repente el cielo se desplomó...

Capítulo 19

La entropía -su creencia de que los sistemas, los biofísicos y los de otras clases, están predestinados a moverse de un estado de orden a uno de desorden- es el único concepto que sigue fascinándome; y yo creo que forjó su forma de pensar como raza con la misma fuerza con que la protocultura forjó la mía. Esta disolución, esta cesación... qué típico de sus pensadores el invocar semejante fin poético.

Exedore, como se cita en Así en la Tierra como en el Infierno: Recuerdos de la Guerra Robotech, del Dr. Lazlo Zand.

Goodbye, blue sky, goodbye... (Adiós, cielo azul, adiós...)

Letra de una canción del siglo XX.

Una granizada de misiles cayó sobre la desprevenida Macross, poniendo el cielo de un radiante amarillo y arrasando el corazón de la ciudad. El golpe de mil explosiones que llenaron el aire de un calor sofocante y escombros ardientes tiró al suelo a Rick y a Minmei.

Cuando Rick vio que Minmei estaba ilesa, comenzó una búsqueda frenética a través de lo que quedaba de la calle en la dirección en que Lisa había corrido. El cielo ahora era una bola de fuego anaranjada, y gran parte de la ciudad era un recuerdo. Las torres de departamentos se desmoronaron como castillos de arena y las casas hicieron implosión. La calle Parque y el bulevar Macross

estaban torcidos y levantados como las vías de una montaña rusa. Rick oyó los gemidos agudos de los ataques secundarios sobre el aullido de un viento extraño; después volvió ese trueno mortal mientras las explosiones seguían castigando la ciudad y las colinas circundantes.

Encontró a Lisa tirada en la calle, milagrosamente viva aunque los edificios de la cuadra habían quedado absolutamente destruidos.

–¿Qué pasó? –gritó ella sobre la tormenta de fuego.

–¡Estamos bajo ataque! –le contestó, ayudándola a ponerse de pie–. ¡Los zentraedis! ¡Una nave!

¡Khyron! –pensó ella.

–¡Tenemos que volver a la SDF-2! –dijo.

Lisa dio un paso hacia delante, y se habría derrumbado de no ser porque Rick la sostuvo poniéndole las manos bajo sus brazos.

–Estás demasiado débil –le dijo al oído–. Déjame cuidarte... ¡Te amo!

Ella se dio vuelta en los brazos de él y le tomó la cara entre sus manos quemadas.

–¿Estoy soñando esto? –dijo débilmente.

Minmei de repente apareció junto a ellos, urgiéndolos para que fueran a los refugios y suplicándole a Rick que se quedara con ella. Los proyectiles chillaban como las parcas en ese cielo cromado.

–¡Ponte a salvo! –le dijo Lisa–. ¡Rick y yo tenemos que cumplir con nuestro deber!

Minmei dio un paso vacilante hacia adelante, desconcertada.

–¡Si realmente lo amas –continuó Lisa–, déjalo ir! ¡Él es un piloto... esa es su vida!

–¿Vida? –gritó histérica Minmei, haciendo ademanes–. ¡¿Llamas a esto vida?! ¡Guerra! ¡Devastación! ¡Batalla tras batalla hasta que todo queda destruido!

Rick la tomó por los brazos y trató de calmarla, instándola a que partiera.

–Nosotros estamos tratando de acabar con todo esto. ¡Lo odiamos tanto como tú, pero hay que preservar el futuro de nuestra raza!

Los misiles explotaron cerca e hicieron que llovieran relámpagos vengativos sobre ellos y borrarán palabras y pensamientos. Los tres

se agruparon, bañados de cenizas y demoníacas lenguas de fuego voladoras.

–¡No hay futuro! –Minmei miró furiosa a Lisa y a Rick.

Rick giró para partir y ella se aferró a él, suplicándole que se quedara a su lado. Si él la amaba, se iba a quedar con ella. Pero él se sacudió para liberarse.

–¡Algún día entenderás! –gritó.

–¡Yo nunca entenderé! –gritó ella a su espalda.

Lisa entró corriendo al puente de la SDF-2 y fue directamente hacia su estación. Vanessa ya estaba en su consola y el tablero de captación que estaba delante de ella destellaba con la información del despliegue.

–¡Dame un informe de estado! –ordenó Lisa.

–Un único crucero de batalla... diez grados al sudoeste. Posición actual cuarenta y tres kilómetros pero se acerca muy rápido.

–Correcto –dijo Lisa, y se estiró hacia el interruptor de la red de comunicación aérea...

El campo del rayo proyector del puente del crucero de Khyron mostró a la nueva fortaleza de batalla de los micronianos sentada en su charco redondo de espaldas con su prima lisiada, la SDF-1 –la nave de Zor, la causa de tanta destrucción.

El Destructor estaba parado con orgullo en la burbuja de observación del centro de mando; sus rasgos faciales estaban retorcidos por el intenso odio.

–La fortaleza dimensional ya está entrando en el alcance, señor –informó Grel desde su estación.

–El arma principal está a máxima potencia y en espera –dijo Azonia.

–¡Valió la pena esperar mi venganza! ¡El almirante Gloval va a desear nunca haber oído hablar de mí!

–Esperando sus órdenes, milord –Azonia se enderezó en su asiento.

–Elimina la nueva nave primero –ordenó–. Después los acabaremos. ¡La nave de Zor pronto será poco menos que una nota al pie de la página de la historia zentraedi!

–¡La nave enemiga todavía se está acercando! –Sammie le dijo a Lisa desde su estación debajo del área del balcón del puente de la SDF-2.

Kim de repente le dio la espalda a la pantalla de su consola.

–¡Estoy recibiendo lecturas de altos niveles de radiación!

–¿Vanessa? –dijo Lisa, pidiendo confirmación.

–¡Nos están disparando, capitana!

Los dibujos de unos relámpagos descontrolados empezaron a tomar forma a lo largo de la proa roma del monstruoso crucero de Khyron; saltaban de polo a polo en lo que casi podría haber sido una boca abierta, coronada y subrayada con cañones de dos tubos con forma de picas como si fueran colmillos en su casco blindado. La energía bailó y se agrandó, animada por las cargas de protocultura que avivaban los sistemas de armas del cañonero.

Las tormentas localizadas se liberaron cuando la nave atravesó las nubes invernales sobre Macross; los propulsores traseros anaranjados la impulsaron rápidamente hacia el lago y las fortalezas inmóviles.

Las lanzas crujieron y sisearon en el aire ligero cuando la proa se empezó a abrir, revelando una red de rayos verticales de poder y colmillos e incisivos afilados en puntas brillantes dentro de la boca de la bestia. Por último, un cono de luz deslumbrante salió impulsado desde lo profundo de su corazón negro; emanó del crucero y se esparció para abarcar la Tierra, estrechándose y concentrándose después al encontrar su blanco. Fluyó a través de las azoteas de la ciudad, derrumbó los edificios que había en su camino y golpeó el corazón de la fortaleza, desgarrando la estructura del espacio tiempo con el impacto y abriendo huecos en los antimundos.

Los colores se invirtieron; lo que había sido luz ahora era oscuridad, y lo que había sido oscuridad brillaba con un fulgor infernal. Los cielos rodaron y giraron como si la fuerza de la explosión hubiera arrojado a las estrellas en el caos.

–¡La SDF-2 recibió un golpe directo! –una voz masculina

apurada y asustada le informó a Rick por la red táctica-. ¡Perdimos comunicación!

Rick miró sobre su hombro, bajando el ala izquierda del Veritech mientras daba la vuelta. Debajo de él el Lago Gloval era una caldera de fuego y humo, más un cono volcánico que una represa de agua. La nueva fortaleza estaba en ruinas, agujereada de lado a lado por el rayo de aniquilación.

–¡Se están ladeando! –actualizó la voz-. ¡Se están hundiendo, capitán!

–Conteste, SDF-2 –Rick gritó en el micrófono de su casco-. ¡¿Lisa, me escuchas?! ¡¿Capitana Hayes?!

Su pantalla de comunicaciones era un enrejado blanco y negro de estática, y después una columna vertical de bandas azules y blancas.

–¡Contéstame! –volvió a gritar.

Una bandada furiosa de mecas, naves de persecución, trimotores y Battlepods zentraedis se acercaban al Escuadrón Skull desde las doce en punto. Rick fijó sus blancos y tiró a fondo el HOTAS.

–¡Pagarán por esto! –gruñó a través de los dientes apretados.

La lluvia era molesta pero se sentía milagrosamente refrescante contra su piel lacerada. ¿Por qué no había pensado en incluir una pantalla solar en la cesta playera? ¿Y Rick estaba tan quemado como ella?... Los gemidos de los albatros torturados la llevaba rápidamente a la superficie del mundo, las voces gritonas de los playeros jugando...

Lisa abrió sus ojos para ver un primer plano del teclado de su consola y las almohadillas de toque; el agua caía en forma de cascada entre las teclas y formaba un charco en el suelo. Sus manos estaban bajo su cara y la pantalla delante de ella estaba silenciosa y en blanco. Levantó la cabeza, se sacó de la cara el pelo mojado y después se esforzó en ponerse de pie para determinar la magnitud del daño al puente.

Sammie y Kim estaban caídas en el suelo cerca de sus estaciones de trabajo debajo del balcón, aparentemente confundidas pero ilesas. Las bocinas sonaban en toda la nave y el sistema de control de incendios del techo había mojado a todo y a todos en la bodega.

Lisa se volvió para inspeccionar a Vanessa antes de abrir el enlace de comunicación para pedir ayuda.

–Se necesitan equipos de control de incendios en los niveles cuatro al veinte –logró decir.

De vuelta en su estación, Kim hizo una llamada a los médicos.

–Todos los comandantes de sección envíen los informes de estado lo más pronto posible –Lisa oyó que decía Vanessa.

–¡Diles que necesitamos más ayuda en la cubierta de vuelo! –gritó un paramédico desde el suelo.

Kim trabajaba frenéticamente en sus controles.

–¡La computadora está muerta! –le dijo a Lisa–. No hay ajuste manual. ¡No tenemos ningún control en absoluto!

–Perdemos potencia, capitana –dijo Vanessa detrás de ella–. ¡Recomiendo que abandonemos la nave!

Lisa quedó boquiabierta cuando sintió el impacto de esas palabras y entendió lo que significaba perder una nave.

Pasó sus ojos por el puente: La fortaleza había recibido un golpe directo unos pisos más abajo del centro de mando, pero los misiles secundarios también arrasaron el puente. Había grandes agujeros en los tabiques detrás de ella, el humo acre salía en espirales desde los sistemas de ventilación y por primera vez Lisa se dio cuenta de que la nave se inclinaba mucho hacia estribor.

¡Piensa! –gritó para sí misma como para sacar los demonios de la derrota de su mente–. ¿Qué haría el almirante Gloval en una situación así?

Ella se lo imaginó sentado en la silla de mando del puente de la SDF-1, su birrete blanco bien bajo sobre su frente, los dedos de su mano derecha manchados de tabaco tirando suavemente las puntas de su bigote espeso... casi pudo oírlo:

–Lisa, tú sabes que siempre podrás encontrarme justo aquí.

Y de repente entendió por qué él le dijo esto; entendió por qué se ausentó tan a menudo estos últimos meses mientras se acercaba la culminación de la SDF-2, por qué le dio a ella el mando de la fortaleza...

–¡Por supuesto! –gritó. Le indicó a su tripulación del puente que la siguiera y salió corriendo de la sala de control.

Un corredor de servicio sinuoso todavía conectaba las dos

fortalezas, ahora convertido en un lugar oscuro y espectral, pero ellas cuatro apenas notaron sus elementos siniestros mientras corrían hacia la nave nodriza con Lisa a la cabeza. Apenas disminuyendo el paso, Lisa golpeó el interruptor de control de la compuerta del puente y ellas entraron corriendo, sorprendidas de encontrar encendidas las luces del techo y las de los tableros de periféricos. También quedaron igualmente sorprendidas de encontrar a Claudia parada en su estación delantera, ya iniciando la secuencia de despegue.

–Bienvenidas a bordo, señoras –dijo ella con calma y una pizca de humor–. ¿Qué las demoró tanto?

–No se queden ahí paradas –ladró Gloval desde la silla de mando–. Tenemos trabajo que hacer. ¡Todas a sus estaciones de batalla!

Lisa sonrió para sí misma y las otras corrieron a sus consolas y pantallas. Así que era cierto: Gloval esperaba a medias alguna clase de ataque. Le había jurado a Khyron (y a toda la tripulación, además) que la SDF-1 no estaba operativa, cuando de hecho no sólo podía salir al espacio sino que estaba armada hasta los dientes. Los tripulantes robotech tuvieron que haber llevado a cabo la reconstrucción ultra secreta hace meses, dejando intacto intencionalmente el exterior golpeado de la fortaleza.

–¿Qué hay sobre el arma principal, señor? –le preguntó a Gloval.

–Suficiente potencia para un disparo. Tendremos que asegurarnos que sea eficaz.

–La computadora de cuenta regresiva ya está programada, señor –informó Claudia.

Gloval requirió máxima potencia en todos los propulsores.

–Niveles de empuje antigravitatorio en capacidad óptima –actualizó Sammie.

–Todos los sistemas en marcha –dijo Kim–. ¡Listos para lanzamiento inmediato a la orden del comandante!

Claudia ingresó las órdenes en el teclado de control de arriba.

–El sistema de transporte está operativo y el cronómetro está corriendo. Cuatro segundos para ignición. ¡Tres! ¡Dos! ¡Uno!...

–¡Elévenla! –gritó Gloval, casi levantándose de la silla...

Minmei, su tía y su tío, el alcalde Tommy Luan y miles de otros estaban amontonados en el refugio principal de Macross, una enorme estructura terrestre de acero y hormigón reforzado que también alojaba el sistema de comunicaciones de la ciudad y las redes de almacenamiento de datos. Minmei estaba entreteniéndolos a todos con canciones e historias. Todos se mantuvieron calmados a pesar de la desesperación que sintieron cuando llegó hasta ellos la noticia de la destrucción de la SDF-2. Los que recién llegaban al refugio describieron cómo ese dragón zentraedi eructó un flujo de fuerza irresistible y cómo la nueva fortaleza se deslizó como un cadáver bajo la superficie espumada del Lago Gloval. Las personas del refugio cayeron de rodillas y ofrecieron sus oraciones.

Pero ahora llegaron noticias increíbles: ¡La SDF-1 se estaba elevando del lago! Y por toda la ciudad la gente empezó a dejar sus refugios sin prestar atención a los edificios en llamas, a la tierra asolada y al viento de muerte que soplabla como una ráfaga infernal por las calles desiertas. Su guardiana había resucitado y eso era todo lo que importaba. Ni siquiera la aniquilación tenía poder.

Minmei también dejó el refugio a tiempo para ver el despegue de la fortaleza; esta partió las aguas cuando se elevó del lago, todavía un tecno-caballero brillante a pesar de su apariencia patética. Los portaaviones que formaban sus brazos se mantenían en ese gesto característico de súplica, y las armas principales ya se estaban ubicando en posición sobre el casco con visera del caballero...

El crucero de Khyron seguía su descenso mortal, arrojando tiro tras tiro de luz blanca desde su gárganta impío. Los relámpagos azules salían disparados de las certeras torretas de armas, mientras que los soldados zentraedis con armaduras propulsadas que se mantenían junto al casco oxidado de la nave de guerra disparaban cañonazos contra los mecas de las Fuerzas Terrestres.

Rick deslizó al Skull Uno sobre la superficie de aspecto orgánico del crucero, liberando misiles mientras se abría y trepaba por su proa. Cuando los destinatarios de esos Stiletos y Hammerheads explotaron bajo él, hizo que el caza volviera a picar y reconfiguró a modo Guardián mientras bajaba. Los cielos pululaban de balas

trazadoras, flores infernales y discos de aniquilación. Los Veritech y las naves de persecución zentraedis estaban trabadas en peleas demenciales en medio de todo eso, agregando sus propias balas y proyectiles al caos, sus propias muertes a la cuenta de cuerpos que aumentaba.

Ahora en modo Battloid, con las piernas extendidas sobre el casco de color enfermizo y el cañón automático listo, el meca de Rick vació su rabia en las torretas puntiagudas y en los soldados solitarios por igual. Las explosiones lo envolvieron llenando el aire de esquirlas incandescentes. Pero la gran nave siguió su curso, lanzándose hacia el lago desprevenido.

De repente apareció una voz en la red de comunicación.

–¡Rick! ¡¿Rick Hunter... eres tú?!

–¡Lisa! –gritó Rick–. ¡Debo estar oyendo cosas!

–No es cierto –le dijo–. Estoy a bordo la SDF-1 y nos estamos preparando para disparar las armas principales. ¡Así que te sugiero firmemente que salgas de ahí!

Él ya se estaba estirando hacia su palanca de selección de modo.

–¡No tienes que decírmelo dos veces! –exclamó, haciendo correr a su meca sobre la cubierta y levantando vuelo.

Rick se conectó con Max y Miriya por la red táctica. Uno al lado del otro, los tres cazas se alejaron del crucero que servía de blanco.

–El arma principal está lista en posición –anunció Claudia–. Lectura de energía en la actualidad... nueve-cinco-cero.

Lisa hizo los cálculos en la estación adyacente e informó los resultados.

–El almirante tenía razón... ¡es sólo la energía suficiente para un disparo, así que haz que sea bueno!

Vanessa dio la noticia: El crucero estaba centrado en la retícula de la computadora.

–¡Ahora, fuego! –aulló Gloval...

Las dos torres del arma principal estaban ubicadas lado a lado; un enredo continuo de energía centelleante los unía corriendo de adelante hacia atrás. Cuando Gloval emitió la orden de disparar, el tejido de poder pareció solidificarse por un momento; después el

arma de dos botallones se encendió como un lanzallamas.

Casi un hemisferio de incandescencia hizo erupción de la fortaleza, desmaterializando las nubes invernales y encendiendo el cielo como un segundo sol. La fuerza colectiva de una infinidad de partículas subatómicas hiperexcitadas atravesó el crucero de Khyron como una estaca radiante clavada en su corazón helado.

Pero el movimiento hacia delante del crucero todavía no se detuvo. Continuó cayendo, desollado de armadura y armazón, y arrastrando un denso pilar de humo negro revuelto...

Khyron saboreó la sangre en su boca. En la tenue iluminación de la burbuja de observación que proporcionaba el sistema de potencia auxiliar del crucero, rastreó el curso de la sangre hasta un corte profundo encima de su ojo izquierdo. El propio ojo estaba cerrado, hinchado y sangrando en su cuenca fracturada. Azonia estaba en la silla de mando junto a él, ilesa aunque el resto del puente estaba en ruinas.

–Está bien –dijo él, como si lo hubieran atrapado con un truco menor–, ¡ya se divirtieron, y ahora es nuestro turno! ¡Yo les mostraré!

Detrás de él, tanto Grel como Gerao habían encontrado sus muertes. Los sistemas de armas y comunicaciones estaban anulados, al igual que las computadoras y las pantallas del rayo proyector. Pero los sistemas de navegación de la nave estaban vivos –se podía usar a la propia nave como última arma.

–¿Ahora qué? –preguntó Azonia con avidez.

Khyron se sentó en la segunda silla.

–Ellos no pueden levantar una barrera de defensa sin nada de potencia, ¿correcto?

–¡Correcto! ¡Están desvalidos! ¡Atrápalos!

Él se volvió hacia ella y sonrió.

–Nosotros dos lo haremos –chirrió–. Pero eso requiere un sacrificio... ¿deseas enfrentarlo conmigo, Azonia?

–Será glorioso –ella se estiró para tomar su mano.

–Sí... glorioso. Fijando los sistemas de guía, ahora.

Como sus sistemas de energía quedaron vacíos, la SDF-1 había

vuelto a caer en el lago, desvalida.

Vanessa observó los esquemas del tablero de captación. El enemigo no había alterado su curso.

–¡Parece que planea embestirnos, señor!

–¡¿Nos queda algo de potencia?! –Gloval se volvió hacia Sammie.

–No lo suficiente para activar el arma principal de nuevo, señor.

–¿Kim? –dijo Gloval.

–La misma historia aquí... ¡No tengo control del timón!

Claudia le dio la espalda a su estación.

–Las reservas y los refuerzos están agotados.

Gloval se puso de pie.

–Prepara los módulos de eyección –empezó a decir. Pero Sammie sacudía la cabeza mientras las lágrimas rodaban por su rostro pecoso.

–Sólo el módulo C está operativo. El resto es...

Lisa sintió que su corazón empezaba a correr. Todos se miraron, diciendo más con sus ojos de lo que habría sido posible a través de las palabras. Sammie y Kim lloraban abrazadas. Vanessa tenía los labios apretados, estoica, casi enfadada.

Lisa vio que Claudia y el almirante intercambiaban miradas, y después, de repente, sintió la suave mano de su amiga en su hombro.

–Lisa...

Lisa dio un paso al costado y se abrazó a sí misma, sintiendo que una ola de histeria se amontonaba dentro de ella.

–¡No! –gritó.

–¡Lisa, sí! –dijo alguien... podría haber sido Sammie, o Kim, o Vanessa.

Claudia y Gloval caminaron hacia ella.

Ella empezó a sacudir la cabeza salvajemente...

Max, Miriya, Rick y lo que quedaba del Escuadrón Skull pusieron varios kilómetros entre ellos y el buque de guerra de Khyron. Se reagruparon dando vueltas sobre el lago y se dirigieron a casa; la SDF-1 estaba a las doce en punto, ahora reasentada en las aguas agitadas.

Rick había presenciado el contragolpe que apuntó contra la embarcación de Khyron y naturalmente anticipó su completa destrucción. Pero el crucero había sobrevivido y estaba fijo en un curso de colisión contra la fortaleza dimensional.

Los Veritechs empezaron a lanzarle todo lo que tenían: misiles, balas perforantes transuránicas huecas, buscadores de calor, y lo demás. Las armas Phalanx del sistema de armas de corta distancia de la SDF-1 disparaban de igual forma, desafiando a los dioses con sus descargas de trueno y luz deslumbrante.

De repente Rick supo en sus entrañas que ni siquiera todo el poder de fuego del mundo iba a retardar el descenso suicida de esa nave descarnada...

El crucero era una jabalina ardiente en una caída balística llamada por los propios poderes inherentes de la Tierra para una cita mortal con su tecno-salvador.

En el puente de la nave zentraedi, Khyron y Azonia iban de la mano enfrentando ese viento divino de la forma en que sólo los guerreros podían hacer, victoriosos en sus últimos momentos, tanto por destruir el objeto de su añosa persecución, como por la fuerza de su lazo extraordinario, su matrimonio en la muerte.

Gloval, en su lugar, abrazó a su tripulación, estirando sus largos brazos alrededor de todas ellas como el padre valeroso y amoroso, mientras el buque de guerra del Destructor eclipsaba el cielo.

El crucero de un kilómetro y medio de largo embistió las armas principales de la fortaleza, astillando los botalones gemelos mientras seguía su picada. El metal chilló contra el metal; los tubos, los conectadores y las juntas chasquearon y rugieron como protesta.

La proa de la nave monstruosa separó con fuerza los botalones e impactó contra el cuerpo principal de la SDF-1, le amputó la cabeza y siguió para chocar y explotar una vez, dos veces, y otra vez más. La fortaleza recibió toda la potencia de estas explosiones contra su espalda y ella misma explotó, volando los portaaviones de sus monturas y desgarrando la armadura que había visto tanta violencia.

El lago hirvió y liberó enormes nubes de vapor en el aire frío, y unas tormentas eléctricas aparecieron espontáneamente en los

cielos.

En ese lugar se elevó una bola de fuego que tomó forma de hongo, anunciándole el evento al resto del mundo...

Cuando el humo se despejó, había tres ruinas en pie en el lago mucho más bajo: el casco completamente quemado del crucero de Khyron, los restos de la desafortunada SDF-2, y el torso decapitado y ennegrecido de la fortaleza dimensional –monumentos a la locura.

A lo largo de la costa del lago la mayor parte de la ciudad había quedado destruida.

Los equipos Veritech peinaron las aguas sucias y las tierras del frente en busca de supervivientes, pero no encontraron ninguno.

Rick hizo una pasada sobre los suburbios arrasados donde una vez había estado su casa –donde Lisa, Claudia, Sammie, Vanessa y Kim habían vivido; después voló sobre el corazón del centro de la ciudad donde los supervivientes ya estaban dejando los refugios.

Pero esta vez no iba a haber reconstrucción –no aquí, al menos. Rick supuso que el área iba a permanecer radiactiva durante décadas. La evacuación y la reubicación de los miles que habían sobrevivido iban a tener que comenzar de inmediato. No iba a ser una tarea simple dada la magnitud de la destrucción, pero había ciudades cercanas que prestarían una mano, y la Tierra prevalecería, libre de sus enemigos por fin.

Intentó no pensar en Gloval y los otros; esto era lo que les esperaba a todos ellos al final del arco iris. Pilotó su caza más allá de las carcasas del lago, dio la vuelta y se asentó en modo Guardián en una zona de aterrizaje intacta no lejos de la orilla. La gente empezaba a reunirse, muchos pasmados, otros mirando fijamente la fortaleza en un silencio aturdido. Él levantó la carlinga de la cabina y se bajó, sólo para escuchar que un fantasma lo llamaba por su nombre.

Lisa estaba caminando hacia su nave.

Rick se le acercó con cautela, más que ansioso por aceptar la alucinación pero preocupado porque la emoción real pudiera ahuyentarla. Pero los hombros temblorosos que él tocó con sus manos igualmente ansiosas eran de carne y hueso, y sentirla casi lo hizo desmayarse.

–En el último momento –dijo Lisa–, el almirante Gloval y... Claudia me obligaron a meterme en el módulo de eyección.

Ella miró en silencio la fortaleza por un momento mientras las lágrimas caían por sus mejillas.

–Ellos querían que yo viviera... –giró hacia Rick y lo estudió intensamente–. ¡Dijeron que yo era la única que todavía tenía algo por lo cual vivir!

Rick la abrazó mientras ella lloraba y su cuerpo se convulsionó en sus brazos.

–Pensé que te había perdido –susurró él–. Justo cuando comprendí cuánto significas para mí.

–Tú sí tienes algo por lo cual vivir... –la abrazó con más fuerza–, ahora los dos lo tenemos.

Ninguno de ellos oyó que Minmei se acercaba. Se separaron como reflejo cuando ella habló, pero Rick rápidamente empezó a tartamudear una explicación. Minmei le ahorró las palabras.

–Estás enamorado de Lisa –dijo en voz baja–. Yo lo sabía.

–Yo te lo habría dicho antes, pero... creo que no lo supe hasta hoy –Rick tomó la mano de Lisa–. Perdóname, Minmei.

Ahora Minmei vacilaba.

–Bien, eh, sólo si tú puedes perdonarme, Rick. Por intentar convertirte en algo que no eres. Y, ah, por fingir ser algo que no soy –Rick y Lisa parecían desconcertados, por eso ella continuó–. Verás, yo no estaba realmente muy ansiosa por casarme. Me di cuenta de que mi música significa mucho para mí, así como el servicio significa mucho para ti.

–¿Oh, en serio? –dijo Lisa llanamente. Pareció endurecerse, capaz de localizar una pizca de enojo a través de su gran tristeza.

–Mi vida es la música –dijo Minmei con inocencia.

Lisa sonrió para sí misma y le dio un apretón a la mano de Rick. Minmei no podía soportar admitir que había perdido a Rick; ¿y por qué molestarse en pensar eso cuando era mucho más fácil reformar los hechos? Echando una mirada alrededor, Lisa se preguntó si podría hacer lo mismo, si podría fingir que todo esto no había pasado, ver cielos azules en lugar de tormentas.

–Buena suerte en tu misión, Lisa –dijo Minmei con seriedad.

¡Como si todo esto no hubiera pasado!

–Yo sé que serás la estrella más grande de todos los tiempos cuando nosotros volvamos –le dijo Lisa, ansiosa de darle una oportunidad al juego de la cieguita que hacía Minmei.

Rick también tenía una mirada ligeramente confundida. Pero empezó a desvanecerse cuando Minmei giró hacia él para deseársela buena suerte y besarlo ligeramente en la mejilla.

–¡No te olvides de mí, Rick... tienes que prometerme que no lo harás!

–Yo nunca me olvidaré de ti –le contestó, y hablaba en serio.

Ella giró sobre sus talones en una vuelta casi etérea y se alejó, deteniéndose una vez para saludarlo con la mano antes de reunirse con las muchedumbres de sobrevivientes que ya le daban la bienvenida con los brazos abiertos.

La nieve estaba empezando a caer. Lisa puso su brazo sobre el codo de Rick y se acurrucó contra él.

–¿Qué hay sobre nuestra misión, Rick? ¿Hay una oportunidad... incluso sin la SDF-1?

Rick asintió lentamente. Él ya lo había tenido en cuenta.

–Todavía existe la fábrica satélite y la nave de Breetai. Con su ayuda, la de Lang y la de Exedore, llevaremos a cabo la asignación del almirante Gloval. Llegaremos al planeta de los Amos Robotech antes de que sea demasiado tarde. Esta vez la paz tiene prioridad.

Lisa observó hipnotizada la nieve que empezaba a cubrir la ciudad devastada y las naves de guerra arruinadas que iban a ser sus enormes lápidas.

Quizás Max y Miriya se enlisten –pensó-. ¡Incluso Minmei! ¿Qué le importaba ahora? Iba a ser una misión diplomática, una reunión apropiada de dos culturas unidas entre sí por un pasado misterioso y separadas por casi la anchura de una galaxia.

Miró a Rick y logró una sonrisa, la que él devolvió aunque las lágrimas llenaran sus ojos.

Y si su plan fallara por alguna razón, si no fuera posible que la nave de Breetai emprendiera el viaje... entonces se les iban a presentar otras soluciones. La Tierra se iba a reconstruir a sí misma y prevalecería.

Al contrario –especuló ella-, quizás los Amos Robotech vengan aquí...

Y cuando todo eso pasara, aparecerían nuevas soluciones. La Tierra se iba a reconstruir y prevalecería. Y en cuanto a los Amos Robotech... ¡qué vengan si quieren!